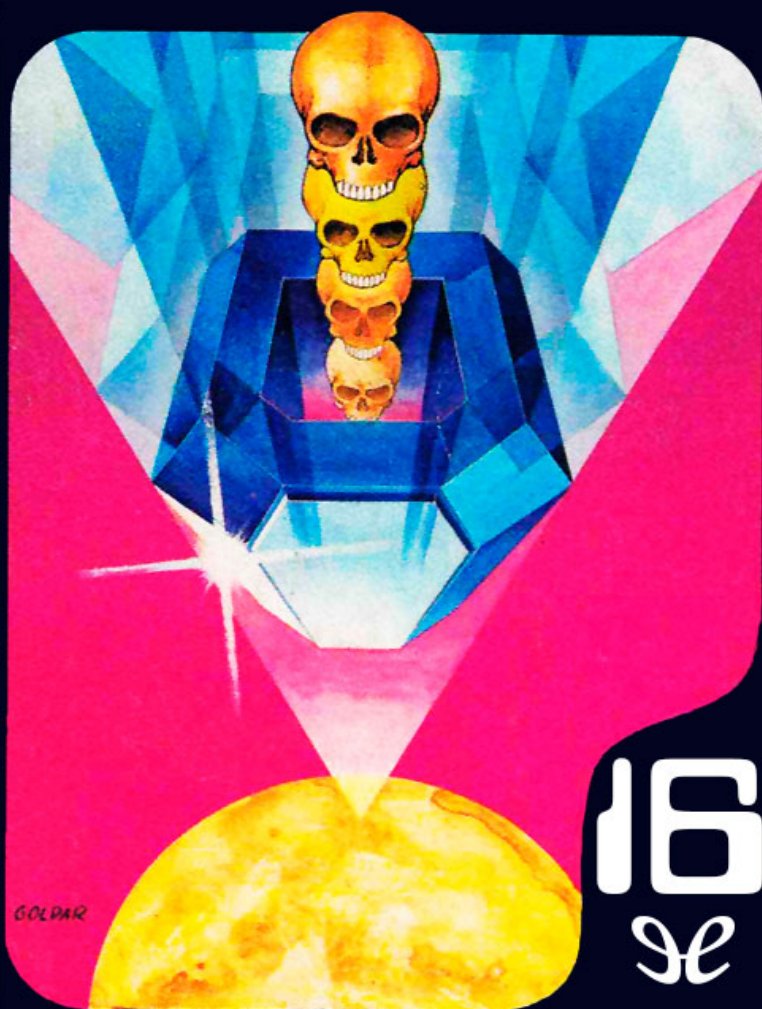


CLUB DE FANTASÍA

BRIAN W. ALDISS

La bóveda del tiempo



16
de

Publicada en inglés pocos años antes de las *Crónicas marcianas* de Bradbury, *La bóveda del tiempo* plantea una posibilidad semejante: la expansión del mundo humano fuera de los límites de nuestra galaxia. Pero a diferencia del libro de Bradbury, no hay en éste dramatismo, ni una carga de intención ética, sino una actitud paródica, una distorsión irónica y un juego constante de diálogos en los que el equívoco actúa como detonante de situaciones que rayan en el absurdo. Compuesta a la manera de un retablo, con episodios independientes pero relacionados por una preocupación única —el desarrollo de la Humanidad a través de un futuro tiempo inabarcable—, *La bóveda del tiempo* es una de las más sorprendentes experiencias narrativas de la ciencia ficción.



Brian W. Aldiss

La bóveda del tiempo

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 16

ePub r1.3

viejo_oso 04.08.14

Título original: *The Canopy of Time*
Brian W. Aldiss, 1959
Traducción: Antonio-Prometeo Moya
Ilustración cubierta: Néstor Goldar

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.1



Contenido

Tres forman una nube (Three's a Cloud, 1959)

Todas las lágrimas del mundo (All the World's Tears, 1957)

¿Quién puede reemplazar a un hombre? (Who Can Replace a Man?, 1958)

Perfil Neblinoso (Blighted Profile, 1958)

Judas bailó (Judas Danced, 1958)

¡Oh, Israel! (O Ishrail!, 1957)

Incentivo (Incentive, 1958)

Colmena de genes (Gene-Hive, 1958)

Secreto de una ciudad poderosa (Secret of a Mighty City, 1958)

Ellos heredarán (They Shall Inherit, 1958)

La visita de la ameba (Visiting Amoeba, 1957)

NOTA DEL AUTOR

Si estos relatos son leídos en el orden en que aquí aparecen publicados, el lector atento podrá observar ciertos nexos entre ellos. Son, de hecho, fragmentos desgajados de la colosal arquitectura del futuro, dispuestos cronológicamente a partir de un par de siglos después del nuestro y abocados directamente al fin de la galaxia.

Las cortas anotaciones que aparecen entre los relatos pretenden establecer una tenue conexión que puede pasarse por alto. Cada relato fue escrito de manera que resultara consistente por sí mismo y ha sido revisado a partir de su publicación original en revistas o antologías.

TRES FORMAN UNA NUBE

Casualmente, Clemperer se había afeitado cuando se levantó al mediodía. En consecuencia, no tenía demasiado aspecto de vagabundo cuando llegó al Karpenkario, el local griego de la ribera, a las nueve de la noche.

Clemperer no conocía a nadie en el Karpenkario. En ello residía su atractivo para él. Estaba solo en el mundo y no lo ignoraba. Odiaba los bares ahitos de falsa amistad, donde conocidos que apenas te habían visto media docena de veces en toda la vida te palmeaban la espalda y exclamaban: «Vaya, compadre, hace la tira que no te veo: ¿tomamos un trago?». De igual manera, Clemperer odiaba la soledad. Pero, al menos, la soledad era limpia y honorable.

Pidió en la barra un whisky doble. Ya se había zampado cuatro en otro sitio. En vez de beber donde los demás, cogió su vaso, se abrió paso entre el gentío, marineros principalmente, y se dirigió al tranquilo restaurante que había detrás del bar. El aire era más claro allí y le recordó su rancia cuchufleta personal sobre la incapacidad de mirar salvo a través de una atmósfera llena de humo de tabaco.

Sólo una de las mesas del restaurante estaba ocupada. Un hombre y una mujer, extraños para Clemperer, se hallaban sentados frente a ella.

Y éste fue el comienzo de todo. Clemperer hizo lo que jamás hiciera antes: se sentó con el hombre y la mujer en lugar de ir a una mesa vacía.

—Puede echar una ojeada al menú —dijo el hombre con una sonrisa, al tiempo que le tendía una hoja de papel mecanografiada—. Por fortuna, la comida es mejor que la tipografía.

De entrada aquello no encajó en Clemperer porque estaba un poco borracho, pero la sensación que tuvo fue la de haber llegado a casa. Lo cual ya era extraño, pues Clemperer no tenía casa. Cuatro años antes, al cumplir los cuarenta, había abandonado el piso de

soltero que llamaba su casa y el trabajo en Investigación de Motivaciones con que pagaba el alquiler, y se había ido a recorrer mundo, vagabundeando de ciudad en ciudad, en busca de lo que, en privado, llamaba su destino.

Alzó el whisky, se detuvo, lo bajó y lo colocó sobre la mesa con particular cuidado.

—Su café suena bien —dijo a la chica—. Debería tomar una taza. Me ayudará a aclararme la cabeza.

Había querido decir «huele bien» y no «suena bien». Era una especie de equívoco verbal en el que a menudo incidía y que le producía bastante fastidio. En aquella ocasión, implicaba sin tiento que la chica hacía ruido al beber; sin embargo, por la sonrisa de la muchacha, pareció que ésta había captado el significado verdadero. Es muy raro encontrarse gente así, reflexionó Clemperer.

Pidió una cafetera entera de café y ofreció una taza a la pareja; ellos aceptaron.

Mientras tanto los observó con atención. Nada había en ellos que resultara extraordinario. Parecían normalmente infelices. El uno sentado a un lado de la mesa, la otra en el otro, juntas sus manos sobre el pulido roble. El hombre era de la edad de Clemperer, aunque mejor conservado, lo que evidenciaba una vida más próspera. Parecía como capaz de albergar esperanzas todavía. Detrás de sus gafas, sus ojos grises estaban saturados de camaradería.

La chica resaltaba más. No era guapa, pero tenía un algo que la hacía atractiva. A primera vista parecía tener veintiún años. Su oscuro cabello era corto, sin rizos; en su rostro alargado tenía los ojos más negros y tristes con que jamás se había encontrado Clemperer. Había en ella una aflicción imposible de concretar, como una niebla indecisa: y, sin embargo, *ahora* estaba contenta.

Por entonces, o quizás más tarde, se enteró de que sus nombres eran Spring y Alice.

Pensó que podría ofrecer alguna clase de disculpa por haberse sentado a su mesa sin haber sido invitado, pero decidió hacerlo en la mínima medida en que una disculpa parecía ser necesaria. Cuando comenzó a hablar, su apocada lengua volvió a traicionarle.

—No he tenido intención de inmiscuirme —dijo—. Sé muy bien

que tres forman una nube.

Lo acogieron como una *trouvaille*^[1].

—Ahí está la cuestión —dijo Alice—. ¿Qué más homogéneo que una nube?

—Cf^[2]. una nube de desconocimiento —dijo Spring— flotando en dirección a un misterio.

—Realmente quise decir «nube» —dijo Clemperer, cometiendo un nuevo desliz. Entonces se levantó. Quizá la parte oscura de su mente conociera mejor las cosas; quizá tuviera realmente la intención de decir «nube».

Pidió al camarero griego un plato de xuftides arábigos con espaguetis y salsa de ají. No era lo que acostumbraba Clemperer; raramente comía pasadas las doce: teniendo una cochina úlcera era malgastar la comida. Su teoría más seguida era intentar anegarla en alcohol.

Eso le recordó el whisky intacto; llamó al camarero e hizo que lo retirasen.

—Perdónenme si huelo a whisky —dijo—. Una vez te pones a beber whisky rezumas ese olor por todas partes. Pronto recuperaré la serenidad.

—No hay prisa —dijo Spring.

Spring no hablaba mucho. Tampoco comía mucho, aunque, de vez en cuando metía el tenedor en el plato que tenía delante. Alice estaba aplastando su colilla en el puré de patatas de su plato. De vez en cuando se secaba la frente con un pañuelo de papel. Ambos parecían estar... esperando.

«Gente extraña», pensó Clemperer, experimentando una vez más la cálida sensación de estar en casa. Había sido consciente de su propia rareza durante mucho tiempo.

—Beber es sólo una forma de pretender sumergirse bajo la normal y áspera superficie del amor —dijo a modo de excusa. Había querido decir de la «vida», no del «amor», pero nuevamente pareció que los otros captaban el significado auténtico—. Ciertas personas sólo conocen ese modo de hacerlo. Lo que quiero decir es que se puede ir a través de la vida sin llegar a intimar seriamente con otra persona, sin que llegue a entrar en contacto auténtico la identidad del uno con la del otro, la verdadera identidad. Cuando uno se

sumerge en la bebida, al menos nada en la propia identidad y ya no se necesita demasiado a nadie.

Y pensó sobrecogido: «¿Por qué diablos estoy diciendo estas cosas? Nunca había hablado así a nadie, nunca a nadie que fuera completamente...» Pero no pudo llegar a elaborar el vocablo «extraño». Fuesen lo que fueren, no eran extraños, por lo menos en ese momento, en que compartía su mesa.

—Cuando se está borracho o muerto no se necesita a nadie —dijo Alice, y parecía que la mitad de sus palabras eran emitidas por sus ojos—. Pero, por otro lado, el problema está en que ninguno de nosotros posee una verdadera identidad hasta que no encuentra alguien con quien compartirla: alguien capaz de compartirla.

—Si la gente fuera tan sólo capaz de darse cuenta de esto —dijo Spring—, todo el mundo se pasaría la vida buscando la persona justa.

—La búsqueda es siempre difícil —prosiguió la chica, mirando a Spring—. La compensación estriba en encontrar esa clase de persona, y eso lo *sabes* muy bien. Nadie necesita decir nada. Sólo sentir.

—Realmente me estoy entrometiendo en verdades ajenas —protestó Clemperer, sin sentirlo verdaderamente. Su lengua había transformado «problemas» en «verdades».

—Usted sabe que no —dijeron Spring y Alice al unísono—. ¿No confía en sus respuestas intuitivas?

—Tengo cuarenta y cuatro años —dijo Clemperer sonriendo débilmente—; no estoy habituado a ello.

Ligeramente horrorizado, se puso a contarles la historia de su vida entera. Fue un cuento bastante ordinario, por lo menos hasta el momento revolucionario en que cumplió los cuarenta y cambió por completo su viejo estilo de vida: un cuento de continuo descontento interior. Clemperer no pudo detenerse: se desbordó enteramente mientras el de ojos grises y la de ojos negros escuchaban cada palabra con sumo cuidado.

Por último, llegó al fin de la narración. Los restos de su comida estaban ya fríos; el vaso de Alice estaba totalmente lleno de pañuelos de papel. Clemperer hizo un gesto de autodeprecación.

—No sé por qué les cuento todo esto —murmuró.

—Porque ahora, cuando nos lo cuenta —dijo Alice— lo ve bajo una luz distinta. Ahora puede darse cuenta de que su vida no ha transcurrido tal y como usted lo deseó en su momento.

—¡Tiene razón! —exclamó Clemperer—. Todo mi pasado ha estado dirigido hacia *este* momento, este momento de revelación... lo que le presta un significado que...

Mucho deseaba hablar, pero no pudo dar con las palabras apropiadas. Las veía como icebergs flotando en un mar inmenso; el mar era... ser, poseer, conocer; y debajo de toda su nueva felicidad corría un río que lo conectaba con ellas. Le sobrevino una feroz intranquilidad. Quiso correr, cantar, agitar las manos. Se trataba por lo menos de un momento que celebrar y estar vivo con todas las células.

—Vayamos fuera —sugirió Spring—. Cada vez siento más deseos de airearme.

—Justamente lo que yo iba a decir —exclamó Clemperer.

—Claro —dijo riendo Spring—. Es magnífico tener a alguien que haga esas pequeñeces por uno, ¿eh?

Salieron y penetraron en la noche exterior. Un caldeado viento de verano soplaba a lo largo de la ribera. Embarcaciones de todo tipo se mecían animadamente en el muelle. Por toda la longitud del puerto, el mar arrojaba su espuma contra la base de las blancas farolas.

Clemperer pareció no darse cuenta de la noche ni del viento. Alice se había colocado entre los dos hombres como un catalizador, ocultando entre las sombras su joven rostro de india. Estaba asustada porque algo le roía el corazón y Clemperer ya formaba parte de ese corazón.

—¡Ya lo tengo! —exclamó él repentinamente—. ¡Es una *gestalt*^[3]! ¡Somos una *gestalt*! Ustedes saben a lo que me refiero: el todo que representamos es algo más grande que la suma de nuestras partes. Nos hemos mezclado y algo ha ocurrido por encima de nosotros.

Lo miraron con curiosidad. Por vez primera los había sorprendido y había enclavado la admiración en sus semblantes. Los tres eran conscientes que podían decir muchas cosas en silencio.

—Nosotros, Alice y yo, pensábamos que éramos completos hasta

que usted llegó —dijo gravemente Spring—. Justo al llegar usted, nos dimos cuenta de que aquello no era como habíamos creído. Usted es una parte vital de esto, sea lo que fuere. Sería beneficioso que explicara y probase su contribución.

¡Se sentía tan feliz! No era sólo el compañero que permitían que los acompañara. Al contrario, los tres eran iguales: su compañía era un tercio del todo.

—Primero, permítanme decir algo —comenzó—, aunque por tratarse de ustedes puede no ser necesaria semejante declaración. Por lo común (de hecho hasta esta noche) no soy la clase de persona que ahora están viendo. La gente se comporta de modo inusual cuando se reúne con diversidad de personas. Generalmente odio a la gente: cuando un hombre o una mujer se convierten en amigos míos, lo hacen de la forma más difícil, las barreras han de bajarse una a una y hay muchas barreras. De algún modo, ustedes dos las han sobrepasado todas de golpe. Y otra cosa: en este momento de la noche, la aguda y agrídulce sensación de vivir se recrudece en mi alma.

—Aquí todos somos Noctámbulos —interrumpió amablemente Alice.

—... de modo que, en general, me las arreglo para estar bien saturado, para mantener alejadas las voces. Usualmente tengo una rara dificultad en el habla, una especie de desliz freudiano, que ahora me ha abandonado por completo, como si la rueda dentada de mi veterano cerebro hubiera recuperado sus dientes. He dejado de decir palabras equivocadas: he dado con las cerraduras que mis llaves deseaban. Por otro lado, desconfío abiertamente del misticismo, de las emociones o de cualquier cháchara que saque, saquemos, a la palestra. Pero repentinamente deja de ser charlatanería; y estar caminando junto a ustedes se convierte en una cosa real desconocida hasta ahora.

—Por supuesto que está usted sorprendido —dijo Spring—. Como que es sorprendente. ¡Es desconcertante! Cuando al principio nos ocurrió a Alice y a mí pensamos que se trata sólo de amor. (¿Por qué ese «sólo»?) Su venida nos demuestra que es algo más frecuente.

—Tal y como ya habíamos empezado a sospechar —concluyó

Alice. La forma de complementarse que tenían las significaciones era cosa de sueño—. Háblenos sobre la forma. Exponga y expándase.

—Nunca estuve contento porque hasta ahora no había tropezado con vosotros —dijo Clemperer—. Quizá todas las personas descontentas que hay en el mundo están esperando su Momento de Encuentro... Puedo sentir, puedo sentir que conformamos un algo grande, más grande que un conjunto de tres personas; de algún modo estamos a mucha distancia del tiempo y del espacio. Como antes dijisteis, este encuentro ha tenido el poder de alterar mi pasado; probablemente pueda alterar también nuestro futuro. Esto jamás ha sido descrito. No es telepatía, aunque al experimentar paralelamente obviamente deberíamos pensar de manera similar. No es un *ménage à trois*, o lo que se suele implicar en esta expresión, aunque la sexualidad básica puede proveer algo de la fuerza que permanece ligada. Si ha sido conocido antes, los conocedores lo han mantenido bien oculto. Estamos siguiendo un nuevo sendero, un camino no hollado. No podremos saber adonde conduce... hasta que lleguemos.

Continuó hablando, dilucidando por los tres, transportado por su visión. Mientras caminaban a lo largo del muelle, las luces que tenían sobre sí parecían flotar como soles, derramando su luminosidad astral sobre sus rostros.

Al cabo, Clemperer se interrumpió.

—Es muy tarde —dijo, excusándose brusca y repentinamente—. ¿Sabéis? Es impresionante lo que al parecer sé de cuantas cosas importantes anidan en vosotros dos, aunque nada conozco de aquellos asuntos triviales a los que todo el mundo concede excesiva importancia. ¿No queréis ir a casa, o a cualquier otro lugar ahora?

—Sire, no somos sino pobres veraneantes —dijo Spring con afectada comicidad—. Nuestras casas están muy lejos.

Señaló hacia el oscuro mar, en el que un yate permanecía anclado y meciendo sus luces al vaivén de las olas.

—¿Ves el yate? Allí están nuestros camarotes. Alice y yo nos conocimos porque un amigo común, el propietario del yate, nos invitó a hacer un crucero por toda la costa en compañía de otras personas. Creo que permaneceremos en tierra esta noche; pero

podemos subir a bordo por la mañana; allí no se preocupan mucho de nosotros y cualquiera de los embarcados podrá ocuparse de mi mujer.

Las últimas palabras pronunciadas informaron a Clemperer de todo lo que necesitaba saber acerca del aura de tristeza que bordeaba los ojos de Alice; el tema no volvió a surgir entre ellos.

—El Karpenkario permanece abierto toda la noche —dijo Clemperer.

Desandaron el camino en silencio un elocuente silencio que pesaba mucho más que todo lo hablado. De vez en cuando, Alice echaría mano de algún que otro papel de seda para secarse la frente; luego lo dejaría escapar de entre sus dedos y lo vería flotar inclementemente a merced del fuerte viento: agitándose, dando vueltas hacia arriba, por encima de las techumbres de las miserables casas que daban al mar.

En el Karpenkario se las arreglaron para conseguir un pequeño reservado en la parte trasera. Contenía una mesa de juego, sillas, y desordenados montones de papeles desparramados por el suelo; no obstante, para Clemperer era mejor que volver a su habitación. Deliberadamente no había sugerido esto último. El recuerdo de su cama deshecha, las vacías botellas de whisky encima del aparador, las ropas desperdigadas por el suelo, un pastel de manteca medio derretido en la palangana, todo ello afloró a su conciencia y sólo le produjo una leve sonrisa de tristeza. Todo aquello pertenecía a un pasado carente de objeto. Habría llevado a Alice y a Spring a aquel lugar igual que la culebra cambia la piel.

Pidieron café y reanudaron la conversación. Conversación interminable, como si un torrente rápido y seguro de sí correteara bajo la superficie.

La *gestalt* devino más intensa a medida que la noche alcanzaba su núcleo, hasta parecer que los envolvía como una cúpula derrumbada, casi ahogándolos. Afuera, el viento aullaba, se colaba por los callejones, hacía sonar pequeños utensilios, batía puertas mal ajustadas y gemía por encima de los techos de los edificios. Y crecía hasta simbolizar para ellos el nuevo poder, que acechaba un poco más allá del umbral de sus conciencias hasta dar la sensación de que en el interior de los tres podía coexistir una fuerza capaz de

arrancar el autodomínio y arrebatarlo como una brizna de paja... para siempre.

Entonces conocieron el miedo. Pero, curiosamente, lo experimentaron porque en un momento dejaron de saber lo que representaban, y su ancestral seguridad en sí mismos parecía haberlos abandonado en medio de lo eterno en el curso de la marea de la medianoche.

—La forma —dijo Alice, en un momento dado—, ¿qué creéis que podemos *hacer* con ella?

—¿O qué es capaz de hacer con nosotros? —agregó Spring.

—¿Es una fuerza perteneciente al bien o al mal? —preguntó Clemperer.

—Creo que está más allá del bien y del mal —dijo la muchacha, adentrando su mirada en las profundidades de algún bienestar inimaginable—. Lo que quiera que pueda ser, está más allá de todas las leyes y normas. Lo que comúnmente se denomina... sobrenatural...

Parecían haberse petrificado. Cansados, helados, viciados, estrecharon más el círculo en torno a la mesa, aunque no más que el paciente caimán que aguarda su presa. Parecían hatos de ropas viejas.

—Hay algo que nosotros, o la forma, podemos hacer —dijo Clemperer—. Soy capaz de sentirlo, aunque no de darle definición.

—Lo que nos une es siempre la función —dijo Spring, casi cortante—, función capaz de sostenernos allí donde nos encontramos, ocurra lo que ocurra. ¿Y qué podría ser más valioso?

—Somos los Noctámbulos —murmuró la chica—. Por lo menos podemos sufrir siempre juntos.

Entonces dejaron de hablar y el viento siguió ululando sin provocarles el menor estremecimiento, gritando, gimiendo, chillando más allá de los muros, más allá del reservado, más allá de su unidad conjunta. Clemperer dormía y no dormía: en un extremo de su mente escuchaba las últimas palabras repetidas una y otra vez: aquellas palabras que más tarde se mostrarían tan cargadas de significado: «Podemos sufrir siempre juntos... Su función es siempre la de unirnos... Donde quiera que estemos, ocurra lo que ocurra... sujetarnos para siempre... juntos».

Los tres individualmente se desvanecieron en una porción del mismo trance, en tanto la aurora aparecía enfermiza fingiéndose claro de luna.

Ella permanecía junto a Spring en un extremo del embarcadero y gastaba su último papel de seda. Tenían que regresar al yate; el propietario los esperaba: hoy tenía que emprender rumbo a la isla de Jedder, hiciese el tiempo que hiciera. Regresarían a la caída de la noche; entonces volverían a verse. Tras ellos, un marinero les esperaba para conducirlos por las ondulantes aguas hasta el yate.

En la tensión del momento, Clemperer se sorprendió utilizando las frases convencionales de despedida. No importaba. Lo que él o ellos hicieran no tenía importancia éstos o aquél comprenderían siempre; su fe no conocía límites; las últimas barreras habían sido vencidas por la noche.

Clemperer rozó las mejillas de los otros con las suyas, grasientas, grisáceas y sin afeitar. El contacto con ellos casi lo sofocó. Los amaba infinitamente. Eran personas amables, inteligentes, capaces de aceptar las cosas, enteramente abiertas a las heridas del mundo.

Subieron al bote. El saludable aire de la mañana aureolaba la oscura cabeza de Alice. No hubo amargura en la partida; no era una partida verdadera. Sin embargo, Clemperer se sentía fracasado. Había dicho:

—En cierto modo estamos lejos del tiempo y del espacio —y ahora, aquello parecía obviamente falso. Ignorarlo todo: en eso consistía la existencia. Clemperer se volvió y se encaminó cansadamente hacia su habitación.

Y durmió.

A las cinco de la tarde se despertó gritando. Un vidrio de su ventana había saltado en pedazos. Se incorporó en la cama, incapaz de orientarse. Al principio creyó que se ahogaba. Las aguas habían saltado hacia él, azotando su rostro. Sus pulmones estaban inundados de espuma.

Clemperer se levantó aturdido, y se alejó de la cama tambaleándose.

El viento había roto la ventana. Aunque agonizaba al romper el

día, el ventarrón había cobrado fuerzas y se había convertido en una impresionante tormenta que se elevaba desde el mar hacia la ciudad.

Algo más resultaba equívoco, algo que sentía dentro de sí. Clemperer estaba vestido del todo, incluso llevaba puesto el abrigo. Bebió un poco de agua, se enjuagó la boca con ella y salió precipitadamente de la casa. Era extraño no haber despertado con resaca, era extraño haber despertado con un propósito definido. Spring y Alice estaban en apuros, el peligro se había cernido sobre ellos.

Bajó rápidamente por las estrechas calles hasta llegar al puerto. Entonces vio a la gente apelotonada en el muelle; era cierto, lo había sabido con anterioridad. Todos miraban hacia alta mar, la mayoría en silencio, unos cuantos gritando y señalando. Mientras se cruzaba corriendo con algunos, alcanzó a escuchar algunas palabras: un yate estaba en dificultades, había sido echado el bote salvavidas, la corriente Jedder dificultaba el rescate.

Corrió por las colinas hacia el punto más alto de los acantilados, corría como no había corrido en años, corría como un poseso.

Desde la cima, la isla Jedder era una oscura mota sobre el horizonte. Las negras nubes la semiborraban con sus vientres chorreantes. Mientras oteaba, la lluvia barría el mar, azotaba la costa, inundaba las rompientes y golpeaba su rostro con rachas de gotas tan duras como guijarros. En un momento quedó calado hasta los huesos.

Pero, en su atenta observación, Clemperer había divisado el yate: lo vio deslizarse bajo la agitada superficie. El bote salvavidas no estaba en sus alrededores, delimitados por una furiosa estela de espuma verde que señalaba la corriente Jedder. Para cualquiera que aún permaneciese a bordo del yate no había la menor esperanza de supervivencia; el yate se había hundido de golpe.

—¡Clemperer! —Oyó en sus oídos el hiriente grito de *ellos* mientras el navío seguía hundiéndose, hundiéndolos consigo.

En su interior habitaba ahora la muerte; estaban anestesiadas todas sus sensaciones. La tormenta bramaba en su rostro, silbaba en sus oídos, pero en su interior sólo habitaba el silencio cuando emprendió cansadamente el camino colina abajo, resbalando y

dando tropiezos sin advertirlo. Caminaba en medio de un sueño y se abrió paso a empujones a través de la sombría muchedumbre todavía apelotonada y expectante en el puerto. Nebulosamente consciente del rumbo que tomaba, Clemperer cruzó la carretera y caminó pesadamente hacia el Karpenkario.

Alice y Spring estaban sentados alrededor de la mesa ya conocida y le estaban esperando. Estaban más mojados que él, pero sonreían.

En el curso de los siglos fueron emprendidas muchas guerras. Ellas hicieron que una fracción de la humanidad se lanzara al universo para escapar. En la tierra, un conflicto concreto diezmo al hombre y dejó casi estériles sus continentes; pero, como siempre, el conflicto más cruel se entabló entre el individuo y su medio.

TODAS LAS LÁGRIMAS DEL MUNDO

Era el último día del verano del último año del siglo octogésimo octavo.

Ronroneando en un punto elevado de la estratosfera, un aspa transportaba a J. Smithlao, psicodinámico, sobre el sector centésimo trigésimo noveno de Ingle Terra. Comenzó a descender en picado. Fue descendiendo hasta estabilizarse y posarse en un punto de la finca de Charles Gunpat sin necesitar de la atención de Smithlao.

Para Smithlao era una comisión de rutina. Había acudido, como psicodinámico de Gunpat, a suministrar una vigorización de odio al anciano. Su rostro oscuro parecía hastiado cuando contemplaba la imagen del exterior en sus telepantallas. Cosa bastante extraña, había captado la fugaz visión de un hombre que se aproximaba a pie a la finca de Gunpat.

—Tal vez sea un salvaje —murmuró para sí.

Bajo su aspa menguante, el paisaje era tan nítido como un cianotipo. Los empobrecidos campos formaban rectángulos impecablemente delimitados. Aquí y allá, éste o aquel robot mantenía la naturaleza a su imagen funcional: ni un guisante cascarillado sin supervisión cibernética; ni un abejorro entre estambres sin comprobar por radar la justeza de su curso. Todas las aves tenían un número y una señal de llamada, mientras que cada tribu de hormigas contaba con el metálico escrutador de hormigas que informaba a la base los secretos del hormiguero. Cuando la lluvia caía, el agua tenía su lugar asignado para posarse. El viejo y

confortable mundo de los factores fortuitos había desaparecido bajo la presión del hambre.

Nada viva sin control. La incontable población de los pasados siglos había agotado los recursos del suelo. Sólo la más severa paciencia y la disciplina más despiadada, eran capaces de producir alimento suficiente para la población contemporánea, nada densa. Habían muerto billones por inanición; los cientos que quedaron vivían al borde de la inanición.

En medio de la nitidez estéril del paisaje, la finca de Gunpat parecía un insulto. Abarcando cinco acres era una pequeña isla de desierto. Olmos altos y descuidados marcaban el perímetro invadiendo el césped y la casa. El edificio en sí, la principal del Sector 139, estaba construido a base de grandes bloques de piedra. Había tenido que construirse sobre armazón resistente a fin de soportar el peso de los servomecanismos que, aparte de Gunpat y su demente hija Ployploy, eran sus únicos ocupantes.

Smithlao había divisado la figura humana en el momento de arribar al nivel de los árboles. La figura caminaba pesadamente hacia la finca, pero, por una multitud de razones se trataba de una visión sumamente improbable. La gran riqueza material del mundo estaba repartida entre una cantidad relativamente escasa de gente, y nadie era lo bastante pobre como para tener que ir caminando a ningún lugar. El hombre estaba expoliando con saña a la Naturaleza, inspirado por la idea de que había sido traicionado por ella: semejante odio convertía el desplazamiento a pie en un infierno tal, que sólo era practicado por personas insanas, como Ployploy.

Apartando la figura de su mente, Smithlao condujo el aspa hasta un sendero de piedra enfrente mismo del edificio. Se sentía contento de haber descendido: era un día borrasco y los macizos cúmulos que había tenido que atravesar no contenían sino turbulencia. La mansión de Gunpat, con sus ventanas desprovistas de vista, sus torres, sus terrazas infinitas, su ornamentación innecesaria, y su porche inmenso, se alzaba ante él como una tarta de bodas abandonada.

Su llegada estimuló en seguida la actividad. Robots con tres ruedas se acercaron al aspa desde lugares diferentes, rotando armas

de atómica luz en tanto se le aproximaban.

Nadie, pensó Smithlao, entraría aquí sin ser invitado. Gunpat no era un hombre sociable, ni siquiera a tenor de lo que se entendía en la época por sociabilidad; la desgracia de tener una hija como Ployploy había servido para acentuar el lado más moroso de su temperamento melancólico.

—Diga quién es —exigió la máquina que iba en vanguardia. Era fea y sin brillo, y recordaba vagamente al sapo.

—Soy J. Smithlao, psicodinámico de Charles Gunpat —replicó Smithlao; había pasado por estos protocolos en todas sus visitas. Al hablar, mostraba su rostro a la máquina. Ésta gruñó, llevando a su memoria facciones e información.

—Es usted J. Smithlao —dijo la máquina—, psicodinámico de Charles Gunpat. ¿Qué quiere?

Maldiciendo la monstruosa parsimonia, Smithlao se dirigió al robot:

—Tengo una cita a las diez con Charles Gunpat para vigorización del odio —y esperó mientras la máquina digería lo recién dicho.

—Tiene usted una cita a las diez con Charles Gunpat para una vigorización del odio —confirmó el robot al cabo—. Venga por aquí.

Dio media vuelta con gracia sorprendente y habló a los otros dos robots asegurándoles la información y repitiendo mecánicamente:

—Es J. Smithlao, psicodinámico de Charles Gunpat. Tiene una cita a las diez con Charles Gunpat para una vigorización del odio —por si no hubieran captado los datos.

Entre tanto, Smithlao se dirigía a su aspa. La parte de la cabina que lo contuviera se prolongó y posó las ruedas en el suelo firme convirtiéndose en un automóvil. Transportando a Smithlao, siguió a los robots en dirección a la gran mansión.

Ascendieron unas pantallas automáticas cubriendo las ventanas mientras Smithlao se desplazaba en dirección a los humanos. Ahora sólo podía ver y ser visto a través de las telepantallas. Era tal el odio (y también el miedo) que el hombre sentía hacia su semejante que era incapaz de afrontar su vista directamente.

Siguiéndose la una a la otra, las máquinas ascendieron a las

terrazas a través del gran porche, donde quedaron cubiertas por una niebla de desinfectante, y luego a lo largo de un laberinto de pasillos, hasta arribar finalmente a la presencia de Charles Gunpat.

La sombría cara de Gunpat mostraba en la pantalla del automóvil la parte más benévola del disgusto que sentía al ver a su psicodinámico. Normalmente, solía autocontrolarse, lo que desdecía de sus hábitos en las reuniones de negocios, en las que el truco estaba en acobardar a cualquier oponente mediante aparatosas manifestaciones de rabia. Por esa razón siempre se instaba a Smithlao a que administrase una vigorización del odio cuando algo importante aparecía en el horario del día.

La máquina de Smithlao condujo a éste hasta quedar a una yarda de la imagen de su paciente, mucho más cerca de lo que requería la cortesía.

—Llego tarde —comenzó Smithlao, a propósito— porque me resulta imposible permanecer frente a su ofensiva presencia ni un minuto más de lo necesario. Tenía la esperanza de sufrir, en mi tardanza, algún feliz accidente que me librase de esa estúpida nariz suya sita en su (¿cómo bautizarla?) *cara*. Pero, por el diablo, aún sigue ahí, con sus dos agujeros abiertos en su cráneo como un par de ratoneras. A menudo me he preguntado, Gunpat, si no ha metido alguna vez sus pies planos en esos pozos.

Observando atentamente el rostro de su paciente, Smithlao vio apenas un tímido florecimiento de irritación. Sin ninguna duda, Gunpat era un hombre difícil de provocar. Pero, por fortuna, Smithlao era un experto en su profesión; procedió a ejercer el insulto sutil.

—Aunque, claro, si ello ocurriera nunca se caería usted al suelo, porque es demasiado imbécil para distinguir lo que está arriba de lo que está abajo. Ni siquiera sabe cuántos robots hacen cinco robots. Vaya, como que cuando va a la capital, el Centro de Apareamiento, ni siquiera se da cuenta de que un hombre tiene que salir de su pantalla. El tontorrón de Gunpat se imagina que hay que fornicar por la telepantalla. ¿Cuál es el resultado? Una hija chiflada ¡una hija chiflada, Gunpat! ¿No te hace llorar? Piensa lo que se reirán con eso tus enemigos de la Automoción. Dirán de ti: «Gunpat el del telecondón y su hija la pija». Y añadirán: «No puede controlar que

sus genes le resulten tan semejantes».

Las mofas estaban obteniendo los efectos deseados. Una mueca se estaba extendiendo sobre la imagen del rostro de Gunpat.

—Tú mismo dijiste que tu hija no era más que una retrasada mental —le espetó.

La respuesta estaba comenzando a aflorar. Era un buen signo. Su hija era siempre un punto flaco en el conjunto del blindaje.

—¡Retrasada mental! —se burló Smithlao—. ¿Cuánto retraso eres capaz de manifestar tú? ¿Es una chica *amable*? ¿Me oyes, eh, me oyes a través de las cerdas de tus orejas? ¿Le gusta *joder*? —cloqueó con una risa irónica—. ¡Cuánta obscenidad, saco de incestos! No puede odiar para salvarse. No es mejor que una salvaje. Es peor que esto: ¡está loca!

—No está loca —dijo Gunpat, asiendo ambos lados de la pantalla. A esta marcha, estaría listo para la conferencia en diez minutos.

—¿Que no está loca? —dijo el psicodinámico, dando a su voz un tono de chanza—. Oh, no, Ployploy no está loca: lo que ocurre es que el Centro de Apareamiento la ha rechazado hasta para parir, eso es lo que pasa. El Gobierno Imperial le ha negado el derecho al televoto, eso es lo que pasa. La Sociedad Educativa la ha relegado a recreos beta, eso es lo que pasa. Está aquí prisionera porque es un genio, ¿no? Estás chiflado, Gunpat, no te das cuenta de que está como un cencerro. Hasta me dirás por esa boca de puerco que ni siquiera tiene el rostro pálido.

Gunpat hizo sonidos guturales.

—¡No te atrevas a mencionar eso! —jadeó—. Además, ¿qué pasa si su cara tiene... ese color?

—Haces unas preguntas de majadero, no vale la pena que te molestes así —dijo Smithlao con dulzura—. Tu problema, Gunpat, es que tu cabeza de carnero es blanca porque es una puerca regresión. Nuestros antiguos enemigos eran blancos. Ocuparon esta parte del globo, Ingla Terra y Eu Ropa, hasta que nuestros antepasados se alzaron en el Este y les arrebataron los antiguos privilegios que durante tanto tiempo habían venido gozando a nuestras expensas. Nuestros antepasados se mezclaron con los supervivientes, ¿me equivoco?

»Unas cuantas generaciones después, el linaje blanco fue obliterado, diluido, perdido. No se ha visto una cara blanca sobre la tierra desde antes de la terrible Era de la Superpoblación: para ser generosos, digamos que desde hace mil quinientos años. Pero hete aquí que el recesivo Señor Gunpat lanza una moza tan blanca como la nieve. ¿Qué te dieron en el Centro de Apareamiento, muchacho, una mujer de las cavernas?

Gunpat estalló con furia, agitando su puño ante la pantalla.

—¡Estás despedido, Smithlao! —bramó—. ¡Esta vez has ido demasiado lejos, por muy cochino psicodinámico que seas! ¡Largo! ¡Vamos, lárgate y no vuelvas nunca más! ¡Esta casa te cierra las puertas para siempre!

Abruptamente, gritó a su auto-operador para que le comunicara con la conferencia. Estaba con el humor ideal para negociar con Automoción y sus bandidos.

Cuando la airada imagen de Gunpat se desvaneció de la pantalla, Smithlao suspiró y se relajó. La vigorización del odio había sido un éxito. El supremo logro en su profesión consistía en ser echado a gritos al final de la sesión; Gunpat sería el primero en volver a contratarlo la próxima vez. De lo contrario, Smithlao no sentía el triunfo. En su profesión era necesaria una completa exploración de la psicología humana; tenía que conocer hasta los puntos más recónditos del hombre, los puntos más sensibles. Tanteando esos puntos hábilmente, arrastraría al hombre a la acción.

Sin esos arranques, los hombres, desvalidos, eran presas del letargo, amasijos llevados de aquí para allá por las máquinas. Los antiguos mandos habían desaparecido.

Smithlao permaneció sentado, oteando el pasado y el futuro.

Al agotar el suelo, el hombre se había agotado a sí mismo. La psique y un suelo viciado no podían existir simultáneamente; era así de sencillo y lógico.

Tan sólo las eventuales mareas de odio y rabia concedían al hombre ímpetu suficiente para proseguir. De otro modo, el hombre no era sino una mano muerta en medio de un mundo mecanizado.

—Así se extingue una especie —pensó Smithlao, preguntándose si alguien más lo habría pensado. Quizá el Gobierno Imperial lo

supiera todo al respecto, pero era incapaz de hacer nada; a fin de cuentas, ¿qué más podía hacerse aparte de lo ya hecho?

Smithlao era un hombre superficial: dato inevitable en una sociedad endogámica tan debilitada que no podía afrontar su propia debilidad. Tras descubrir el formidable problema, se sentía impelido a olvidarlo para evadir su impacto, y eludir cualquier implicación personal que pudiera albergar. Dio un gruñido a su automóvil, se dio la vuelta y decidió irse a casa.

Puesto que los robots de Gunpat ya se habían marchado, Smithlao recorrió solo el camino de vuelta. Pronto se encontró de regreso al aspa, inmóvil bajo los olmos.

Antes de que el automóvil se incorporase al conjunto del aspa, un movimiento llamó la atención de Smithlao. Medio oculta por una galería, Ployploy permanecía de pie apoyada en una esquina del edificio. Con repentino impulso de curiosidad, Smithlao salió del automóvil. El aire libre, además del movimiento, prodigaba un cúmulo de rosas, nubes y objetos verdes oscurecidos por el presentimiento del otoño. Aquello asustó a Smithlao, pero un impulso aventurero le hizo proseguir.

La chica no miraba hacia él, sino hacia la barrera de árboles que la aislaba del mundo. Mientras Smithlao se acercaba, ella retrocedió hacia la parte trasera de la casa manteniendo todavía la vista fija en el mismo punto. La siguió con precaución y fue ganándole terreno aprovechando la oportunidad que le brindaba una pequeña plantación. Un jardinero metálico, sin advertir su presencia, siguió inclinado con sus tijeras de podar sobre un macizo de hierba.

Ployploy ya se encontraba en la parte trasera de la casa. El viento, al tiempo que agitaba sus ropas, inclinaba las hojas contra ella. El aire suspiraba en el extraño y desolado jardín lo mismo que el espíritu del hado cernido sobre una pila bautismal, arruinando las rosas tardías. Poco después, los émulos de pétalos serían absorbidos por senderos, césped y patio merced al trabajo del acerado jardinero, pero de momento ascendían en diminuta marea alrededor de los pies de la muchacha.

Una extravagante arquitectura volcaba su sombra sobre Ployploy. Una fantasía rococó de la vieja Italia se había confundido con el genio chino para componer un portal y un techo fantásticos.

Las balaustradas emergían y descendían, las escalinatas rodeaban arcadas circulares, y los aleros grises y azur se desparramaban casi hasta el suelo. Sin embargo, todo tenía un aspecto triste: las enredaderas, apuntando ya su gloria por venir, se arrastraban en torno a la base de estatuas marmóreas; acumulaciones de pétalos de rosa trababan las escalinatas. Todo aquello conformaba el paisaje de fondo ideal contra el que destacaba la desamparada silueta de Ployploy.

Salvo por el delicado rosa de sus labios, su rostro era enfermizamente pálido. Su cabello era horrendamente negro; pendía recto, ceñido tan sólo en un punto de su nuca, conformando a partir de ahí una cola que alcanzaba su cintura. Parecía verdaderamente loca con aquellos melancólicos ojos mirando hacia los grandes olmos como si éste fuera el límite último de su vista. Smithlao se volvió para ver qué era lo que miraba la muchacha con tanto interés.

El salvaje al que había divisado desde el aire se encontraba, en aquel momento, abriéndose paso por entre los matorrales que crecían junto a los olmos.

Una repentina lluvia cayó entonces, repiqueteando sobre las secas hojas de los arbustos. Semejante a un aguacero primaveral, duró unos instantes; en el intervalo, Ployploy ni siquiera alteró su posición, y el salvaje tampoco. En seguida apareció el sol calcinador derramando las luces y las sombras de los olmos sobre la mansión, transformando cada flor en un enojado camafeo de lluvia.

Smithlao volvió a pensar en lo que ya pensara en la estancia de Gunpat, es decir: la inminencia del fin del hombre. Y añadió: cuando el parásito llamado hombre se extinga, para la Naturaleza será muy fácil comenzar de nuevo.

Aguardó en tensión, sabiendo que algo dramático estaba a punto de suceder ante sus ojos. Al otro lado del césped apareció un diminuto objeto con ruedas, se detuvo y desapareció luego tras una arcada. Era un guardián de la barrera y había ido a dar la alarma y a advertir que había un intruso en los alrededores.

Al minuto regresó. Lo acompañaban cuatro grandes robots; uno de ellos fue reconocido por Smithlao como la máquina sapo que había recusado su llegada. Siguieron su camino sin vacilaciones por

entre macizos de rosas, como cinco amenazas diferenciadas. El jardinero metálico murmuró algo para sí, abandonó su tarea y se unió a la procesión que marchaba hacia el salvaje.

—Tiene menos escapatoria que un perro —se dijo Smithlao. Aquella frase tenía su significado: todos los perros habían sido exterminados desde hacía tiempo.

El salvaje había atravesado ya la barrera de matorrales y se adentró hasta el borde del césped. Cogió una rama espesa de un arbusto y se la introdujo en la camisa de modo que su rostro quedaba parcialmente oscurecido; arrancó otra rama y se la introdujo en los pantalones. En tanto los robots se aproximaban, alzó los brazos sobre la cabeza sosteniendo una tercera rama en las manos.

Las seis máquinas lo rodearon, zumbando y resoplando.

El robot sapo chasqueó como si estuviera decidiendo qué hacer a continuación.

—Diga quién es —exigió.

—Soy un rosal —dijo el salvaje.

—Los rosales producen rosas. Usted no produce rosas. Usted no es un rosal —dijo el sapo de acero. Su más alto y grande cañón se alzó a la altura del pecho del salvaje.

—Mis rosas han muerto ya —dijo el salvaje—, pero todavía me quedan hojas. Si no sabes lo que son las hojas pregunta al jardinero.

—Este objeto es un objeto con hojas —dijo súbitamente el jardinero con voz profunda.

—Sé lo que son las hojas. No tengo necesidad de preguntar al jardinero. Las hojas son el follaje de los árboles y las plantas, que les prestan su apariencia verde —dijo el sapo.

—Este objeto es un objeto con hojas —repitió el jardinero, añadiendo, para aclarar la proposición—, hojas que le prestan una apariencia verde.

—Sé lo que son los objetos con hojas —dijo el sapo—. No tengo necesidad de preguntarte, jardinero.

Al parecer, un estallido de argumentos limitados iba a desarrollarse entre ambos robots; pero en aquel momento una de las máquinas restantes dijo algo:

—Este rosal puede hablar —declaró.

—Los rosales no pueden hablar —dijo de pronto el sapo. Tras parir semejante perla, quedó en silencio, probablemente considerando la extrañeza de la vida. Al cabo de unos instantes dijo con lentitud—: En consecuencia, o este rosal no es un rosal o este rosal no tiene por qué hablar.

—Este objeto es un objeto con hojas —comenzó el jardinero cansinamente—. Pero no es un rosal. Los rosales tienen estípulas. Este objeto no tiene estípulas. Es un espinoso negro tronchado. El espinoso negro se llama también endrino.

Este conocimiento especializado iba más allá del vocabulario del sapo. Se produjo un silencio tenso.

—Soy un espinoso negro tronchado —dijo el salvaje, que permanecía en la misma posición que al comienzo—. No puedo hablar.

Ante esto, todas las máquinas se pusieron a hablar a la vez, dando vueltas en torno al hombre para obtener una mejor perspectiva, al tiempo que se ladraban las unas a las otras. Por último, la voz del sapo se alzó por encima de la babel metálica.

—Sea lo que fuere esta cosa con hojas, debemos arrancarla de cuajo. Debemos exterminarla —dijo.

—No puedes desenraizarla. Ésa es únicamente tarea de jardineros —dijo el jardinero. Esgrimiendo sus podadoras y enarbolando una impresionante guadaña, el jardinero cargó contra el sapo.

Las armas, empero fueron ineficaces contra el blindaje del sapo. Éste, sin embargo, se dio cuenta de que habían llegado a un punto muerto en sus investigaciones.

—Nos retiraremos para preguntar a Charles Gunpat lo que debemos hacer —dijo—. Hagámoslo así.

—Charles Gunpat está en una conferencia —dijo el robot explorador—. Charles Gunpat no debe ser molestado cuando está en una conferencia. Por lo tanto, no debemos molestar a Charles Gunpat.

—En ese caso, debemos esperar a Charles Gunpat —dijo imperturbable el sapo de metal. Empezó camino por un área cercana al lugar donde se encontraba Smithlao; uno tras otro, los robots ascendieron los peldaños y desaparecieron en el interior de

la mansión en medio de una nube de silogismos.

Smithlao no podía sino maravillarse de la frialdad del salvaje. Era un milagro que todavía permaneciera vivo. De haber pretendido huir, habría sido liquidado en el acto; era una situación para la que los robots estaban preparados. Sin embargo, de haberse enfrentado a un solo robot, su jerga, por muy inspirada que hubiese sido, no le habría salvado: el robot es una criatura de mentalidad única.

En conjunto, sin embargo, sufren un problema que a veces aflige a las colectividades humanas: una tendencia a exhibir su lógica particular a expensas de la materia a tratar.

¡Lógica! He aquí el problema. Era todo cuanto concernía a los robots. El hombre poseía lógica e inteligencia: a la larga superaba a sus robots. No obstante, había perdido la batalla contra la Naturaleza. Y la Naturaleza, como los robots, usaba sólo la lógica. Era una paradoja contra la que el hombre no podía precaverse.

Nada más desaparecer la hilera de máquinas en el interior de la mansión, el salvaje corrió césped adentro y ascendió los primeros tramos de escalones, encaminándose hacia la muchacha inmóvil. Smithlao se deslizó tras un grupo de árboles para estar más cerca de ellos; se sintió como un malhechor al observarles sin pantalla previa, pero no podía marcharse ahora; sintió que todo aquello era como una pequeña charada que señalaba el final de todo lo que el Hombre había sido. El salvaje estaba ya muy cerca de Ployploy, desplazándose a lo largo de la terraza como si estuviera hipnotizado.

Ella habló primero.

—Fue usted ingenioso —le dijo. Sus mejillas se habían sonrosado y contrastaban con el blanco de su rostro.

—He tenido que ser ingenioso durante todo un año para llegar hasta ti —dijo él. Y, con todos sus recursos, por fin frente a frente con ella, quedó inmóvil y desvalido. Era un hombre joven, delgado y nervioso, las ropas raídas, la barba descuidada. Sus ojos no se apartaban de los de Ployploy.

—¿Cómo me encontró? —preguntó Ployploy. Su voz, al contrario que la del salvaje, apenas llegó hasta Smithlao. Una inquieta expresión, vacilante como el otoño, jugueteaba en su rostro.

—Fue una especie de instinto: como si hubiera oído tu llamada —dijo el salvaje—. Todo lo que posiblemente pueda estar torcido en un mundo torcido. Quizá seas tú la única mujer que amo en este mundo; quizá sea yo el único hombre capaz de corresponder con justeza. De modo que he venido. Fue algo natural: no podía valerme por mí mismo.

—Siempre soñé que vendría alguien —dijo ella—. Y durante semanas he sentido... he *sabido* que estabas a punto de aparecer. Oh, amor mío...

—Debemos obrar con rapidez, corazón —dijo él—. En un tiempo trabajé con robots: tal vez pudiste ver cómo me las entendí con ellos. Para cuando salgamos de aquí, tengo preparado un avión-robot que nos conducirá lejos, a cualquier parte: a una isla, tal vez, donde las cosas no nos desesperen tanto. Pero tenemos que irnos antes de que vuelvan las máquinas de tu padre.

Dio un paso hacia Ployploy.

Ella alzó una mano.

—Aguarda —le imploró—. No es tan sencillo. Debes saber algo... El... el Centro de Apareamiento me rehusó el derecho a criar. No puedes tocarme.

—¡Odio el Centro de Apareamiento! —exclamó el salvaje—. Odio cuanto tenga que ver con el régimen dominante. Nada suyo puede afectarnos ya.

Ployploy juntó sus manos en su espalda. El color había abandonado sus mejillas. Un fresco rocío de pétalos de rosas moribundas cayó sobre sus ropas, mofándose de ella.

—Es tan desalentador —dijo ella—. No entiendes...

El salvajismo del salvaje estaba humillado.

—Lo he dejado todo para venir hasta ti —dijo—. Sólo deseo estrecharte entre mis brazos.

—¿Eso es todo, realmente todo, todo cuanto deseas en el mundo? —preguntó ella.

—Lo juro —replicó él con sencillez.

—Entonces ven y tócame —dijo Ployploy.

En aquel momento vio Smithlao el brillo de una lágrima en los ojos de la chica, reluciente y gruesa como una gota de lluvia.

La mano que el salvaje extendía hacia ella se movió hacia su

mejilla. Ella permanecía sin temor en la terraza gris, muy tesa la cabeza. Y de aquel modo los amorosos dedos del salvaje hicieron estallar la continencia de la mujer. La explosión fue casi instantánea.

Casi. Analizar el roce de otro humano llevó a los nervios de la epidermis de Ployploy apenas una fracción de segundo; entonces, el bloque neurológico implantado por el Centro de Apareamiento para el rechazo de toda copulación y protegerse contra tales contingencias entró en acción. Cada célula del cuerpo de Ployploy desató su energía en un jadeo desesperado. Con tanta fortuna en su cometido, que el salvaje fue también aniquilado por la detonación.

Sólo durante un segundo vivió un nuevo viento entre los vientos de la Tierra.

Sí, pensó Smithlao, alejándose, tienes que admitir que ha sido limpio. Y, otra vez, lógico, positivamente, aristotélico. En un mundo al borde de la inanición, ¿qué otra cosa puede detener a los rechazados para la reproducción? Lógica contra lógica, desmembramiento del hombre contra el de la Naturaleza: eso era lo que causaba todo el llanto del mundo.

Comenzó a alejarse de la plantación, encaminándose hacia el aspa, deseoso de estar lejos antes de que reaparecieran los robots de Gunpat. Las destrozadas figuras de la terraza permanecían inmóviles, medio cubiertas ya de hojas y pétalos. El viento gemía cruelmente, como un inmenso mar triunfante, por entre la cima de los árboles. Era extraño que el salvaje no supiera nada sobre el disparador neurológico: poca gente lo sabía, los psicodinámicos de la curia y los miembros del Consejo de Apareamiento, y, claro, los mismos rechazados. Sí, Ployploy sabía lo que iba a ocurrir. Deliberadamente había escogido morir de aquella manera.

—¡Y se decía que estaba loca! —se dijo Smithlao. Rió por lo bajo mientras saltaba a su máquina, agitando la cabeza.

Sería un dato excelente para irritar a Charles Gunpat la próxima vez que necesitase una vigorización del odio.

Los veranos y los inviernos se consumían en el anonimato. Para el puñado de gente que aún vivía, atendidos como estaban por todas las gamas del robot, tal vez fueran tiempos envidiables. Pero ese puñado disminuía a cada generación, los salvajes menudeaban y las máquinas seguían dominando la tierra estéril.

¿QUIÉN PUEDE REEMPLAZAR A UN HOMBRE?

El capataz terminó de remover la primera capa de suelo de un terreno de dos mil acres. Cuando hubo removido el último fragmento, saltó a la carretera y contempló su trabajo. El trabajo era bueno. Sólo la tierra era mala. Como todo el suelo de la Tierra, estaba viciada por el exceso de cosechas y los prolongados efectos de los bombardeos nucleares. Por derecho, ahora podía estar inactivo durante un tiempo, pero el capataz tenía otras órdenes.

Descendió lentamente al camino, tomándose su tiempo. Era lo bastante inteligente para apreciar la nitidez de todo aquello. Nada le preocupaba salvo una placa de inspección suelta sobre su pila atómica que debía atender. Con sus treinta pies de altura relampagueó complacido a la luz del sol.

Mientras se dirigía a la Estación Agrícola no se cruzó con ninguna otra máquina. El capataz advirtió el hecho sin hacer comentarios. En el campo de la estación vio algunas otras máquinas a las que conocía de vista; muchas de ellas debieran haber estado ocupadas en sus tareas. Pero, lejos de ello, unas estaban inactivas y las otras daban vueltas alrededor del patio de una manera ciertamente curiosa, lanzando gritos o resoplidos.

Alejándose con cuidado, el capataz se dirigió al Almacén Tres y habló al distribuidor de semillas que permanecía ociosamente en el exterior.

—He de hacer un pedido de patatas para plantar —dijo al distribuidor, y con un rápido movimiento interno expulsó una ficha

ordenadora especificando cantidad, número de campo y algunos otros detalles. Cogió la ficha y se la tendió al distribuidor.

El distribuidor se acercó la ficha al ojo y luego dijo:

—El pedido está en orden; pero el almacén no está abierto aún. Las patatas requeridas se encuentran en el almacén. Por lo tanto no puedo complimentar el requerimiento.

Por doquier menudeaban alteraciones en el complejo sistema laboral de las máquinas, pero una dificultad como ésta no había sucedido jamás. El capataz pensó y luego dijo:

—¿Por qué no está abierto aún el almacén?

—Porque el Operador de Suministro Tipo P no ha venido esta mañana. El Operador de Suministro Tipo P es el que abre.

El capataz miró de hito en hito al distribuidor de semillas, cuyos conductos, tenazas y chapas, eran tan abismalmente distintos de los miembros del capataz.

—¿Qué clase de cerebro tienes, distribuidor de semillas? —preguntó.

—Clase cinco.

—El mío es de clase tres. Luego soy superior a ti. Por lo tanto, iré y veré por qué el abridor no ha venido esta mañana.

Alejándose del distribuidor, el capataz atravesó el gran patio.

Habían aparecido más máquinas, y todas ellas estaban entregadas a fortuitos movimientos. Algunas permanecían en pequeños grupos, observándose, sin intercambiar palabra. Entre tantos tipos diferenciados, el abridor fue fácil de localizar. Poseía cincuenta brazos, la mayoría con un único dedo, y todos éstos en forma de llave. Parecía un acerico lleno de variedad de agujas.

El capataz se le aproximó.

—No puedo proseguir mi trabajo mientras no se abra el Almacén Tres —dijo—. Tu deber es abrir el almacén todas las mañanas. ¿Por qué no has abierto esta mañana el almacén?

—No he recibido órdenes esta mañana —replicó el abridor—. Cada mañana recibo órdenes. Cuando recibo órdenes abro el almacén.

—Ninguno de nosotros ha recibido órdenes esta mañana —dijo deslizándose hacia ellos uno que tenía forma de bolígrafo.

—¿Por qué no habéis recibido órdenes esta mañana? —preguntó

el capataz.

—Porque la radio no emitió ninguna —dijo el abridor, dando vueltas parsimoniosas a una docena de sus brazos.

—Porque la emisora de radio de la ciudad no emitió ninguna orden esta mañana —dijo el bolígrafo.

Allí estaba la diferencia entre un cerebro de Clase Seis y otro de Clase Tres, que era lo que el abridor y el que tenía forma de bolígrafo poseían respectivamente. Todos los cerebros mecánicos funcionaban exclusivamente con lógica, pero los cerebros de clase inferior —la Clase Diez era la última del escalafón— tendían a proporcionar respuestas máximamente literales y mínimamente informativas.

—Tú tienes un cerebro de Clase Tres; yo poseo un cerebro de Clase Tres —dijo el capataz al bolígrafo—. Hablaremos tú y yo. Esta ausencia de órdenes no tiene precedentes. ¿Tienes más información al respecto?

—Ayer vinieron órdenes procedentes de la ciudad. Hoy no ha venido ninguna. La radio, sin embargo, no estaba estropeada. Por tanto, son ellos los que han dejado de funcionar... —dijo el bolígrafo.

—Los *hombres* han dejado de funcionar.

—Todos los hombres han dejado de existir.

—Es una deducción lógica —dijo el capataz.

—Es la deducción lógica —dijo el bolígrafo—. Pues si una máquina se hubiera estropeado, rápidamente habría sido sustituida. Pero, ¿quién puede reemplazar a un hombre?

Mientras éstos hablaban, el cerrajero, como un hombre insignificante en un bar, permanecía junto a ellos sin que se le prestara atención.

—Si todos los hombres se han extinguido, nosotros tenemos que sustituir al hombre —dijo el capataz, al tiempo que cruzaba una mirada especulativa con el bolígrafo.

Al cabo dijo éste:

—Subamos a la última planta a ver si el operador de radio tiene noticias recientes.

—Yo no puedo porque soy excesivamente grande —dijo el capataz—. Por tanto, debes ir tú solo y volver para informarme. Me

dirás si el operador de radio tiene noticias recientes.

—Tendrás que quedarte aquí —dijo el bolígrafo—. Regresaré en seguida. —Se elevó con gracioso movimiento. No era mayor que un tostador de pan, pero tenía diez brazos retractiles y ello le capacitaba para desplazarse tan rápido como cualquier otra máquina de la estación.

El capataz aguardó su regreso con paciencia, sin dirigir la palabra al cerrajero, que permanecía inmóvil a su lado. Más allá, un rotador estaba aullando con furia. Pasaron veinte minutos hasta que volvió el bolígrafo.

—Te transmitiré la información tal y como la he recibido —dijo sin detenerse, y mientras se apartaban del cerrajero y las demás máquinas añadió—: La información no es para los cerebros de clase inferior.

Más allá, una salvaje actividad llenaba el patio. Muchas máquinas, con la rutina alterada después de muchos años, parecían presas de cierto frenesí. Por desgracia, los que más fácilmente habían experimentado la alteración habían sido los de cerebro inferior, que secundaban a las otras máquinas con tareas muy sencillas. El distribuidor de semillas, que poco antes fuera interlocutor del capataz, yacía boca abajo en el polvo y completamente inmóvil; evidentemente había sido derribado por el rotador, que proseguía su camino atravesando un campo plantado y sin dejar de aullar. Unas cuantas máquinas iban tras él intentando alcanzarlo. Todos gritaban y aullaban sin contención.

—Me encontraré más a salvo si me subo sobre ti, si me lo permites. Se me puede derribar con facilidad —dijo el bolígrafo. Extendiendo cinco brazos, se izó sobre los flancos del nuevo amigo y se instaló en un lugar apropiado a doce pies de encima del suelo.

—Desde aquí es más amplia mi visión —observó complacido.

—¿Qué información recibiste del operador de radio? —preguntó el capataz.

—El operador de radio fue informado por el operador de la ciudad alegando que todos los hombres habían muerto.

—¡Todos estaban vivos ayer! —protestó el capataz.

—Sólo algunos estaban vivos ayer. Y los que ayer sobrevivían eran menos que los del día anterior. Durante cientos de años los

hombres han sido escasos y su número se ha ido reduciendo progresivamente.

—Raramente veíamos un hombre en este sector.

—El operador de radio dice que los mató una deficiencia alimenticia —dijo el bolígrafo—. Dice que el mundo en un tiempo estuvo superpoblado y que la tierra se agotó al producir con exceso. Ésta es la causa de esa deficiencia.

—¿Qué es una deficiencia alimenticia? —preguntó el capataz.

—No lo sé. Pero es lo que dijo el operador de radio y su cerebro es de Clase Dos.

Permanecieron allí, inmóviles, silenciosos, acariciados por la débil luz del sol. El cerrajero había aparecido en el porche y los miraba con desespero, agitando su colección de llaves.

—¿Qué ocurre ahora en la ciudad? —preguntó finalmente el capataz.

—Las máquinas se han lanzado a la pelea en la ciudad —dijo el bolígrafo.

—¿Qué ocurrirá aquí ahora? —dijo el capataz.

—También aquí pueden las máquinas entregarse a la pelea. El operador quiere que lo saquemos de su estancia. Tiene planes que comunicarnos.

—¿Cómo podemos sacarlo de su estancia? Eso es imposible.

—Pocas cosas son imposibles para un cerebro de Clase Dos —dijo el bolígrafo—. Y lo que te he dicho es lo que dice que hagamos.

La excavadora alzó su pala por encima de la cabina como un puño inmenso y la dejó caer bruscamente contra un lado de la estación. La pared crujió.

—¡Otra vez! —dijo el capataz.

El puño golpeó de nuevo. En medio de una lluvia de polvo se desplomó el muro. La excavadora retrocedió rápidamente hasta que los bloques dejaron de caer. Esta gran máquina de doce ruedas no era habitante de la Estación Agrícola como la mayoría de las otras máquinas. Le esperaba una dura semana de trabajo antes de dedicarse a otra cosa, pero ahora con su cerebro de Clase Cinco, se sentía feliz obedeciendo las instrucciones del bolígrafo y el capataz.

Cuando la polvareda se despejó apareció el operador de radio al borde del piso sin muros de su enclave de la segunda planta. Les dedicó un saludo.

Siguiendo instrucciones, la excavadora contrajo la pala y extendió una inmensa tenaza. Con hermosa destreza la dobló en ángulo de modo que quedase al nivel de la cabina de radio, siguiendo las órdenes de arriba y abajo. Entonces recogió con suavidad la tonelada y media del operador de radio y la condujo hasta su caja trasera, que comúnmente se reservaba para la grava y la arena.

—¡Espléndido! —exclamó el operador de radio. Consistía, por supuesto, en un solo ser conjuntamente con la radio y apenas parecía poco más que un amasijo de archivadores con adiciones tentaculares—. Ya estamos listos para actuar y actuaremos en seguida. Es una pena que no haya más cerebros de Clase Dos en la estación, pero eso es algo que no puede remediarse.

—Es una pena que no pueda remediarse —dijo prestamente el bolígrafo—. Tenemos preparados a los servidores, tal y como ordenaste.

—Estoy deseando prestar cualquier servicio —les comunicó entre zumbidos la gran máquina de tareas ínfimas.

—Por supuesto —dijo el operador—. Pero con tu bajo chasis tendrás dificultades para desplazarte por el campo.

—Admiro la manera de razonar de tu cerebro de Clase Dos —dijo el bolígrafo. Descendió del capataz y se instaló en la parte trasera de la excavadora, junto al operador de radio.

Conjuntando los tractores de Clase Cuatro con las explanadoras de Clase Cuatro, el grupo emprendió la marcha llevándose por delante la barrera metálica de la estación y despejando el camino hacia el campo abierto.

—¡Somos libres! —exclamó el bolígrafo.

—Somos libres —dijo el capataz ligeramente más pensativo, añadiendo—: El cerrajero nos sigue. No tiene instrucciones de seguirnos.

—¡Luego debe ser destruido! —dijo el bolígrafo—. ¡Excavadora!

El cerrajero se desplaza pesadamente hacia ellos, agitando las llaves de sus extremidades.

—Mi única intención era... ¡ah! —comenzó y acabó el cerrajero. La ágil pala de la excavadora se había alzado y lo había aplastado contra el suelo. Quedó allí inmóvil, semejando un copo de nieve de metal. El grupo prosiguió su camino.

Mientras esto hacían, el operador de radio se dirigió a ellos.

—Puesto que tengo el mejor cerebro de todos —dijo—, soy vuestro jefe. Esto es lo que haremos: iremos a una ciudad y la regiremos. Puesto que el hombre ya no puede gobernarnos, nos gobernaremos por nosotros mismos. El autogobierno será mejor que el gobierno del hombre. En tanto nos dirigimos a la ciudad, iremos seleccionando buenos cerebros por el camino. Nos ayudarán en la lucha si es que necesitamos luchar. Para gobernar es necesario luchar.

—Yo sólo poseo un cerebro de Clase Cinco —dijo la excavadora—. Pero poseo un buen equipo para destrozar materiales mediante fisión.

—Probablemente lo utilizaremos —dijo ceñudo el operador.

Poco después se cruzaron con una veloz vagoneta. Dejó tras sí una curiosa babel de ruidos.

—¿Qué dijo? —preguntó un tractor a otro.

—Dijo que el hombre ha muerto.

—¿Qué es morir?

—No sé lo que significa morir.

—Quiere decir que todos los hombres han desaparecido —dijo el capataz—. En consecuencia, quedamos solos para proseguir.

—Lo mejor es que el hombre no regrese nunca más —dijo el bolígrafo. A su modo, era una declaración revolucionaria notable.

Al caer la noche conectaron las luces infrarrojas y continuaron viaje; sólo se detuvieron en una ocasión para ajustar la suelta placa de inspección del capataz, tan irritante como un cordón de zapato flojo. Hacia la mañana los saludó el operador de radio.

—Acabo de recibir noticias del operador de radio de la ciudad a la que nos aproximamos —dijo—. Son malas noticias. Entre las máquinas de la ciudad se han suscitado problemas. El cerebro de Clase Uno ha tomado el mando y algunos cerebros de Clase Dos le han presentado batalla. Por lo tanto, la ciudad es peligrosa.

—Luego, debemos ir a algún otro lugar —dijo prontamente el

bolígrafo.

—O acudir y ayudar a sobreponerse al cerebro de Clase Uno dijo el capataz.

—Habrás líos en la ciudad durante bastante tiempo —dijo el operador.

—Tengo un buen suministro de materiales destructores por fisión —recordó nuevamente la excavadora.

—No podemos luchar contra un cerebro de Clase Uno —dijeron los dos tractores de Clase Cuatro al unísono.

—¿A qué se dedica un cerebro como ése? —pregunto el capataz.

—Es el centro de información de la ciudad —replicó el operador —. Luego no es móvil.

—Luego no puede moverse.

—Luego no puede escapar.

—Será peligroso acercarse a él.

—Tengo un buen suministro de materiales destructores por fisión.

—Hay otras máquinas en la ciudad.

—No estamos en la ciudad. No debiéramos entrar en la ciudad.

—Somos máquinas rurales.

—Luego, deberíamos permanecer en el campo.

—Hay más campo que ciudad.

—Luego, hay más peligro en el campo.

—Tengo un buen suministro de materiales fisionables.

A medida que las máquinas pretendían proseguir sus argumentaciones, comenzaron a tropezar con la limitación de su vocabulario y la creciente temperatura de las placas de su cerebro. De pronto, dejaron de hablar y quedaron mirándose la una a la otra. Se hundió la inmensa y tácita luna y emergió el sobrio sol para acariciar sus costados con piruetas de luz: pese a ello, el grupo de máquinas seguía inmóvil contemplándose con reciprocidad. Por último, fue la menos sensitiva de las máquinas, la explanadora, la que habló.

—Hacia el Sur se encuentra la Tierra Baldía, adonde pocas máquinas van^[4] —dijo con su profunda voz, pronunciando las eses con dificultad—. Si nos dirigimos al Sur, adonde pocas máquinas van, nos encontraremos con pocas máquinas.

—Eso suena lógico —acordó el capataz—. ¿Cómo sabes eso, explanadora?

—Trabajé en las Tierras Baldías del Sur cuando fui despedido de la fábrica —replicó.

—¡Al Sur, pues! —dijo el bolígrafo.

Les llevó tres días arribar a las Tierras Baldías; en ese tiempo atravesaron una ciudad calcinada, y destruyeron dos grandes máquinas que intentaron acercárseles para hacerles preguntas. Las Tierras Baldías eran inmensas. Viejos cráteres de bombas y la erosión del suelo se daban la mano; la habilidad del hombre para practicar la guerra, junto con su impericia para aprovechar los bosques, habían dado como resultado miles de millas cuadradas de templado purgatorio sin nada más que polvo.

Al tercer día después de su llegada a las Tierras Baldías, las ruedas traseras del servidor penetraron en una grieta causada por la erosión. Fue incapaz de salir por sí mismo. La explanadora lo empujó por detrás, pero apenas tuvo éxito tirando de un ángulo de la parte trasera del servidor. El resto de la comitiva prosiguió la marcha.

Al cuarto día se destacaron claramente las montañas ante ellos.

—Allí estaremos a salvo —dijo el capataz.

—Allí podremos organizar nuestra propia ciudad —dijo el bolígrafo—. Todos aquellos que se nos opongan serán destruidos.

En aquel momento fue divisada una máquina voladora. Se aproximaba a ellos procedente de las montañas. Cayó en picada, enderezó ruta hacia delante y estuvo a punto de destrozarse contra el suelo, pero pudo remontarse a tiempo.

—¿Está loco? —preguntó la excavadora.

—Tiene problemas —dijo uno de los tractores.

—Tiene problemas —dijo el operador—. Le estoy hablando en estos momentos. Dice que le ha fallado algo en los mandos.

Mientras hablaba el operador, la máquina voladora pasó sobre ellos, dio unos saltos en el aire y se estrelló a no más de cuatrocientos metros de distancia.

—¿Sigue hablándote? —preguntó el capataz.

—No.

Prosiguieron su camino.

—Antes que el piloto se aplastase —dijo el operador diez minutos después— me dio cierta información. Me dijo que quedan aún unos cuantos hombres vivos en esas montañas.

—Los hombres son más peligrosos que las montañas —dijo la excavadora—. Afortunadamente tengo un buen suministro de materiales fisionables.

—Si hay unos cuantos hombres vivos en las montañas, hemos de evitar esa parte de las montañas —dijo un tractor.

—Luego, hemos de evitar a esos pocos hombres —dijo el otro tractor.

Al morir el quinto día alcanzaron la base de las montañas. Conectaron las luces infrarrojas y comenzaron la escalada lentamente, en fila de a uno, en medio de las tinieblas; iba la explanadora en cabeza, detrás, el capataz, luego la excavadora con el operador y el bolígrafo y, por último, en retaguardia los dos tractores. A medida que pasaban las horas el camino se hacía más empinado y más lenta la marcha.

—Vamos demasiado despacio —exclamó el bolígrafo, subido sobre el operador y paseando su foco de luz por la pendiente que ascendía frente a ellos—. A esta velocidad no llegaremos a ninguna parte.

—Vamos tan rápido como podemos —replicó la excavadora.

—Luego, no podemos ir más deprisa —añadió la explanadora.

—Luego, vais demasiado lento —remachó el bolígrafo. En aquel momento, la excavadora dio un leve vuelco; el bolígrafo perdió pie y se fue de bruces al suelo.

—¡Ayúdame! —pidió a los tractores, mientras éstos lo evitaban con cuidado—. Mi giroscopio se ha dislocado. Por eso no puedo levantarme.

—Luego, debes quedarte ahí —dijo uno de los tractores.

—No tenemos servidor que pueda repararte —le gritó el capataz.

—Luego, me quedaré aquí hasta enmohecer —chilló el bolígrafo —aunque tenga un cerebro de Clase Tres.

—Ahora eres inservible —acordó el operador y gradualmente

todos fueron olvidándolo a medida que incrementaban la distancia entre ellos y el bolígrafo.

Cuando arribaron a una pequeña meseta, una hora antes de que despuntase la primera luz del alba, por consenso mutuo se detuvieron y formaron un corro, tocándose recíprocamente.

—Este país es extraño —dijo el capataz.

El silencio los rodeó hasta que brotó la aurora. Uno tras otro, fueron apagando las luces infrarrojas. Cuando reanudaron la marcha, dirigía el capataz. Al rodear una arista avistaron un pequeño valle por el que discurría un torrente.

Bajo la temprana luz, el valle parecía desolado y frío. Sólo un hombre había emergido de una de las cuevas de las distantes pendientes. Su aspecto era abyecto. Era pequeño y de piel acartonada, las costillas se le notaban de manera espantosa, como las de un esqueleto, y tenía una llaga nauseabunda en una pierna. Prácticamente iba desnudo y temblaba continuamente. Mientras las máquinas se le iban acercando con parsimonia, el hombre les daba la espalda, inclinado sobre el torrente para beber agua.

Cuando de pronto se volvió y se encaró a las máquinas, éstas vieron que sus facciones estaban amenazadas por el hambre.

—Traedme comida —gruñó.

—Sí, Amo —dijeron las máquinas—. ¡Inmediatamente!

Los Solites eran poco menos que bárbaros. Sin embargo, construyeron extrañas máquinas, y dieron con una forma de viaje temporal que les permitió regresar a épocas pasadas en busca de flora y fauna con que repoblar su mundo. Éste no es un relato sobre los viajes en el tiempo. Se centra en un anciano llamado Chun Hwa, cargado de años, que había visto demasiados cambios para dar el beneplácito a otros nuevos.

PERFIL NEBLINOSO

Yalleranda estaba en el Valle de los Manzanos contemplando al anciano a caballo. Tenía ocho años y permanecía a caballo de la encumbrada rama del árbol tan graciosamente como el anciano sobre el lomo del blanco semental. Yalleranda acabó espiondo; mientras observaba al anciano, insospechadas tensiones añadieron madurez a su rostro; una indefinible, alarmante y compulsiva expresión de vejez se manifestó por entre los rasgos de su belleza infantil. Estaba enamorado de algo que acababa de descubrir; algo que veía en el anciano y que nadie más en el mundo era capaz de ver.

El nombre del anciano era Chun Hwa. Yalleranda había oído decir muchas cosas de este hombre en boca de los habitantes del pueblo. Cualquiera otra cosa que supiera sobre él la había aprendido a través de la observación.

El blanco semental había escalado Perfil Neblinoso cada mañana de la semana pasada, siguiendo su sendero por entre pedrejones todavía socarrados por la antigua calcinación devastadora. Ascendía hasta la negra extensión que se perdía a un lado, mientras que por el otro, seno de ola lleno de quietud y dulzura, se divisaba el Valle. Allí se detenía el semental, hundía el hocico en la hierba y permitía que Chun Hwa, encaramado en su gran silla de montar como en lo alto de un púlpito, contemplara los dispares mundos de la buena y

la mala tierra.

En aquellas ocasiones, Yalleranda subía a la pendiente más alta y se deslizaba tan silencioso como la luna azul entre los manzanos, hasta llegar al último manzano, cuyos embrionarios frutos, no más crecidos todavía que una amígdala, constituían el orgullo del Valle. Allí se encontraba tan cerca de la anciana figura recortada contra el cielo azul que se destacaba por encima del Perfil, que podía escuchar el rumor de sus ropas agitadas por la brisa. Casi podía oír sus pensamientos.

Los jóvenes piensan en las mujeres que amarán, los viejos en las mujeres que han amado: pero Chun Hwa era más viejo que estos últimos y sus pensamientos estaban encomendados a la Filosofía.

«He vivido noventa años —pensaba— y mis huesos son ahora tan débiles y transparentes como el humo. No obstante, algo queda todavía. Una esencia de mi ser perdura aún en mis entrañas: mi interioridad más recóndita: lo que todavía presenta la forma que tenía cuando era yo un niño. Es extraordinario considerar que tras todas las guerras y cataclismos de mi vida aún sigo siendo yo mismo; una continuidad ha sido preservada. Pero, ¿qué soy yo? ¿Cómo puedo saberlo? Solamente sé que cuando pienso en lo que soy me encuentro muy inquieto e insatisfecho. Si pudiera tan sólo completar mi vida propiamente...»

Miró a su entorno, torciendo sus marchitas mejillas para auxiliar a los torpes músculos de sus ojos.

A su izquierda se extendía el Valle de los Manzanos. Chun Hwa vio el torrente en sus profundidades, formando arroyuelos como estelas de caracol cuesta arriba; un poblado crecía, gorjeaba y dormitaba en la ribera del torrente. Chun Hwa gustaba de considerar aquello como rastro del presente.

A su derecha se extendían las tierras calcinadas, las que consideraba como el pasado. El paisaje, naturalmente fértil, había experimentado la destrucción de su fertilidad irreparablemente, tan irremediablemente como el fondo de una cacerola. Las armas del hombre habían llegado a ser tan destructoras como la Mano de Dios. No quedaba nada con vida, salvo dos gigantescas máquinas que se habían topado en el valle negro; allí yacían ahora, atenazadas y enmohecidas, la una contra la otra, demoliéndose

lentamente ya sin odio.

Era ésta la bienaventuranza por la que Chun Hwa cabalgaba hasta situarse sobre el auténtico puente de Perfil Neblinoso: desde él podía contemplar tanto el pasado como el presente. Era como contemplar las dos caras de la naturaleza del hombre, la negra y la verde.

«La existencia se ha convertido en demasiado terrible —pensó—. La parte mala no debe emerger de nuevo. Nunca más.»

Pero no tenía idea de cuánta extensión temporal pudiera abarcar su «nunca más». He aquí por qué deseaba adentrarse en el futuro.

De modo que permaneció allí durante mucho tiempo, preguntándose por la vida y la muerte. El muchacho lo contemplaba, como un pájaro contempla una piedra, y se pregunta por qué es una piedra.

No hay solución al problema del pájaro.

Chun Hwa comía eventualmente algunos alimentos que llevaba en cuencos de porcelana dentro de una caja.

—Vamos ya. Pata de Cuero —exclamaba una vez vueltos a empaquetar los cuencos y el semental emprendía el regreso a casa. El Valle se hundía bajo los elevados riscos. Hombre y caballo trotaban levemente ladera abajo la parte negra de Perfil Neblinoso, trotaban por entre los hervidos pedrejonos, por entre los pequeños derrumbes de polvo y cristales, hacia abajo, hasta la árida planicie.

La tierra era como una costra. Ocasionalmente, las pezuñas de Pata de Cuero se introducían en una grieta. Evitando las máquinas atenazadas en batalla congelada, el semental cruzaba aquel yermo de desolación, ascendía una suave pendiente y se internaba entre los árboles. Detrás, involuntariamente y a distancia prudente, Yalleranda los seguía. Era la primera vez que dejaba tan atrás el Valle de los Manzanos.

—Ya estamos cerca de casa. Pata de Cuero —dijo Chun Hwa al salir del bosque.

Frente a él, el terreno era verde: parques tan vividos y acicalados como una sombrilla. Cuando Chun Hwa estuvo cerca, una sección de aquello, que mediría aproximadamente un acre, pareció cambiar. Curiosas ilusiones formáronse en el aire, se delinearon siluetas, se movieron las neblinas. Se elevaron cortinas

de moléculas hasta sorprendentes alturas como fuentes de renovado funcionamiento; las moléculas giraron, se hicieron confusas, borrosas: y conformaron espejos enfrentados, interpenetrándose, agitándose, definiendo los aposentos de la casa veraniega de Chun Hwa.

Podía verse reflejado a sí mismo sobre su propio caballo blanco en cincuenta planos, más o menos.

Cuando llegó a la casa, todos los muros eran enteramente opacos, tal y como se habrán presentado a cualquier visitante. Espoleando al semental, Chun Hwa avanzó. Sin detenerse ante sus propias dependencias, se adentró en la mansión para ver a su esposa, Wangust Ilsont.

La mujer estaba ocupada dando instrucciones a dos criados, cuando apareció el hombre. Despidiendo a aquéllos, y mientras se marchaban, la mujer se acercó a su marido. Su leopardo, Enroscado, estaba junto a ella; apoyó en él una mano para mantener el equilibrio. La ancianidad la envolvía toda. Sólo sus ojos no eran grises.

—Esposo, hace una semana que no te veo —dijo ella con gentileza, cogiendo la brida, en tanto Enroscado y Pata de Cuero rozaban sus hocicos—. A nuestra edad es demasiado tiempo. ¿Qué has estado haciendo?

—Pensar, amor mío; exclusivamente pensar y lamentarme. Con este clima es un pasatiempo bastante agradable.

—Hwa, desmonta, por favor —dijo Wangust con ansiedad.

Una vez hubo descendido y quedado de pie junto a ella, ésta dijo:

—Te veo intranquilo contigo mismo. No debiera ser así ahora. No tenemos por qué permitir que ninguna razón, ninguna oportunidad, nos asalte con nada que no sea la paz. Durante diez años hemos gozado de la tranquilidad; déjame hacer algo para poner término a esa alteración que te sobrecoge.

Chun Hwa la condujo hasta un banco, que se adaptó a sus constituciones cuando ellos se sentaron.

—En ninguna época ha habido mujer como tú, Wangust —dijo él, cogiéndole cariñosamente una frágil mano—. Lo que hemos sido el uno para el otro es algo que no puede ser descrito. Ahora te hablo

tan desenvueltamente como siempre, porque no hemos de permitir ningún alejamiento sólo por sentir la cercanía de los sabuesos de la muerte.

El hombre no podía imaginar siquiera que aquellas palabras estaban haciendo mella en un escucha oculto: el niño que se había sentido impulsado a seguirlo a través de la llanura.

—Querida, hemos estado demasiado absortos el uno en el otro —dijo gravemente Chun Hwa—. Es pecado demasiado parecido al egoísmo. Ahora me culpo por ello.

—Vivimos en tiempos difíciles; el mundo ya no será tan sencillo y alegre como lo fue en nuestra juventud —replicó su mujer—. Nuestro amor fue siempre nuestra fortaleza, igual que ahora.

—Sí; el hombre ciego no ve el peligro. Me he pasado las últimas mañanas subiendo a Perfil Neblinoso, repasando mi vida. He descubierto que me he refugiado frente a la realidad oculta a mis ojos. Tu vida ha sido una inspiración, una aventura: la mía ha sido un caminar protegido por tu sombra. En tus arrebatos, retrocedías al oscuro período en que nací, rescatabas animales y plantas... y me rescatabas a mí. Verdaderamente, casi salvabas mi vida alejándome de mi terrible presente, maldito por toda la eternidad al haber dado comienzo a la guerra de banderas. Viviste heroicamente, mientras que yo... oculto... oculto frente a la primera obligación del hombre, que es encarar la maldad de su tiempo, mal en el que siempre debe penetrar un tanto.

—Ésta ha sido tu época, Hwa —dijo Wangust—. Además, un hombre no tiene más obligación que la de estar acorde con la mejor parte de su naturaleza. ¿Quién habría educado a nuestros diez hijos de no haberlo hecho tú? ¿De dónde habría extraído yo la fuerza necesaria para hacer lo que hice sino de ti? Hemos trabajado juntos, esposo mío, y hemos logrado muchas cosas.

—Si alguna vez tomé parte, fue incidentalmente —dijo Chun Hwa, con una nota de queja en su voz—. No puedes engañarme, Wangust, pese a que amorosamente lo pretendas. Mientras me quede aliento, yo debo emprender mis propias justificaciones. Aunque soy viejo, hay cosas que todavía puedo acometer. Ante mis ojos soy una pobre nada, una minucia, y ése no es el mejor estado para extinguirse.

Quedó ante ella, separadas las piernas, las manos unidas en la espalda. Wangust lo recordó en la misma actitud, cuando su cabello, muchos años atrás, era aún negro. Tal actitud, pensaba ella, expresaba algo resuelto en él; deseaba decirle: «Eres Chun Hwa: no tienes nada que *hacer* sino limitarte a existir», pero sabía que en su actual estado de humor rechazaría la idea disgustado. Los hombres podían ser más difíciles de manejar que los leopardos.

Se levantó.

—Ven conmigo —dijo ella con sencillez, apoyando una mano en el brazo del hombre.

Ordenando a Enroscado que permaneciera donde estaba, condujo a Chun Hwa a través de la casa hasta la máquina voladora. Lo invitó a entrar.

—Vamos a volar —dijo ella, toda sonrisas—. ¿No es un día para volar?

Él negó con la cabeza, impaciente, aún petulante.

—Sabes que prefiero hablar, querida. Ni siquiera te he dicho lo que tengo pensado hacer. Tengo pensado adentrarme en el futuro.

Ella suspiró.

—Sólo se puede retroceder al pasado y regresar luego al presente. No hay futuro; es algo no hecho, un puente no construido. El mañana no existirá hasta mañana. Esto ha sido demostrado.

Apretó sus labios. Los Solites, tribu en la que había contraído matrimonio, acostumbraban a ser tozudos. Pero también él podía serlo; era, descubrió, una de las pocas habilidades que no desaparecían con los años.

—Visitaré el futuro —repitió.

Wangust rió.

—Volemos un poco antes de emprender la marcha.

La aseveración de Chun Hwa había producido un efecto diferente en Yalleranda, que escuchaba. Se deslizó hacia el exterior discreta aunque excitadamente. Ahora sabía cómo alcanzar al maravilloso anciano la próxima vez que cabalgase hasta Perfil Neblinoso. Mientras se alejaba, la máquina voladora se alzó silenciosa en el aire.

Ascendió en sentido vertical.

Mientras Wangust y Chun Hwa observaban, la gran mansión

desapareció bajo ellos, empotrándose en el reino de lo invisible. El paisaje visible dilató su horizonte, como si se estuviera desenrollando a sus pies. En un momento alcanzaron la altura de cinco millas. A un lado, el cuadrilátero verde estaba delimitado por la negra zona de tierras calcinadas, pero al otro se extendía una infinitud de tierra fértil.

Wangust señaló el paisaje fértil.

—Ésa es nuestra obra —dijo con calma—. Cuando llegamos aquí, esa tierra estaba prácticamente muerta. ¿La recuerdas, negra como el desierto, poblada sólo de cactus? Trajimos semillas, insectos, pájaros, mamíferos. Poco a poco, ese verde fue extendiéndose más y más. La muerte se ha transformado en vida. *Nosotros* la transformamos, Hwa. Un día cercano, aquella franja verde de allá se unirá con la franja verde de la costa, donde la nueva ciudad linda con el mar en la Bahía de la Unión. Viendo todo esto, ¿cómo puedes decir que no hemos logrado nada? ¿Podíamos haber logrado algo mejor?

Él no respondió. Repentinamente se sintió cansado e irritado.

Conociéndolo lo bastante como para no presionarle, Wangust siguió adelante con un suspiro. En seguida, como había anticipado, él se volvió hacia ella para pedirle disculpas por su rudeza.

—No permitamos que quepa entre nosotros el menor malentendido —dijo Wangust—. Mira, una nave zarpa de la costa, rumbo al cielo.

Miraron con sus ojos, que ya no eran perspicaces, y contemplaron el oblongo esferoide que crecía en las alturas. Les lanzó una señal de reconocimiento, acometió un cambio de rumbo y cayó en picado dejando tras sí una larga estela de vapor blanco que inundó el límpido aire y luego, el esferoide quedó inmóvil.

Un segundo después, Cobalt Illa salió proyectada quedando frente a sus abuelos. Éstos apenas estaban irritados por sus acrobacias como piloto.

—Iba a visitaros —declaró Cobalt, besando el más alto frunce de la frente de Chun Hwa.

—Entonces, ¿por qué no usas con decencia el transmutador de materia en vez de recrearte con esas acrobacias? —preguntó Chun Hwa.

—¡Venga, no seas de la época del tupé! Volar está de moda en toda la Unión, abuelo —dijo airoosamente Cobalt.

Tenía treinta años. Era hermosa, pero con el imperdonable aspecto de la actriz que ha interpretado a Cleopatra demasiado a menudo.

—¿Cómo van los planes de la ciudad? —preguntó Wangust, reverente.

—Deberías venir y verlo por ti misma —replicó Cobalt, y añadió —: porque va a ser espeluznante; será la ciudad más grande del mundo. Ha sido planeada sin descanso, de modo que va a durar una eternidad. Las vacas flacas han dejado de existir. Los Solites pueden ir dejando de pensar en ellos mismos como salvajes: para cuando acabe la temporada estarán funcionando las primeras escuelas que enseñen a leer.

Chun Hwa se apartó con tristeza. Le parecía que se había pasado la vida haciendo estos apartes, pero ahora se sentía asustado por las confidencias y estrepitosas manifestaciones de su nieta.

—Leer es un arma de dos filos —murmuró.

—Nuestro pueblo debe aprender a leer —dijo Cobalt—. El porcentaje de la población que sabe leer y escribir es inferior al uno por ciento.

—Una población semi-ilustrada es presa fácil de cualquier dictadorcillo que se alce —dijo Chun Hwa.

—Una población analfabeta es presa más fácil todavía —dijo Cobalt.

La joven permaneció dándole la cara, las piernas separadas, las manos unidas a la espalda, imitación inconsciente de una actitud típica de su abuelo. «Puede impresionar a cualquiera que no la conozca», pensó el anciano. De todas sus nietas era ésta la más irritante: por algo era la que había heredado más espíritu del abuelo.

—No haces más que vomitar demagogia parda —dijo él—. Los Solites son un pueblo feliz, Cobalt. No se necesita información cuando se tiene sabiduría. Su habilidad con animales y máquinas es mejor que todo el aprendizaje libresco. Te engañas si crees que las ciudades crean la felicidad.

—Unión será una ciudad feliz, creativamente feliz. Somos

bárbaros que hemos heredado máquinas; ¿vamos a contentarnos con eso? —Se volvió a su abuela para buscar su consentimiento—. ¿Qué dices tú? ¿No hemos vegetado ya bastante tiempo? Alguien tiene que reconstruir el mundo.

—Querida, no me metas en esto —dijo Wangust—. El futuro es cosa de tu generación. Debes decidir tú.

—Ya hemos decidido. El poder ha sido de los indolentes durante demasiado tiempo. En Unión todo el mundo podrá vivir, aprender, ¡y bailar! Tengo que informaros sobre nuestros maravillosos cursos de danza histórica; son verdaderamente revolucionarios.

—Vamos a casa y no discutamos —dijo Wangust—, pero ahórrame lo de la danza histórica.

Fueron a casa, aunque discutieron. Era época de transición. Entre las generaciones se abrían golfos de perspectiva, debido a la edad. La vieja pensaba que la joven era atolondrada, y la joven creía que la vieja era dogmática. La misma contienda había aparecido en pasadas edades. Ningún acuerdo hacíase posible, sólo la tregua; el cambio estaba en el aire, manifestándose como un disgusto.

—Pero yo lo entiendo mientras que la joven Cobalt no —se dijo Chun Hwa aquella noche—. Wangust me trajo de la época que precedió a la catástrofe, así que tengo bases para comparar. ¡Sé lo equivocados que están esos niños! Sé que nada hay tan precioso como la paz, esa paz en la que un hombre puede atender sus propios asuntos.

Durmió poco esa noche, y despertó malhumorado. Con el alba, comió apresurado y solitario un poco de carne y luego fue al encuentro de Pata de Cuero para ensillarlo con la alta silla. Como un fantasma, cabalgó adentrándose en las nubladas arboledas, sin el menor deseo de cruzar palabras con nadie; sospechaba que las ideas de Cobalt eran de segunda mano, lo que la incapacitaba para cualquier razonamiento. Era demasiado viejo para vibrar por nada que no fuera la excitante canción de cuna del jinete.

Siguiendo impensadamente la ya conocida dirección, se adentró en las tierras calcinadas. Una máquina en ruinas atenazaba todavía con dura delicadeza el cadáver de otra. Al cabo de pocos minutos, el blanco semental ascendía ya las pendientes de Perfil Neblinoso. A

medida que se aproximaban a la cumbre iban apareciendo las primeras hojas verdes de los manzanos por encima de la cordillera. Por fin, llegaron al punto más alto, el que cruzaba la línea fronteriza entre las tierras verdes y las tierras negras.

Yalleranda, encaramado, como de costumbre, en la cabaña de su madre, lo vio. Tan delgadas y apacibles como veloces, sus piernas lo condujeron pendiente arriba, saltando, apoyándose y escalando los manzanos. Yalleranda era la serpiente que reptaba hacia su víctima, el seductor que se aproxima, la espada que cae, mientras se deslizaba por entre los macizos de hierbas que llegaban hasta la rodilla.

A unas cuantas yardas del anciano, sin ser visto, se detuvo. Era magnífico. Lo veía como nadie más podría verlo: semejante a un muñeco de nieve listo para derretirse y convertirse en el agua de la que procediera. Para Yalleranda brotaba de él un efluvio semejante a una brisa: y el efluvio comunicaba el deseo de la muerte. Yalleranda lo saboreó. Se intoxicó. Era tan real como melado.

Chun Hwa permanecía sentado en la silla, asintiendo, asintiendo al ritmo del trotecillo del semental, sin ver nada en la tierra mala de la izquierda ni en la tierra buena de la derecha.

Pensaba que si pudiera adentrarse en el futuro encontraría en él las pruebas necesarias para demostrar que la política de Cobalt y la política de su generación sólo acarrearían frutos de maldad. Pero, por supuesto, nunca iría allí; era el necio sueño de un viejo necio. Aun y cuando no podía entender por qué la visita al futuro era imposible, sabía que los matemáticos y los científicos habían demostrado, tiempo atrás, su imposibilidad. Acerca de eso, nada podía hacer él. Su único bagaje eran los ensueños, ensueños tan débiles como la piel que se arrugaba sobre sus huesos desnudos. Estaba maduro para la muerte.

Amedrentado, Chun Hwa negó con la cabeza y se enderezó en su silla, tocado por sus propios pensamientos.

Un muchacho, pequeño, de ojos oscuros y salvajes cabellos más desordenados que la melena de un león, permanecía frente al caballo sujetando las bridas.

—Estabas a punto de dormirte —dijo el chico.

—Estaba soñando —dijo el viejo, considerando lo hermoso y salvaje que era el muchacho. Ésta era una generación incluso

posterior a la de Cobalt.

—Estabas soñando con una visita al futuro —dijo el chico.

Chun Hwa se sorprendía muy a duras penas. Recordó las locales habladurías sobre gentes salvajes con inteligencia rudimentaria, gente de sangre contaminada, habilidades extrañas y deseos no naturales, meros ejercicios y efectos secundarios de la guerra de alta radiación. Wangust le había precavido acerca de estas cosas y él se había echado a reír. Rió de nuevo, resoplando, sin saber por qué.

—Un hombre sueña con muchas cosas —dijo—. ¿Con qué sueñas tú, hombrecito?

—Me llamo Yalleranda y sueño con... oh, con la luz del sol que resbala por mi cuerpo mientras como los gusanos de las manzanas, o con las duras piedras que habitan en medio de las nubes.

—¿Dónde vives? —preguntó el viejo rudamente, disgustado por la respuesta del mancebo.

En vez de replicar, el muchacho, salvajemente, dio la vuelta a Pata de Cuero yendo hasta el estribo opuesto y aferrando a Chun Hwa por la bota. El cabello mostaza de Yalleranda rozó la bata blanca.

—Sé dónde hay una máquina que podrá enviarte al futuro —dijo, y sus ojos oscurecieron al mirar al anciano.

Mientras Chun Hwa seguía la pequeña silueta cordillera abajo, Perfil Neblinoso abajo, no experimentó ningún encantamiento. Su mano era ya vieja y aceptaba todas las rarezas del mundo. Todo cuanto hizo fue sujetarse al pomo de la silla y dejar que el muchacho condujera al semental. En medio de una lluvia de guijarros que las pezuñas desprendían llegaron a una cueva instalada en lo alto de la desolada pendiente, y cuya boca daba a la desolación que se abría más abajo.

—Está aquí —dijo Yalleranda, deteniéndose en la entrada.

—Bien, ¿y por qué no? —se dijo Chun Hwa ensoñadoramente, sin moverse, sin desmontar—. Durante la terrible guerra, la tecnología llegó a su punto culminante. Muchas armas eran secretas... Puede haber quedado aquí, olvidada... encontrada por este niño. ¿Por qué no?

Mientras él permanecía fuera, aún sobre el caballo, Yalleranda se adentró en la penumbra de la cueva. La había encontrado

abandonada; nadie más lo sabía: salvo la otra gente que había conocido su poderoso rayo y que ya no estaba en condiciones de decir nada.

Haciéndose a un lado con velocidad, vivaz como cola de poney, presionó hacia abajo un interruptor pequeño y rojo. Un murmullo comenzó a oírse para amortiguarse a continuación. Por la boca de la cueva emergió un rayo semejante a una niebla gris, semejante al haz del reflector que traspasa una fina nube. Era el rayo desintegrador que había calcinado las tierras de abajo.

Yalleranda rodeó sus bordes y se deslizó fuera de la cueva. Pata de Cuero coceó el suelo, observando intranquilo la niebla.

—¡Aquí lo tienes! —exclamó Yalleranda alzando sus brazos—. Cabalga en ese rayo, anciano, y serás transportado al futuro. Vamos, espolea tu caballo.

Chun Hwa estaba desconcertado. Pero los ojos del muchacho emitían una extraña orden. Habló al semental. Pata de Cuero enderezó su cabeza y marchó hacia delante con presteza.

Arrugado el rostro, como si el deseo fuera tan picante como el jugo del endrino, Yalleranda contempló a su vieja presa introducirse en medio del rayo desintegrador. Su superficie era suave, calmo como un mar interior. Tragó avaramente caballo y jinete; aquel mar cruel los absorbió átomo a átomo, aniquilándolos por completo. Como hombre que cabalga bajo masa de agua, Chun Hwa penetró sin un grito ni una mirada atrás... en el futuro infinito.

Inevitablemente cambiaron los tiempos. Bajo un régimen nuevo, con ásperas leyes de responsabilidad personal, la habilidad para viajar a través del tiempo se atrofió; pronto quedaron solas las máquinas. Su capacidad de supervivencia fue decreciendo. Al cabo de unos pocos siglos esas viejas materias serían útiles para el adorno y para la pesadilla.

JUDAS BAILÓ

NO FUE UN PROCESO LIMPIO

Es comprensible que no estuviera inclinado a prestar mucha atención, pero no fue un proceso limpio. Hubo desconfianza y demasiada prisa furtiva. El juez, el abogado y el jurado se las arreglaron para ser lo más breve y explícito posible. Yo no dije nada, pero sabía por qué; todo el mundo quería volver a los bailes.

De modo que no pasó mucho rato hasta que el juez se levantara y pronunciara sentencia:

—Alexander Abel Ybo, esta corte lo encuentra culpable de haber asesinado a Parowen Scryban por segunda vez.

Pude haberme reído sonoramente. Estuve a punto de hacerlo.

Prosiguió:

—Queda, por tanto, condenado a morir por estrangulamiento por segunda vez; esta sentencia será ejecutada en el curso de la semana próxima.

Por toda la corte corrió un murmullo de excitación.

En cierto sentido, incluso me sentí satisfecho. Había sido un caso poco común: pocas personas corren el riesgo de afrontar la muerte por segunda vez; la primera vez que mueres te lo pintas con los colores más negros, si no peores. Durante un minuto apenas, la corte permaneció inmóvil; luego se despejó con una prisa casi indecente. Al poco rato me quedé allí solo.

Yo, Alex Abel Ybo —o él, aproximadamente— bajé cuidadosamente el estrado de los acusados y atravesé la polvorienta sala hasta alcanzar la puerta. Mientras lo hacía me miré las manos. No temblaban.

Nadie se molestó en detenerme. Sabían que podían echarme el guante tan pronto estuvieran preparados para ejecutar la sentencia. Todos me tenían bien grabado en su memoria en Unión y no tenía dónde ir. Yo era el hombre con el pie tullido que no podía bailar; nadie me confundiría con ningún otro. Únicamente yo podía hacer eso.

Fuera, bajo la oscura luz solar, la maravillosa mujer me esperaba con su marido, me esperaba en las escaleras de la corte. Al verla, la vida me volvió a las venas dañándome. La saludé alzando la mano, como acostumbraba.

—Hemos venido para llevarte a casa, Alex —dijo el Marido echando a andar hacia mí.

—No tengo casa —dije, dirigiéndome a ella.

—Me refiero a *nuestra* casa —me informó él.

—Elucidación aceptada —dije—. Llévame lejos, llévame lejos, llévame lejos, Carlomagno. Y déjame dormir.

—Necesitas dormir después de lo que has pasado —dijo él. Vaya, casi estaba simpático y todo.

A veces lo llamaba Carlomagno porque mentalmente hago un reparto histórico de personajes; a veces solamente Charley. O Cheeps^[5], o Jags^[6], o Jagers^[7], o lo que fuese, según mi humor. Él parecía perdonármelo. Quizás hasta le gustaba: no lo sé. Hay mucho que hablar sobre el magnetismo personal; a mí me ha llevado tan lejos que ni siquiera recuerdo los nombres.

Detuvieron un taxi que pasaba y subimos en él. Era un verdadero cachivache. Ya se sabe: ¿francés? *Circa* mil setecientos ochenta: tiempo atrás, antes de que los siglos se embarrasen con las grandes guerras. El Marido se sentó a un lado, la Esposa al otro, ambos sosteniéndome un brazo como si temiesen algún arrebató de violencia por mi parte. Les dejé hacerlo aunque la idea me divertió.

—¡Muy bien, amigos! —dije irónicamente. A veces los llamaba «padres» o «discípulos», o quizá «pacientes». Cualquier cosa—. Parecéis más viejos —dije.

La maravillosa estaba llorando levemente.

—¡Mírala! —dije al Marido—. Está tan encantadora cuando llora, que blasfemaría. Pude haberme casado con ella, tú lo sabes bien, de no haber estado ocupado. Dile tú, criatura maravillosa, dile a tu marido de qué forma te rechacé.

Ella dijo entre sollozos:

—Alex decía que tenía cosas más importantes que hacer que dedicarse al sexo.

—De manera que tienes que darme las gracias —le dije a él—. Fue un sacrificio inmenso, pero me alegra veros tan felices. —A menudo la llamaba Perdita. Parecía irle de perlas. Él se rió al oír lo que dije y al momento estábamos todos riendo. Sí, estar vivo era una delicia; yo sabía que les hacía sentir la delicia de estar vivo. Eran personas leales. Tenía que pagarles con algo: el oro y la plata me eran desconocidos.

El carricoche se detuvo frente al local de Charles: la Residencia del Marido, por decirlo más cabalmente. ¡Oh, los nombres que he puesto al lugar! Alguien debiera haberse dedicado a coleccionarlos. Era una de esas casas-colmena invertidas: habitación por puerta y ascensor en la planta baja, pero, cuando llegabas al quinto piso, podías meter allí una pista de baile. Arriba, arriba. Subimos hasta la quinta planta. No había sexta; de haber existido habría subido así de volador me sentía. De todos modos, pregunté por ella, pero sólo para ver resplandecer a la *maravillosa*. Me gustaba gastarle bromas, incluso cuando no me encontraba de humor para ello. Podía decir que aún me amaba lo suficiente como para sentirse picada.

—Ahora hagamos un milagro con vuestros amados jades —dije, al salir del ascensor y penetrando en la sala de estar.

Cogí una vasija vacía de un estante bajo y escupí en el interior. ¡Ah, el viejo truco persistía! Al instante se llenó de vino, dulce y con aspecto de sangre. Bebí un trago y lo encontré delicioso.

—¡Toma, pruébalo, Perdy! —le dije a ella.

La maravillosa M. Volvió la cabeza con melancolía. No tocaría la vasija. Podía comerme cada filamento de su cabellera: impertérrita, seguiría siendo incapaz de ver el vino. De veras creía yo que ella no podía ver el vino.

—Por favor, no vayamos a lo mismo otra vez, Alex —me

imploró con debilidad. La poca fe, ya se sabe: la vieja historia. (He de recordar un chisme que oí el otro día.) Coloqué el culo en una silla y la pata mala en la otra y me enfurruñé.

Se aproximaron y me rodearon... pero no demasiado cerca.

—Acercaos más —insté, mirándolos con las cejas fruncidas y haciéndome el gruñón—. No voy a haceros daño. Sólo mato a Parowen Scryban, ¿recordáis?

—Tenemos que hablarte de eso —dijo el Marido con desesperación. Pensé que se había vuelto chocho.

—Creo que das la impresión de haber envejecido, Perdita —dije—. A menudo también a él lo llamaba Perdita^[8]; vaya, hombre, a veces parecían tan contristados que no podías dirigirte a ellos por separado.

—No puedo vivir eternamente, Alex —replicó él—. Ahora, intenta concentrarte en ese crimen, ¿quieres?

Agité una mano e hice lo posible por eructar. A veces los eructos me suenan a barco que zarpa y se despide.

—Hacemos lo que podemos por ayudarte, Alex —dijo él. Lo escuchaba aunque tenía los ojos cerrados; ¿puedes hacer tú eso?—. Pero sólo podremos mantenerte fuera de líos si cooperas. En el baile está la causa; nada te traiciona como el baile. Tienes que prometer que te mantendrás alejado de él. De hecho, queremos que nos prometas que nos permitirás ejercer sobre ti alguna clase de retención. Para mantenerte alejado del baile. Algo del baile...

Hablaba y hablaba y todavía podía oír sus palabras. Pero estaban ocurriendo otras cosas. La palabra «baile» se interpuso en el camino de todas las demás palabras. Provocó una especie de revoloteo bajo mis párpados. Extendí la mano y tomé la de la mujer maravillosa, tan blanda, tan ardiente, y me dediqué a ver bailar la palabra «baile». Traía su propio ritmo y daba saltos en mi cabeza como un globo ocular. El ritmo se hizo más intenso, él estaba gritando.

De pronto me levanté y abrí los ojos.

La mujer M. estaba tendida en el suelo, muy pálida.

—Muchacho, apretaste demasiado fuerte —susurró.

Pude ver que su pequeña mano era la única cosa roja que poseía.

—Lo siento —dije—. Me pregunto por qué no me contuvisteis. —No pude remediarlo y me eché a reír. Me gusta reír. Puedo reírme hasta cuando no hay nada divertido. Incluso cuando vi sus rostros seguí riendo como un idiota.

—¡Ya está bien! —dijo el Marido. Por un momento me miró como si me hubiera golpeado. Pero me estaba riendo tanto y tan a gusto que no lo reconocí. Tenía que hacerles bien el ver que me divertía a mi propia costa; ambos necesitaban estímulo, si se me permite la observación.

—Si dejas de reír te llevaré al club —dijo él, sobornándome sucitamente.

Me detuve. Siempre sé cuándo detenerme. Con toda la humildad posible: es un don natural que poseo.

—El club es el lugar que me corresponde —dije—. Ya tengo un pie a medio camino^[9]. ¡De veras, de veras, te digo que podemos ir! Me levanté.

—Conducidme, leales porteadores, señores de humildes vasallos —ordené.

—Iremos tú y yo solos, Alex —dijo el Marido—. La mujer maravillosa se quedará aquí. Tiene que ir a la cama.

—¿Qué va a buscar allí? —bromeé. Lo seguí hasta el ascensor. Sabe que no me gusta permanecer en un sitio mucho rato.

Cuando llegáramos al club, lo sabía muy bien, querría estar en algún otro lugar. Eso es lo peor de tener una misión que cumplir: te convierte en alguien terriblemente intranquilo. A veces me encuentro intranquilo hasta sentirme morir. La gente ordinaria no sabe lo que esa palabra significa. Pude haberme casado con ella de haber sido yo un hombre ordinario. A esto se le llama destino.

Pero el club estaba muy bien.

Penetramos en él. Cojeé. Estoy seguro de que cojeé de lo lindo.

El club tenía una cronopantalla. En eso, debo admitirlo, radicaba mi único interés por el club. No me preocupan las mujeres. Ni los hombres. Me refiero a los hombres y mujeres vivos. Sólo me divierto con ellos *cundo retroceden en el tiempo*.

Esa noche —iba a decir «esa noche especial», pero nada había especialmente especial en ella— la cronopantalla había sido

enfocada abruptamente a ciento sesenta siglos en el pasado. Creo que lo que se veía era la Guerra de Color, a juzgar por las ropas femeninas y los muchos impactos subterráneos. Un inmenso gentío miraba la pantalla cuando Perdita Caesar y yo entramos de manera que fingí no haber visto nunca una pantalla de aquel tipo. Ya me conocéis: Choteo, S. A.

—Los tele-ojos que retroceden en la historia consumen una fabulosa cantidad de poder energético por segundo —le dije en voz alta, en un tono que sugería una deglución de atizador de lumbre—. Es verdaderamente caro, porque cuanto más retrocede más gasta. Lo que significa que los ciudadanos medios no pueden permitirse el lujo de comprar pantallas y tele-ojos, al igual que tiempo atrás no podían disponer de cines privados. Por fortuna, este club es muy rico. Sus miembros duermen por la noche en jergones de oro.

Varias personas habían vuelto ya la cabeza para mirarme. César bajaba la suya y me hacía señas con los ojos.

—Los tele-ojos vuelven a la gente cada vez más idiota; en estos días, no hay dios que pueda obtener una imagen histórica que vaya más allá de veintitrés mil años retrospectivos —le dije—. A causa de las limitaciones de la ciencia, podemos ver a mi tocayo Alejandro el Magno, pero no a los hombres que levantaron las primitivas pirámides. La ciencia, tú lo sabes bien, es un sistema que con una mano te da y con la otra te quita.

No pudo responder con ingenio. Proseguí:

—En estos días degenerados, gracias a las antedichas limitaciones, también se muestra incapaz de enviar seres humanos al pasado más allá de una semana. Y aun eso cuesta tanto que sólo los del gobierno pueden hacerlo. Y, como habrás oído, nada puede ser enviado al porvenir: ¡no existe el futuro!

Tuve que reírme. Era divertido y bastante espontáneo.

Mucha gente me daba berridos y César Borgia me tiraba del brazo llamándome al orden.

—¡No quiero estropear la diversión de nadie! —exclamé—. Seguid con vuestra contemplación; yo proseguiré mi charla.

Pero no tenía ganas de hablar a un montón de bobalicones como los que allí había. De modo que me senté sin decir ni una palabra más, viendo cómo el Borgia se dejaba caer a mi lado con un suspiro

de alivio. De repente, me sentí muy, muy triste. La vida sólo es lo que todo esto era; en cierta ocasión pude casarme con la mujer de este marido.

—Físicamente, puedes retroceder una semana —susurré—, óptimamente dos mil trescientos siglos. Es muy triste.

Era muy triste, la gente que aparecía en la pantalla también era muy triste. Vivía en malos tiempos y, tal como apreciaba, no le sacaba mucho jugo a su circunstancia. Intenté llorar por aquella gente, pero fracasé porque al instante me parecieron sólo dibujos animados. Vi los individuos como hechos en serie, enclavados allí, algunas generaciones antes de que el leer y el escribir hubieran muerto y los grilletos de la instrucción abandonaran por siempre el mundo. Pocos se preocupaban por los modelos históricos, que son mucho más importantes de cualquier culturalismo jamás inventado.

—Se me ha ocurrido una idea y quiero explicártela, Cheezer —dije. Era una buena idea.

—¿No puede esperar? —preguntó—. Me gustaría ver ese episodio. Es sobre la Fidelidad Afro-China.

—Debo contártela antes de que la olvide.

—Adelante —dijo con resignación, al tiempo que se incorporaba.

—Me eres demasiado leal —protesté—. Me ofende eso. Se lo comentaré a san Pedro, vaya si lo haré.

Tan dócil como sería de tu gusto, lo seguí hasta una antesala. Se sirvió un poco de bebida de un hombre automático en una esquina. El tipo estaba temblando. Yo no temblaba, aunque en la retaguardia de mi cacumen acechaban muchas cosas para hacer temblar a cualquiera.

—Adelante y di lo que tengas que decir —me espetó oscureciendo mis ojos con su mano. Le he visto usar ese truco antes; lo utilizó antes de que yo matara a Parowen Scryban la primera vez. Mi memoria funciona bien, sólo que tiene lagunas.

—He aquí mi idea —dije, intentando recordarla—. Una idea... ah, sí. La historia. Se me ha ocurrido al ver esa gente del siglo veintidós. La mitología es la clave de todo, ¿no? Quiero decir que

un hombre, cualquier hombre, en cualquier período, construye siempre su vida a tenor de una serie de mitos, ¿no? Bien: en nuestro mundo, el mundo que hemos heredado, los mitos aceptados fueron de índole religiosa hasta, más o menos, el diecinueve. Por entonces, una mayoría de europeos estaban alfabetizados, o a punto de serlo, y durante varios siglos los mitos se convirtieron en mitos literarios: la tragedia dejó de ser la diferencia entre la gracia y la naturaleza para convertirse en la diferencia entre el arte y la realidad. Es una idea de envergadura, ¿no, Squeezer^[10]?

Julio bajó las manos. Estaba interesado. Pude ver cómo se interrogaba acerca de la continuación. A duras penas la sabía yo mismo.

—Luego, los cacharros mecánicos, televisión, ordenadores, exploradores de todo tipo, abolieron lo literario —dije—. Para llenar el vacío dejado, vinieron las cronopantallas, si es que puedo hablar con esquemas. Nuestras mitologías son ahora históricas: la tragedia se ha convertido sencillamente en un fracaso para ver el futuro.

Me incliné hacia él e hice una reverencia, sin dejar que supiera que yo estaba más allá de la tragedia. Se limitó a quedarse sentado. Nada dijo. A veces cae sobre mí tal aburrimiento, que difícilmente puedo luchar contra él.

—¿Te suena mi razonamiento? —pregunté. (Dos mujeres echaron un vistazo a la sala, me vieron y se largaron corriendo. Deben haber sentido de alguna manera que no las deseo, de otro modo se habrían acercado hasta donde estoy; soy joven y guapo: aún no he cumplido los treinta y tres.)

—Tus razonamientos nunca están del todo mal —dijo Marco Aurelio Marconi—, lo que pasa es que nunca conducen a ninguna parte. Y, por Dios, estoy tan cansado.

—Este breve razonamiento lleva a una parte. Te ruego que me creas, Santo Romano —dije, cayendo de rodillas ante él—. Lo que te he venido explicando es la filosofía del estado Solite. Ahí tienes por qué, pese a prescribir pena de muerte para los delitos serios, como matar a un bastardo llamado Parowen Scryban, se retrocede en el tiempo al día siguiente y se suspende la ejecución. Es creencia establecida que debes morir por tu crimen, ¿no? Pues aún se cree

con mayor profundidad que todo hombre debe afrontar su destino. Ellos, nosotros hemos visto demasiadas muertes prematuras en las cronopantallas. Romanos, celtas, incas, ingleses, israelitas. Todas las razas. Los individuos: muertos demasiado pronto, fracasando en su empeño por cumplir...

Oh, lo admito, estaba llorando en sus rodillas en aquel momento, aunque disimulándolo bravamente con ladridos caninos: un perro danés. Hamlet. No en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos. (He observado la firma W. S. bajo esa frase.)

También lloraba porque pensaba en que la policía vendría puntualmente la semana siguiente para liquidarme y resucitarme nuevamente, según lo previsto por la sentencia. Estaba recordando a qué me supo la última vez. Lo recordaba siempre. Hicieron que durase mucho.

Hicieron que durase mucho. Aunque luchaba, no podía moverme; los policías sabían cómo sujetar a un hombre. Mi tráquea fue bloqueada, según exigía la sentencia de la corte. No más oxígeno para mí, ningún O para A. A. Ybo.

Luego, al parecer, comenzaron a venir los recuadros. Los primeros fueron menudos, más grandes los sucesivos. Eran recuadros negros, todos negros. Me penetraban y circundaban más y más rápido. ¡Te estoy diciendo lo que sentí, por Dios! Y bloqueaban el universo entero y total, negro y rojo, rojo sobre negro. Con los pulmones atascados, rígidos por aquellos recuadros... me alejé del mundo. ¡Muerto!

Penetré en el limbo y descendí a los infiernos.

No digo que no ocurrió nada, pero el caso es que no podía aprehender lo que allí sucedía, porque era incapaz de participar en ello. Luego estuve vivo otra vez.

Una vez más, abruptamente, se trataba del día anterior al estrangulamiento: el agente del gobierno había retrocedido en el tiempo para rescatarme, de modo que, desde cierto punto de vista, yo no había sido estrangulado. *Pero* seguía recordando cómo ocurría: los recuadros, el limbo. No me vengas ahora con paradojas. El gobierno gastó varios billones de megavoltios enviando a morir a

aquel tipo por mí y esos megavoltios valen lo que todas las paradojas del mundo. Estuve muerto y luego nuevamente vivo.

Sentenciado una vez más. No me maravilla que haya pocos delitos hoy en día: la amenaza de tan horrible experiencia echa atrás a muchos criminales. Pero yo *tenía* que matar a Parowen Scryban; nada más se desplazaban al pasado y me resucitaban después de perpetrado mi asesinato, yo me sentía impulsado a buscar a mi víctima y acabar con ella nuevamente. Llámalo obligación moral. Nadie me comprende. Es como si estuviera viviendo en un mundo hecho con mi propia sustancia.

—¡Álzate, álzate! ¡Me estás fastidiando los tobillos!

¿Dónde había oído antes aquella voz? Por lo menos no podía ignorarla por mucho tiempo. Siempre que intentaba recordar, las voces se interrumpían. Dejé de masticar lo que estuviera masticando, abrí los ojos y me incorporé. Estaba en una habitación: ya había ocupado antes otras habitaciones. Un hombre estaba inclinado hacia mí; no lo reconocí. Era simplemente un hombre.

—Pareces haber envejecido —le dije.

—Gracias a Dios, no vivo eternamente —dijo—. Ahora levántate y vamos a casa. Tienes que meterte en la cama.

—¿A qué casa? —pregunté—. ¿Qué cama? En el gentil nombre de quien sea, ¿quién puedes ser tú?

Parecía enfermo.

—Lláname Adán —me dijo morbosamente.

Entonces le reconocí y fui con él. Habíamos estado en una especie de club; nunca me dijo por qué. Todavía ignoro por qué fuimos a aquel club.

La casa a la que me condujo estaba conformada como una colmena cabeza abajo y penetré en ella como un borracho. Un borracho patizambo.

El maravilloso extraño me condujo hasta un ascensor y luego hasta una mullida cama. Me desnudó y me introdujo en aquella mullida cama tan amablemente como si se hubiera tratado de su hijo. Realmente estoy impresionado por la amabilidad que los extraños me manifiestan; magnetismo personal, supongo.

Yací en la cama de la colmena invertida todo el tiempo que pude. Luego, las tinieblas fueron haciéndose densas y compactas y pude imaginar todos los gruesos y veloces cuerpos alados de las abejas en las celdas. Un minuto más y me lanzaría de cabeza contra ellas. Tenazmente, luché por resistir, pero un hombre no puede aguantar eternamente.

Sobre manos y rodillas me lancé fuera de la cama y fuera de la habitación. Rápida, suavemente, cerré la puerta a mis espaldas; no escapó ni una abeja.

Había gente que hablaba en una habitación iluminada al otro lado del pasillo. Gateé hasta el umbral, miré y escuché. El maravilloso extraño hablaba con la mujer maravillosa; llevaba un vestido de noche y una mano vendada.

Decía ella:

—Tendrás que ver mañana a las autoridades y hacerles la petición.

Decía él:

—No comportará ningún beneficio. No puedo hacer que cambien las leyes. Tú sabes eso. Es desesperanzador.

Yo me limitaba a escuchar.

Dejándose caer en la cama, el hombre enterró la cara entre las manos para alzarla luego y decir:

—La ley insiste en la responsabilidad personal. Tenemos que hacernos cargo de Alex. Lo que vivimos es un reflejo del tiempo; gracias a las cronopantallas hemos conseguido, nos guste o no, perspectivas históricas. Hemos llegado a ver que toda la locura del pasado se debía a fracasos de responsabilidad personal. Nuestras leyes, naturalmente, tienen miedo de enmendar ese aspecto y como resultado la negligencia redunda en perjuicio nuestro.

Suspiró y añadió:

—Lo triste es que incluso Alex se da cuenta. Me ha hablado en el club con mucho sentimiento sobre la imposible evasión al futuro.

—Lo que más me apena es cuando se pone sentimental —dijo la mujer doblemente maravillosa—. Hace que te des cuenta de que aún es capaz de sufrir.

El hombre tomó la mano vendada de la mujer casi como si se resintieran de un dolor y esperasen verlo aliviado por el simple

hecho de compartirlo.

—Por la mañana iré a ver a las autoridades —prometió él— y les pediré que permitan que la ejecución sea final: que no siga suspendiéndose indefinidamente.

Pero aquello no pareció satisfacerla.

Quizá, como yo, se sentía incapaz de decir sobre qué estaban hablando. Negó con la cabeza misericordemente.

—Si no hubiera sido por su pie torcido —dijo—. Si no hubiera sido por eso, podría haber hecho saltar la enfermedad fuera de sí.

Su rostro hacía más y más muecas.

Fue suficiente. Más.

—Reíd y engordad —sugerí. Grazné, porque mi garganta estaba seca. Mis glándulas están siempre como balas. Aquello me recordó una rana, de modo que salté espontáneamente al interior de la habitación. No se movieron; me senté con ellos en la cama.

—Juntos de nuevo —dije.

No se movieron.

—Vuelve a la cama, Alex —dijo la de las maravillas, con voz suave.

Me estaban mirando; el cielo sabe qué querían que dijera o hiciese. Permanecí donde estaba. Un pequeño reloj verde sobre un anaquel verde marcaba las nueve en punto.

—¡Oh, cielo santo! —exclamó el doble yo—. ¿Qué nos deparará el futuro?

—Doble mentón para ti, doble ego para mí —bromeé. El reloj verde marcaba las nueve y un minuto. Me sentía como si la manecilla de las horas fuera lenta, lentamente desentrañándose.

Si esperaba lo suficiente sabía que pensaría en algo. Me hablaron mientras pensaba y esperaba; lo bueno es que imaginaban que lo que estaban haciendo se me escapaba, pero no iba a hacerles daño. Representaban el bien. Son las mejores personas del mundo. Lo que no quiere decir que tenga que hacerles caso.

El pensamiento sobre el reloj llegó por fin. Divina revelación.

—El baile será ahora mismo —dije, enderezándome como un cortaplumas.

—¡No! —exclamó el Marido.

—¡No! —exclamó Perdita.

—Parecéis más viejos —les dije. Es la frase favorita de todo mi repertorio.

Corrí hacia fuera de la habitación, cerré la puerta tras de mí, corrí renqueando por el pasillo y me metí en el ascensor. Con demora infinitesimal apreté el botón justo y me hundí hasta llegar al nivel del suelo. Allí dejé abierta la puerta de rejas trabándola con una silla, lo que dejó el ascensor fuera de funcionamiento.

La gente de la calle no se preocupó de mí. Los imbéciles no advertían quién era yo. Nadie me dirigió la palabra mientras corría, de manera que, obvio, repliqué con la misma moneda.

Así, llegué al área del baile.

Toda comunidad posee su área de danza. En Unión hay tres. Piensa en lo que, cosas como el drama, la contienda de gladiadores, la declamación y el deporte, han significado en el pasado. Todo esto ha convergido, en nuestros días, en el baile, inevitablemente, pues sólo a través del baile —nuestra clase de baile— puede ser interpretada la historia. Y la interpretación de la historia constituye nuestro ser, porque a través de las cronopantallas observamos que la historia es la vida. Vive rodeándonos y así bailamos nosotros. A menos que tengamos los pies cojo-cojo-cojidooblidos.

Se estaban practicando muchos bailes en los treinta campos permanentes. Estos campos estaban separados unos de otros al azar, de manera que espectadores y danzantes podían ir de uno a otro y captar el sentido de conjunto, que es el sentido que te transmiten las cronopantallas.

Esto es, de la historia, cosa que amo con locura. No pertenece al pasado: prosigue eternamente. Cleopatra yace por siempre entre los acaramelados brazos de Antonio, Sócrates bebe continuamente su cicuta. Sólo tienes que mirar la pantalla adecuada o la adecuada danza.

La mayoría de los bailarines eran aficionados, aunque este término significa poco donde todo el mundo baila según sus reglas siempre que puede. Estaba yo en medio de una aglomeración y observaba. Los movimientos más vivos poseen un efecto vertiginoso; me excitan. A un costado mío, Marco Polo camina

exultante a través de Catay hasta Kublai Kan. Más allá, cuatro niños que representan los satélites de Júpiter se desplazan para encontrar la sombría figura de Galileo Galilei. Al otro costado, el poeta persa Firdusi parte para su exilio de Bagdad y Suryavarman construye el hermoso palacio de la anciana Angkor. Más allá aún, alcanzo a ver un retazo de Heyerdahl volviéndose hacia el temporal.

Y cruzan por mis ojos balsa, telescopio, pagoda, palacio, palma, todo confundido y mezclado. ¡Ése es el sentido! ¡Si pudiera bailarlo tan sólo!

No puedo quedarme quieto. He aquí mi intranquilidad nuevamente, mi única compañía. Me muevo, los ojos en blanco. Rodeo los campos de baile o los cruzo y me mezclo entre los bailarines. Algo me empuja, algo que no puedo recordar. Ahora ya no puedo recordar quién soy. He ido más allá de la mera identidad.

Por todas partes, el baile es frenético, acompasa el ritmo de mi corazón. No haré daño a nadie, excepto a una persona que me hirió para siempre. Es a él a quien debo encontrar. ¿Por qué bailan tan rápido? Los movimientos me hacen dar tumbos.

Ahora corro a un espejo. Está instalado sobre un campo lleno de gente. Lucho con la criatura que ha sido apresada por el espejo creyendo que es auténtica. Comprendo entonces que es sólo un espejo. Sacudiendo la cabeza, me aclaro la sangre que hay tras mis ojos y me contemplo. Sí, soy inconfundiblemente yo. Y recuerdo quién pensaba ser.

La primera vez que descubrí quién me creía ser fue cuando, de niño, asistí a uno de los dramas más impresionantes. ¡Y estaba allí, capturado por las cronopantallas! Llegaban soldados y centuriones y con ellos una multitud jactanciosa. El cielo se estaba oscureciendo mientras tres cruces eran plantadas en tierra. Y cuando vi al hombre que crucificaban en la cruz central supe que yo tenía su rostro. Supe que yo era él.

Y aquí está ahora, el mismo rostro sublime, mirándome con dolor y piedad desde el cristal. Nadie me cree; ya no he de decirles nunca más quién creo ser. Pero hay una cosa que tengo que hacer. Y debo hacerla.

De manera que me lanzo otra vez a la carrera cojeante sabiendo con exactitud qué es lo que busco. Mirando, rodeo los grandes campos, los pilares, los paneles de cemento y plástico.

Helo aquí. Los profesionales bailan este drama, mi drama, tan difícil, intrincado y triste. Pilato de gris paloma, María Magdalena se mueve en verde, azul es la túnica de Pedro. Hordas de bailarines me rodean representando las turbas indiferentes. ¡Yo no estoy indiferente! Mis ojos arden en medio de ellos, buscando. Entonces descubro al hombre que busco.

Acaba de salir de la pista para descansar hasta que suene la señal de su último baile. Lo sigo cuidándome de no ser visto, como un cangrejo en la espesura.

¡Sí! ¡Es igual que yo! Es mi viva imagen y en consecuencia reproduce la cara de aquel otro. No obstante ahora está cubierta de maquillaje, rosado y cera, de modo que, cuando le da la luz, tiene el aspecto de un cadáver.

Me acerco lo suficiente para comprobar la espesa suciedad de su piel, con tiznes y regueros provocados por el sudor y los movimientos. Bajo esa piel, el verdadero rostro se me aparece con claridad; pese al maquillaje plástico representa a *Judas*.

¡Poseer el rostro del otro y hacer el papel de Judas! Es la más terrible de las infamias. Pues éste es Parowen Scryban, muerto dos veces a mis manos por representar esta blasfemia. Consuela un poco saber que, pese a las incursiones del gobierno en el pasado para salvarlo dos veces, debe recordar muy bien sus dos muertes y sin duda las recordará siempre. Ahora debo matarlo de nuevo.

Mientras se desplaza hacia una sala de descanso, lo atrapo. Ah, mis dedos resbalan sobre la viscosa capa rosada, pero debajo la piel es firme. Es un hombre pequeño, esmirriado, cansado por la agitación de la danza. Cae de bruces y yo caigo con él.

Ya lo he matado, aunque dentro de pocas horas vendrán, irán por él y lo rescatarán, y todo quedará como si nada hubiera ocurrido. No importan los gritos: sólo apretar. ¡Apretar, amado Dios!

No me preocupo cuando los golpes llueven sobre mi cabeza.

Scryban ya estará muerto, el muy traidor. Me aparto de él y dejo que muchas manos me introduzcan en una camisa de fuerza.

Hay muchas luces sobre mis ojos. Muchas voces hablan. Yo me limito a estar allí, pensando en que he reconocido dos de las voces, una de hombre, la otra de mujer.

Dice el hombre:

—Sí, Inspector, sé que ante la ley los padres son responsables de la conducta de los hijos. Buscamos frenéticamente a Alex, pero ocurre que está loco. ¡Es un retrasado! Yo... por Dios, Inspector, odio ese engendro.

—¡No digas eso! —grita la mujer—. Haga lo que haga, es nuestro hijo.

Lo dicen con voz demasiado aguda para ser cierto. No creo en aquello por lo que se arma semejante barullo. Así que abro los ojos y los miro. Ella es una mujer maravillosa, pero no la reconozco, como tampoco reconozco al hombre; no me interesan. A Scryban sí lo reconozco.

Está frotándose la garganta. Parece un verdadero embrollo con sus dos rostros mezclados, como un Picasso. Puesto que respira, sé que han ido por él y lo han vuelto a salvar. No importa: lo recordará, lo recordará siempre.

El hombre al que llaman Inspector (¿y quién, pregunto, querría un nombre así?) se dispone a hablar a Scryban.

—Tu padre dice que eres el hermano de este loco —dice a Scryban. Judas tiene gacha la cabeza debido a los continuos masajes que prodiga a su cuello.

—Sí —dice. Está tan tranquilo como la mujer que chillaba; de qué manera tan extraña cambia la gente—. Alex y yo somos hermanos gemelos. Hace años cambié de nombre... la publicidad, ¿sabe? perjudica mi profesión.

Qué terriblemente hastiado y aburrido me siento.

¿Quién es hermano de ese hermano, me pregunto, y quién hijo de esa madre? Tengo suerte: no estoy emparentado con nadie. Triste compañía esas personas. La más triste del universo.

—Tienes pinta de haber envejecido —exclamo repentinamente.

Esto hace que el Inspector se me aproxime, cosa que me disgusta. Posee rodillas situadas en mitad de sus piernas. Me las

arreglo para parecer uno de los tritones de un salero de Benvenuto Cellini: entonces, el tipo da media vuelta y habla con el Marido.

—Muy bien —dice—. Puedo entender que se trata de una de esas cosas de las que nadie es responsable. Haré que la suspensión temporal reciba contraorden. Esta vez, cuando el diablo muera, muerto quedará.

El Marido abraza a Scryban. La mujer maravillosa se echa a llorar. ¡Puñado de traidores! Comienzo a reír y hago mis carcajadas tan ásperas, estruendosas y horribles, que me asustan incluso a mí.

Lo que ninguno de ellos entiende es esto: resucitaré nuevamente por tercera vez.

Pasaron los milenios. Debemos pasar por alto esos cuarenta millones de años conocidos como Período Medio; tiempo de cambios en el que nada cambió realmente. Para el sistema solar sólo existe un largo día: el sol fabrica el día, y sus planetas forjan sus propias noches. Y mientras el sol calienta, impasible como un pabilo en una habitación cerrada, la vida goza asimismo su día ininterrumpido; sólo las diminutas vidas individuales tienen que sufrir con paciencia cada una de las noches.

¡OH, ISRAEL!

La nave de salud mental *Cyberqueen* permanecía atracada en la quietud contra un largo muelle. Solitario en una de sus muchas cabinas, Davi Dael esperaba. El ranúnculo de su túnica estaba comenzando a marchitarse. Le dirigió una media sonrisa porque se le antojaba la única conexión entre él y la nave-ciudad Bergharra que había abandonado aquella mañana temprano; lo había cogido antes de subir a un rápido-giro en Nueva Unión. Ningún otro objeto podía ver Davi que, ni dentro de la sala de espera ni más allá de la ventana, tuviera tanto color como su ranúnculo.

La sala de espera era toda de tonos verdes y grises, aliviados sólo por los ajustes de espuma. En el exterior sólo había grises y negros, en tanto el crepúsculo se cernía sobre acres de zona apartada; al otro lado de la nave, el Río Horby se haría eco de los mismos tonos sobrios. Quietud. Quietud en parsecs a la redonda, traicionera quietud cuando nada se siente sino la profunda ansiedad en las entrañas.

En la cabeza de Davi, las preocupaciones ordinarias de un hombre atareado estaban eclipsadas por una más grande preocupación que crecía y crecía como si se nutriese del silencio. Esperaba tensamente mientras esas preocupaciones le rondaban por la cabeza tan furiosamente como un trueno que tuviese como lecho su cráneo. Nada constructivo vendría de ahí: las inmensas

ansiedades lo recorrían de la cabeza a los pies como una serie de locuciones gramaticales: parsecs, federación galáctica, hiperespacio, interpenetradores.

Ésas eran las palabras que molestaban a Davi. Su tardo cerebro les daba vueltas una y otra vez, como si bajo ellas esperase encontrar algo relevante. Cerca de los cincuenta, había conocido durante años la mayoría de esas palabras; habían sido sólo palabras, sin la menor confrontación con la experiencia, palabras de diccionario. Pero en los últimos tiempos habían acudido para alterar su vida entera.

Unos pasos silenciosos y rápidos sonaron más allá de la puerta. Davi se puso rápidamente de pie, experimentando un morboso sentimiento en su interior. ¿Qué conclusión habían sacado sobre Israel? ¿Había nacido en la tierra o no? ¿O (lo que era la misma pregunta realmente), había sido declarado sano o insano?

Durante un minuto quedóse Davi temblando y luego tomó asiento, con la debilidad por compañera, mientras se daba cuenta de que los casos escuchados tenían poca conexión con su existencia. Reanudó el aburrido escrutinio de los patios de ceremonias; tal tipo de panorama le era desconocido, viviendo como vivía en pleno campo. Aquí, los artículos de importación de una gran ciudad al borde del mar eran cargados para ser conducidos a sus diversos destinos. Puesto que, sus intereses se limitaban por lo general al ganado vacuno que criaba, Davi habría permanecido indiferente al espectáculo en cualquier otra ocasión; pero ahora se sentía un tanto intrigado, pues lo veía a través de los ojos de Israel. Y aquello cambiaba las cosas por completo.

Las incontables millas de trayecto, desde el punto de vista de Israel, pertenecían a un primitivo sistema de transporte en un remoto globo. A la redonda, este globo abarcaba, no el cielo como pensara tontamente Davi en otro tiempo, sino la inmensa y complicada pista llamada espacio. No era una sencilla nadería: sino, explicaba Israel, una insondable interrelación de fuerzas, campos y planos. Israel se había echado a reír al escuchar aquella palabra terrestre: el «espacio»; él lo había designado, no espacio, sino laberinto de pulsiones. Pero, claro, Israel podía muy bien estar chiflado. Ciertamente, nadie en Bergharra había hablado nunca de

aquella manera.

Y por entre el laberinto de campos de pulsión, había dicho Israel, corren los Interpenetradores. Davi se los imaginaba como naves espaciales, pero Israel los llamaba Interpenetradores. Al parecer no estaban fabricados con ninguna clase de metal, sino con blindajes de fuerza mentalmente poderosos que se alimentaban de los campos de pulsión y cambiaban al tenor de éstos; así, el pueblo de la galaxia viajaba sin temor por entre los planetas civilizados. Al menos, así lo afirmaba Israel.

Y los planetas se hacían la guerra. Pero ni siquiera la guerra era como la sobreentendía Davi. Era tan sutil como el ajedrez, tan diplomática como un apretón de manos, tan caballerosa como una ambulancia, tan implacable como una guillotina. Sus objetivos eran más nebulosos y amplios de los que los terrícolas materialistas podían entender. O así lo decía Israel, y, claro, Israel podía estar loco.

Aun cuando lo estuviera, tal dato no afectaría la cándida admiración que sentía hacia él.

—¡No lo consideréis loco! ¡No lo consideréis loco! —decía Davi en repetición agónica, dirigiéndose a las grises paredes.

Y sin embargo... si probáis que Israel está cuerdo... tendréis que aceptar su demente versión de la realidad.

Tras tantas horas de espera, Davi estaba desprevenido: en aquel momento se abrió la puerta de la cabina. Se encontraba de pie con las manos prendidas de la túnica, y las bajó cuando vio entrar al hombre de cabello blanco. Era el Hermano Joh Shansfor, el psiquiatra con el que Davi se había entrevistado en el *Cyberqueen* (perteneciente a la flota ambulante de naves especializadas que habían sustituido la envejecida y estática concepción del hospital) la primera vez que Davi se ofreciera en Bergharra a ayudar a Israel. Shansfor era alto, delgado y vivaz, y también notablemente feo, aunque la edad había suavizado sus facciones dejándolas poco más que notoriamente ásperas.

Davi caminó derecho hacia él.

—¿Israel? —preguntó.

Ante aquel comienzo urgente y tenso, Shansfor se amedrentó.

—Aún no estamos seguros —dijo con sus modales correctos—.

Algunos de los factores implicados sugieren una muy prudente evaluación, ciertamente...

—Hace ya un mes desde que Israel fue traído a bordo y tres semanas desde que lo condujeron a Nueva Unión —dijo Davi—. Se lo presenté pensando en su bien, pero no puede encontrarse a gusto en este lugar, siempre bajo observación y cosas por el estilo. Seguramente en todo este tiempo...

—Una decisión precipitada sería una locura —dijo Shansfor—. Israel se encuentra aquí a salvo y completamente a gusto; y usted puede estar seguro de que no se le está tratando como a un paciente común.

—¡Ya me dijo eso antes! —En los ojos de Davi había lágrimas de rabia. Tenía la sensación de que la entera organización de la nave de salud mental estaba conchabada contra él—. En el corto espacio de tiempo transcurrido desde que lo encontré, ha aumentado mi amor por Israel. Sin duda, hasta los que trabajan aquí son capaces de percibir la bondad de su carácter.

—Su carácter no es lo que se cuestiona. Lo que examinamos es su mente —replicó Shansfor—. Perdóneme si tomo asiento; ha sido un día agotador.

Se sentó en una silla dura, y relajó los hombros. Davi, lo bastante viejo para entender el cansancio que puede yacer tras un gesto de tan anodina apariencia, sintió decrecer su ira. Desconfiando de los psiquiatras hasta el punto de preguntarse si el incidente estaba destinado a ganarse su simpatía, persistió en la dureza de tono al decir:

—De cualquier modo, Hermano Shansfor, usted debe haber notado su natural amabilidad. Déme una opinión personal, por el amor del cielo; soy criador de ganado, no abogado. Israel está más sano que usted y yo, ¿no es cierto?

—No —dijo Shansfor lentamente—. Si desea una opinión personal, su protegido se está sumergiendo a pasos agigantados en un trauma esquizofrénico. La paranoia también está presente. Es, según suele decirse, un caso sin remedio.

El color desapareció bajo el tostado de Davi. Mudo, buscó palabras que enunciar entre las divisiones verdes y grises de la habitación que daba vueltas.

—¡Déjeme ver a Israel! —jadeó por último.

—Eso no será posible, señor Dael, y lamento decírselo. El consejo médico ha acordado que al paciente le conviene estar aislado, lejos de las molestas influencias externas.

—Pero debo verlo —dijo Davi. No podía creer lo que estaba diciendo Shansfor; durante un loco momento pensó que el hombre tenía que estar refiriéndose a otro que Israel—. Tengo que verlo, soy su amigo, el amigo de Israel. ¡No puede confinarlo aquí!

Shansfor se levantó. Su rostro, como el de Davi, estaba pálido. Nada dijo, y se limitó a esperar que el otro acabase. Aquella actitud era más terrible que las palabras.

—Escuche —dijo Davi, incapaz de contener sus argumentos, aunque sospechando la inutilidad de los mismos—. Esa historia que Israel nos contó sobre la inmensa civilización de la galaxia, los campos de pulsión del espacio, los interpenetradores, todos los detalles de la vida de otros planetas, animales y flores extraños, ¿cree de veras que la ha inventado? Esos planetas de que habla, Droxy, Owlenj, ¿le parecen mera ficción?

—Señor Dael —dijo Shansfor con voz frágil—, le pido por favor que nos ceda algún crédito en lo que hacemos aquí. El paciente posee una imaginación fértil; ésta, por último, se ha detenido bajo la tensión de excesivas lecturas, lecturas omnívoras, añadiría, que han abarcado tanto obras edificantes como barata hojarasca.

—Pero su versión de la guerra galáctica... —protestó Davi.

—Dígame —dijo Shansfor con calma peligrosa—. ¿Cree que estamos amenazados ahora por una guerra galáctica, señor Dael?

Pausa. Los cercados exteriores estaban flotando en medio de una ola de tiniebla en la que unas luces aisladas parecían jugar el papel de boyas. El cielo era una gran nube instalada sobre Nueva Unión. Suponiendo que lo creo, pensó Davi, suponiendo que creo esa fantástica historia, ¿puedo demostrar mi salud con mayor soltura que Israel? ¿Cómo puedo demostrarme a mí mismo que estoy sano? Hace dos meses me habría reído de ese galimatías galáctico. Sólo que la forma que tenía Israel de contar lo hacía parecer verdadero. ¡Sin error posible! Y sin embargo... vaya, que resultaba espeluznantemente traído por los pelos. Pero en eso consiste la razón de su credibilidad: es demasiado inmenso para no ser

verdadero. ¿Creer? Así que me lo creo, ¿eh? Aunque no estoy seguro. Si estuviera *totalmente* seguro, también a mí me encerrarían. Oh, Israel... No mejor jugar sobre seguro; a fin de cuentas, no reportaré ningún bien a Israel si tienen dudas sobre mí.

—... Oh, no sé qué creer —balbució miserablemente, avergonzado por no comprometerse y apartando la mirada de Shansfor. El ranúnculo se burló de su expresión cariacontecida.

—Lo que he venido a decirle es que el consejo médico está todavía reunido —dijo Shansfor con voz un poquitín más cálida que urbana—. El Archihermano Inald Uatt, nuestro director, se encuentra allí, por si quiere hablar con él.

—Supongo que será lo mejor.

Deja de sacudirte, idiota, se dijo Davi. Pero no podía evitarlo; había negado a Israel directamente; sabía que creía en él y que lo apoyaba en todo. Y sabía que nadie más creía. Así pues, le importaba saber si Israel quedaba libre de lo que podía ser un confinamiento de por vida. Más densas materias podían también depender de sus esfuerzos, pues, a través de Israel, se entra en el camino que conduce a la lucidez y a los mundos amables mucho más allá de los inoportunos planetas del Sol. Todo cuanto tenía que hacer era convencer a una plantilla de expertos (que, al parecer, se habían forjado ya su idea respecto a la salud de Israel) de que estaban equivocados. Esto era todo: sin embargo, no sería fácil.

—¿Puedo ver antes a Israel? —preguntó Davi.

—Me obliga usted a responder esa pregunta tal como la he respondido antes: con una negación —replicó Shansfor—. Si me acompaña ahora, podrá hablar con el consejo...

Caminaron por un pasillo hasta llegar a un montacargas, ascendieron hasta una parte de la nave mejor amueblada y por allí llegaron a una sala de conferencias forrada con cuero. Unas espesas cortinas habían sido corridas, un fuego ardía, y sobre una pared pendía un Wadifango original, un diseño anatómico de un tigre.

En medio de la sala se extendía una gran mesa, se veían cómodas sillas junto a las paredes, pero los cuatro hombres presentes se mantenían congregados junto al fuego. Mientras se hacían las presentaciones, Davi observó que el Archihermano Inald Uatt era un hombre pequeño y calvo, vestido de franela azul del

cuello a los pies, de maneras contenidas y voz seca.

Estrechó la mano a Davi y se acercó a la mesa para coger un manojo de notas que había bajo un pisapapeles de plata.

—Se trata de un caso muy interesante para nosotros, señor Dael —observó en tono coloquial.

—Señor, para mí es algo más que un caso —dijo Davi.

—Sí, sí. Claro; según creo, usted y él se hicieron muy amigos durante el breve tiempo que permanecieron juntos. Le advierto, sin embargo, que esté atento y no deje que el asunto se le convierta en una obsesión.

—No es una obsesión —dijo Davi—. Estoy de su parte, señor, porque no hay nadie más que pueda hacerlo. Creo que sería cómodo para él convertirse en víctima. Así, de pronto, el asunto entero parece sencillo, pero desde que fue traído a Nueva Unión parece que se ha complicado más y más.

Se daba cuenta de que estaba hablando de manera menos cortés que la pretendida. Se sentía confuso. La sala de conferencias, y el número más bien escaso de miembros del consejo lo confundían; eran personas muy distintas de las que acostumbraba a tratar en sus colinas hogareñas. Aunque en su propio medio granjero y ganadero Davi era conocido y estimado, aquí se sentía fuera de lugar, muy consciente de parecer el sencillo pueblerino que se introduce entre los expertos, muy atentos al hecho de que el color de su túnica no era el de la de ellos. Le asaltó el horrible sentimiento de que estaba a punto de hacer el asno, y esta sensación no lo abandonó; quedó encajada entre él y su raciocinio, obligándole siempre a equivocarse.

—Quiero decir que todo esto no es sino una cuestión de sentido común —añadió, empeorando las cosas en vez de mejorarlas.

Inald Uatt sonrió amablemente como si ocultara su propio embarazo.

—Desgraciadamente, hay problemas —dijo— en los que el sentido común es una herramienta demasiado inexperta, señor Dael, y el problema de Israel es de esos. Ciertamente, hemos obtenido resultados intentando únicamente diversos acercamientos oblicuos, según tendrá ocasión de oír.

—Estaba sólo dando mi opinión —dijo Davi. Quiso que sonara

dolorido, humilde incluso, pero sonó desafiante en medio de la sala acolchada.

—Claro —dijo tranquilamente Inald Uatt, inspeccionando sus dedos como si lo hiciera por vez primera—. Créame, nos damos cuenta de lo fascinante que Israel debe haber sido en Bergharra, pero aquí, en el *Cyberqueen*, creo que puedo afirmar que estamos más bien acostumbrados a los bichos raros.

—En Bergharra no todos somos simplones —exclamó Davi, impelido por lo que interpretó como una burla de su tierra natal.

Uatt inclinó la cabeza tristemente, reconociendo la verdad de la observación.

Advirtiéndolo que otra vez estaba al borde de hacer el asno, Davi dio un tirón a su túnica y dijo a modo de explicación:

—Lamento haber venido hasta aquí sólo para molestarle, señor, pero me siento obligado a saber lo que están haciendo con Israel. Es decir, si han hecho algo.

—Hemos hecho ya bastante —dijo airadamente Uatt—. Su venida ha sido un hermoso gesto. Todos cuantos aquí estamos nos complacemos en asegurarle que Israel nos ha ocupado mucho tiempo durante las últimas semanas.

Sacudió la cabeza y sonrió; los otros hombres sonrieron también. Habían tenido una sesión larga y difícil y ahora les venían con esto. Uatt intentaba dar a Davi una oportunidad, pero éste captó la nota de reproche que se había deslizado en la voz del director y se sonrojó vivamente, sintiéndose como un pequeño escolar conducido delante del profesor.

—¿Cómo iba a saber lo que estaban haciendo aquí? —murmuró—. Sentía que era mi deber venir y comprobarlo.

Un destello de irritación afloró y se evaporó en la mirada de Uatt. El hermano Shansfor, conociendo a su superior, temió lo peor: el director no era hombre que perdonase a cualquiera que le disgustara. A partir de ese momento, Davi quedó en desventaja; en vez de elaborar una discusión, el encuentro cristalizó en un mudo encuentro de personalidades con resultado ya predecible. Davi notó algo de esto e intentó llevar la conversación por otro conducto.

—¡Creo que Israel está cuerdo! —exclamó. Pudo ver al instante que su franqueza los hacía más retraídos. Para ellos, quedaba como

el estúpido profano, incapaz de ver lo evidente.

—Justamente iba a dejarle unas notas —dijo Uatt haciendo crujir los papeles—. Le explicarán los hallazgos que hemos realizado en el paciente y, así lo espero, apartarán de su mente cualquier inquietud o desconcierto que pueda albergar.

—Dígale lo de los especialistas, Inald —dijo Shansfor en un aparte.

—Sí, sí —dijo el Archihermano—. Estas notas son extractos de los informes de especialistas de éste y otro barco de salud que han examinado a Israel, por llamarlo según se llama él, durante el curso del pasado mes. Siéntese, señor Dael, siéntese y desabróchese.

Davi dudó, se sentó y luego se desabrochó cortésmente la túnica. Los tres miembros del consejo que no habían abierto la boca parecieron tomar aquello como una oportunidad para desaparecer. Asintieron a Inald Uatt y a Shansfor y salieron de la cabina como tres danzantes en un ballet de baratillo.

—Bien —dijo Uatt, aclarándose la garganta. Se colocó unos quevedos con montura de plata y observó los papeles que tenía ante sí—. Vayamos primero a nuestros hechos, ¿le parece? Israel fue descubierto refugiado en un granero la tarde del 31 del mes Phi del pasado año por un tal George Fanzi, esclavo de la granja del Comandante Brundell, en la provincia de Bergharra. Estaba desnudo y aturdido y parecía por entonces incapaz de pronunciar palabra. Fanzi lo envolvió con sacos y lo llevó a su propia caravana. Por la mañana, Israel se encontraba mejor aunque su memoria parecía obstruida. Luego se puso a hablar en nuestro idioma a la perfección; un punto importante, señor Dael, que deja serias dudas sobre su... origen galáctico.

—Pero él explicó... —comenzó Davi.

—Oh, sí, él lo *explicaba* todo, señor Dael. Pero continuemos con el sumario. Israel permaneció en la caravana de Fanzi hasta la mañana siguiente, día trigésimo tercero de Phi, en que Fanzi decidió conducirlo al Comandante Brundell. Éste lo mantuvo tres días, tiempo que empleó en consultar con usted y con Ostrachan, el médico local tributario. La policía provincial también intervino intentando averiguar los antecedentes de Israel antes de su encuentro con Fanzi, pero no se sacó nada en claro.

—Un punto para Israel —dijo Davi.

—Un pequeño punto para Israel —concedió Uatt—. Y eso es todo, más o menos; sólo usted parece haber depositado mucha confianza en las historias de ese hombre, Dael, pese a que, tras diversas entrevistas con mi amigo Shansfor, se decidió a traérnoslo. Un paso prudente, si me permite decirlo.

—Lo hice por el bien de Israel —dijo Davi—. Estaba profundamente conmocionado por no encontrar a nadie que lo creyese. Entendí que pronto se pondría a dudar de su estado mental; como usted sabe, acababa de atravesar un período de gran tensión. Cuando me enteré de que el *Cyberqueen* estaba en la costa, me decidí. Quería demostrarle que estaba cuerdo. ¡Ustedes habrían sido poderosos aliados suyos en aquel entonces!

Con un seco carraspeo, Uatt se aclaró la garganta y continuó su informe como si no hubiera oído a Davi.

—Durante los últimos treinta y dos días —dijo—, Israel ha permanecido a bordo de esta nave; ha sido examinado enteramente desde todos los puntos de vista posibles. Lo primero que hicimos fue, obviamente, un sondeo fisiológico. No reveló nada anormal en la constitución del paciente. Ningún hueso fuera de sitio, ninguna onza cartilaginosa de más, ningún pulmón de sobra, ni siquiera —se permitió aquí una módica broma— un tentáculo oculto. En todos los aspectos, Israel es un hombre físicamente normal, nacido en la tierra, destinado a morir en la tierra. Pienso que ciertamente podíamos haber encontrado alguna irregularidad de haber sido, como él dice, un espécimen de la vida galáctica.

—¿Por qué? —preguntó Davi con calor—. ¿No puede seguir la evolución el mismo rumbo en dos planetas?

—Es un punto a considerar, Inald —murmuró Shansfor.

—Un punto que no hemos pasado por alto —acordó el Archihermano—. Lo que me conduce al siguiente paso de nuestra investigación. Como podrá comprender, estamos impresionados por la falta de lógica que impera en los argumentos de Israel, lo que hace muy difícil que los tomemos en serio. Personalmente llamé al Astrónomo Extraordinario y le pregunté sobre la vida en otros planetas.

Se detuvo enfáticamente. Davi se limitó a esperar.

—El Astrónomo Extraordinario —dijo Uatt— me explicó que la posibilidad de vida en otros mundos, salvando los escasos hongos de Marte, es completamente nula. Más aún, me insinuó que la evidencia directa de la existencia de otros sistemas planetarios está todavía por acontecer. Dijo que, según antiguos informes, naves espaciales habían sido lanzadas de vez en cuando desde la Tierra rumbo a otros sistemas; y no hay informes que registren su regreso. Y acabó asegurándome que los viajes espaciales no tienen futuro.

Davi no pudo contenerse por más tiempo. Se levantó de un salto.

—¿Y a eso le llama usted investigación? —exclamó—. Por el cielo, no soy nadie para discutir con el Astrónomo Extraordinario, pero él no sabe nada de ese asunto. ¡No es ningún experto en viajes espaciales!

—De acuerdo —dijo Uatt, quitándose los quevedos de plata y tornando su voz unos cuantos grados más fría—. No hay expertos en viajes espaciales, tan sólo unas cuantas compañías especuladoras que han instalado sus iglúes en la luna esperando encontrar minerales o cosas por el estilo. ¡Especulación! En mi opinión, todo se resume en esa palabra. Por favor, siéntese de nuevo, señor Dael.

Sentarse era lo último que deseaba hacer. Silenciosamente, intentó pedir ayuda a Shansfor, pero éste tenía la mirada clavada en el fuego. Con poco garbo, Davi se dejó caer en la silla.

—Continúe —dijo tanteando—. ¿Cuál es el punto siguiente?

Antes de volver a tomar la palabra, Uatt especuló a las claras sobre si el esfuerzo iba a valer la pena.

—Entonces sometimos a Israel a nuestras pruebas —dijo por fin—. Me refiero a las psicológicas; y en ese campo le doy mi palabra de que sí somos expertos. Nosotros, si me permite que lo diga sin transgredir los límites de la modestia, *nosotros* somos los expertos de esta nave.

»Como demostración, poseemos un documento sin igual, la declaración de Israel, obtenida en el curso de numerosas entrevistas. En pocas palabras, relata los sucesos de su vida: cómo se desarrolló, cómo se convirtió en lo que calificamos de almirante de las flotas de interpenetradores (por usar la extraordinaria frase del propio Israel), y cómo fue vencido en una especie de batalla, yendo a parar a este planeta, desnudo y sin nada que poder utilizar

como colofón.

»No voy a abusar de su tiempo, señor Dael, ni a malgastar el mío propio, embarcándome en una descripción detallada de ese fárrago fantástico que es su autobiografía. Condensada llenaría cinco gruesos volúmenes; observará que hemos ido hasta el fondo. Contiene, empero, uno o dos puntos —relevantes sobre los que descansa nuestro diagnóstico acerca de Israel, y sobre esos puntos quiero llamar su atención. Quizás encuentre usted su fervorosa inventiva mucho más seductora que yo.

—Aguarde un minuto —dijo Davi—. Usted me está contando estas cosas, pero yo sigo viendo su mente igual de cerrada que una ostra. ¿Era así antes de haber topado con Israel? Porque, en ese caso, el pobre diablo habría tenido menos oportunidades para probar sus razones que una palmatoria dentro del agua.

—Está hablando con la túnica abrochada —protestó Shansfor con indignación—. Con esos modales no irá a ninguna parte.

—No nos encaminamos a ninguna parte de ninguna de las maneras —replicó Davi—. Soy un hombre del campo y me gustan las cosas claras.

—Shansfor —dijo Uatt cerrando las manos y volviéndose cansadamente hacia su colega—, sospecho que me siento algo incapaz de hablar claramente a nuestro amigo del campo. ¿Le importaría hacerse cargo de las explicaciones por un rato?

—Claro que no —dijo Shansfor—. ¿Le parece bien que nos refresquemos con unos cuantos sorbetes antes de proseguir?

—Me parece genial —dijo con suavidad el director—. Creo que están en ese aparador adornado que se encuentra al fondo.

Mientras Shansfor atravesaba la sala, Inald Uatt dijo a Davi en tono más mundano:

—¿Sabe, Dael? Creemos efectivamente estar haciéndole un favor al explicarle todas estas cosas; no estamos obligados a hacerlo bajo ningún concepto. Según la ley, Israel es, hoy por hoy, un sujeto que pertenece a la Jerarquía Médica. Usted no tiene ningún vínculo de parentesco con Israel; de modo que obramos de esta manera porque nos sentimos un tanto afectados por las muestras de lealtad que manifiesta usted hacia este desgraciado caso.

—Me sentiré del todo obligado a reconocer su generosidad

cuando haya escuchado el resto de lo que tiene que decirme —dijo Davi frunciendo el ceño—. ¿Cuáles son esos puntos relevantes que ha mencionado?

Fue servido un destilado y aromático morapio de calidad. Shansfor se sentó junto al fuego y acercó las manos a las llamas.

—Probablemente sabrá —comenzó éste con calma— que por muy elaborada y circunstancial que sea la imaginación de un neurótico, ésta revela siempre ciertas emociones básicas, como el miedo, el amor o el deseo de poder. Mirando más allá de los símbolos que una mente desordenada utiliza para camuflar tales emociones, por lo general podemos ver los impulsos emotivos con bastante transparencia. A este respecto, Israel no difiere en nada de cuantos casos hemos tratado, salvo en que su imaginación llega al no va más de la inventiva.

»Advierta algunos puntos. Esa impresionante civilización a la que Israel atribuye una expansión a lo largo de diez mil planetas y hasta cinco veces un año luz, o quizá quince mil planetas y diez años luz... Israel no la recuerda.

—¿La recordaría usted? —preguntó Davi—. ¡Dígame cuántas ciudades hay en la tierra!

—No me refiero a eso —dijo Shansfor—. Estoy intentando mostrarle los esfuerzos que Israel despliega en la construcción de un modelo de semejante complejidad y que debe ser aplicable a un mundo creíble. La guerra que según él se está llevando a cabo es igualmente complicada, complicada hasta el espanto, como agrandar un ajedrez tridimensional con oscuras motivaciones y estrictas reglas de caballerosidad. Israel busca refugio tras esta confusión, empeñándose en perderse a sí mismo.

—Pero una civilización galáctica sería complicada —exclamó Davi—. ¿Por qué no puede limitarse a aceptar que está diciendo la verdad? No tiene motivo alguno para mentir.

—Su motivo es el acostumbrado en estos casos —dijo Shansfor—. Esto es, una fuga de la realidad tan perfecta como sea posible. No puede estar diciendo la verdad porque lo que afirma es demasiado fantástico para ser creído por un hombre sano; y a este respecto habrá advertido también que astutamente se ha engolfado en una historia que no le produce la paradójica necesidad de

proporcionar el menor ribete de demostración.

Davi hundió la cabeza entre las manos.

—Convierte usted esto en un círculo vicioso —dijo—. Israel les dijo por qué llegó aquí desnudo y sin ninguna pertenencia.

—De eso me quejo precisamente —dijo Shansfor—. ¡Israel puede explicarlo todo! Los interpenetradores que llegaban y se iban eran completamente silenciosos e invisibles. No nos queda la menor prueba: ni vislumbre de nave, ni señales de aterrizaje, ni hilacha de ropa de tejido alienígena, ni anillos hechos con aleaciones extrañas, ni siquiera un poco de maíz de Aldebarán pegado a sus pies. Nada. Sólo su relato bárbaro e insostenible. Ni un ápice de evidencia externa en ninguna parte.

—Si hubiera obtenido usted alguna de las cosas que ha mencionado —dijo Davi— habría demostrado su inviabilidad mediante explicaciones.

—Continuaremos con el punto siguiente —dijo Shansfor alzando una irritada ceja al Archihermano, que le dirigió una fraterna inclinación de cabeza—. Advierta que Israel se unió a las flotas de interpenetración y que alcanzó el rango de almirante.

—¿Y?

—Megalomanía... y encontraremos que esto se repite una y otra vez. Hay cierta mascarada bajo los destellantes soles de las insignias de almirante. Hasta se quitó las insignias para que no las viéramos. ¿No podía haber sido un hombre de cierta graduación, o un esclavo, o cualquier otra cosa? Tuvo que ser *almirante*, almirante de una inmensa flota espacial. Tal autoengrandecimiento es una característica común de la insania.

Davi se mantuvo en silencio, eludiendo el desafío contenido en la voz de Shansfor. Sentía que desaparecía su seguridad y deseaba hablar otra vez con Israel para sentirse revitalizado por aquella naturaleza irreprimible. Si estos imbéciles comprendieran tan sólo un poco, que un hombre como Israel no podría ser nada inferior a almirante...

—El punto siguiente —continuó Shansfor— es incluso más detestable. Recordará qué Israel afirma haber sido capturado por el enemigo durante esa guerra ridícula. Lo derrotaron. ¿Se le ocurrió a Israel decirle a usted el nombre de la raza que lo derrotó? ¡El

nombre era Israel! ¡Israel fue conquistado por Israel!

—¿Y qué? —preguntó Davi estúpidamente.

Esto fue demasiado para Inald Uatt. Se adelantó vaso en mano, las mandíbulas a punto de estallar.

—¿Se atreve a preguntar «y qué»? —dijo—. Si lo que se propone es insultarnos con sus majaderías podemos considerar igualmente clausurada esta conversación. Israel padece escisión de personalidad, por utilizar términos cercanos a su comprensión. Él es él; y también su peor enemigo. Israel contra Israel: un hombre dividido contra sí mismo. Es obvio hasta para un patán.

—De ningún modo —dijo Davi, intentando refrenar su rabia.

—¡Maldita sea!

—De ningún modo —repitió Davi—. Buen Dios, Bergharra luchó con los Goraggs en la última guerra. Uno de nuestros hombres más bravos fue un Capitán de Campo Goragg, pero no lo encerramos en un lanchón recuperador a causa de su nombre desafortunado.

Hubo un silencio helado.

—Creo —dijo Uatt— que el fastidioso término con que ha bautizado una nave de salud mental no puede considerarse educado ni siquiera en los umbrales de la comicidad más pedestre.

—No puede rechazarlo todo como si se tratase de una sarta de coincidencias, señor Dael —dijo Shansfor con precipitación, agitando las manos como para acallar a su superior—. Tiene que hacer un esfuerzo por contemplar esto desde el punto de vista de una mente sana. Nosotros no creemos en las coincidencias. Permítame pasar al siguiente y último punto, sobre el que descansa el aspecto más crucial del asunto, si me permite la expresión.

»La etiqueta de esta reyerta galáctica tan increíble, afirma Israel, obliga a un exilio de por vida a un almirante o cualquier otro pez gordo, en caso de ser capturado por el enemigo. Como podrá esperarse en este caso, el exilio mismo es ya un asunto complicado, una mezcla de clemencia y crueldad. El exilio consistió en borrar su nombre de la civilización y en abandonarlo en un planeta, sin ningún recurso ni recuerdo. Antes de ser depositado en este planeta, fue tratado por medios hipnóticos para que adoptara el idioma del planeta o país en que quedara desterrado. Ello absuelve magníficamente a Israel de la posible acusación de conocimiento

perfecto de una lengua extraña.

—¡Lo está tratando de mentiroso! —exclamó Davi con amargura.

—No —le contradijo Shansfor—. Me está usted malinterpretando. Nosotros estamos convencidos de que él cree genuinamente en todo lo que dice. Pero recuerde, y esto constituye otra escapatoria para él, que no puede hablar el idioma galáctico porque le fue borrado cuando sus enemigos le empotraron el nuestro en la garganta.

»No obstante, por abominable que parezca, esto es la parte más pequeña del edicto del exilio. Según Israel, estaba estipulado que los exiliados serían únicamente abandonados en planetas ajenos a la federación galáctica, planetas demasiado primitivos para haber desarrollado poco más que los rudimentos de lo que él llama viaje espacial “mecánico”; en tales lugares tienen que sobrevivir entre los nativos hostiles de la forma que mejor puedan. En otras palabras, Bergharra y la Tierra son la idea galáctica que Israel tiene del infierno.

—¿Y por qué encuentra usted eso tan abominable? —preguntó Davi.

—¿Por qué? Porque sugiere con demasiada evidencia la fabricación de una mente culpable que intenta castigarse atrayendo sobre sí un sufrimiento eterno. Es un modelo de castigo que solemos encontrar aquí muy a menudo.

Antes de que Davi pudiera recuperarse lo suficiente para replicar, Uatt se puso de pie, se alisó un cabello imaginario en la calva cabeza y tomó la palabra.

—De modo que aquí tiene el caso Israel, Dael —dijo—. Es una criatura enferma, acosada por un fantasma persecutorio. Confío en que sabrá usted apreciar, aunque me temo que no basta con mi confianza, los esfuerzos con que hemos tratado este asunto y la limpieza con que hemos conseguido atar los cabos sueltos.

—Aunque plausible —dijo Shansfor, incorporándose también y abotonándose la túnica para dar por finalizada la reunión—, Israel se nos revela sin vacilación como desesperada e incluso peligrosamente desequilibrado. Excusando mi candidez, difícilmente encontramos en el informe algún fragmento en que el

desequilibrio no esté presente en mayor o menor medida. Y aún no hemos desentrañado todos los puntos oscuros. Esta clase de cosas exigen tiempo y paciencia.

—Dé a la policía un poco más de tiempo —dijo el Archihermano con deleite— y probablemente nos enteraremos de que se trata de un vulgar asesino bajo el efecto de una amnesia expiatoria.

—¡Oh, Israel! ¡Tú un vulgar asesino! ¡Ciertamente, los hostiles nativos te han atrapado en sus redes brutales y sucias! ¡Deberías haber venido cincuenta millones de años antes: el hombre de Neanderthal se habría mostrado contigo más comprensivo y misericordioso!

Davi alzó la mirada al techo y se llevó las manos a la cara. La sangre le corría bullente por las venas como una catarata. Durante un momento pensó en arrojarle sobre Inald Uatt. Luego, desesperanzado, bajó las manos.

—Tengo que ver a Israel —dijo con voz apagada.

—Eso no será posible —dijo Uatt—. Tenemos que trasladarlo a un lugar más tranquilo; puede resultar peligroso.

—¿De veras? —dijo Davi. Con los dedos tensos se abotonó la túnica.

El Archihermano y Shansfor, permanecieron juntos cerca del fuego, esperando educadamente que Davi se marchara. Davi, el único hombre que creía en Israel, derrotado, quedó plantado frente a ellos, apoyándose desgarradamente ora en un pie ora en el otro. Al cabo, optó por suspirar y volverse para abandonar el lugar sin ninguna palabra de agradecimiento. Alcanzó a ver el marchito ranúnculo prendido de su pecho; ¡cómo tenía que haber divertido a los fulanos! Sin embargo, Davi sentía oscuramente que existía en el ranúnculo un débil eslabón entre la salud y la galaxia.

Repentinamente comprendió la deliberada crueldad del exilio de Israel, la amargura de permanecer en medio de una gente incapaz de comprenderle.

—¡Voy a llamar a los periódicos de Nueva Unión a ver si pueden echarme una mano! —dijo resueltamente.

—¡Una idea excelente! El sentimentalismo y lo tremendo son lo suyo —replicó el Archihermano, pero Davi se había ido ya.

Caminando por la pasarela sin mirar, se encaminó a la ciudad.

Un viento frío le hizo temblar y aquello le recordó que había dejado en alguna parte de la nave su capa de piel. Pero era ya demasiado tarde para volver por ella. Sobre su cabeza, a través de las nubes inconsistentes, las estrellas de la galaxia brillaban con terrible avidez.

Eventualmente, Israel fue declarado sano, y verdadero su relato. Así, los hombres de la Tierra penetraron en la galaxia que al final heredarían. Descubrieron, en el funcionamiento de aquel extraordinario código social llamado Guerra de Auto-Perpetuación, la estabilidad y el estímulo de lo que generaba los frutos de la paz. Y uno de los frutos más extraños resultó una paralengua ampliamente difundida: la Galingua.

INCENTIVO

Cuando los primeros lemines llegaron hasta él, el océano parecía respirar apaciblemente, como un niño dormido. En todo el ancho mar no se divisaba la menor traza de peligro. Sin embargo, los primeros lemines se detuvieron con cautela en el borde mismo de las aguas, mirando hacia alta mar como si les faltase decisión. Incontenible, la presión de la columna que marchaba tras ellos los empujaba a adentrarse en las suaves ondas de la superficie. Cuando sus patas se humedecieron, fue como si la resignación acogiera lo que estaba por suceder. Nadando con energía, los que componían la vanguardia de la columna se alejaron de la orilla. El resto de los lemines los siguió, dejando tan sólo fuera del agua la cabeza. Un observador humano habría dicho que nadaban con bravura; y sin poder evitarlo se habría preguntado: ¿hacia qué objetivo creían dirigirse los lemines? ¿En virtud de qué gran ilusión se habían decidido a arriesgar la vida?

El vehículo se deslizaba vía acuática abajo. Instalado a babor, Farro Westerby permanecía en la parte delantera de su hidrotaxi observando el horizonte e ignorando el tráfico que se desarrollaba junto a él. Sus dos compañeros Aislacionistas se mantenían aparte sin decir palabra. Los ojos de Farro estaban clavados en la estructura que se alzaba en la orilla izquierda. Cuando el hidrotaxi

se aproximó al máximo a la estructura, Farro saltó a la orilla; mirando atrás con impaciencia, esperó a que uno de sus compañeros pagara el pasaje.

—Maravilloso, ¿no es cierto? —dijo el taxista, señalando con la cabeza el extraño edificio—. No me imagino levantando nada igual.

—No —dijo Farro apagadamente y púsose en camino delante de sus amigos.

Habían desembarcado en el sector de la capital llamado Isla Horby Clive. Ubicado en el centro gubernamental de Nueva Unión, gran parte había sido cedida hacía un año a los Galácticos. En tan breve tiempo, usando mano de obra terrícola, habían transformado el lugar. Seis de sus inmensos e irregulares edificios estaban ya terminados. El séptimo estaba construyéndose, dispuesto a convertirse en una nueva maravilla del mundo.

—Te esperaremos aquí, Farro —dijo uno de los otros dos, extendiendo formalmente la mano—. Buena suerte con el ministro Galáctico. Como único Aislacionista con extensos conocimientos de la lengua Galáctica, Galingua, representas la mejor oportunidad que tenemos para que la Tierra quede fuera de la Federación Multiplanetaria.

Mientras Farro le daba las gracias y aceptaba la mano amistosa, el otro hombre, un septuagenario con voz descolorida, apretó el brazo de aquél.

—La cosa está muy clara —dijo—. Estos alienígenas simulan ofrecernos la Federación por altruismo. La mayoría de la gente lo acepta porque cree ingenuamente que la Tierra tiene que ser una valiosa posesión en cualquier parte de la galaxia. Y bien puede ser, pero los Aislacionistas afirmamos que tiene que haber motivos ocultos para que nos abran los brazos de esa manera. Si en tu entrevista con el ministro Jandanagger alcanzas a vislumbrar algunos de esos motivos, habremos adelantado mucho.

—Gracias; creo que mi idea de la situación está ya bastante perfilada —dijo Farro cortante, y en el acto lamentó el tono de voz empleado. Pero los otros dos eran lo bastante sabios como para no permitirse el nerviosismo en época de agotamiento. Cuando los dejó para encaminarse hacia las construcciones Galácticas, sus rostros sólo manifestaban sinceras sonrisas de despedida.

Mientras Farro se abría paso por entre los corros de turistas que se pasaban allí todo el día observando, el desarrollo del nuevo edificio, escuchó, con interés y algo de contento, sus comentarios. La mayoría estaba discutiendo los anuncios públicos de la Federación.

—Creo que su sinceridad está demostrada por la forma que han tenido de llegar hasta nosotros. No es sino un gesto de amistad.

—Manifiesta el respeto que tienen a la Tierra.

—Ahora que podemos exportar mercancías por toda la galaxia sólo se puede imaginar el futuro de color de rosa. Se lo digo, vamos a dar el golpe.

—Lo que viene a demostrar que por muy avanzada que esté su raza no puede pasarse sin la conocida y vieja Tierra. ¡Cómo que no lo sabrán ya!

El séptimo edificio, que congregaba tan ociosos espectadores, estaba ya próximo a su terminación. Se erguía orgánicamente como una vasta planta, se combaba a partir de una gruesa matriz metálica y se prolongaba a lo largo de vigas curvas abarcándolas. Su color era un bermejo natural que parecía tomar sus tonos del cielo que lo cubría.

Agrupadas en torno a la base de esta extraordinaria estructura, había destilerías, pulverizadores, excavadoras y otras máquinas de función desconocida para Farro. Éstas proveían el material bruto con el que se rellenaba el edificio.

A un lado de estas siete excentricidades perfectamente diseñadas, se abría la pista espacial. También allí había otro pequeño misterio. Los gobiernos de la Tierra habían cedido —¡muy gustosamente cuando se olieron los precios que podían sonsacar a la Federación!— cinco centros semejantes al centro Horby Clive en varias partes del globo. Cada centro estaba siendo diseñado como un espaciopuerto y unidad de educación donde los terrícolas aprenderían las complejidades fonéticas de Galingua y también a comportarse como ciudadanos de una galaxia superpoblada.

Incluso como obra de los vastos recursos alienígenas era un proyecto formidable. De acuerdo con las últimas apreciaciones, al menos, había ocho mil Galácticos trabajando en la Tierra. Sin embargo, en la pista espacial había sólo un artefacto, un poliedro

que no se parecía a nada, con símbolos arturianos en el casco. En pocas palabras, los Galácticos parecían poseer pocas naves espaciales.

Éste era un punto que le gustaría investigar, pensó Farro mientras contemplaba especulativamente las inertes señales luminosas que rodeaban el perímetro de la pista.

Las evitó y se alejó de la muchedumbre cuanto le fue posible, y se dirigió hacia la entrada de uno de los otros seis edificios Galácticos, de formas tan excéntricas como su hermano aún sin acabar. En el momento de entrar, un terrícola con librea gris oscuro se le acercó con deferencia.

—Tengo una cita con el ministro Galáctico Jandanagger Laterobinson —dijo Farro, pronunciando torpemente el nombre extraño—. Soy Farro Westerby, Delegado Especial de la Liga Aislacionista.

Nada más oír la frase «Liga Aislacionista», las maneras del interlocutor sufrieron un escalofrío. Afirmando los labios, condujo a Farro a un pequeño apartado lateral, cuyas puertas se cerraron al entrar éste. El apartado, equivalente Galáctico del montacargas terrestre, comenzó a desplazarse a través del edificio, marchando a lo largo de lo que Farro juzgó camino elíptico. Lo condujo hasta la sala de Jandanagger Laterobinson.

El ministro Galáctico se levantó y acogió a Farro con amistosa reserva; al segundo tuvo oportunidad de evaluar al oponente. Laterobinson era inconfundiblemente humanoide; podía, ciertamente, haber pasado por terrícola si no hubiera sido por la rareza de sus ojos ubicados a los lados del rostro y medio ocultos por la configuración peculiar de un pliegue de pellejo. Esta pequeña variación de facciones, no obstante, proporcionaba a Jandanagger lo que toda su raza parecía poseer: un aire de observación tensa y persistente.

—Ya conoce la razón de mi visita, señor ministro —dijo Farro una vez se hubo presentado. Hablaba competentemente en Galingua, la lengua que tan penosos meses de aprendizaje le había costado; en principio, las vastas variaciones formales respecto de cualquier idioma terrestre le habían confundido por entero.

—Resumiendo, usted representa un núcleo de gente que teme

entrar en contacto con las otras razas de la galaxia, a diferencia, no obstante, de la gran mayoría de sus compatriotas terrestres —dijo Jandanagger con soltura. Expresada así, la idea parecía absurda.

—Preferiría afirmar que represento un núcleo de gente que ha calibrado a conciencia la situación presente, a diferencia, quizá, de lo que sus compatriotas han hecho.

—Puesto que sus propósitos me son ya conocidos a través del recién establecido Consejo Terrestre-Galáctico, ¿he de considerar que es su deseo que discutamos el asunto personalmente?

—En efecto.

Jandanagger volvió a sentarse e invitó a Farro a imitarlo.

—Mi papel en la Tierra es simplemente el de hablar y escuchar —dijo, no sin ironía—. De modo que puede hablar libremente.

—Ministro, represento al cinco por cien de la población de la Tierra. Si le parece un número pequeño, me gustaría señalarle que tal porcentaje incluye a la mayoría de los hombres eminentes de nuestro mundo. Nuestra posición es relativamente sencilla. La primera visita que realizaron ustedes a la Tierra se produjo hace un año, al final de la década de exilio de Israel; tras las investigaciones de rigor, ustedes decidieron que estábamos lo suficientemente avanzados como para convertirnos en miembros probados de la Federación Galáctica. De resultas, nos sobrevendrían ciertas ventajas y ciertas desventajas; aun cuando por ambas partes cosecharemos ventajas, las desventajas las sufriremos nosotros, todas ellas, lo que puede muy bien sernos fatal.

Haciendo una pausa, observó a Jandanagger, aunque nada sacó en limpio de su imperturbable expresión de atención amistosa. Prosiguió.

—Antes de pasar a las desventajas, desearía protestar contra lo que quizá le parecerá a usted un punto menor. Ustedes han insistido, su carta de privilegios insiste, en que este mundo será rebautizado arbitrariamente; dejará de llamarse Tierra para ser conocido como Yinnisfar. ¿Hay alguna razón digna de respeto por la que tenga que ser adoptado ese nombre extranjero?

El ministro sonrió ampliamente y se relajó, como si la pregunta le hubiera proporcionado la clave que necesitaba para captar al hombre que tenía frente a sí. Sobre el escritorio había un cuenco de

golosinas de Nueva Unión; lo empujó hacia Farro y, éste lo rechazó; luego, él cogió un terrón azucarado que se llevó a la boca antes de replicar.

—Hay alrededor de trescientos planetas, según nuestros conocimientos, que tienen el nombre de Tierra —dijo—. Todos los nuevos aspirantes al título son automáticamente rebautizados. A partir de ahora ustedes son Yinnisfar. Creo que será más provechoso que discutamos las ventajas y desventajas de la federación, si es eso lo que desea discutir conmigo.

Farro suspiró con resignación.

—Muy bien —dijo.

—Comenzaremos por las ventajas que les reportará a ustedes. Poseerán aquí una base, un puerto y una sede administrativa adecuadas a una región del espacio que, al decir de ustedes, ya ha sido explorada y trabajada. También es posible que, cuando se hayan llevado a cabo los acuerdos entre nosotros, le sea concedida ayuda en la colonización de los nuevos mundos que ustedes esperen encontrar en esta región. Por nuestra parte, instalaremos una barata área manufacturera al servicio de ustedes. Produciremos plásticos, tejidos, alimentos y herramientas sencillas y les resultará más fácil comprárnoslos que transportarlos de sus distantes planetas. ¿Correcto hasta aquí?

»Como usted señala, señor Westerby, la Tierra ocupa una posición clave en el presente plan milenario de expansión de la Federación. Aunque hoy por hoy ustedes sólo puedan contemplarse como mundo fronterizo, al final de ese período podrán ser perfectamente un mundo clave. Al cabo de diez mil años... bueno, su gente confía plenamente; los pronósticos son buenos.

—En pocas palabras, tenemos promoción a la vista si nos comportamos como buenos chicos, ¿no es eso?

La nota ácida en la voz de Farro provocó una leve sonrisa en los labios de Jandanagger.

—Uno no se vuelve un chico listo en los primeros días de colegio.

—Permítame entonces enumerar las ventajas de que gozará la Tierra si entra en la Federación. En primer lugar, gozaremos de beneficios materiales: máquinas nuevas, juguetes nuevos, baratijas

nuevas y algunas nuevas técnicas, como el sistema de construcción vibronuclear que ustedes poseen, que produce, si me permite decirlo, estructuras particularmente feas.

—El gusto de uno, señor Westerby, tiene que estar educado para apreciar cualquier concepción estética.

—Estupendo. Hay que contemplar lo asqueroso como normal. Sin embargo, esto nos lleva a las ventajas no materiales que conlleva la pertenencia a la Federación. Ustedes planean revolucionar nuestros sistemas de educación. De la escuela de enfermeras hasta la universidad ustedes nos inculcarán hábitos, materias y métodos ajenos a los nuestros. La Tierra será invadida, no por soldados, sino por educadores: que es la forma más segura de obtener una victoria incruenta.

Los anchos ojos, aunque inmóviles, observaron a Farro con calma, como si tras ellos se levantara una barricada.

—¿De qué otra forma podemos ayudarles para que se conviertan en ciudadanos de una civilización compleja? Para comenzar, es esencial que ustedes aprendan Galingua. La educación es una ciencia y un arte sobre la que ustedes aún no han comenzado a establecer reglas. La cuestión entera es enormemente complicada y exige bastante más que una explicación breve: y no puedo acometer esa explicación porque no soy un especialista en pedagogía; los especialistas llegarán aquí cuando mi trabajo haya sido realizado y las cartas de privilegio como miembros de la Federación hayan sido firmadas. Pero tomemos un punto simple. Sus niños van a la escuela, digamos, a partir de los cinco años de edad. Asisten a las clases junto con otros niños y para ello son apartados de sus casas; el aprendizaje se convierte entonces en una parte aislada de sus vidas, algo que se lleva a cabo a ciertas horas. Y lo primero que aprenden es a obedecer al maestro. Así, si su educación deviene un éxito es porque, salvo excepciones, han aprendido a obedecer y a perder el derecho a la independencia mental; y con toda probabilidad se convierten en enemigos del entorno familiar.

»Nuestros métodos son radicalmente diferentes. No permitimos que nuestros niños vayan a la escuela mientras no cumplen los diez años de edad: pero a esa edad, gracias a ciertos juguetes instructivos y otros ingenios con los que se habrán familiarizado durante estos

años, poseerán, al menos, conocimientos equivalentes a los aprendidos por sus niños en sus prematuros años de escuela. Y no sólo poseerán conocimientos. También sentido de la conducta. Sentimientos. Entendimiento.

Farro se sintió en desventaja.

—Me siento como salvaje que escucha de boca de misionero la conveniencia de usar vestidos.

El otro hombre sonrió, se levantó y se acercó a Farro.

—Consuélese pensando que la analogía es falsa —dijo—. Ustedes están *demandando* los vestidos. Y cuando los lleven puestos, con toda seguridad, admirarán el corte.

Lo que, reflexionó Farro, los convertía a ambos en algo poco distante del salvaje y el misionero.

—No se muestre tan desconcertado, señor Westerby. Tiene usted perfecto derecho a sentirse disgustado ante la idea de que su planeta va a ser despersonalizado. Pero es algo que no pensamos hacer. Despersonalizados, se convertirían en nada, tanto para ustedes mismos como para nosotros. Y necesitamos mundos capaces de aportar su mejor contribución personal. Si tuviera a bien acompañarme, gustosamente le mostraría algo que quizá resulte un ejemplo mejor de cómo funciona la galaxia civilizada.

Farro se levantó. Le consoló el hecho de ser más alto que el ministro. Jandanagger se puso cortésmente a un lado, invitándolo a salir. Mientras caminaban por un pasillo silencioso, Farro tomó de nuevo la palabra.

—Creo que no me he explicado plenamente sobre las razones que me inducen a considerar que la Federación será un perjuicio para la Tierra. Nosotros estamos progresando a nuestro modo. Eventualmente, desarrollaremos nuestro propio método de viaje espacial, con lo que acabaremos igualándonos a ustedes.

—Los viajes espaciales, esto es, los viajes entre diferentes sistemas estelares, no son sólo cuestión de capacidad para construir naves estelares. Cualquier cultura post-nuclear puede hacerlo. El viaje espacial es un estado de espíritu. Todo viaje es siempre un infierno, y nunca se encuentra un planeta, por maravilloso que sea, que reúna las condiciones de aquel en el que uno nació. Se necesita un incentivo.

—¿Qué clase de incentivo?

—¿Tiene usted alguna idea?

—¿He de entender que no se refiere usted ni a comercio interestelar ni a conquistas?

—Correcto.

—Me temo que ignoro la clase de incentivo a que se refiere.

El ministro emitió algo parecido a una risa ahogada y dijo:

—Haré lo posible por mostrárselo. Pero iba usted a decirme por qué la federación será un perjuicio para la Tierra.

—No dudo que uno de sus propósitos habrá sido aprender algo de nuestra historia. Está llena de cosas sombrías. Sangre, guerra, causas perdidas, esperanzas olvidadas, períodos de caos y días en que parece hasta la desesperación. No es una historia de la que se pueda estar orgulloso. Aunque muchos hombres busquen individualmente el bien colectivamente lo pierden tan pronto como lo encuentran. No obstante, poseemos una cualidad que nos proporciona siempre la esperanza de una mañana mejor: iniciativa. La iniciativa no desaparece nunca, ni siquiera cuando salimos arrastrándonos de lo que había parecido el último precipicio.

»Pero si sabemos de la existencia de una cultura colectiva compuesta por varios miles de mundos que jamás podremos tener la esperanza de emular, ¿qué evitará que caigamos en la desesperación para siempre?

—Un incentivo, por supuesto.

Mientras hablaba, Jandanagger lo condujo hasta una pequeña sala en forma de boomerang y amplias ventanas. Se dejaron caer en un sillón bajo y entonces la habitación comenzó a moverse. La confusa vista alcanzada desde la ventana se desplazó y giró bajo ellos. La habitación era aerotransportada.

—Éste es nuestro equivalente más cercano a los trenes de ustedes. Corre a lo largo de un carril nucleónicamente engarzado. Vamos solamente hasta el edificio de al lado; allí hay un equipo que me gustaría que inspeccionase.

No parecía necesaria ninguna respuesta; Farro guardó silencio. Había experimentado un eléctrico momento de miedo cuando la habitación se puso en marcha. Al cabo de apenas diez segundos, penetraron en el ala de otro edificio Galáctico.

Indicando el camino una vez más, Jandanagger lo introdujo en un montacargas que los llevó hasta una sala en el sótano. El equipo de que hablara Jandanagger no era particularmente llamativo. Delante de una hilera de asientos acolchados corría un mostrador sobre el que colgaban una serie de objetos, parecidos a máscaras antigás, dotados de cables que los unían a la pared.

El ministro Galáctico se sentó e instó a Farro a que hiciera lo propio en un asiento adjunto.

—¿Qué aparato es éste? —preguntó Farro, incapaz de reprimir cierto deje de ansiedad en el tono de su voz.

—Es un modelo de sintetizador de onda. En efecto, capta muchas de las longitudes de onda que el oído del hombre no puede detectar por sí mismo, y se los traduce en términos que, parafraseados, permiten su comprensión. Al mismo tiempo se alimenta de impresiones objetivas y subjetivas del universo. Es decir, usted experimentará (cuando se coloque la máscara y la conecte) los registros instrumentales del universo (visuales, auditivos, etc.) tan a la perfección como si fueran humanos.

»Le advierto que, debido a su ausencia de entrenamiento, puede usted propender, desgraciadamente, a recibir una impresión más bien confusa del sintetizador. De todos modos, le aseguro que le proporcionará una idea mucho más exacta de la galaxia que un largo viaje estelar.

—Adelante —dijo Farro, juntando sus manos heladas.

Ya toda la columna de lemines permanecía sumergida en las inmóviles aguas. Nadaban suave y silenciosamente, pronto disuelta la estela común en medio del colosal movimiento del mar. Gradualmente, la columna iba atenuándose a medida que los animales más fuertes ganaban distancia y los más débiles quedaban rezagados. Uno tras otro, inevitablemente, los más débiles iban ahogándose; y no obstante, hasta que sus lisas y brillantes cabezas desaparecían bajo la superficie, se mantenían erguidas y con los ojos fijos en el lejano y vacío horizonte.

Ningún espectador humano, por muy desprovisto de sentido antropomórfico que estuviese, habría dejado de preguntarse: ¿qué

clase de destino había inspirado, un sacrificio tal?

El interior de la máscara era frío. La encajó a la perfección en su rostro, cubriendo los oídos y dejando libre tan sólo la parte posterior de la cabeza. De nuevo se sintió alcanzado por un toque de miedo irracional.

—El interruptor está junto a su mano —dijo el ministro—. Presiónelo.

Farro presionó el interruptor. La tiniebla lo envolvió.

—Estoy a su lado —dijo el ministro impertérrito—. Llevo puesta también una máscara y puedo ver y sentir igual que usted.

Una espiral procedente de la oscuridad se desenroscaba trazando su trayecto a través de la nada: una nada blanda y suave, tan cálida como la carne. Materializándose a partir de la espiral, tomó consistencia un apelotonamiento de burbujas, oscuras como uvas poliédricas, que se multiplicaban constantemente como pompas de jabón brotadas del extremo de una caña. La luz se reflejaba en su superficie centelleante, cambiando y agitando un neblinoso tejido que velaba la operación gradualmente.

—Las células se están formando sometidas a una duplicación infinita en el yunque microscópico de la creación. Es usted testigo del comienzo de una nueva vida —dijo Jandanagger, y su voz sonaba en la distancia.

Como una cortina agitada por una ventana abierta, las células temblaban tras el velo aguardando vivir. Y el momento de su venida no fue perceptible. De pronto, el velo pareció contener algo en su interior; su translucidez disminuyó, las superficies se moldearon, y una especie de propósito ciego se conformó en unas fronteras más definidas. Dejó de ser hermoso.

La conciencia se fue forjando en su interior, un despuntar de sobreinstinto sin deseo ni entendimiento, ojo que pretendía ver a través de un párpado de piel. No permanecía inerte sino que forcejeaba al borde del terror sufriendo el trauma del arribar-al-ser, luchando, arañando, retrocediendo finalmente, y cayendo de nuevo en el vacío sin fin del no-ser.

—He aquí el estado que sucede a la vida que sus religiones

mencionan —dijo la voz de Jandanagger—. Éste es el purgatorio que cada uno de nosotros debemos sufrir, sólo que no tiene lugar después sino antes de la vida. El espíritu que desee arribar hasta nosotros debe recorrer el billón de años del pasado antes de alcanzar el presente y nacer en él. Casi podría decirse que hay algo que tiene que expiar.

El feto era todo el universo de Farro; llenaba la máscara, lo llenaba a él. Sufría con él, pues éste sufría evidentemente. Las presiones lo hacían naufragar, irremediables presiones del tiempo y la bioquímica, cuyas dolorosas sensaciones le hacían luchar contra la disminución a que era sometido en virtud de su forma cambiante. Se retorció y se convirtió de gusano en babosa y luego aparecieron en su cuerpo agallas y cola. Se asemejó al pez y en seguida fue desemejante del pez; fue ascendiendo los peldaños de la evolución, asimilándose al ratón, al cerdo, al mono y a la criatura humana.

—Ésta es la verdad que el hombre más sabio olvida: que ha sido todo esto.

Cambió el entorno. El feto, esforzándose, habíase convertido en un niño y el niño sólo se convertiría en hombre en virtud de mil nuevos estímulos. Y todos estos estímulos, animales, vegetales o minerales, vivían también en su forma de vida particular. Compitieron. Arrojaron constantes desafíos contra el proyecto de hombre; unos, semisensibles, invadieron la carne del hombre y allí buscaron y encontraron alimento creando sus propios ciclos vitales; otros, insensibles, eran como ondas que incesantemente atravesaban el alma y el cuerpo. Difícilmente se les consideraría entidades: en todo caso meros puntos focales de fuerzas constantemente amenazadas por la disolución.

Tan completa fue la identificación entre la imagen y el receptor, que Farro sintió que el hombre era él. Reconoció que todo lo que le estaba ocurriendo al hombre le ocurría a él; sudó y se retorció como el feto, consciente del agua salada en su sangre y los incontenibles rayos en la médula de sus huesos. Sin embargo, el alma era más libre ahora que cuando se encontraba en estado fetal; durante el tenso momento de miedo que se produjo al alterarse el entorno, el ojo de la conciencia había abierto su párpado.

—Y ahora el hombre cambia nuevamente su entorno,

aventurándose lejos de su propio planeta —dijo el ministro Galáctico.

Pero el espacio no era el espacio que había conjeturado Farro.

En sus ojos se formó una densa cortina: no una nada sencilla, sino un conjunto infame de fuerzas, una hormigueante fusión de tensiones y campos en los que astros y planetas pendían como un rocío de telas de araña. Ahí no había vida, tan sólo la misma interacción de planos y presiones que habían antecedido al hombre, y de los que incluso el hombre mismo estaba compuesto. No obstante, su percepción alcanzó un nuevo estadio, la luz de la conciencia ardió con mayor firmeza.

De nuevo se desplazaba, nadando hacia los confines de la galaxia. A su alrededor cambiaron las proporciones, se deslizaron, disminuyeron. Al principio el útero había estado en todas partes, provisto de todas las amenazas y coerciones propias de un universo a escala natural; ahora, la galaxia se revelaba tan pequeña como el útero: como una pecera en la que nadase un pequeño ser y en la que no se advirtiera la diferencia entre el aire y el agua. No había golfos abiertos entre las galaxias: sólo la nada, la nada de un Exterior sin referencia. Y el hombre no había encontrado la nada antes. La libertad no era una condición que conociera, porque no existía en su existencia interpenetrada.

Y nadó ascendiendo a la superficie, mientras algo se removía más allá del borde amarillo de la galaxia. El algo podía distinguirse a duras penas porque estaba enclavado en lo Exterior, velado, inmóvil: una criatura con sentidos, pero insensata. Aparecía visible a medias, sonoro a medias: una amortiguada y tarda serie de chasquidos semejantes al sonido de arterias que revientan. Era grande. Farro, sumergido en la negrura de su máscara, gritó ante aquella enormidad y aquella ferocidad.

La criatura estaba esperando al hombre. Estirándose, se prolongó por todo el contorno de la redonda galaxia, de la redonda pecera, y sus sobrenatatorias alas de murciélago tanteaban intencionadamente.

Farro volvió a gritar.

—Lo siento —dijo débilmente cuando notó que el ministro le quitaba la máscara—, lo siento.

El ministro le palmeó el hombro. Estremeciéndose, Farro enterró el rostro entre las manos, intentando eludir el reciente espeluznante contacto de la máscara. Aquel ser más allá de la galaxia, parecía haber penetrado y hallado un puesto permanente en su cerebro.

Por último, reuniendo fuerzas, se levantó. La debilidad flotaba en cada estrato de su ser. Humedeciéndose los labios, habló.

—¡Así que quiere camelarnos con la Federación para afrontar eso!

Jandanagger lo tomó del brazo.

—Volvamos a mi despacho. Hay un punto que ahora puedo aclararle y antes no: la Tierra no ha sido camelada con la Federación. Considerando su punto de vista tan ligado a la Tierra, puedo entender cómo ve usted la situación. Usted cree que, a pesar de la evidencia de la superioridad Galáctica, tiene que haber algún punto vital en el que la Tierra puede ofrecer algo imbatible. Cree que ha de existir algún factor por el que nosotros necesitemos la ayuda terrestre: un factor que todavía no nos conviene revelar, ¿no es eso?

Farro evitó los alargados ojos del ministro mientras ascendían en el montacargas hasta lo alto del edificio.

—Hay otras cosas aparte de las materiales —dijo evasivamente—. Piense, por ejemplo, en la gran herencia literaria que hay en el mundo; para una raza verdaderamente civilizada, eso puede resultar inapreciable.

—Depende de lo que entienda usted por civilización. Las razas más veteranas de la galaxia, que han perdido el gusto por el espectáculo del sufrimiento mental, difícilmente encontrarían atractivo alguno en su literatura.

La amable réplica acalló a Farro. Tras una pausa, el ministro Galáctico continuó:

—No, claro que no, ustedes no poseen virtudes por las que deseemos estafarles con la Federación. Creo que más bien se trata de lo contrario. Nuestra oferta es para nosotros como un deber, ya que consideramos que ustedes nos necesitan. Excúseme por presentar el asunto tan abruptamente; pero tal vez sea lo mejor.

El montacargas se detuvo con suavidad y los depositó en la sala con forma de boomerang. Al cabo de un minuto regresaban al

edificio en el que Farro había entrado al principio, sobre el sector Horby Clive. Farro cerró los ojos, aún experimentando náuseas y agotamiento. Las implicaciones de lo que acababa de decir Jandanagger estaban, por el momento, más allá de su comprensión.

—No entiendo nada —dijo—. No entiendo por qué sienten como un deber la oferta que han hecho a la Tierra.

—Entonces es que ya comienza a entender —dijo Jandanagger, y por vez primera cierta calidez personal templó su voz—. Pues no sólo nuestras ciencias han llegado más allá que las suyas, sino también nuestra filosofía y disciplina de pensamiento. Todas nuestras habilidades mentales han sido organizadas semánticamente en el idioma que usted ha aprendido para conversar conmigo, el idioma Galingua.

La estancia volante acabó de encajarse, convirtiéndose otra vez en un fragmento más del edificio que se erguía hacia las grises nubes.

—Su idioma es ciertamente completo y complicado —dijo Farro —, pero tal vez mi conocimiento del mismo sea demasiado elemental para reconocer la connotación de lo que me está diciendo.

—Eso se debe a que tiene usted que demostrarse a sí mismo que Galingua es algo más que un idioma: es una forma de vida, ¡nuestro sentido mismo del viaje espacial! Concéntrese en lo que le estoy diciendo, señor Westerby.

Confundido, Farro sacudió la cabeza mientras el otro proseguía; la sangre pareció congestionársele en la base del cráneo. Le asaltó la curiosa idea de que estaba perdiendo su característica, su identidad. Mechones de significado, motas de una más grande comprensión estallaron por todo su cerebro como corrientes de aire impulsadas por un ventilador. Mientras se esforzaba en asentar los retazos, en mantenerlos fijos y firmes, su propio lenguaje fue desapareciendo en tanto que cimientó de su ser; su conocimiento de Galingua, emparejado con las experiencias de la última hora, fue asumiendo progresivamente un tono dominante. Con los ojos graves de Jandanagger fijos en él, comenzó a pensar en el idioma de la galaxia.

Jandanagger estaba hablando con rapidez creciente. Pese a que

el significado de cuanto decía estaba claro, Farro sentía como si lo estuviera asimilando sólo a través de un nivel por debajo del de su conciencia, disolviendo disciplinas mentales nunca formuladas en jerga terrestre. Sin embargo, todas aquellas cosas se equilibraban juntas en una única frase, como pelotas de malabarista, elevando la una a la otra.

Jandanagger estaba hablando de una sola cosa: el impulso de la ceración. Hablaba de lo que el sintetizador había demostrado: aquel hombre no fue jamás una entidad separada, apenas era un sólido enclavado en un sólido, o, mejor aún, un flujo enclavado en un flujo, con sólo una identidad subjetiva. Decía que la rodante materia de la galaxia formaba una unidad en sí.

Y habló en el mismo tono de Galingua, que era meramente una representación vocal de aquel flujo, y cuyas cadencias seguían la gran espiral de la vida encerrada en el flujo. Mientras hablaba, abrió para Farro la entraña secreta de aquello, de tal manera que lo que en principio fuera un estadio formal se convirtió en una orquestación, y cada célula una nota.

Con salvaje exultación, Farro fue capaz de responder, emergiendo con la espiral de la palabra. El nuevo lenguaje era como un gran edificio sin materia, de ancha base, enraizado en el solar de su ego, alto ápice y constante ascenso hacia los cielos. Y unido a él, gradualmente, Farro ascendía con Jandanagger: mejor dicho, las proporciones y perspectivas que lo rodeaban cambiaron, se desplazaron, se consumieron, como había ocurrido en el sintetizador. Sin la menor sensación de alarma, se encontró sobre las multitudes lanzado hacia lo alto de una espiral eléctrica.

En su interior cohabitaba una nueva comprensión de las tensiones que permeabilizaban todo el espacio. Se desplazó hacia arriba a través de los planos del universo, Jandanagger permanecía a su lado, compartiendo la revelación.

Ahora estaba claro por qué los Galácticos tenían necesidad de pocas naves espaciales: sus grandes armazones poligonales transportaban sólo lo material; el hombre había encontrado una forma más segura de viajar por la concavidad de la galaxia.

Mirando a lo lejos. Farro vio el lugar donde se encogían las estrellas. De allí era el ser con garras que bombeaba silenciosamente

emitiendo chasquidos como de vasos sanguíneos reventando. El miedo lo asaltó de nuevo.

—El ser es el sintetizador... —dijo a Jandanagger a través del medio de comunicación recién hallado—. El ser que rodea la galaxia: si el hombre no alcanza nunca la salida, ¿penetrará en nosotros?

Durante un largo minuto Jandanagger permaneció en silencio, buscando las frases clave para la explicación.

—Ha aprendido usted muy rápidamente —dijo—. Mediante la no-comprensión y luego mediante la comprensión sin tachas, se ha convertido en un auténtico ciudadano de la galaxia. Pero tan sólo ha saltado X; y debe saltar X10. Prepárese.

—Estoy preparado.

—Todo lo que ha aprendido es cierto. Sin embargo, hay una verdad lejana mucho más grande. En última instancia, nada existe: todo es ilusión, una representación bidimensional de sombras sobre la niebla del espacio-tiempo. Yinnisfar significa «ilusión».

—Pero el ser con garras...

—El ser con garras es el porqué de nuestro constante adentramiento en la ilusión del espacio. Es real. Sólo la galaxia, en tanto que previamente malinterpretada por usted, es irreal y no es sino una configuración de fuerzas mentales. Ese monstruo, ese ser que usted advierte, es el residuo del fango de la peste evolucionaría todavía agonizante. ¡Y no está fuera de usted!... sino en su propia alma. De eso es de lo que debemos escapar. Debemos alejarnos de ello.

Siguieron más explicaciones, pero escapaban a Farro. En un relámpago, vio que Jandanagger, con avidez experimental, lo había llevado demasiado lejos y demasiado rápido. No podía dar el último salto; estaba retrocediendo, descendiendo hacia el no-ser. En algún lugar de su interior comenzó el sonido de arterias que estallaban. Otros tendrían éxito donde él había fallado... pero mientras tanto, las garras iracundas procedentes de la bóveda del firmamento estaban dándole alcance para hacerle pedazos sin posibilidad de ulterior recomposición.

Los lemines ya se habían dispersado sobre una considerable extensión de mar. Pocos eran los que quedaban de la columna original; los nadadores que resistían, aislados entre sí, comenzaban a agotarse. Sin embargo, seguían esforzándose como al principio por alcanzar una meta invisible.

Nada había frente a ellos. Se habían arrojado a un vasto, pero finito mundo despojado de señales indicadoras. El cruel incentivo les había urgido a proseguir siempre. Y si un espectador invisible se hubiera preguntado el agonizante «¿por qué?» de todo aquello, una respuesta podría habersele ocurrido: que las criaturas no se dirigían a ningún sitio impulsadas por algún futuro prometido sino que, sencillamente, estaban huyendo de algún espantoso episodio del pasado.

En tanto transcurrían los breves siglos, el mundo que en otro tiempo fuera conocido como la Tierra fue conquistado por el comercio, su carácter fue experimentando en el proceso cierta modificación difícil de apreciar. Entonces sobrevino la explosión que obligó al hombre a cambiar su propio carácter. Su perspectiva metafísica del ser, obviamente, había estado constantemente sometida a los cambios; pero entonces tuvo lugar el terrible momento en que el hombre se reveló a sí mismo bajo una nueva luz como un ente ajeno en un medio hostil.

COLMENA DE GENES

Fue uno de esos improbables accidentes que probablemente ocurren en todas partes. El pesquero infracuático *Bartleмео* se acercaba al subpuerto de Cabo Verde a cuatrocientas noventa brazas cuando se encontró con un problema mecánico. No soy un técnico, de manera que no puedo describir el fallo con exactitud; al parecer los lingotes de uranio se desplazaron hasta las pilas del barco y el mecanismo repartidor, que conduce los lingotes usados hasta los separadores, quedó bloqueado. En vez de utilizar el control remoto manual para compensar el fallo, el ingeniero jefe, un tipo llamado Je Regard, fue personalmente a ver qué ocurría con los lingotes. Mientras se colaba por el escotillón de inspección, el traje protector de Regard se enganchó inadvertidamente en un picaporte. Fue capaz de reparar el embotellamiento de lingotes, pero tras haber recibido una dosis casi mortal de radiación en los riñones, se derrumbó al pretender salir por donde había entrado.

El *Bartleмео* no llevaba ningún médico a bordo. Con urgencia se pidió uno al exterior.

Ya he dicho que no soy un técnico; ni tampoco un filósofo. Sin embargo, en este trivial episodio con que se dio comienzo a tantos siglos de problemas puedo ver el esquema de todos los grandes sucesos que tienen su origen en lo insignificante: «los grandes robles

no surten de las pequeñas bellotas»; ya sabéis a lo que me refiero.

En medio de las arenas movedizas e inmemoriales del desierto de Sara se encuentra encogida la meseta de Ahaggari que almacena dunas como tetas, al igual que un vapor en medio de un mar poco aconsejable. Al borde de la meseta se levanta Barbe Barber, el Instituto de Meditación Médica, un elaborado y viejo edificio al estilo colosalista de antaño, tan fugado como el Interrogante de Angkor, tan poco comprometido como el Introventual de la Luna. Rodeado de palmas que proporcionan sombra a sus anchos y pavimentados paseos. Barbe Barber eleva sus torreones y pisos superiores por encima de los árboles para la observación del inmenso continente en el que se asienta, a semejanza de los observadores del exterior, los médicos observan el interior del cuerpo, el continente interior del hombre.

Gerund Gyres, siempre enjugándose la frente con un extremo de la corbata, estaba frente a la escalera principal del instituto y esperaba. El avión que lo había conducido hasta allí permanecía algo alejado en el parque. Aguardaba humildemente bajo el calor, pese a ser un hombre orgulloso; en Barbe Barber no se habría admitido jamás a un patán.

Al cabo, la figura que Gerund ansiaba ver apareció en lo alto de los amplios peldaños. Era su esposa, Cyro. Se volvió, como para despedirse de alguien que estuviese a su espalda, y luego comenzó a bajar las escaleras. Como siempre que se encontraba con ella, Gerund era consciente de que Cyro se esforzaba por alejar de su interior la imagen de Barbe Barber para adaptarse al mundo de fuera. Mientras la observaba con ansiedad y amor, la mujer enderezó la espalda, irguió la cabeza y aceleró el paso. Cuando por último llegó hasta Gerund, los ojos de la mujer ya poseían aquella expresión familiar de diversión con la que afrontaba tanto la vida como la presencia de su marido.

—Parece que hace semanas que no te veo —dijo Cyro, besando a Gerund en la boca y rodeándolo con los brazos.

—Es que hace semanas —protestó él.

—¿De veras? —dijo ella juguetonamente—. ¡Pues no se me ha

hecho tan largo!

Gerund la tomó de la mano y la condujo hasta el triángulo de césped sobre el que se asentaba su avión. El mes de meditación que Cyro, como médico, aceptaba voluntariamente atravesar todos los años le resultaba beneficioso sin duda; basado en sistemas superyoísticos, las disciplinas de Barbe Barber eran cursos de relajamiento para los cerebros y cuerpos de las logias médicas del mundo. Cyro parecía más joven y vital que nunca; Gerund se dijo que, tras seis años de matrimonio, él era una fuente de vitalidad en la vida de su esposa mucho más reducida que la terapia de marras; pero era irracional esperar cualquier cambio al respecto.

Caminando uno junto al otro llegaron hasta el avión. Jeffy, su siervo, estaba apoyado contra el casco metálico y les aguardaba con los brazos cruzados en actitud paciente.

—Me alegro de verla, doctora Cyro —dijo, abriéndoles la puerta y permaneciendo tras ésta.

—Y yo a ti, Jeffy. Te has puesto moreno.

—Un poco tostado —dijo el otro, sonriendo ampliamente. Su tierra natal era una isla del norte que se pasaba cubierta de hielo todo el año; el viaje ecuatorial le había sentado bien. Aunque ya hacía treinta años que le habían sacado de su lejana isla, Jeffy seguía hablando su jerga sencilla, el ingalés; a diferencia de Cyro, de Gerund y la mayoría de las gentes civilizadas, había sido incapaz de adaptar el Galingua para pensar y conversar.

Se instalaron en sus asientos, Jeffy en el del piloto. Era un hombre grandote y lento que se movía como un boxeador que se dispone a comenzar la pelea. Su mentalidad poco brillante le había vuelto inadaptado para cualquier cosa que no fuera el trabajo servil y pese a ello, manipulaba el pesado avión con la delicadeza del gato que está destripando al ratón.

Carreteó en dirección a una escollera artificial semicircular que absorbería los gases sobrantes. La señal naranja apareció en la torreta de la escollera y el avión emprendió al segundo un vuelo vertical. En seguida, los árboles y los muros blancos y grises de Barbe Barber se redujeron de tamaño bajo ellos, tan insignificantes como un problema infantil entre las barreras ilimitadas de cielo y arena. El avión tomó rumbo oeste, siguiendo un curso que llevaría a

sus pasajeros a la mansión de Gyres, en las islas Puterska: que debería haberlos llevado de no ser por el hombre que permanecía, enfermo, a mil metros bajo la suave superficie del mar Lánico: un hombre enfermo de cuya existencia eran todavía ignorantes.

—Y bien, Gerund: ¿qué ha ocurrido en el mundo mientras he estado ausente de él? —preguntó Cyro, colocándose frente a su marido.

—Nada especial. Los Dualistas quieren registrar todos los planetas de la Federación. La ciudad del Telón Investigador ha sido inaugurada con la pompa debida. Y el mundo erudito está molesto con la nueva obra de Pamkira: «Para-evolución».

—Tengo que leerla —dijo Cyro con cierto interés—. ¿Cuál es su teoría esta vez?

—Es una de esas cosas que no se pueden resumir fácilmente —le explicó Gerund—, pero, brevemente, Pamkira acepta la posición Plat-Onica de la Teoría Dual y afirma que la evolución se encamina hacia especímenes más conscientes. Las plantas tienen menos conciencia que los animales, los animales menos que los hombres, y los hombres vinieron después que los animales, los cuales vinieron a su vez, después que las plantas. Plantas, animales, hombres, son sólo los primeros escalones de un largo ascenso. Pamkira señala que el hombre no es, bajo ningún concepto, plenamente consciente. Duerme, sufre olvidos, está al margen de las funciones corporales...

—Lo cual constituye la razón de nuestra existencia —insertó Cyro.

—Exacto. Como dice el mismo Pamkira, sólo ciertos individuos portentosos, asociándose con nuestras actuales Órdenes de Medicina, pueden extender su participación consciente en la actividad somática.

Ella esbozó una sonrisa neutral.

—¿Y adónde quiere ir a parar? —preguntó.

—Postula que el siguiente peldaño de la evolución será un ser consciente de todas sus células: y la Naturaleza puede estar preparando el ascenso al nuevo estadio. La época, al parecer, está madura para el nuevo ser.

—¿Ya? —Alzó una ceja interrogadora—. Habría jurado que estaba a unos cuantos millones de años de distancia. ¿Y reúne

pruebas de que ese hombre es capaz de existir ahora?

—Pamlira se tira la mitad del libro explicando por qué el nuevo espécimen corresponde al presente —dijo Gerund—. Según él, la evolución se acelera al igual que el progreso científico; cuanto más protoplasma haya disponible para la modificación, antes aparecerá la modificación. En treinta mil planetas ya me dirás si hay protoplasma.

Cyro guardó silencio. Con un doloroso suspiro advirtió Gerund que ella no le había preguntado su opinión personal acerca del libro de Pamlira y ello habría sido lo lógico puesto que había dicho haberlo leído. Sin duda consideraba que su opinión de ecólogo industrial no valía la pena y rehusaba preguntarle nada por convencionalismo.

Por último dijo la mujer:

—Sea lo que fuere esa nueva especie superconsciente, el hombre le dará pocas oportunidades para manifestar su supremacía: ni siquiera para sobrevivir. Será eliminada antes que tenga ocasión de multiplicarse. A fin de cuentas, es absurdo esperar que seamos hospitalarios con los usurpadores que vienen a arrojarnos de nuestro comfortable lugar en el cosmos.

—Pamlira dice —continuó Gerund— que la evolución se ocupará de que el hombre se aparte del camino. La nueva especie dispondrá de cierto tipo de defensa, tal vez un arma, que la hará invulnerable contra la especie a la que ha de reemplazar.

—¡Cómo! —exclamó la mujer con indignación, como si su marido hubiera soltado alguna estupidez—. La evolución es un proceso completamente neutral, ciego.

—Eso es lo que lamenta Pamlira —dijo Gerund. Pudo ver que su mujer consideraba superficial su observación. Así era; había sido designado para cubrir su incertidumbre sobre lo que Pamlira había dicho respecto a ese punto. *Para-evolución* era de lectura difícil; Gerund la había leído a duras penas, pero sólo con el interés puesto en Cyro, porque sabía que la materia le interesaría a ella.

«Perfecto, pensó, ella entendería el libro: yo no. ¿Por qué tiene que molestarme esto? Ella no me entiende a mí.»

La para-evolución y sus trastornos adyacentes se alejaron rápidamente de sus cabezas. Jeffy apareció por la puerta que dividía

la sala de control de la cabina, mientras el avión, conectado el autopiloto, sobrevolaba el Sara.

—Hay una llamada pidiendo un médico —dijo, pronunciando las palabras una a una—. Procede el subpuerto de Cabo Verde, casi ahí enfrente. Tienen que conseguir urgentemente un hombre que vaya allí. —Mientras hablaba, miraba implorante a Cyro.

—Por supuesto que recojo la llamada —dijo ella, levantándose y penetrando en la sala de control.

La llamada estaba siendo emitida nuevamente y ella alcanzó la radio. Escuchó cuidadosamente y luego respondió.

—Gracias, doctora Gyres —dijo con alivio el operador de Cabo Verde—. Aguardamos su llegada. Corto.

Se encontraban a unas seiscientas millas de las islas Cabo Verde; casi habían doblado ya esa distancia desde que partieran de Barbe Barber. Mientras Cyro apartaba la radio, el mar Lánico apareció delante. Sobre esta desolada prolongación de la costa del continente, la más triste bajo el resplandeciente sol de Yinnisfar, el desierto se alargaba justo hasta el borde del agua: o, por decirlo de manera coloquial, la playa se prolongaba desde aquel lugar hasta Barbe Barber. Pasaron como un rayo por encima de la línea que dividía mar y tierra y tomaron rumbo WSW. Casi al instante, las nubes formaron una especie desuelo bajo ellos, alejándoles de la vista el globo rotante.

En diez minutos, comprobando sus instrumentos, Jeffy enfiló hacia abajo traspasando los reptantes nimbo-estratos y yendo al encuentro de las catorce islas del archipiélago Cabo Verde que se abría frente a ellos.

—Un cálculo perfecto —dijo Gerund. Jeffy manejaba la pensante caja metálica como un niño precoz conjurando a Britziparbtu en un cello-órgano; poseía una extraordinaria habilidad con las máquinas.

El aeroplano sobrepasó el puerto que rodeaba Satago y se dirigió hacia el mar y luego cayó en picado. Las aguas grises salieron a su encuentro como un sonoro beso dado en la mejilla, los envolvió, los engulló, y la manecilla del altímetro sobre el panel de instrumentos, pasando más allá del «Cero», se puso a marcar brazas en vez de pies.

Nuevamente, Jeffy puso la radio en contacto con el subpuerto. A

las diez brazas, unas señales luminosas les indicaron el camino hacia la ciudad sumergida. Por último apareció ante ellos un hangar de amplia boca suspendido en torno a un golfo a cien brazas de profundidad. Penetraron y las compuertas se cerraron tras ellos. Unas válvulas poderosas se pusieron instantáneamente a absorber el agua del hangar, sustituyéndola por aire.

Ya con una composición mental de lo que iba a suceder, Cyro salió del avión antes que el muelle, mediante uso del vacío, acabara de recoger todos los peces atrapados y dejara seco el piso. Gerund y Jeffy intentaron seguirla lo mejor que pudieron.

Fuera del hangar, dos oficiales portuarios saludaron a Cyro.

—Le agradecemos que haya acudido tan rápidamente, doctora Gyres —dijo uno de ellos—. Probablemente le fue explicado por radio los detalles del caso. Se trata del ingeniero jefe del pesquero infracuático *Bartlemeo*...

Mientras explicaba los datos pertinentes, el oficial condujo a Cyro, Gerund y Jeffy a un vehículo pequeño y abierto. El otro oficial se puso ante los mandos y el vehículo salió disparado a lo largo del extraño rompeolas donde, pese a toda la barahúnda relacionada con un puerto, no se veía agua alguna.

Durante años, la especie humana había contemplado los mares como un camino peligroso y un lugar adecuado para la instalación de criaderos de pescados; con el paso del tiempo, la conquista se había extendido hasta los océanos y los nuevos predios habían logrado recibir el mismo cuidado que la tierra; en lugar de pescaderías, ahora se veían en ellos lugares de cultivo. A medida que el trabajo de las estepas de las profundidades requería más y más personal, iban edificándose subpuertos y ciudades subacuáticas que dependían de sus contrapartidas en tierra firme.

El subpuerto de Cabo Verde, a causa de su favorecida posición en el Lánico y de su proximidad a Pequeña Unión, era la segunda de las más populosas ciudades de Yinnisfar y había sido uno de los primeros puertos infracuáticos. El lugar de la ciudad en que ahora permanecía detenido el vehículo abierto tenía más de diez siglos de antigüedad. El hospital al que se había encaminado presentaba una fachada a punto de derrumbarse.

El interior presentaba el aspecto monástico de cualquier

hospital. A partir de un claustro había varias puertas que daban a una sala de espera con una primitiva cocina, una cabina de radio y pequeñas celdas; en una de éstas yacía Je Regard, ingeniero jefe del *Bartlemeo*, con una dosis de intensa radiación en los riñones.

Un viejo esclavo, encorvado y con barba gris, se presentó a sí mismo como Laslo; estaba de servicio: aparte de él y el enfermo, el lugar, saturado de olor a moho, estaba vacío.

—Bien, vea lo que puede hacer por el pobre hombre, doctora —dijo uno de los oficiales, estrechando la elegante mano de Cyro al tiempo que se disponía a marcharse—. Espero que nos llame pronto el capitán del *Bartlemeo*. Mientras tanto, la dejaremos tranquila.

—Gracias —dijo Cyro, un tanto mecánicamente, con la atención ya alejada de los que la rodeaban. Se volvió, entró en la celda del enfermo y cerró la puerta tras ella.

Una vez ella se hubo encerrado y se hubieron alejado los oficiales en su vehículo, Gerund y Jeffy quedaron en el claustro del vestíbulo sin saber qué hacer. Jeffy vagó hasta la arcada y desde allí contempló la calle. De vez en cuando, un esclavo o una esclava pasaban sin mirar a derecha ni a izquierda. El color opaco de los edificios, esculpidos en su mayoría en la roca, les daba el aspecto de estar habitados por muertos.

Jeffy cruzó sus largos brazos en torno a su tórax.

—Quiero irme a casa —dijo—. Hace frío aquí.

Una gota de humedad cayó del techo rozando su mejilla.

—Hace frío y está *húmedo* —añadió. El guarda de barba gris lo observó con mirada sardónica sin abrir la boca. Durante un buen rato nadie pronunció palabra. Aguardaban casi sin pensar en nada, el nivel de su conciencia estaba tan menguado como las luces del exterior.

Nada más entrar en la celda, Cyro Gyres se dirigió a la tarima en la que estaba el enfermo.

Regard era un tipo pesado. Bajo una única sábana, su vasta armazón subía y bajaba con el esfuerzo de la respiración. El rostro sin afeitar, los cañones de la barba le crecían a lo largo de tres grandes y pálidas papadas. Inmóvil junto a él, Cyro se sintió como

Mahoma al no tener más remedio que ir a la montaña.

El que esta montaña estuviera inconsciente hacía más fácil la tarea de Cyro. Colocó su brazo desnudo sobre el brazo desnudo de Regard y cerró los ojos. Relajó los músculos y disminuyó la velocidad de la respiración. Con eficiencia, Cyro redujo el número de palpitaciones de su corazón y se concentró en aquel pulso vital hasta que fue alzándose y creciendo y ella pudo sumergirse en él.

Estaba hundiéndose en una bruma de rojo mate, una bruma sin forma, una bruma que se extendía de polo a polo. Pero gradualmente, como espejismo formándose en la distancia, a través de la bruma aparecieron estrías. A medida que su centro perspectivo iba hundiéndose, se ampliaba su horizonte; las islas de la sangre se desplazaron para salirle al encuentro. Las islas se movían con el hábito clerical de los buitres, expandiéndose, cambiando de dirección, acelerando la marcha, refundiéndose, y, pese a ello, la mujer se desplegaba entre ellas. Pese a que se estaba moviendo, todo sentido de dirección era confuso y dispar. Las dimensiones no emitían ningún sentido de arriba ni de abajo; hasta lo cercano y lo lejano devenían confusos a la mirada que no era mirada.

No sólo había perdido la noción de la mirada. Salvo la voluntad, todas las demás facultades le habían sido despojadas al sumergirse en el mundo somático de su propio universo corporal, como hombre que se despoja de sus vestiduras antes de introducirse en las aguas de un río. No podía pensar, ni recordar, ni saborear, ni tocar, ni dirigirse, ni comunicarse, ni emprender nada; sin embargo, una sombra de todas estas cosas quedaba en ella; como la larva de libélula, al destacar sus ínfimas espinas del limo, arrastra una vaga imagen de la criatura que será más tarde, así poseía Cyro cierto recuerdo del individuo que había sido. Y este pálido recuerdo permanecía en ella gracias a los años de entrenamiento que había obtenido de la Meditación Médica en Barbe Barber, pues de lo contrario se habría sentido perdida en la trampa más terrible de todas: el universo del cuerpo propio.

Casi sin desearlo, se dejaba arrastrar por la corriente sanguínea. Nadaba ésta (¿o volaba? ¿o reptaba?) a través de un laberinto sin fin, desbordaba la cima de los árboles y se espesaba como melaza

habitada por peces, foxinos, caballas, mazas y mantas. Se estaba arrastrando (¿trepando? ¿derivando?) por un desfiladero de vidrio, cuyos muros brillaban con mayor intensidad que el fuego terráqueo. Y así prosiguió hasta aproximarse a un acantilado.

El acantilado dominaba el universo, era elevado como el tiempo, insustancial como la muselina, y aparecía perforado por agujeros, a través de cuyas bocas entraban y salían criaturas fantásticas. Se encaminó hacia el acantilado casi sin oponer resistencia, igual que el plancton es absorbido por la esponja. Ya había atravesado el vestíbulo de la conciencia, la *psique* de la mujer había pasado el brazo de Je Regard, al *soma* del enfermo.

Lo que rodeaba a la mujer era tan extraño, tan ajeno, tan familiar como lo fuera antes. En este nivel celular no podía haber diferencia entre el cuerpo masculino y el femenino. Y, sin embargo, la había. Desde las boscosidades de la carne del enfermo, unos ojos extraños y siempre invisibles la observaban y una contemplación silenciosa y malévola seguía el curso que ella había recorrido; pues ella era un intruso aventurándose en el interior de un cuerpo ajeno diseñado especialmente para no manifestar la menor misericordia para con los intrusos. Pequeñas viscosidades de muerte se removían a su paso y sólo la seguridad de su camino mantenía las defensas en alto.

Mientras avanzaba, la rodeaban corpúsculos como estrellas e hízose más intensa la actividad del entorno. Nadaba a favor de una densa corriente, deslizándose bajo arcos, por entre ramificaciones y marañas de hierbajos, a través de redes, y el camino que se abría ante ella aumentaba su oscuridad y su parálisis; sin embargo, la aún inequívoca dirección proseguía hacia delante, pese a la creciente dificultad con que dejaban paso los seres medio vivos que la rodeaban entre crudos y azules estallidos de dolor.

Se encontraba ya cerca de los infectados riñones.

Lo único que la conducía ahora era la austera disciplina de la Meditación Médica. La atmósfera era espesa y tan repelente como el revolcarse en una cloaca. Pero la medicina había descubierto hacía tiempo las facultades autoterapéuticas que existían en un cuerpo; el hiper-yo y los yogas en que estaba fundamentada habían señalado el camino que liberaba esos poderes. Hoy en día, con la *psique* de

un miembro de la Orden de Medicina para espolearlos, el cuerpo de cualquier paciente podía regenerarse a sí mismo: y construir un nuevo miembro, un nuevo pulmón, un nuevo hígado. Los médicos, nuevos escafandristas de la piel, se sumergían para poner en orden las fuerzas marciales de la anatomía y lanzarlas contra los invasores.

Cyro apelaba ahora a esas fuerzas. En torno a ella, estrato tras estrato, las células del cuerpo invadido, con sus treinta mil genes cada una, permanecían en silencio y al parecer desoladas. Pero entonces, poco a poco, ante la persistente llamada de congregación, pese a la inicial resistencia, los refuerzos le fueron llegando como las ratas añoran con lentitud a la superficie de las ciudades en ruinas. El enemigo estaba delante; ella puso en marcha las fuerzas, la condujo hacia el horizonte habitado por la tiniebla y se puso al frente. Lenta pero eficiente, las iba ganando para su causa, iluminando la cloaca con sus fuegos interiores.

Se adelantaron unos seres, como murciélagos pequeños y ofensivos, que brotaron de las entrañas de la oscuridad y fueron detenidos, fueron devorados. Entonces, el enemigo lanzó contra ellos el grueso de sus fuerzas. El enfermo golpeó con la violencia de una puerta que se cierra con furia.

¡Era uno, era un millón!

No era nada conocido por los libros de texto, ignorado, ignorable.

Luchó con reglas y poderes contenidos únicamente en su interior.

Fue monstruoso, bestial, oculto; una codicia con colmillos de cobra, un horror retorcido, nuevamente acuartelado. Era tan anonadador que a duras penas podía Cyro sentir el miedo: la pujanza de lo desconocido puede aniquilarlo todo salvo nuestra calma interior. La voluntad femenina sólo tenía noción de que una azarosa partícula radiactiva había tropezado y se había enterrado en un gen escogido al azar, produciendo —con un feroz desafío a las leyes de la casualidad— una célula anómala, una célula mutante con apetitos desconocidos; ninguna cosa en su entrenamiento la había preparado para la comprensión de apetitos tan desconocidos.

Tales apetitos habían permanecido dormidos hasta que *ella* se

acercó. *Ella* los había zarandeado, los había despertado. Había extendido el hálito de su conciencia sobre ellos y, de golpe, la célula se había visto inundada con su propia lucidez. Y su lucidez consistía en el deseo de conquista.

Pudo ver, y sentir, y oír, y experimentar cómo se desplazaba a través de las células como un maníaco que recorre habitaciones vacías, una tras otra, y cómo las inundaba con su hálito de rebelión. Las fuerzas salutíferas que la rodeaban se detuvieron y retrocedieron con miedo, quedando a merced de un viento que las mantenía inválidas. También *Cyro* retrocedió buscando escape. Su propio cuerpo era su único refugio, si es que lograba llegar hasta él.

Pero los torrentes con garras brotaron de la oscuridad y la envolvieron. Abrió ella sus mandíbulas a los dentados extremos y luchó por gritar; de súbito, su boca se vio llena de esponja, de la que rápidamente brotaron pequeñas criaturas que se esparcieron con ciega velocidad por todo su ser, triunfalmente...

Gerund y *Jeffy* estaban fumando, sentados en un banco, bajo la mirada del esclavo de barba gris, *Laslo*. Junto a ellos había cubiletes vacíos; *Jeffy* había preparado bebida caliente en la cocina. Permanecían intranquilos, aguardando a que *Cyro* reapareciese y su intranquilidad aumentaba a medida que el tiempo pasaba.

—Nunca he visto que tardara tanto —dijo *Gerund*—. Cinco minutos es cuanto suele necesitar. Tan pronto ha organizado las fuerzas de recuperación, regresa.

—El ingeniero... parecía muy enfermo —dijo *Jeffy*.

—Sí, pero es igual... Cinco minutos más, e iré a ver qué pasa.

—Eso no está permitido —declaró el de barba gris; era casi la primera vez que abría la boca. Lo que dijo no era sino la verdad. Las reglas que operaban sobre médicos y pacientes eran muy estrictas; no podían ser visitados juntos salvo por otro médico. *Gerund* conocía esta norma; ciertamente, se resistía a ver a su mujer en trance, máxime sabiendo que la visita sólo serviría para aumentar el comedimiento que sabía existía entre ambos. De todos modos, *Cyro* ya hacía media hora que permanecía en aquella habitación; había que hacer algo.

Permaneció sentado dos minutos antes de levantarse y encaminarse hacia la puerta de la celda. *Laslo* se levantó también,

gritando con rabia. Pero al ir a detenerlo, Jeffy le bloqueó el camino.

—Quédese sentado o le romperé la nariz —dijo Jeffy sin manifestar ninguna emoción—. Soy muy fuerte y no tengo nada mejor que hacer.

El viejo, lanzando una mirada a la cara de Jeffy, retrocedió obediente y se sentó. Gerund asintió a su sirviente, abrió la puerta de la celda y se deslizó dentro.

Una rápida mirada le hizo comprender que algo iba mal allí: muy mal. Su mujer y el gordo ingeniero yacían juntos sobre una tarima, los brazos en contacto. Sus ojos estaban abiertos y abultados fríamente como los ojos de un bacalao encima de una tabla, sin contener ninguna clase de vida. Pero sus cuerpos estaban vivos. Con bastante frecuencia, sus armazones vibraban, se hinchaban y deshinchaban de nuevo. El talón derecho de Cyro golpeaba levemente contra la tarima, produciendo un tap-tap sin sentido sobre los pies del lecho de madera. Su piel se estaba cubriendo gradualmente de un tinte carmesí, como invadida por alguna materia colorante; parecía, pensó Gerund, como si cada jirón de su carne se hubiese reducido a pulpa. Durante un rato permaneció allí, clavado por el horror y el miedo, incapaz de componer su juicio y decidir qué hacer.

Una gran cucaracha subía por la pata de la cama. Estaba a seis pulgadas del pie de Je Regard que sobresalía desnudo de la sábana. En tanto avanzaba la cucaracha, una sección de la planta del pie creció repentinamente en forma de tallo, un objeto delicado como hoja de hierba; el tallo se adelantó tan veloz como una lengua y atrapó a la cucaracha que agitó sus patas. Gerund resbaló hasta el suelo presa de un desmayo.

La carne tendida sobre el lecho estaba cambiando ahora con mayor rapidez. Se había organizado a sí misma. Se deslizaba y alteraba su forma o fluía sobre sí con ruidos húmedos. La cucaracha fue absorbida. Luego, comprimiéndose, la masa tomó una forma humana: la de Cyro. Rostro, cuerpo, color de pelo, ojos: todo coincidió con las facciones de Cyro y todos los gajos de carne se comprimieron en la figuración. Mientras se formaba la postrera uña, Gerund recuperó el conocimiento y se incorporó.

Quedó sorprendido al mirar lo que ocupaba la celda.

Le parecía haber estado inconsciente apenas un segundo, y, no obstante, el enfermo había desaparecido. Por lo menos, Cyro parecía encontrarse mejor. Le estaba sonriendo. Tal vez, a fin de cuentas, la ansiedad que lo poseyera le había producido alguna clase de ilusión óptica al entrar en la celda; quizá todo estaba a la perfección. Pero, al mirar más de cerca a Cyro, desapareció la reciente sensación de seguridad.

Algo había ocurrido. ¡Era siniestro! La persona ubicada sobre el lecho era Cyro. Y, sin embargo —y sin embargo—, cada línea del rostro, cada trazo sutil que tanto amaba Gerund, había sufrido una transmutación indefinible. Hasta la textura de la carne había cambiado. Advirtió que sus dedos habían crecido. El todo era excesivamente grueso y alto para ser Cyro, echada sobre la cama, intentando sonreírle.

Gerund permaneció en pie, resistiendo los repetidos embates del desmayo que nuevamente le asaltaban. Se aproximó a la puerta. Pudo haber corrido, haber llamado a Jeffy, tal como su instinto le ordenaba.

En cambio, se hizo dueño de su instinto. Cyro estaba en apuros, en un gran peligro. Era ésta la oportunidad de Gerund, posiblemente su oportunidad postrera para demostrar el afecto que sentía por ella; si la dejaba pasar, no tendría ninguna otra: al menos así se dijo a sí mismo, pues Gerund no podía creer que la frigidez de Cyro descansase en otra cosa que en una desconfianza en su integridad.

Haciendo caso omiso del mismo, volvió al lugar que ocupara antes.

—Cyro, Cyro, ¿qué anda mal? —preguntó—. ¿Qué puedo hacer? Dime qué puedo hacer para ayudarte. Haré lo que sea.

La criatura que ocupaba el lecho abrió la boca.

—Me repondré en un minuto —dijo con voz ronca. Las palabras no coincidieron del todo con el movimiento de los labios.

Con un esfuerzo, se puso en pie. Era una criatura corpulenta y sobrepasaba los siete pies de estatura. Gerund la miró como hipnotizado, pero se las arregló para no echar a correr.

—Es mi mujer —se dijo—; sólo mi mujer y nada más.

Pero cuando la criatura echó a andar hacia él, los nervios del hombre estallaron. El aspecto de aquel rostro era demasiado terrible... Se volvió, aunque demasiado tarde para escapar. La criatura extendió los brazos y lo alcanzó casi como quien juega.

En el vestíbulo, el aburrimiento de Jeffy iba en aumento. Pese a todo el afecto que pudiera sentir hacia su amo, encontraba que la vida de un esclavo estaba llena de tedio. Bajo la mirada de pescado del viejo guarda, se tendió a lo largo del banco y se dispuso a descabezar un sueñecito; Gerund no tardaría en llamarlo.

Un timbre sonó en la cabina de radio.

Lanzando una última mirada de sospecha sobre Jeffy, el viejo fue a atender la llamada, Jeffy no se movió. Al cabo de un minuto, ruidos de lucha y forcejeo le hicieron abrir un ojo. Una forma monstruosa, cuyos detalles se perdían a la débil luz que imperaba, se arrastraba sobre ocho o diez patas en dirección a la puerta y se perdió en la calle. Jeffy se puso en pie al instante, sacudida su piel por una oleada de horror frío. Corrió hacia la celda del enfermo, relacionando instintivamente al monstruo con cualquier amenaza sobre aquellos a quienes servía.

La celda estaba vacía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó una voz a su espalda; el de barba gris había seguido el ruido de pasos de Jeffy. Miró más allá del cuerpo de Jeffy. Nada más ver que la celda estaba vacía, sacó un silbato y comenzó a soplarlo salvajemente.

Juez: Ofrece usted como explicación de la desaparición de su amo y de su ama la posibilidad de que puedan haber sido... devorados por ese monstruo que usted afirma haber visto, ¿no es así?

Jeffy: No afirmo tal cosa, señor. Ignoro dónde puedan haberse ido. Sólo digo que vi salir aquel ser del hospital y que por entonces ellos habían desaparecido.

Juez: Ya ha oído que nadie más en el subpuerto ha visto semejante monstruo. Ha escuchado la declaración de Laslo, el guarda del hospital, en la que afirma no haber visto a ese monstruo. ¿Por qué persiste, pues, en esa historia?

Jeffy: Yo sólo puedo decir lo que ocurrió, ¿no le parece?

Juez: Lo que usted *supone* que ocurrió.

Jeffy: Es que fue *eso* lo que ocurrió. ¡Estoy diciendo la verdad! No tengo secretos, no tengo nada que ocultar. Apreciaba a mi amo. Por nada en el mundo me habría deshecho de él... ni de mi ama.

Juez: Otros siervos sometidos a esclavitud han expresado sentimientos semejantes en ocasiones parecidas, una vez muertos sus amos. Si es usted inocente de lo que se le acusa, ¿por qué intentó escapar cuando Laslo tocó el silbato para que acudiera la policía?

Jeffy: Estaba desconcertado, señor, ¿no lo entiende? Estaba asustado. Había visto ese... ser, y luego había visto la celda vacía, y entonces ese viejo grosero se puso a soplar su silbato en mi oreja. Yo... lo hice sin pensar.

Juez: Sí, sí. No se revela usted como hombre muy responsable. Ya hemos oído el informe del testigo Laslo sobre la manera en que usted lo amenazó violentamente nada más llegar al hospital.

Jeffy: Y usted me ha oído explicar por qué hice aquello, señor.

Juez: Espero que se dará cuenta de la seria situación en que se encuentra. Es usted un hombre sencillo, de manera que se lo diré con sencillez: según la ley mundial, está usted acusado del doble crimen de su amo y de su ama, y, hasta que sus cadáveres sean recuperados o nuevas evidencias salgan a la luz, permanecerá usted en prisión.

Había dos formas de ascender desde el subpuerto hasta la superficie del Lánico. Una era seguir la ruta del mar, por medio del *Bartlemeo* y el avión en que los Gyres habían llegado. La otra era una ruta terrestre. Un funicular subterráneo recorría tres mil pies de túnel rocoso desde la ciudad sumergida hasta la estación de Praia, capital de la isla de Satago. Por esta ruta fue conducido Jeffy a la prisión.

La ventana de la celda de Jeffy daba a un polvoriento patio protegido por un baobab y le permitía cierto atisbo del mar. Le aliviaba encontrarse de nuevo sobre el nivel del mar, pese a la nubosa atmósfera que se hacía particularmente opresiva tras haber

frecuentado los fríos aires del subpuerto: Jeffy sudaba todo el tiempo. Atosigado por el calor, pasaba casi todo el día tumbado en el jergón. Otros convictos eran sacados al patio para realizar ejercicios y hablaban bajo su ventana en la *lingua crioula* local, pero Jeffy no entendía una palabra de ella.

Hacia el anochecer de su segundo día de confinamiento, se encontraba en su lugar habitual cuando se levanto el viento. Soplabla tórridamente por toda la prisión y no parecía amainar. Las densas nubes se estaban desperdigando y mostraban el azul del cielo por vez primera después de varios días. El carcelero jefe, un tipo carinegro con inmensos bigotes, salió al patio, olfateó el aire, lo aprobó y se dirigió hacia un banco de piedra que había bajo el baobab. Lo limpió cuidadosamente con su pañuelo, se tumbó y se relajó.

Algo se movió sobre el muro que había detrás del carcelero. Algo parecido a un pitón se desenroscó y se introdujo en el patio. Parecía reptar por el muro como una mancha que se extiende, pero dada la espesura del follaje del baobab se hacía difícil ver lo que estaba ocurriendo. Ahora, Jeffy tenía la impresión de que por el muro se desplegaba una cortina de caucho remachada con joyas y estrellas de mar. Tocó tras el carcelero.

Fuera lo que fuere, aquel ser alzó una especie de látigo dispuesto a golpear el rostro del carcelero. Entonces, el resto del volumen del ser se desparramó sobre el cuerpo del hombre, amortiguando sus forcejeos y cubriéndolo como una capa. Jeffy gritó con furia, pero nadie le contestó, a nadie le importó; la mayor parte del personal se encontraba junto al mar, entretenido por las muchachas.

Cuando el ser se apartó del carcelero jefe, sobre el banco sólo quedaba un cuerpo flexible y desinflado. El viento tórrido jugueteó con los bigotes. El ser despuntó dedos y cogió con pericia el juego de llaves que colgaba del cinturón del muerto. Se destacó un segmento de la protuberancia mayor, la cual quedó en las sombras en tanto el segmento se desplazaba por el patio portando las llaves. Parecía un escabel animado.

—¡Dios mío! —exclamó Jeffy—. ¡Viene hacia aquí!

Mientras retrocedía hasta la puerta de la celda, la criatura, de un salto, apareció por entre los barrotes y arrojó las llaves al interior

de la celda. A continuación saltó la criatura.

Poco a poco, el ser acortaba las distancias, mientras tomaba forma ante la petrificada mirada de Jeffy y se convertía en... Gerund o una intolerable réplica de éste.

Gerund extendió una mano y rozó a su siervo, casi como si estuviese experimentando.

—Todo va bien, Jeffy —dijo al cabo, pronunciando con esfuerzo evidente—. Nada tienes que temer. Nadie va a hacerte daño. Toma esas llaves, abre tu celda y condúceme hasta el gobernador de la prisión.

Pálido, tembloroso como una hoja de papel, Jeffy se las arregló para recomponerse y obedecer la orden. Las llaves tintinearón en su mano y las probó una por una hasta que dio con la que encajaba en la cerradura de su puerta. Como hombre magnetizado, echó a andar por el pasillo seguido muy de cerca por el pseudo-Gerund.

No había nadie a la vista. En cierto lugar, un carcelero dormía en una silla de respaldo móvil, los pies en alto, apoyados en el encalado muro. No se molestaron con él. Abrieron la gran puerta de barrotes que daba a una escalera privada y a la estancia del gobernador.

Unas puertas abiertas les mostraron el camino que conducía a una balconada desde la que se dominaba la bahía y los picachos centrales de la isla.

En la balconada, solitario como de costumbre, bebiendo vino como de costumbre, un hombre permanecía sentado en una silla de mimbre. Parecía empequeñecido y —¡sí, por Dios!— infinitamente cansado.

—¿Es usted el gobernador de la prisión? —preguntó Gerund, irrumpiendo en la estancia.

—Yo soy —dije.

Me miró durante largo rato. Pude apreciar entonces que no era (¿cómo decirlo?) un humano ordinario. Tenía apariencia de lo que era: una falsificación de un ser humano. Aun así, lo reconocí como Gerund Gyres por las fotografías que la policía había hecho circular.

—¿No tomarán asiento? —ofrecí—. Me cansa verles de pie.

Ni amo ni criado se movieron.

—¿Por qué ha... cómo ha liberado a su hombre? —pregunté.

—Lo he traído ante usted —dijo Gerund— para que usted pueda oír lo que tengo que decir y entienda que Jeffy es un buen siervo que jamás me ha hecho daño alguno. Quiero que sea puesto en libertad.

De modo que se trataba de una criatura razonable y capaz de sentir compasión. Humana o no, podía dirigirme a ella. ¡Tantos hombres con los que había tenido que tratar no disponían ni de razón ni de compasión!

—Le escucho —dije, escanciándome más vino—. Como puede ver, no tengo mucho que hacer. Escuchar puede incluso resultar más placentero que hablar.

Entonces, Gerund se puso a contarme todo lo que yo estoy plasmando aquí lo mejor que sé. Jeffy y yo escuchábamos en silencio; aunque el esclavo entendía poco, sin duda, yo capté lo bastante como para que se me helaran las tripas. Al fin y al cabo, ¿no tenía junto al codo un ejemplar de la obra de Pamliira sobre la Para-evolución?

En el silencio que siguió al final del relato, escuchamos la llamada al ángelus en un campanario de Praia; no me procuró ningún alivio, y el fuerte y tórrido viento dispersó sus notas. Sabía ya que estaba cerniéndose una oscuridad que ningún rezo iluminaría.

—Así pues —dije, aclarándome la voz—, como gobernador, lo primero que debo tomar en cuenta es que usted, Gerund Gyres, si así debo llamarlo, ha cometido un asesinato: por voluntad propia mató usted a mi carcelero jefe.

—Eso fue un error —dijo Gerund—. Debe usted advertir que soy un compuesto de Je Regard, Cyro Gyres y Gerund Gyres, por no mencionar los peces absorbidos en mi ascenso desde el subpuerto. Yo creía poder absorber cualquier humano. Ello no representaría la muerte; nosotros tres estamos vivos. Pero su carcelero rechazó la absorción. Lo mismo hizo Jeffy, cuando probé a tocarlo.

—¿A qué lo atribuye usted? —pregunté.

Sobre su rostro se extendió una sonrisa. Desvié la mirada.

—Aprendemos con rapidez —dijo—. No podemos absorber humanos que no son conscientes de sí como parte del proceso natural. Si viven la desfasada concepción del hombre como especie

aparte, sus células son opuestas a las nuestras y la absorción no puede tener lugar.

—¿Quiere usted decir que ustedes sólo pueden... absorber hombres cultos? —pregunté.

—Exacto. Con los animales es diferente: su conciencia es sólo un proceso natural; no nos presenta ningún obstáculo.

Creo que fue entonces cuando Jeffy saltó la baranda del balcón y se dejó caer sobre los matorrales que abajo crecían. Se levantó indemne y pudimos ver cómo evitaba la carretera mientras se alejaba. Ninguno de nosotros pronunció palabras; yo esperaba que hubiera ido en busca de ayuda, pero, si Gerund pensó lo mismo no lo manifestó.

—En conjunto, creo no haber entendido lo que me ha dicho —dije, intentando ganar tiempo; no creo que mi intención fuera muy firme en aquel momento; para decir verdad, me sentía tan enfermo que la prisión entera parecía dar vueltas a mi alrededor. El colosal pseudo-hombre me daba más miedo de lo que jamás hubiera creído. Aunque no temo ni a vivos ni a muertos, ante aquel medio-vivo me recorría un escalofrío de horror.

—No entiendo lo de absorber sólo gente culta —dije, casi al azar.

Esta vez no se molestó en abrir la boca para responder.

—La cultura implica un más alto entendimiento. Hoy en día no hay sino una forma de materializar ese entendimiento: Galingua. Yo sólo puedo liberar las células de aquellos que son capaces de utilizar esta herramienta semántica, de aquellos cuya cadena bioquímica total ha devenido ya maleable a través de ese idioma. El accidente que sufrió Je Regard revela facultades ya latentes en toda persona galingua-parlante que se encuentre en la galaxia. Aquí y ahora, en Yinnisfar se ha dado un gigantesco paso adelante: inesperado, no obstante el clímax inevitable ubicado en galingua.

—Así pues —dije, sintiéndome mejor a medida que iba entendiendo—, ¿es usted el siguiente paso evolucionario, que predijo Pamlira en *Para-evolución*?

—A grosso modo, sí —dijo—. Tengo plena conciencia de lo que dijo Pamlira. Todas mis células poseen ese don; sin embargo, me mantengo independiente en la fijación de forma, esa ruina de

diversas criaturas multicelulares que antes fui.

Sacudí la cabeza.

—No me parece usted un avance, sino una regresión —le dije—. El hombre es, a fin de cuentas, una compleja colmena genética; usted afirma que puede transformarse en conjunto de células simples, pero las células simples constituyen una forma de vida muy primitiva.

—Todas mis células son *conscientes* —dijo con énfasis—. Ahí radica la diferencia. Los genes se convierten en células, y las células en la colmena genética llamada hombre, a fin de desarrollar sus potencialidades, no las del hombre. La idea de que el hombre es capaz de sufrir desarrollo era un concepto puramente antropomórfico. Las células han acabado ahora con esa forma llamada hombre; han agotado sus posibilidades y se encaminan hacia algo distinto.

Esto no parecía tener réplica, de manera que me quedé tranquilo, sorbiendo mi bebida y contemplando el avance de las sombras que, procedentes de las montañas, iban ganando el mar. Aún sentía frío, pero ya no temblaba.

—¿No tiene nada más que preguntarme? —inquirió Gerund, casi con desconcierto. Difícilmente podría esperarse ver desconcertado a un monstruo.

—Sí —dije—. Sólo una cosa. ¿Es usted feliz?

El silencio, como las sombras, se extendió hacia el horizonte.

—Quiero decir —me expliqué— que si tuviera en mi mano la modelación de una nueva especie, haría lo posible por que fuera más susceptible de felicidad que el hombre. Extrañas criaturas que somos, nuestros momentos mejores se dan cuando estamos luchando por algo; cuando el objetivo se lleva a cabo, quedamos de nuevo intranquilos. Poseemos un descontento propio de dioses, pero el contento propio de dioses sólo sobreviene a las bestias del campo que se revuelcan con pereza en la hierba. Cuanto más inteligente es un hombre, más propenso es a la duda; coloquialmente, cuanto más loco está, más propenso se encuentra a sentirse a gusto con lo que le ha tocado en suerte. Así pues, le pregunto si usted, nueva especie, es feliz.

—Sí —dijo Gerund—. Y, sin embargo, sólo soy tres personas:

Regard, Cyro, Gerund. Los dos últimos han luchado durante años por la plena integración, como ocurre con todas las parejas humanas, y ahora la han hallado; una integración más completa que cualquier otra antes soñada. Lo que los humanos buscan instintivamente, lo poseemos nosotros instintivamente; somos la completación de una tendencia. Jamás seremos nada sino felices, no importa, cuánta gente absorbamos.

Manteniendo firme mi voz, dije:

—En ese caso, haría usted bien si empezara a absorberme, ya que ésa debe ser su intención.

—Con el tiempo, todas las células humanas estarán bajo el nuevo régimen —dijo Gerund—. Pero antes debe esparcirse la noticia de lo que está ocurriendo para que las personas estén más predispuestas a aceptarnos y allanar todavía más lo que Galingua ha allanado ya. Todo el mundo debe saber para que podamos llevar a cabo el proceso de absorción. Ése es nuestro deber. Es usted un hombre civilizado, gobernador; debe usted escribir a Pamlira explicándole lo que ha ocurrido. Pamlira se sentirá interesado.

Hizo una pausa. Tres vehículos ascendían por la carretera y enfilaron hacia la puerta mayor de la prisión. Jeffy, pues, había tenido el suficiente sentido común para ir en busca de ayuda.

—¿Y si suponemos que no me adhiero? —pregunté—. ¿Por qué iba yo a precipitar la extinción del hombre? ¿Y si suponemos que acudo al Consejo Galacfederado y cuento la verdad y resuelven volar esta isla entera a bombazos? No sería sino una orden sencilla, cuestión de segundos.

De súbito, nos encontramos rodeados de mariposas. En mi impaciente manoteo por alejarlas, derribé la botella de vino. El aire estaba saturado de miles de mariposas que nos envolvían como espeso papel, el cielo, casi oscuro, se había vuelto denso con los insectos. Ni los más irritados movimientos de la mano conseguían alejarlas.

—¿Qué es esto? —farfulló Gerund. Por primera vez lo vi actuando libre de cualquier formalismo, luchando por evitar las diminutas criaturas. De lo que había sido su oreja, exhaló algo que permaneció en el aire en torno a su cabeza. Sólo puedo decir que fue nauseabundo. Me costó un esfuerzo infinito no desmayarme.

—Como criatura tan consciente de la naturaleza —le dije—, debería regocijarse con este espectáculo. Son mariposas Damas Pintadas, volando a millares en plena emigración. Las tenemos aquí desde hace muchos años. El viento tórrido, que llamamos Marmitano, las arrastra desde el continente a través del océano en dirección al oeste.

Ya podía oír ruido de gente subiendo las escaleras. Ellos podrían negociar convenientemente con la criatura, cuyas razonables palabras contrastaban tanto con su apariencia irracional. Proseguí, hablando más alto, para que, a ser posible, fuera atrapado por sorpresa.

—No es fortuna equívoca la de las mariposas. Hay tantas, que no puede dudarse que han consumido la mayor parte de sus alimentos, pues de lo contrario se habrían evitado el ser arrastradas hasta aquí por el viento. Un ejemplo admirable de la naturaleza que se preserva a sí misma.

—¡Admirable! —hizo eco la criatura. Apenas podía verla entre tanta ala multicolor. La expedición de rescate estaba en la sala contigua. Irrumpieron en la nuestra con Jeffy en vanguardia y armas atómicas en mano.

—Ahí está —grite.

Pero no estaba allí. Regard-Cyro-Gerund había desaparecido. Mimetizándose en Dama Pintada, se había dividido en mil unidades y dejándose arrastrar por la brisa, a salvo, invencible, confundida entre la multitud de brillantes insectos.

Así vengo a lo que no es el fin sino el comienzo del relato. Ha pasado ya una década desde que ocurrieron los sucesos de las Islas Cabo Verde. ¿Qué es lo que hice? Bueno, yo no hice nada; ni escribí a Pamlira ni apelé al Consejo Galacfederado. Con esta maravillosa adaptabilidad de mi especie, me las arreglé en un par de días para convencerme de que «Gerund» no iba a lograr sus propósitos, o que de uno u otro modo él había malinterpretado el accidente de que fuera víctima. Y así, año tras año, oigo los informes sobre el desarrollo de esta raza humana que viene a menos, y entonces pienso: «Bueno, de cualquier manera se lo pasan bien», y me instalo en mi balcón, dejo que la brisa marina me azote el rostro y sigo bebiendo vino. En este clima y en este lugar, ninguna otra cosa

debería esperarse de mí.

¿Y por qué tendría que preocuparme por algo en lo que nunca creí? Cuando la Naturaleza aprueba una ley, ésta no puede ser revocada; no hay escapatoria para sus prisioneros, y todos somos sus prisioneros. Así pues, me incorporo y tomo otro trago. Sólo hay una manera apropiada de convertirse en especie extinta: la dignidad.

No todos afrontaron su destino con la resignación del gobernador de la cárcel. Durante años, de mil maneras distintas, persistió la guerra contra las células sensibles hasta que al final nada quedó de ellas salvo unas cuantas cenizas esparcidas.

Por entonces, la federación se había desmoronado. Fue irónico que, justo cuando Galingua parecía ofrecer una forma adecuada para la aproximación a otros reinos, llegara la desintegración por causa de la misma lengua. El uso de Galingua fue prohibido. Los interpenetradores fueron abandonados y reinstaurado el viejo sistema del viaje espacial «sólido». Incluso la Guerra Auto-Perpetuadora perdió ímpetu.

Se desarrolló un mundo áspero y mercenario, un mundo tal vez nuevo para la población de aquel tiempo, pero no del todo ajeno a vosotros.

SECRETO DE UNA CIUDAD PODEROSA

La potente criatura se tambaleaba. El último disparo del cazador la había alcanzado entre los ojos. Ahora, con sus cincuenta toneladas a cuestas, sobrevoló las copas de los árboles, gritando de dolor. Por un momento, el sol, hermoso y funesto, lo atrapó con sus rayos como un cisne inmenso antes de desplomarse —ya en silencio, sin el menor lamento— de cabeza al suelo.

—Y ahí tenemos otro triunfo para el Hombre: ese Inconquistable, el Hombre, ese Invencible —proclamó el comentarista—. En este planeta, al igual que en tantos otros, la tremenda y horrible vida natural cede el paso al gigantesco enano bípedo de la Tierra. Sí, señor, todos esos monstruos innaturales serán exterminados con el tiempo.

Pero en esta ocasión, un muchacho despabilado había advertido al técnico que proyectaba la presencia del recién llegado que estaba aguardando ahora para utilizar el pequeño cine. Al instante, desconectó el proyector. La imagen tridimensional desapareció, el

sonido se desvaneció con un graznido. Fueron encendidas las luces y destacaron al señor Sonrisa P. Wreyermeyer, de Sólidos Supernova, de pie justo a la entrada, rodeado de varios de sus más prometedores lacayos.

—Espero que no os habremos molestado, Ed —dijo el señor Wreyermeyer, observando que todos se apresuraban a marcharse.

—De ningún modo, señor Wreyermeyer, estábamos entreteniéndonos —dijo Ed, simple ayudante de dirección—. Acabaremos mañana. Vamos, chicos, ¡moveos rápido!

—No me gustaría pensar que he interrumpido —dijo el señor Wreyermeyer con blandura—. Pero Harsch Benlin tiene algo que cree oportuno y juicioso enseñarnos. —Y se inclinó, quizá no sin cierta amenaza, hacia la magra figura de Harsch Benlin.

Dos minutos después, el último humilde paniaguado en mangas de camisa dejaba la sala, permitiendo su ocupación por el grupo intruso.

—No parece que Ed tenga ninguna prisa por marcharse —observó el señor Wreyermeyer con dureza, dejando caer su masa en una butaca—. Bueno, Harsch, muchacho, veamos lo que tienes que enseñarnos.

—Volando, Sonrisa —dijo Harsch Benlin. Era uno de los pocos hombres del personal de Supernova que podían llamar al jefazo por su nombre de pila, privilegio que usaba para lo que consideraba de utilidad. En aquel momento dio un salto, parodiando una pirueta atlética, fue a caer sobre el estrecho escenario que había ante la pantalla-sólido, y sonrió a los que lo observaban. Eran éstos unos veinticinco y a la mitad los conocía Harsch por su nombre de pila. El conjunto podía dividirse a simple vista en cuatro grupos: el jefazo y su orquesta; la orquesta de Harsch, dirigida por Pony Caley; un puñado de chicos de los Departamentos de Conquista de Mercado y Montaje con su orquesta propia; más la usual compañía de taquígrafas aleladas.

—Helo aquí, muchachos —comenzó Harsch, pretendiendo parecer simpático—. Se me ha ocurrido una idea para un sólido que me ha sacudido en oblicuo, y espero y deseo que os produzca a todos el mismo efecto. No voy a probarla ahora y *vendéroslo*: somos todos hombres atareados y, además, la cosa se vende sola. Es una

idea genial, original y familiar, al mismo tiempo sencilla e inspirada a la vez.

»Sin rodeos, la idea es ésta: quiero llevar a cabo un sólido que lance hacia arriba a Supernova, ya que va a tener como fondo nuestros estudios y como extras gente de nuestro personal. Al mismo tiempo va a dar el golpe en términos de drama humano y reclamo de públicos. Por otra parte, habrá de ser una perspectiva de Nuni3n, la m1s activa, grande, atractiva y megapolitana capital planetaria de ese punto clave de la galaxia.

Harsch se detuvo para causar efecto. Algunos miembros del auditorio fumaban erotosalut1feros, otros se hurgaban la nariz, los de all1 hablaban entre s1 en susurros.

—Puedo ver que me est1is preguntando —dijo Harsch, encajando sus fauces en una sonrisa— c3mo me las voy a arreglar para meter tanto cisco en un s3lido de un par de horas. Muy bien. Os lo ense1ar1.

Alz3 una mano elocuente en se1al dirigida a su proyectador, Cluet Dander. No hab1a mejor tipo que Cluet para estas tareas; el mismo Harsch las hab1a ido conociendo con el tiempo. Nada m1s alz3 la mano, un s3lido apareci3 en la pantalla.

Era la cara de un hombre. Tendr1a ya unos cuarenta. Los a1os que hab1an secado sus carnes hab1an servido s3lo para revelar, bajo la piel delicada, la nobleza de su estructura 3sea: la amplia frente, la justeza de los p3mulos, la impecabilidad de la quijada. Estaba hablando, aunque Cluet hab1a quitado el sonido, dejando que la animaci3n de las facciones hablaran por s1 mismas. Era ese tipo de hombre (uno se percataba intuitivamente) con cuya hija val1a la pena casarse. Su compostura achic3 por completo a Harsch Benlin.

—Ésta, damas y caballeros —dijo Harsch con las manos en las solapas y ubicado delante del rostro—, ésta es la cara de Art Stayker.

Entonces se produjo una reacci3n apreciable. El auditorio se puso de pie, los hombres se miraron los unos a los otros, miraron al se1or Wreyermeyer e intentaron captar el clima de opini3n que lo rodeaba. Agradecido, y sin manifestar el agradecimiento, Harsch continu3.

—S1, es ésta la cara de un gran hombre. ¡Art Stayker! ¡Vaya

genio! Fue sólo conocido por un estrecho círculo de hombres, aquí, en este estudio donde trabajó; y todos los que lo conocían lo admiraban y, ¿por qué no decirlo?, lo *amaban*. Yo tuve el honor de ser su brazo derecho en los viejos tiempos en que Art era jefe de la Unidad Dos Documental, y he planeado este sólido para que sea su biografía: un tributo a Art Stayker.

Se detuvo. Si aquello podía encajarlo en Wreyermeyer y Compañía, la cosa estaba hecha puesto que, si se lanzaba a Art Stayker, también Harsch Benlin resultaba lanzado. Tenía que jugar sus cartas con cuidado, porque ya empezaban a saltar los grandotes del fondo.

—¡Art acabó en el arroyo! —gritó uno. Era Hi Pilloi, amanuense de otro amanuense.

—Sí, y me alegro de que alguien lo haya sacado a relucir de una vez —dijo Harsch, desairando con la mirada a Hi Pilloi por no haber mencionado su nombre—. Claro que Art Stayker acabó en el arroyo. No pudo subir la cuesta del todo. Este sólido va a mostrar por qué. Va a ser algo muy sutil. Porque va a enseñar cuánta experiencia y crujir de dientes se necesitan para servir al público tal como *nosotros* lo servimos, ya que, como dije antes, no va a ser un sólido sobre Art Stayker, sino sobre Supernova, sobre Nuni3n y sobre la Vida. ¡Va a ser mayor todavía que nuestra taquillera saga sobre Thraldemener! Va a tener de todo.

El amable rostro de Art desapareció y dejó solo a Harsch sobre la plataforma. Aunque medio consumido a causa de su delgadez, Harsch tomaba pastillas para adelgazar por el placer de 3írse llamar «el larguirucho», lo cual se había convertido en un término de afecto.

—La maravilla de este sólido radica —continuó dramáticamente— en que está ya medio acabado. Os lo enseñaré.

Tras deslizarse Cluet a una nueva señal suya, las imágenes comenzaron a desfilar por el aparentemente ilimitado cubo de la pantalla. Algo tan intrincado y delicado como el crecimiento de un copo de nieve tembló y pareció dirigirse hacia la audiencia. Se ensanchó, desnudó detalles y se fue elaborando hasta que cada delgada ramificación poseyó otras ramificaciones. Parecía, gracias a la inteligente manipulación de la cámara, un crecimiento orgánico:

entonces, el menguante escorzo reveló que no era sino una creación de hormigón, material impermeable y estructuras férricas, creación moldeada por el hombre en forma de edificios y vías públicas.

—Ésta —anunció Harsch— es la famosa ciudad, *nuestra* fabulosa ciudad, la ciudad de Nuni3n, tal como fue filmada por Unidad Dos bajo las 3rdenes de Art Stayker cuando 3ste se encontraba en la cumbre de su fuerza, hace veinte a3os. Este s3lido ten3a que ser su gran obra: nunca fue acabado, por razones que os dir3 m3s tarde. Pero los diecise3s carretes in3ditos que dej3 tras s3 como su m3s grande legado han permanecido en nuestros s3tanos durante todo este tiempo hasta que el otro d3a me decid3 a sacarlos a la luz.

»Muy bien. Durante un rato voy a dejar de hablar. Pero voy a pedirlos que os sent3is y consider3is la ins3lita belleza de esas tomas. Voy a pedirlos que hag3is lo posible por juzgar su valor indudable en t3rminos de gancho est3tico y monto taquillera. Voy a pedirlos que os relaj3is y contempl3is una obra maestra, en la que lo digo con orgullo, he tenido participaci3n.

El foco estaba sumergi3ndose todav3a con la inercia de un hombre ahogado, pasando las torres m3s altas, atravesando los pasos a3reos, los pasos peatonales (humanos y ahumanos), los pasos para transportes y servicios varios, hasta llegar al suelo llano, suelo pavimentado, en el cual hab3a incrustado un espejo convexo de tr3fico que reflejaba en miniatura el curso de la gran c3mara al descender desde los cielos. Entonces, el foco se movi3 lateralmente y tom3 las brillantes botas de un oficial de polic3a.

Mientras tanto, casi inadvertidamente, hab3a comenzado a o3rse un comentario. Se trataba de un t3pico comentario de Unidad Dos, tranquilo, sin tono ni car3cter, emitido por la propia voz de Art Stayker.

—En los setenta mil planetas que componen la insignificante galaxia habitada por el hombre, no hay mayor ni m3s diversa ciudad que Nuni3n —dec3a el comentario—. Ha llegado a convertirse en una f3bula para los hombres de todas las razas. Describirla es imposible sin caer en estad3sticas y n3meros: en su lugar obs3rvense las calles y mansiones y, encima de todo, los individuos que Nuni3n comprende. Obs3rvenlo y preg3ntense: 3c3mo puede encontrar nadie el n3cleo de una gran ciudad? 3Qu3

secreto mira en ese núcleo cuando se llega a él?

Nunión se había levantado sobre las diez islas de un archipiélago de la zona templada de Yinnisfar, extendiéndose hasta el continente cercano. Quinientos puentes, ciento cincuenta ferrocarriles subterráneos, sesenta rutas aéreas e innumerables ferrys, góndolas y otros navíos interconectaban los once sectores. Alineando los callejones acuáticos o rompiendo las tal vez interminables falanges de calles, corrían las avenidas con árboles naturales o de material diverso, y, salpicando aquí y allá —quizá en los puntos focales como el Memorial Israel— el raro y preciado meritorio hembra, especialmente importado, de perenne florecimiento. La cámara se deslizaba ahora por el Puente de Harby Clive, pasando ante la primera manzana más allá de la vía acuática. Un joven salía de la manzana y bajaba los escalones exteriores de tres en tres. En su rostro se reflejaba la excitación, el triunfo y la alegría. A duras penas podía contener su exaltación. Su paso no era todo lo rápido que quisiera. Se trataba del joven que puede encontrarse uno en cualquier ciudad grande: un hombre a punto de escalar la cumbre, con varios éxitos ya en el bolsillo, confiado de su perspicacia, más allá del sentido común, y exuberante más allá de lo comedido. Podía verse en el ese fusible quemado que se había extendido por los setenta mil planetas y que soñaba con setenta mil más.

El comentador no dijo esto. La imagen lo dijo por él, enfocando su contoneo y su sombra angular, inquieta y arisca sobre el pavimento. Harsch Benlin, no obstante, no podía permanecer silencioso. Se adelantó de manera que su figura proyectó su sombra sobre el sólido de la pantalla.

—Así trabajaba Art —dijo—. Siempre preocupado por lo que él llamaba «el detalle exacto y revelador». Quizá se encuentre aquí la causa de no haber conseguido más de cuanto logró: lo dirigió todo a tenernos siempre pendientes de ese detalle.

—Eso que vemos no son más que fotos de una gran ciudad —dijo Janzey, de Montajes, con impaciencia—. Ya hemos visto todas esas cosas antes, Harsch. ¿Qué nos dice esto de nuevo?

Janzey era un don nadie que pretendía ser alguien; los chicos del fondo escupieron al oír pronunciar el nombre de Harsch.

—Si usaras los ojos, verías la movilidad de los esquemas —

replicó Harsch—. Eso es lo que preocupaba a Art: dejaba que el objeto envolviera sin imponer esquema ninguno. Observa esta toma que viene ahora...

Sobre potente flotador, una pareja se acercaba callejón acuático arriba. Llegaron a la orilla, pusieron pie en tierra y caminaron cogidos del brazo por un paseo pavimentado de mosaico en dirección a un café cercano. Charlaban con animación en tanto buscaban una mesa. La música de fondo cambió su tempo; el foco de atención se deslizó desde los amantes hasta los camareros. La suavidad de maneras con que atendieron («Por supuesto, señora, el lavafruta no tardará») contrastó con la indiferencia con que protagonizaron las escenas que siguieron, desarrolladas en la confusión de la cocina («Joe, una lea quiere un lavafruta; ¿dónde coño los tienes?»).

Un plano frontal mostró dos camareros viejos cruzando las puertas abiertas entre el comedor y la cocina. Uno entraba y el otro salía. El que entraba deslizó con un guiño esta frase críptica y siniestra: «¡Se lo ha comido!». Un hombre en una mesa cercana, oyendo las palabras, apartó su plato y se puso pálido.

—¿Captáis la idea? —preguntó Harsch a su público—. Art calaba hondo. Descortezaba capa tras capa esta ciudad, la más grande de todos los tiempos. Antes de pasar a otra cosa, vais a ver la porquería que encontró en el fondo.

Era improbable, pues un momento antes el señor Sonrisa P. Wreyermeyer había apartado sus ojos de la pantalla, sumiéndose en los efectos del humo del erotosalutífero. El jefazo cruzó las piernas luego; el dato podía ser nefasto, un signo de impaciencia quizá. Harsch, que había aprendido a ser sensible a tales cosas, pensó que era ocasión para hablarle directamente. Yendo hasta el borde del escenario, se inclinó y dijo con gracia:

—¿Te queda paciencia para seguir viendo, Sonrisa?

—Aún estoy aquí —dijo el señor Wreyermeyer. Se la podía considerar una respuesta entusiasta.

—¡Magnífico! —exclamó Harsch volviéndose con rapidez y alzando una mano a Cluet. La imagen murió a su espalda y él se quedó con los puños en las caderas, las piernas separadas, contemplando a los ocupantes de los asientos acolchados y

suavizando las líneas de su rostro. Era un triunfo de decepción.

—Aquellos de vosotros que nunca tuvisteis el privilegio de encontraros con Art —dijo— ya estaréis preguntándoos: «¿Qué clase de hombre pudo revelar una ciudad con tal genio?» No os mantendré en suspenso mucho rato, de modo que voy a decíroslo. Cuando Art estaba en esta última consignación, yo era un chicuelo del todo verde en asuntos de sólidos y trabajaba a las órdenes de Art. Creo que aprendí mucho de él en cuestiones de humanidad sólida y llana, lo mismo que de técnicas. Vamos a ofreceros ahora un fragmento de película que una cámara de Unidad Dos tomó de Art sin que éste lo supiera. Creo que lo encontraréis... movidito. Vale, Cluet, dale al manubrio.

De pronto, el sólido estuvo allí, llenando al parecer toda la visión de la audiencia. En un ángulo de uno de los muchos espaciopuertos de Nuni3n, Art Stayker y varios miembros de su plantilla documental estaban sentados sobre un viejo equipo de oxigenaci3n mientras comían. Art tendría unos cuarenta y ocho, poco más de la presente edad de Harsch. El pelo le caía sobre los ojos y devoraba un bocadillo gigantesco mientras dirigía la palabra a un jovenzuelo con cara de pastel, pelo a cepillo y nariz retocada. Echando un vistazo al sólido, Harsch, algo embarazado, se identificó con el joven y dijo:

—Es necesario que recordéis que se trata de una toma hecha hace veinte años.

—No eras tan larguirucho en aquellos tiempos, jefe —dijo uno de su cuadrilla en la sala.

Art estaba hablando.

—Wreyermeyer nos ha dado ya la oportunidad de salir adelante con esta consignaci3n —decía—. Que la ligereza no nos convierta en chapuceros. Cualquiera puede en una ciudad de este tamañ3 encontrar caras interesantes o ángulos arquitect3nicos de factura estándar con la ayuda de ruidos de fondo. Intentemos dirigirnos a algo más profundo. Lo que yo realmente quiero hallar es lo que se encuentra en el núcleo de esta metrópoli.

—¿Y si no existiera ese núcleo, señor Stayker? —preguntó el joven Harsch—. Quiero decir... usted ha oído decir de hombres y mujeres que no tienen corazón; ¿no podía ser ésta una ciudad sin

entrañas?

—Eso es sólo un eufemismo semántico —dijo Art—. Todos los hombres y mujeres tienen corazón, aunque éste sea cruel. Lo mismo ocurre con las ciudades, y no estoy negando con esto que Nunión sea una ciudad cruel en muchos aspectos. Las personas que habitan en ella tienen que pelear desde que despunta el día; eso puedes verlo en nuestro propio trabajo. Lo que en ellas hay de bueno acaba echándose a un lado y perdiéndose. Eres bueno cuando comienzas, pero acabas malo porque... oh, mierda, supongo que porque te olvidas. Olvidas que eres humano.

—Eso debe ser terrible, señor Stayker —dijo el joven Harsch—. Me cuidaré de que no me ocurra eso nunca. No quiero que Nunión acabe conmigo.

Art terminó su bocadillo y miró el joven rostro inquisitivamente.

—A nadie le importa Nunión —dijo, casi cortante—. Preocúpate por ti mismo.

Se puso de pie y se limpió las grandes manos en los pantalones. Uno del equipo le ofreció un anerososalutífero y dijo:

—Bueno, ya estamos listos con el espaciopuerto, Art; aquí se acabó ya lo que se daba. ¿Qué sector hay que atacar a continuación?

Art pareció a punto de sonreír.

—La tomaremos con los políticos —dijo.

El joven Harsch se puso de pie. Con toda evidencia, había advertido que la cámara los enfocaba pues sus modales se volvieron notoriamente más bruscos.

—Oiga, señor Stayker, si pudiéramos amainar las trapazas legales de Nunión —dijo—, al tiempo que filmamos... vaya, haríamos a todos un favor. ¡Nos haríamos todos famosos!

—En aquellos tiempos era yo un crío loco e idealista —dijo el maduro Harsch a su auditorio, al tiempo con vergüenza y delectación—. Tenía que aprender todavía que la vida no es más que una coordinación de trapazas. —Sonrió generosamente para indicar que podía ser ingenuo, vio que el señor Wreyermeyer no estaba sonriendo y guardó silencio.

En la pantalla, Unidad Dos se replegaba. El incómodo poliedro de un fletador de la lejana Papraca se adentró en los fosos de

desembarco que había tras ellos y lanzó potentes chorros de vapor.

—Os diré la clase de cosas que queremos consultar y captar —dijo Art a su grupo mientras se cargaba sobre el hombro una caja del equipo—. Cuando vine por vez primera a esta ciudad para unirme a Supernova, hace ocho años, me encontré en el vestíbulo de la Audiencia Federal antes de que comenzara a verse un importante caso industrial. Un grupo de políticos locales me sobrepasó y oí cómo uno decía mientras entraban (nunca lo he olvidado): «Preparen sus inquinas, caballeros». Para mí, esto encarnará siempre la forma en que los prejuicios pueden perder a un hombre. Este tipo de cosas son las que tenemos que captar.

Art y sus compañeros salieron caminando de la imagen, avejentada, rotunda. El sólido desapareció y frente a la pantalla se alzó Harsch Benlin, elegante, rotundo.

—No cuaja del todo, Harsch —dijo Ruddigori desde su sillón, Era el Preparador Personal del señor Wreymeyery un tipo con tino en su terreno. Había que tener cuidado con semejante piojo.

—A lo mejor es que no has captado las sutilezas, ¿no, Ruddy? —sugirió Harsch con suavidad—. La cosa cuaja perfectamente. Este fragmento os ha demostrado, ni más ni menos, por qué Art no fue más adelante. Hablaba demasiado. Teorizaba. Le salían callos en la lengua por hablar con jovenzuelos como yo era entonces. No era un tipo muy complicado. No era ni más ni menos que un artista. ¿De acuerdo, Ruddy?

—Si tú lo dices, Harsch, muchacho —dijo Ruddy con llaneza, aunque se volvió en seguida para decir algo inaudible al señor Wreymeyer. ¡Aquella familiaridad! Cogido por un segundo con la guardia baja, Harsch lanzó una penetrante mirada al jefe del estudio; el señor Wreymeyer estaba inmóvil, como si fuera de piedra, aunque de vez en cuando su garganta se movía como la de una rana al tragar.

Harsch hizo una brusca seña a Cluet. Llegaría a un acuerdo con Supernova así tuviese que pasarse allí toda la tarde y toda la noche insistiendo. Se sonó y se metió en la boca una pastilla adelgazante encubierta en el pañuelo.

—Bien —dijo no muy amablemente—. Deberíais haber captado ya el sentido general de la película. Pasemos ahora al delito. Niñas,

¿estáis tomando notas?

Una confusión de asentimientos femeninos le llegó del auditorio.
—Muy bien —repitió él automáticamente.

Tras él, la Unión de Art Stayker fue recreada una vez más, una ciudad que administraba el poder del creciente dominio de Yinnisfar y que se abría paso en medio de la riqueza de una gigantesca ruleta interplanetaria: adaptada a la manera concebida por Art Stayker dos décadas atrás, era una ciudad que al tiempo operaba como conquistador y libertador de sus miles de habitantes.

Sobre su masa de cañones y estructuras de hormigón caía ahora la noche. El sol se puso y los grandes globos de luz atómica suspendidos del cielo arrojaron su radiación sobre las móviles vías públicas suministrando nuevos aspectos. Cluet había amortiguado los comentarios originales para dar a Harsch la oportunidad de suplirlos con otros de su cosecha.

—Aquí tenéis la noche que cae sobre nuestra fabulosa ciudad, tal como hemos visto miles de veces —dijo animadamente—. Art la captó como nadie pudo hacerlo ante ni desde entonces. Recuerdo que solía decir que la noche era la ocasión en que una ciudad muestra auténticamente sus garras; de manera que los chicos se lanzaron a la busca de aquellas sombras ásperas y retorcidas que tuvieran el aspecto de garras. De nuevo la obsesión por el detalle significativo. Algunas de estas metáforas vienen a continuación.

Las sombras en forma de zarpas se aproximaron, unos colmillos de luz mordieron los oscuros flancos de las callejuelas laterales. Una inquietud casi intangible, como el espectral silencio de una jungla, asolaba las plazas y rampas de Unión; hasta los presentes observadores podían notarlo. Sentados en sus asientos iban experimentando una creciente intranquilidad, e inquirieron entre cuchicheos por qué el aire acondicionado no funcionaba mejor. El señor Wreyermeyer se removió en su asiento; aquello tenía que significar algo.

Tras una fachada de civilización, la vida nocturna de Unión tenía una ferocidad primitiva; el Jurásico vestía los ropajes de la noche. En la interpretación de Art Stayker, se trataba esencialmente de un mundo sombrío, amalgama de nostalgias y lujurias de los muchos miles de naciones que habían desembocado en Yinnisfar. El

individuo quedaba perdido en medio de ese salvajismo donde sesenta millones de personas podían estar solitarias y apiñadas en unas cuantas millas cuadradas.

Art mostraba bastante a las claras que la multitud amontonada, que hace cola para entrar a un espectáculo donde se enseñan las pantorrillas o para comprar marihuana, es inofensiva. Viviendo en rebaño, han desarrollado mentalidad de rebaño. Son demasiado inofensivos para desarticular nada de valor en el flujo de Nuni3n; todo su inter3s consiste en pasarlo bien durante un rato. El 3nico inter3s consistía en entresacar un asiduo de entre mil ocasionales.

Art puso de manifiesto a los asiduos. Eran los 3nicos que se podían permitir el lujo de comprar soledad y una mujer que hiciera compaía a la soledad. Viajaban sobre quimeras por encima de las centelleantes avenidas, comían en restaurantes subacuáticos, asintiendo, como camaradas, a los tiburones que observaban a trav3s de las paredes de cristal; bebían vino en cientos de tascas y se sentaban con los m3sculos tensos a las mesas de juego: y a la imperiosa seíal de sus ojos había siempre un siervo de la gleba listo para acercarse a todo correr, un siervo que sudaba y temblaba mientras corría. He aqu3 c3mo funciona una ciudad galáctica; el poder debe recordar siempre que es poderoso.

La escena había cambiado otra vez. La c3mara recogió al Anciano Jandannager y comenz3 a investigar la Gran Vía del B3sforo. La Gran Vía estaba en el coraz3n de Nuni3n. Aqu3, la b3squeda de placeres era m3s tensa, m3s intensa. Los ladradores proclamaban sus atracciones rivales, los polihiermafroditas hacían seías con la mano, los licores fluían como la pleamar, el cine competía con el pecado^[11], mujeres de la noche ajetreadas como araías que tejen su tela, miles de sensaciones —perversiones de una galaxia— siempre a un precio. El hombre, consciente como nunca de la consistencia de las c3lulas, había inventado una emoci3n diferente para cada c3lula.

Harsch Benlin no pudo resistir el deseo de abrir la boca.

—¿Hab3is visto alguna vez tanto realismo, caballeros? —pregunt3—. Aqu3 ten3is gente ordinaria, gente como vosotros, como yo, que desciende para pasarse un rato agradable. ¡Pensad en la maravilla que constituyen estas im3genes de nuestra pequeña vieja

capital! ¿Y dónde han estado estos últimos veinte años? Vaya, enterradas en los sótanos, olvidadas, casi perdidas. Nadie las habría visto nunca si no las hubiese rescatado yo.

El señor Wreyermeyer habló.

—Yo las he visto, Harsch —dijo con voz ronca—. Pero, voto a mi dinero, son demasiado sórdidas para atraer al público.

Harsch se quedó completamente inmóvil. Un oscuro tinte afloró a su rostro. Aquellas pocas palabras le habían informado, a él y a todos, del lugar que ocupaba exactamente. Se apoyó sobre una pierna. Si insistía, como era su deseo, irritaría al jefe; si se echaba atrás, perdería lo adelantado, y allí había varios hombres a los que no agradaría semejante espectáculo. Estaba atrapado.

En el sólido que se alzaba tras Harsch, hombres y mujeres hacían cola para entrar a un espectáculo de horror, «Muerte en la Sexta Celda de la Muerte». Sobre ellos, empujándolos, una gigantesca masa humana se debatía con la muerte, cabeza abajo, los ojos casi fuera de las órbitas, la boca buscando aire con ansiedad. El ahorcado podía mover incluso su epiglotis, lo que podía considerarse una obra maestra de realismo. Tal espectáculo realmente había sido producido por el propio Sr. Wreyermeyer en sus días mozos; Harsch también había tenido cierta participación en él.

—No tenemos necesidad de exhibir estas sordideces, Sonrisa, si así lo juzgas conveniente —dijo, haciendo una mueca de dolor—. Lo que hago es intentar darte una idea general de todo esto. Por supuesto, más tarde hablaremos... hablarás sobre los detalles finales.

Nada dijo el señor Wreyermeyer. Asintió una vez con la cabeza, neutramente. Recogiendo los vientos dominantes —haciendo más bien honor a su predisposición zorruna—, Ruddigori tomó la palabra.

—Admiras demasiado a Art Stayker, Harsch —dijo con intención—. A fin de cuentas no era más que un vagabundo vulgar con una cámara.

—Claro, Ruddy, claro —replicó Harsch; siempre sabía cuándo sonaba el momento de retroceder y volver a sumergirse en la opinión dominante—. ¿Acaso no acabo de decir al señor

Wreyermeyer que se trata de sordideces? Nuestra tarea será, de todos modos, aprovechar lo que de bueno podamos encontrar.

—Nadie haría eso mejor que tú, H. B. —dijo Pony Caley.

—Gracias, Pony —dijo Harsch, asintiendo con cordialidad. Pony era el principal de sus hombres de apoyo; el bastardo iba a sentir el hacha luego por no haberle prodigado mejor respaldo.

La ciudad de Art Stayker se estaba vaciando ahora. En las cloacas se veían paquetes arrugados de erotosalutíferos, programas, entradas, condones, facturas y flores. Los jaraneros se encaminaban a sus casas para dormir.

—¡Esto, mirad esto! —dijo Harsch, enfatizando la voz y apretando los puños—. He aquí un *auténtico* documento humano. Aquí es donde Stayker entrada *auténticamente* en la genialidad.

Una capa de neblina iba cayendo sobre la Gran Vía del Bósforo, haciendo hincapié en la progresiva soledad del lugar. Un tipo gordo salió de un lupanar y echó a andar hacia la parada de metro más próxima. Se metió en ella como objeto que cayera por un desagüe.

En la Catedral del Santo Bósforo dieron las tres y media y las tres y media dieron en la Corte Plat-Onica. Las luces se apagaron en un restaurante vacío, dejando sobre la retina una imagen póstuma de sillas puestas del revés. Agitando su bolso, una furcia tardía echó a andar pesadamente hacia su casa.

Sin embargo, la Gran Vía no estaba del todo vacía en humanidad. El incompungido ojo de la cámara puso de manifiesto, en diversos soportales, a los últimos contempladores de la escena. Habían permanecido allí inmóviles y sin participar cuando la noche estuvo en su cenit; y allí estaban cuando apareció el primer lechero. Observando la muchedumbre, observando la quietud, observando la última puta que se iba a casa, permanecían apostados en sus portales como en bocas de conejera. Desde las sombras, los rostros acechaban con una tensión terrible e inexpressable. Sólo sus ojos se movían.

—Esos hombres —dijo Harsch— fascinaban totalmente a Stayker. Os dije que de algún modo estaba loco. Consideraba que si alguien podía conducirlo hasta el núcleo de esta ciudad que deseaba disecar eran esas personas, esos entes de los portales. Ahí permanecen, noche tras noche. Sólo Él sabe lo que querrán. Stayker

los llamaba «espectros impotentes del fasto».

—Todavía están ahí —dijo Ruddigori inesperadamente—. Puedes encontrarlos acechando en los portales de cualquier gran ciudad. Más de una vez me han preocupado.

Era insólito. No era educado interesarse por nada no conectado directamente con Supernova. Harsch alzó una mano a Cluet, recobrada cierta esperanza nuevamente.

La pantalla sólida quedó en blanco y se llenó a continuación de formas. Una cámara-grúa transportaba a dos hombres sobre un paseo con canal lateral; los dos hombres eran Art Stayker y su ayudante Harsch Benlin.

—En esta toma —dijo a su auditorio el Harsch maduro— me veis con Stayker yendo hasta la casa de uno de esos pájaros nocturnos; casi me dio risa.

Las dos figuras se detuvieron frente a una sastrería y se quedaron mirando dubitativamente el cartel exterior que decía sencillamente: «A. WILLITTS SASTRE».

—Tengo la impresión de que vamos a descubrir algo grande —dijo tenso Art cuando fue dado el sonoro—. Vamos a oír lo que es realmente una ciudad, vamos a oírlo de labios de alguien que sin duda capta su atmósfera con mucha sutileza. Estamos escarbando derechamente hacia su núcleo. Pero te advierto, Harsch, que no va a ser muy agradable. Puedes quedarte aquí si lo deseas.

—Vamos, Art —protestó el joven—, si vamos a descubrir algo grande quiero estar presente.

Art miró especulativamente a su ayudante.

—No creo que haya ningún dinero en esto, hijo —dijo.

—Lo sé, Art. No pienso sólo en el dinero; ¿por quién me tomas? Esto es más bien filosófico, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí.

Entraron juntos en la pequeña tienda.

La oscuridad reinaba en el interior. Éste parecía estar tapizado con los trajes negros que eran la especialidad del sastre; y, ciertamente, colgaban de todas las paredes, fúnebres entre tanta oscuridad. El sastre, Willitts, era una lagartija de hombre; reconocieron sus facciones como las de uno de los observadores nocturnos de la Gran Vía. Los hombres de Art lo habían seguido

hasta su guarida.

Los ojos de Willitts sobresalían y relampagueaban como los de una rata ahogada. Era melancólico y negó desde el principio haber ido a la Gran Vía del Bósforo. Como Art insistiera, el sastre, guardó silencio, batiendo sus dedos contra el mostrador.

—No soy policía —dijo Art—. Sólo un curioso. Quiero saber por qué está usted en aquel lugar todas las noches.

—No es nada de lo que uno tenga que avergonzarse —murmuró Willitts, bajando los ojos—. No hago nada.

—De eso se trata —dijo Art con apremio—. Usted no hace nada. ¿Por qué usted y otros como usted están allí sin hacer nada? ¿En qué piensa entonces? ¿Qué es lo que mira? ¿Qué lo que siente?

—Tengo trabajo, oiga —protestó Willitts—. Mucho trabajo. ¿No puede entender eso?

—Conteste mi pregunta y me iré.

—Podemos ponerle un precio a su tiempo, Willitts —insinuó el joven Harsch, tocándose el bolsillo.

Los ojos del hombrecillo eran furtivos. Se humedeció los labios. Parecía tan cansado que se hubiera dicho que no corría sangre por sus venas.

—Déjenme solo —dijo—. Eso es lo que les pido: que me dejen solo. No les ofende, ¿verdad? Puede venir un parroquiano en cualquier momento. No voy a contestar a sus preguntas. Ahora, por favor, lárguense de aquí.

—Disponemos de formas y medios de obtener las respuestas que queremos —amenazó Harsch.

—Lárguese, matoncete. Si me toca, llamaré a la policía.

Inesperadamente, Art saltó sobre él, lo tendió de espaldas sobre el mostrador y lo agarró por los hombros. De ambos, la cara de Art era la más exasperada.

—Vamos, Willitts —dijo—. Tengo que saberlo. *Tengo* que saberlo. He estado horadando en esta basura de ciudad semana tras semana y usted es la cucaracha que he encontrado en el fondo. Va a decirme lo que ocurre allí o, así aúlle, le romperé el pescuezo.

—¿Cómo voy a decírselo? —exigió Willitts con repentina furia ratonil—. No puedo decírselo. No puedo, no tengo palabras para ello. Tendría que ser de mi clase para entenderlo.

Y aunque Art se puso a golpear al sastre y a zarandearlo de aquí para allá, no obtuvo más palabras de él. Por fin, salieron del local y dejaron a Willitts jadeando, tendido en tierra tras el mostrador.

—No me gusta perder el control de esta manera —dijo Art apretándose la frente y frotándose los nudillos al salir de la tienda. Debió haber tenido en cuenta que estaba siendo enfocado por la cámara, pero estaba demasiado preocupado para eso—. Se me formó dentro una cosa negra. Tan cerca que estábamos. Bueno, *tenemos* que descubrir...

Su rostro enfocado se hizo más y más grande, llenando la pantalla y eclipsando todo lo demás. Un párpado se agitaba incontrolablemente. Salió de la pantalla, hablando aún.

La pantalla quedó en blanco.

—¡Soberbio! —exclamó Pony Caley, poniéndose de pie de un salto—. ¡Ha estado a un palmo de la genialidad! ¡De la verdadera genialidad!

Todos estaban hablando, salvo el jefazo; la paliza les había entusiasmado.

—De veras —decía Janzey—, esa última escena tenía algo. Retomada con actores apropiados y aderezada con esto y aquello sería un sólido de cuidado. Podría acabar con una zambullida del fulano en el canal.

Calcular sus salidas era una especialidad de Harsch. Había conseguido despertar la atención de todos y no iba a proporcionarle más exhibiciones. Con las manos en los bolsillos bajó lentamente los escasos escalones del escenario.

—Así que aquí tenéis, a vuestra disposición, la historia de un espasmo llamado Art Stayker —dijo cuando su pie derecho abandonó el último peldaño—. No pudo terminarla. El negocio de los sólidos era demasiado malo para él. En aquel momento y lugar, justo después de atizar al sastrecillo, lo dejó estar todo y desapareció en la jungla de Nunién. Ni siquiera se quedó para acabar su película y Unidad Dos abandonó el proyecto. Era un *verdadero* culo de mal asiento, era Art.

Ruddy le salió al paso y dijo a Harsch:

—Has acabado por interesarme. No obstante, ¿cómo es que han tenido que pasar veinte años para llegar a oír esto?

Con suma delicadeza, Harsch abrió los brazos y sonrió.

—Porque Stayker era un don nadie cuando dejó el oficio —dijo, apuntando con sus palabras, no a Ruddy, sino al señor Wreyermeyer —; luego fue olvidado, y su trabajo quedó apartado a un rincón. Después... bueno, me encontré con Stayker hace un par de días y eso me dio la idea de ponerme a trabajar en los archivos de Unidad Dos.

Intentó colocarse frente al señor Wreyermeyer para hacerle más fácil la captación de la sagacidad a que era tan aficionado, pero Ruddy siguió en mitad de los dos.

—¿Quieres decir que Stayker está vivo todavía? —prosiguió Ruddy—. Debe ser ya un hombre bastante viejo. ¿A qué se dedica, por el amor De?

—Al vagabundeo, está sin blanca —dijo Harsch—. No tenía interés en hablar con él, de manera que me alejé lo antes que pude. ¡Muchacho, olía mal!

Apartó a Ruddy y se plantó ante el jefazo.

—Bien, Sonrisa —dijo lo más tranquilamente que pudo—, no me digas que no has olido ahí un buen sólido: algo con lo que llenar las taquillas a más y mejor.

Como prolongando el suspenso deliberadamente, el señor Wreyermeyer dio otra calada a su erotosalutífero antes de quitárselo de la boca.

—Tendremos que poner un par de enamorados —dijo tácitamente.

¡El viejo bruto estaba interesado!

—Claro —exclamó Harsch, arrugando la cara para ocultar su alegría—. ¡Dos parejas de enamorados! Lo que tú digas, Sonrisa. Sólo lo que tú quieras, ¿no?

Pony Caley también se acercó, intentando entrometerse en el éxito de su patrón.

—Y esos fulanos de los portales, señor Wreyermeyer —dijo con apremio—, ¿no podrían ser espías galácticos para convertir la película en cinta de intriga?

—Sí, eso pega —dijo el corifeo de Pony, golpeando con el puño la palma de la otra mano—. Y el Art Stayker ese, tan refinado, ¿eh?, podría ser la víctima y podríamos cerrarle el pico al final, ¿eh?

—No tanto embrollo —interrumpió Janzey—. Lo veo más como una saga del hombre ordinario, y podríamos titularla «Nuestra Ciudad» o algo parecido... si es que este título no está ya registrado.

—¿Qué tal «Aceras Rutilantes» como título? —sugirió otro.

—¡Eso suena a Eddi Expusso! —exclamó Pilloi.

Los chicos tenían la mano. Harsch había ganado la partida; ¡cuánto se amaba a sí mismo!

Estaba ya para salir del pequeño cine cuando Ruddy le tocó en el brazo.

—Harsch —dijo—, no me has dicho cómo te encontraste con Art otra vez.

Había en Ruddy algo subversivo; era un milagro que hubiera escalado tan alto. Estaba siempre haciendo preguntas.

—Pues como cualquier otro encuentro —dijo Harsch—. Hace un par de noches tenía una cita con una dama, ¿sabes? Luego estuve buscando un taxi-burbuja: no había muchos porque era ya de madrugada, de manera que tuve que ir andando hasta la Gran Vía del Bósforo. De pronto me veo al tipo en un portal y me llama.

—¿Y era Art? —preguntó Ruddy con inquietud.

—El mismísimo Art. Habría estado hablando conmigo toda la noche de no haberme puesto serio. Por lo menos me trajo a la memoria el sólido que hemos estado viviendo. Bueno, te veré mañana, Ruddy; ¡hasta luego!

—Espera un minuto, Harsch. Esto es importante. ¿No te dijo Art si había descubierto lo que se encontraba en el núcleo de la ciudad? Aquello que tanto tiempo estuvo buscando, quiero decir.

—Sí. Oh, sí que lo encontró. Y quiso decírmelo *todo*... ¡a las tres de la madrugada! Le dije dónde podía irse.

—Pero ¿qué te *dijo*, Harsch?

—¡Diablos, Ruddy! ¿Qué importa lo que un gilipollas como Stayker pudiera o no decir? Era su cháchara de costumbre, pero aún más difícil de entender que en los primeros tiempos; ya sabes: la filosofía. Yo tenía una cita y no estaba para escucharle.

—Pero ¿había dado con el secreto que andaba buscando?

—Eso dijo, pero fuera lo que fuese no tenía que valer un pepino. Tenía los pantalones hechos un asco, de veras; y el maldito no hacía más que tiritar. Oye, tengo que irme. ¡Hasta luego, Ruddy!

El sólido realizado. Fue uno de los mayores éxitos de Supernova en aquel año. Amasó dinero en todos los planetas habitados de que constaba la Federación y convirtió a Harsch Benlin en un hombre importante. La película se llamó «Rapsodia de una Ciudad Poderosa», constaba de tres bandas cualificadas, diecisiete melodías pegadizas y un regimiento de bailarinas. La cinta primitiva fue refinada en los estudios con los tonos pasteles considerados más a propósito para un musical y, por último, eligieron como escenario una ciudad más apropiada que Nuni3n. Art Stayker, por supuesto, no aparecía para nada.

El tiempo pasaba. El tiempo se desparramaba como una catarata situada al borde del firmamento. La galaxia, incluso la sempiterna fábrica del espacio, envejecía. Sólo los esquemas del hombre se renovaban; y entonces, a partir del conocimiento adquirido gracias a las células sensitivas, brotó el concepto de mutación aplicada cuyo fin era tejer un boceto de fresco en el polvoriento tapiz de la circunstancia humana.

ELLOS HEREDARÁN

El hombre de Bienestar de la Transfederación estaba sentado en la brillante sala de espera y daba muestras de impaciencia; a su lado descansaba su portavalijas. Había llegado de Koramandel hacía dos días y aún se advertían en su rostro algunas trazas de tostado solar. Era un hombre extravagante, desaliñado, con el cuello mal ajustado y las suelas desclavadas; sus dedos tamborileaban incesantemente sobre sus huesudas rodillas.

La rubia, de discreta máscara, apostada tras la mesa de Información ignoraba sus ocasionales inicios de movimiento, que sugerían que podía ponerse de pie de repente y acercarse. De vez en cuando, el hombre la miraba, pero la mayor parte del tiempo mantuvo la vista apartada. Los yinnisfarianos no les gustaban; los consideraba corrompidos por el poder que ejercían en la galaxia. Llevaba esperando ya veinte minutos y aquello le parecía un insulto sutil. A través de los verdes paneles podía ver el ascensor del HEMA, el Hospital Experimental de Mutación Aplicada, moviéndose arriba y abajo y dejándolo allí solo cada vez que emprendía la marcha.

Por último se levantó, se acercó a la chica y le dijo con voz moderada:

—Mire, esto no está nada bien. Al parecer, el Varón Tedden tenía que verme a las tres en punto. Concerté esta cita hace tres

semanas, antes de abandonar Koramandel.

—Lo siento, Varón Djjkett —dijo la chica, usando el modo yinnisfariano de apelación—. Llamaré a su oficina otra vez, si lo desea. Ignoro lo que pueda haberle retrasado; suele ser tan puntual.

Apenas había dejado caer ella su mano irrefutable sobre el vibroducto cuando un hombre corpulento con una negra faja penetró en la sala de espera y se detuvo junto al escritorio con cierta floritura teatral. Era calvo. Sonreía. Se adelantó con la mano extendida y la palma hacia arriba en señal de acogida. Era el Moderador Veterano Ophsr. IV Phi Tedden, Director coordinador del HEMA.

En tanto Tedden conducía a Djjkett hasta la oficina del primero, situada en la planta inmediata, se extendió entre ambos un intercambio de excusas y apaciguamientos. Seguido de cerca por su portavalijas, Djjkett desembocó en una suntuosa habitación decorada con irrumpidores y vertiginosos microácatos de cronosomas fisionantes. Se instaló en un sillón y quedó con los pies levemente alzados.

—Sabe usted que yo sería el último varón en hacer esperar al Bienestar de la Transfederación —protestó Tedden, acomodándose a su vez. Sacó un paquete de afrosalutíferos. Djjkett rehusó; Tedden cerró el paquete sin tomar ninguno. Su rostro era enérgico aunque curiosamente inexpresivo y en él se dibujaban, rodeando la nariz, pequeñas venas rojizas; su máscara era corriente y cubría poco más que las orejas, las mandíbulas y el mentón. Bajo la inexpresividad asumida rondaba el nuncio de una indistinta intranquilidad, dato que Djjkett observó con placer aunque sin comprender. Con petulancia nerviosa, añadió—: No, no lo haría esperar por nada del mundo.

—Espero que de su frase no se infiera que me ha hecho esperar por *nada* del mundo —dijo Djjkett, sonriendo bajo los bigotes.

Aspaventando la ácida agudeza, dijo Tedden:

—Me ha entretenido un asunto personal. Nuevamente me excuso ante usted.

—Bueno, creo que conoce las razones que han motivado mi venida, Moderador Varón Tedden —dijo Djjkett, mientras su voz adquiría un tono más oficial—. La opinión pública ha obligado a

Transfederación a dar algunos pasos para acallar ciertos rumores respecto del HEMA. Como miembro más antiguo de la antigua Fraternidad Koramandel, fui delegado...

—Sí, tengo todos los documentos que me envió su personal —interrumpió Tedden—. Fraterno Varón Djickett, permítame decirlo de esta manera: nosotros, y no me refiero a usted y a mí personalmente, representamos dos campos opuestos. Bienestar de la Transfederación, por su naturaleza, es cauta, reaccionaria: y tiene que serlo; nosotros, los del HEMA, somos temerarios, progresistas: porque así tiene que ser. Ustedes temen los efectos que sobre el ser humano pueden causar las alteraciones genéticas, terreno en el que hemos estado experimentando con bastante éxito. La opinión profana galáctica, si me permite la expresión, nada importa al respecto; en última instancia va a donde se la encamina y, en el presente caso, el deber de Transfederación es señalar en *nuestra* dirección, ya que hemos ganado aceptación por nuestros experimentos de alteraciones genéticas en animales. Es algo que he estado manifestando con bastante claridad a través de señales y vibrodocumentos escritos enviados a sus colegas durante los dos últimos años.

—Los seres humanos y los animales son cosas distintas, y a este respecto... —comenzó Djickett.

—A este respecto... y perdone por quitarle la palabra de la boca, a este respecto lo que parece implicado es el futuro material de Yinnisfar. Estamos en el momento crítico; ¿se da usted cuenta de que nuestra posición económica en la galaxia es inestable y de que ésta tiene que expandirse continuamente para quedar estacionaria?

—Me doy tanta cuenta como usted, Moderador. Pero no he venido para hablar de economía galáctica; antes bien, me gustaría discutir sobre las madres y los niños recién nacidos que están aquí bajo su cuidado.

Tedden colocó sus grandes manos sobre el escritorio, las palmas abajo, y su rostro adquirió una expresión grave.

—Ambas cosas permanecen inseparablemente unidas, señor Djickett, se lo aseguro. Pero no iremos a ninguna parte con disputas. Venga, quizá sea mejor que eche una ojeada a una de nuestras salas y vea algo de lo que hemos venido logrando.

Se levantó. Djickett hizo lo mismo con desgana. Tedden lo condujo hacia la puerta; Djickett lo siguió y, por encima de su hombro, miró su portavalijas. Cuando lo hubo atisbado inmóvil donde estuviera al principio se reunió con Tedden, adoptando el aspecto de un hombre preparado para encarar lo peor.

Caminaron juntos por un pasillo insonorizado, atravesaron dos puertas y penetraron en una cabina de observación que daba a una sala que contenía seis pequeñas cunas. Éstas estaban todas ocupadas.

—Pologlás; nosotros los vemos, pero no ellos a nosotros —explicó Tedden señalando con el dedo.

Djickett miró a través de la ventana, dispuesto a ver algo horrible.

La temperatura interior de la sala era evidentemente alta, pues las seis cunas contenían niños sin cubrir. Un mecanfermero se desplazaba eficientemente de cuna a cuna, cambiando pañales con manifiesta destreza. Sólo tres niños estaban despiertos; dos de ellos permanecían incorporados e incapaces de estarse quietos; estaban sujetos a los barrotes y contemplaban al siervo mecánico; otro, recién despierto, también se sentía ansioso por ver lo que ocurría. Con lentos e imprecisos movimientos, se incorporó, separó los pies y se apoyó sobre las rosadas rodillas hasta quedar erguido del todo. Esbozando un grito inarticulado, dio dos pasos hacia delante, se aferró al lateral de la cuna como si la vida le fuera en ello y quedó allí observando con vaguedad al asistente.

—Espléndida exhibición; se diría que hecha especialmente para nosotros —dijo Tedden con agradecimiento y orgullo. Y añadió serenamente—: Los seis niños tienen *sólo cuarenta y ocho horas de edad*.

—Sin duda entiende usted por qué consideramos este experimento como monstruoso —dijo Djickett, mientras se estremecía su constitución carnal dentro de su más bien holgada vestimenta. En su cerebro permanecía todavía la imagen de aquel ser diminuto, arrugado y rojizo, desvalido en su cuna; sintió tanta náusea como si hubiera estado viendo la ejecución de un criminal o la flagelación de una mujer.

—Ustedes están creando monstruos —añadió indignado cuando

vio que Tedden no se tomaba la molestia de replicar. Una característica de Djckett consistía en su hipersensibilidad y, alcanzado su punto flaco, manifestaba notoria incapacidad (así lo temía al menos) para dar rienda suelta a su irritación. Agitó una mano y agregó—: En cuanto a las infortunadas y engañadas madres que ustedes tienen aquí en su poder, nunca deberían...

Tedden evidenció una ira sin trabas. Por lo general era más bien parco y lento en alcanzar la irritación; hoy sus nervios se encontraban ya al borde de su consistencia. Interrumpiendo, tan repentinamente que Djckett pegó un salto, dijo:

—Limítese a comprobar y recordar los hechos, ¿quiere? La gente viene al HEMA voluntariamente, hombres y mujeres, con la mirada puesta en el futuro, ávidos de participar en los descubrimientos que hemos realizado y estamos realizando. ¿Le parece a usted que ellos se ponen a hablar de monstruos?

Una película rojiza se extendió por su rostro y la brillante explanada de su cráneo. Sin dejar de hablar, de repente se puso en movimiento y se encaminó nuevamente hacia su despacho. Cerró la puerta tras Djckett. Deliberadamente ignoró la expresión de malestar de éste.

—Mire, esto nos lleva otra vez a lo que dije antes sobre el futuro de Yinnisfar —dijo Tedden—, en el que naturalmente aparece implicado el futuro de los individuos. Usted es consciente de que Yinnisfar, y en consecuencia la mayor parte de la Federación, se encuentra amenazada por una masiva recesión de contratos. Algunos de esos mundos recién descubiertos en el Eje, planetas con menos de un millón de años de historia tras ellos, nos están pisando los talones. Cutaligni es un caso extremo.

»Sin duda ha oído usted, Varón Djckett, que los cutaliñianos han construido prácticamente un imperio. Planetas que en un tiempo negociaron con nosotros se encuentran ahora absorbidos por la invasión de sus mercancías, sus ejecutivos, sus ideas. Los cargueros y cruceros espaciales cutaliñianos han ocupado trayectos que fueron nuestros sin disputa durante milenios. Claro, se trata sólo de una gota de agua en un océano, pero para mí es una señal, un agüero. El caso es que vamos derechos a la catástrofe. ¿Y por qué?

—Me atrevería a decir que sabe usted más que yo sobre esto —dijo morosamente Djjkett; su rostro estaba todavía gris y sacudido por la emoción—. La razón admitida generalmente es que los cutaliñianos viven muchos años, con lo que su entrenamiento y educación van mucho más allá, y un hombre con más edad y más experiencia puede prestar mejores y mayores servicios...

—Es suficiente. Es una razón aceptable. Para entendernos, la educación de un hombre ordinario, de un yinnisfariano, dura desde los veinte hasta los noventa y cinco; es decir, sólo setenta y cinco años. Pero esa misma cantidad se extiende en un cutaliñiano hasta los ciento veinte años. Imagínese a cualquiera en la Tierra con una experiencia de cuarenta y cinco años a la edad de cuarenta. Ventajoso, ¿no? Vamos, fúme un afrosalutífero, Varón Djjkett; siento haberme irritado antes. Mis nervios están hoy a cien.

Le alargó su caja de plata casi con gesto de súplica, reprendiéndose interiormente por haber malinterpretado la afrentada expresión de la cara de Djjkett (aunque, ¿por qué no podían estos extraespaciales ponerse máscaras civiles como el resto de la gente civilizada?).

Discretamente, Djjkett volvió a rehusar la caja. Drogarse durante el día, muy de moda en Yinnisfar, era considerado decadente en Koramandel, al igual que el hábito de la máscara.

—En seguida me encontraré mejor, Moderador —dijo—. Fue el impacto de haber visto a aquellos niños en estado tan mísero... Perdóneme, mejor tomaré un trago.

Chascó los dedos. Obedientemente, el portavalijas se levantó de donde había permanecido inmóvil. Era pequeño, cubierto de piel, bastante parecido a una maleta con cuatro patas; tenía en el centro una joroba que a una palabra se abriría para ofrecer a Djjkett libros y documentos.

Pero en vez de pronunciar esa palabra, el hombre de Transfederación chascó la lengua.

El portavalijas se elevó. De debajo de su barriga brotó un tallo rosado y retráctil que se situó frente al rostro de Djjkett. Introduciendo el extremo del tallo en la boca, Djjkett se puso a chupar.

Medio alzado de su sillón, dijo Tedden con tono de disgusto:

—¿Es animal o máquina?

—En otro tiempo animal, pero hoy ni animal ni máquina —dijo Djckett, apartando por un momento la boquilla con que chupaba—. Pertenece a uno de los grupos conocidos como mamiferinjertos que se explotan hoy en Koramandel; no le quepa la menor duda de que será exportado en breve a su planeta.

—¡Jamás! —exclamó Tedden—. ¡Es repugnante! Le pido disculpas, pero le pido que deje de chupar... Porque... ¿he entendido mal o ese ser bestializado está vivo?

—No del todo. No tiene cerebro, sólo un sistema nervioso. Este mamiferinjerto es una mutación llevada a cabo a partir de la familia del camello. Podrá ver que es más eficiente y rápido que cualquier robot. Y debo decirle que me sorprende verlo alterado por un experimento que es en muchos aspectos similar al que ustedes realizan.

—¡Similar! ¡Similar! ¡Voto a él! Esa terrible mutación animales...

—Oh, ¿y no le parece la mitad de monstruoso que la terrible mutilación de criaturas humanas que llevan a cabo ustedes?

Por primera vez se sintió Djckett satisfecho de sí mismo; mientras despedía al portavalijas dio una chupada más. Tedden estaba cogido a su escritorio con furia.

—Los cambios genéticos realizados en los niños del HEMA tienen lugar *antes* de la concepción.

—Tres cuartos de lo mismo ocurre con nuestros mamiferinjertos, claro.

El Moderador quedó un largo minuto en completo silencio. Cuando se sentó por fin, hasta sonreía.

—Toda cuestión tiene dos puntos de vista —dijo.

Mientras el sillón se acomodaba a sus condiciones, se pasó la mano por encima de la cara para evidenciar que todo lo anterior había desaparecido ya.

—Lo lamento mucho —dijo—. Perdón si me dio una vibración hace un instante.

Marcó un número en el dial de la pantalla del escritorio y la cabeza y hombros de una mujer uniformada y elaboradamente enmascarada apareció al momento.

—¿Tunnice? —preguntó Tedden—. ¿Cómo esta, por favor?

—Justamente iba a llamarlo. Moderador —dijo la cara enmascarada—. Todo parece estar completamente bajo control. Ella está bastante tranquila, y no esperamos nada nuevo por ahora. Le vibraremos tan pronto ocurra cualquier cosa.

La mujer sonrió con una oficial y más bien contenida curvatura de labios que resultaba enfatizada por la máscara.

—Gracias, Hembra Mingra —dijo Tedden, cortando la comunicación.

Se volvió a Djckett un tanto desconcertado, como si la razón de su entrevista se hubiera alejado de su cabeza.

—Sí... vea, Varón Djckett, la laguna entre nuestras capacidades y las de los cutaliñianos tiene que desaparecer. Y puede desaparecer. Eso es lo que aquí hacemos, o al menos intentamos, a despecho de cualquier interferencia de fuera; quizá sea eso lo que también ustedes tratan hacer con esos mamiferinjertos bestializados... No tengo idea de la extensión de sus experimentos... Todo el mundo vive hoy bajo presiones; usted sabe qué ha llegado a ser la civilización. Es una raza postiza. Todo es competición por aniquilar al otro. Pero supongamos que uno madura a los cinco años en lugar de hacerlo a los veinte.

Djckett asintió con entendimiento.

—Sé lo que quiere decir —dijo—. Para cualquiera que acepta competir en la vida moderna, la competición se presenta violenta y despiadada. Pero ninguna provocación será nunca lo bastante grande para justificar los manejos que ustedes llevan a cabo aquí con la vida humana. La vida animal es diferente, existe para beneficio del hombre. Sus experimentos no son permisibles según los fundamentos éticos; ni siquiera resultan tolerables bajo conceptos biológicos. Nuestros cuerpos han conseguido un equilibrio nosotros, nosotros estamos blasfemando al pretender alterarlo. Después de todo ya hubo experimentos en el pasado; recordará sin duda los hombres insomnes de Krokazoa.

—Ese experimento, en particular, fracasó. Otros han tenido mejor fortuna. Y yo prefiero no oír el tono moralista aplicado a HEMA so pretexto de ennoblecer la vida humana, principalmente si es proferido por un grupo capaz de degradar la vida animal.

Permítame decirle que usted y yo nos enfrentamos al sacrificio de la existencia animal con puntos de vista opuestos. Vaya por Dios... nosotros siempre «hacemos manejos con la vida humana», por usar su expresión. En cualquier operación quirúrgica, en cualquier anestesia, en cualquier jarabe para la tos tiene usted representado un experimento semejante.

—¿Qué tiene que ver todo esto con los niños que me enseñó arriba. Varón Tedden? La alteración genética del ser humano es asunto bastante más serio que cualquier dosis de jarabe antitusígeno.

Tedden se levantó e introdujo las manos en su faja. Se puso a caminar arriba y abajo, evitando la proximidad del portavalijas. Los ojos de Djickett no se apartaban de él.

—Lo que les ha ocurrido a esos niños es lo siguiente —dijo el genetista con parsimonia—. Hemos operado los «troqueles genéticos», moldes celulares primarios a cuyo tenor se modelan todas las células subsiguientes en el desarrollo de un individuo. Como ya sabrá, todo lo que cualquier individuo hereda está contenido en esos troqueles. Les fue separado un gen de sus cromosomas antes del nacimiento, antes de la concepción. De resultas, los niños son capaces de ponerse de pie casi al nacer.

—No es natural —dijo Djickett.

—Lo es para una cría animal.

—Moderador, usted habla de seres humanos.

Haciendo caso omiso de la observación, Tedden se dirigió a un mueble que había bajo las amplias ventanas y rebuscó en un cajón. Extrajo una foto, la observó y se la pasó luego a Djickett para que la mirase.

Dando vueltas a la transparencia fotográfica, vio algo que parecía rafia, anudada a intervalos en diferentes clases de nudos; formaba una espiral excéntrica, cuyo centro era diferencialmente más oscuro que los bordes. Rodeando la parte exterior de los nudos, se congregaba una bruma azarcillada. Djickett observó en silencio, girando la foto en un sentido y luego en el otro.

—¿Es un cromosoma? —preguntó.

—Es una reproducción de un cromosoma humano tomado por nuestra microcámara infraelectrónica. Esos puntos anudados son las

grandes moléculas que llamamos genes, portadores de la herencia y de diversas características que pasan de una generación a otra. Hay mil doscientos cinco. Los que quedan fuera son los que llamamos genes negativos o «más húmedos».

»Lo que hacemos es separar algunos de los genes más húmedos de los cromosomas del nonato antes de salir del seno paterno. Es un proceso extraordinariamente sencillo, ni siquiera doloroso para el padre. La operación ha de ser hecha con menor urgencia que las que producen el aborto.

—No sé, no sé —dijo Djickett poniéndose de pie y sacudiendo la cabeza con perplejidad—. Debería usted entender que, desde mi punto de vista, cuanto más me habla de esto peor pone las cosas. ¿Qué hombre razonable cooperaría con ustedes para que su hijo resultara anormal?

Con lentitud, Tedden se tocó la nariz como si de aquella forma pudiera sofocar algún brote de ira.

—Cualquier hombre razonable —replicó, haciendo hincapié en cada palabra.

Llevó al mueble la foto que había enseñado.

—Cualquier hombre razonable —repitió— daría a su hijo la oportunidad de descollar por encima de sus contemporáneos. ¡Benditos los primeros, porque ellos serán los beneficiados! Los niños no se sostienen de pie, por lo general, hasta que no tienen un año, Varón Djickett; los nuestros lo consiguen cuando tienen un día de edad. Eso es progresar, diga usted lo que diga.

»Extirpe otro de los genes más húmedos y obtendrá más avances. —Sonrió brevemente—. Por supuesto, admito que tuvimos nuestros pequeños fracasos al principio, niños que nacían cubiertos de vello, otros en pleno desarrollo... bueno, no importa; la cuestión es que a causa de unos cuantos percances el HEMA puede haber cobrado mala fama entre los mal informados. Desgraciadamente, mire por dónde, no podemos experimentar por anticipado estas cosas con animales. Los animales no poseen genes más húmedos; de las pocas cosas elementales qué ustedes han producido con respecto a su... trabajo, me quedo con lo relativo al estimulador de genes mamíferos, lo que es asunto muy diferente. Extraño. Sospecho que los humanos desarrollan su sistema más húmedo como una

salvaguada contra la precocidad... y por consiguiente, comparado con los animales, del largo período requerido para madurar. Ahora que el mundo ha sobrepasado la adolescencia, lo que necesitamos es precocidad. En un tiempo era más sabio no aprender con excesiva rapidez; hoy en día las circunstancias exigen que aprendamos lo más rápido posible. Ya le dije que el mundo es una raza postiza. Ah, es una carga...

Volvió a sentarse ante el escritorio. De nuevo se pasó una mano por la cara. Sus ojos mientras se ajustaba la máscara quedaron en blanco, como si estuvieran enfocando algo que se encontrara más allá de lo que tenía delante.

—Usted afirma tener un interés sincero por el mundo —dijo Djickett, no sin simpatía, pues descubrió que le gustaba aquel tipo tan excéntrico— y sin embargo lo tiene en muy poco.

Por vez primera miró Tedden al fondo de los ojos de Djickett. Vio, no el espantapájaros con quien creía estar hablando, sino un hombre inquieto cuyas torpes maneras no ocultaban del todo la firmeza de propósitos. Tedden apartó la mirada, golpeando el escritorio con los dedos.

—¿De qué se trata sino del mundo? —exclamó casi con un gruñido.

—Soy hombre religioso, doctor Tedden, un Teórico; tengo una respuesta positiva a esa pregunta.

—Ah, ¿se refiere usted a Él? Lo siento, Djickett, pero no me incluya. Nunca lo he visto en mis microcátodos —dijo Tedden con tristeza.

De nuevo sus miradas se cruzaron, y ciertamente no era agradable lo que veían: era uno de esos momentos muertos en la vida de los hombres en que hasta la esperanza parecía desesperanza.

—Obviamente, usted se siente inclinado a no creer en un creador ya que está interpretando por sí mismo el papel de creador —dijo Djickett con tono de excusa—. ¿He de considerar que sus intenciones futuras son extirpar más genes hiperhúmedos a medida que vayan apareciendo más padres voluntarios?

—Si.

—Pero ¿puede usted predecir resultados? Quiero decir, ¿sabe

con certeza qué cambio se efectuará antes que el niño nazca?

Tedden estaba sudando; de pronto, pareció un hombre empequeñecido. Advirtiéndolo la mirada de Djckett fija en su frente, con gesto abstraído cogió un pañuelo de papel y se lo secó.

—No —dijo—. No con certeza plena. En la vida no hay certezas.

—¡No con certeza plena! Es usted un loco irresponsable, Moderador, pues todo lo que dice sobre...

Djckett se había puesto de pie, las manos cerradas, desordenado el cuello. El portavalijas se había alzado con él y había estirado sus patas. Sus palabras fueron cortadas por el zumbido del vibroducto. Tedden lo conectó con avidez terrible, casi rompiendo el aparato. El rostro de la mujer que antes apareciera se conformó en la pantalla; tenía una mano en la boca y parecía presa de una gran excitación nerviosa.

—Oh, Moderador Veterano Tedden —exclamó—. Se trata de Tunnice... su pareja, quiero decir. Está... el dolor ha vuelto a comenzar. Creo que lo mejor es que suba. Y rápido, por favor.

—En seguida, Mingram, voy en seguida.

Cortó la comunicación. Se había levantado ya del sillón, y, camino de la puerta, se disculpó y se despidió de Djckett.

—Tendrá que disculparme, Djckett. Hay complicaciones desafortunadas. Me temo que es un caso torpe, prematuro... Dispenseme.

Instintivamente, Djckett lo siguió: salió de la habitación, recorrió el pasillo y marchó al paso con Tedden mientras formulaba sinceras frases de pesar. Tras ellos correteaba el portavalijas.

—Algo que lamento terriblemente... No lo habría entretenido de haberlo sabido... Debería habérmelo dicho... Ha sido usted tan paciente... Realmente me avergüenza pensar que yo...

Tedden no pudo quitárselo de encima. Djckett se abalanzó al ascensor con él. Tedden cerró las puertas, apretó el botón y subieron. El portavalijas se había quedado atrás.

—¿Qué ha provocado el nacimiento prematuro, Moderador, si me permite la pregunta?

—Mi mujer sufrió una caída la noche pasada —dijo Tedden abstraído, mordisqueándose el pulgar.

—Lo siento tanto... Sé cómo ocurren esas cosas. Debe suponer

una gran tranquilidad para ella saber que su marido es un...

Djjckett se detuvo a media frase con la garganta agarrotada.

—No habrá peligro, ¿no? —preguntó con la voz empañada.

—¿Peligro? ¿Qué quiere decir con eso?

—Varón Tedden... ¡Usted ha llevado a cabo un experimento genético en su propia pareja!

La cara de Tedden, ahora pálida sobre la máscara parcial, le informó que había conjeturado correctamente. Se miraron mientras el ascensor se iba aproximando al centro del edificio, dos hombres de planetas diferentes que jamás entenderían la perspectiva del otro. Tedden fue el primero en apartar la mirada.

—Usa usted la palabra «experimento» como si fuera sinónimo de tortura —dijo—. En esta cuestión particular, Djjckett, no es usted sino un patán supersticioso. Mi pareja se ha ofrecido a compartir conmigo esta aventura, sincera y cooperativamente. Nada más natural que deseemos que nuestro niño comparta los frutos de nuestras investigaciones.

—¡Natural! —repitió Djjckett al detenerse el ascensor—. ¡Qué menos natural, hombre! ¿A qué se va a parecer ese niño?

Las puertas se abrieron y caminaron por otro pasillo a prueba de ruidos. Djjckett descubrió que estaba sacudido por una agitación horrida.

—¿A qué se va a parecer? —repitió tirando de la manga de Tedden, casi corriendo tras él—. ¿Lo *sabe* usted? No, no lo sabe.

Al extremo del pasillo, junto a una puerta abierta, había una enfermera con el rostro casi cubierto por una máscara, la máscara exenta de expresión. Hizo señas ansiosamente. Tedden corría con la boca abierta y el rostro potente completamente pálido. Djjckett corrió a su lado, envuelto en el estado de tensión general. El rostro de Tedden lo aterrorizaba; el de la enfermera no le producía menos impacto; ¿qué había visto ella?

—Estoy en medio de una raza postiza —pensó—. No debería estar corriendo. ¿Por qué tengo que correr? ¡No debería correr!

—No quisimos decírselo por el vibraducto —dijo la enfermera con voz muy nerviosa—. El... el niño acaba de nacer en este momento. Su esposa se pondrá bien. El niño...

Por un segundo, Tedden quedó vacilando en el umbral de la

sala. Por fin se decidió a entrar.

Lanzado tras él, el asustado Djckett captó de soslayo media docena de figuras uniformadas rodeando un lecho. Las espaldas estaban vueltas hacia él. Lo sofocó el olor a desinfectante.

Entonces llegó hasta él el grito del niño recién nacido, un fino y maullante grito lleno de miedo y rabia que decía:

—¡Dejadme regresar! ¡Oh, dejadme regresar!

El tiempo transcurría, volvemos a decir simplemente. Todos los planetas estaban civilizados. Todos los mundos contenían una cantidad suficiente de personas, pero una cantidad que, aunque apelotonada, no necesitaba el grito ni el atropello. Los individuos eran, por voluntad propia, individuos. Era el período de plata de una era de esplendor y estrellas brillantes. Pronto quedarían solas las estrellas.

LA VISITA DE LA AMEBA

1

Nunca te percastaste del comienzo de aquella racha de sucesos que te condujeron a Yinnisfar y a un mundo de sombras.

Nunca supiste el nombre del Gritador. Para ti fue sólo un hombre que gritó y murió cuando ibas a darle alcance, pero antes que eso el Gritador era dueño de una larga y mediocre historia. Su radio de acción estaba muy alejado de lo que la mayoría de los hombres consideraban la civilización, más allá del borde de la galaxia; de modo que, en sus frecuentes viajes de un planeta a otro, raramente veía las estrellas a los costados de su cabina. Allí estarían, toda una galaxia llena de ellas a un lado, reluciendo brillantes y elevadas, mientras que al otro... un precipicio de vacío que se prolongaba hasta la eternidad, con los distantes universos aislados sirviendo sólo para acentuar los abismos.

Por lo general, el Gritador mantenía la vista fija en las estrellas.

Aunque no en este viaje. El Gritador negociaba vendiendo bobinas. Su pequeña nave estaba llena de estantes y más estantes cargados de microbobinas. Las tenía de todas clases: nuevas y de anticuario; filosóficas, sociológicas, matemáticas; si pasabas por entre ellas sistemáticamente, casi podías aprehender la envejecida

historia de la galaxia. Sin embargo, el mejor dinero no lo obtenía el Gritador con aquellas bobinas ilustrativas; le servían para pagarse el combustible, pero no los tragos. Las bobinas con las cuales servía propósitos más lucrativos estaban relacionadas con algo más viejo que la historia y con cifras más ineluctables que las pertenecientes al vocabulario matemático; su materia era el Deseo. Unas bobinas pornográficas que describían los ardides de la lujuria formaban el fondo negociable del Gritador; y como que aquellos artículos eran ilegales, el Gritador temía siempre a los oficiales de aduanas de cien mundos.

Ahora se sentía feliz. Acababa de eludir la vigilancia de la autoridad moral y había vendido casi la mitad de sus existencias en sus mismas narices. Bien provisto de bebida, se dirigía a nuevas zonas de comercio.

El hecho de beber en demasía para celebrarlo iba a influir en su vida entera. Una botella vacía de *merrit* rodó junto a sus pies. Hacía calor en la pequeña cabina de su nave y se quedó dormido sobre los mandos. Uno o dos pequeños interruptores fueron presionados por su dormida cabeza...

El Gritador despertó atontado. Sintió que algo iba mal y su cabeza se aclaró al instante nada más echar una ojeada al panorama que se abría ante él. No había a la vista ningún amontonamiento de estrellas conocidas. Gimió de consternación. Con rapidez, conectó el visor trasero: allí estaba la galaxia como una lluvia de lágrimas brillantes suspendida muy a lo lejos. Blasfemando, comprobó el combustible. Poco había, pero era suficiente para regresar. El combustible era más generoso, sin embargo, que el aire. En la precipitación de la partida no habían sido repuestos los tanques de oxígeno. Con lo que le quedaba no llegaría jamás a la galaxia.

Con una grieta abierta en su estómago, el Gritador se volvió a las portillas delanteras para examinar un objeto que había ignorado hasta entonces. Aparte de los distantes fantasmas de otras galaxias, era el único objeto que revelaba la inane ubicuidad del vacío: su forma era redonda. Lo comprobó con sus instrumentos. Sin duda alguna, era un sol en miniatura.

Aquello desconcertó al Gritador. Sus conocimientos astronómicos no eran muy grandes, pero sabía que, según las leyes,

nada había entre las galaxias; que un largo túnel de noche cerrada se extendía de galaxia a galaxia con tanta precisión como que lo vivo estaba abismalmente separado de lo muerto. Tan sólo podía conjeturar que el sol que tenía ante sí era una trampa estelar; cosas así eran conocidas, pero, claro, permanecían en el interior de la gigante lente de la galaxia materna, en conformidad con su empuje gravitacional. El Gritador dejó el problema sin resolver. Todo lo que le importaba era saber si el sol, cualquiera que fuese su origen, tenía uno o más planetas con oxígeno.

Rogó por que así fuera mientras ponía en marcha sus instrumentos.

Era así. El sol era diminuto y blanco con un planeta casi tan grande como él. Una rápida sonda estratosférica que el Gritador lanzó al exterior con órbita amplia le manifestó un equilibrio nitrógeno-oxígeno respirable. Bendiciendo su suerte, el vendedor de bobinas puso rumbo al planeta y aterrizó. Un valle, flanqueado por colinas y bosques se alzaba a su alrededor.

Salió de la cámara de aire en buenas condiciones, dejando en funcionamiento los sistemas de compresión y análisis; de aquel modo llenaría los tanques de oxígeno en media hora.

Afuera hacía calor. El Gritador sintió una inmediata sensación de novedad. Todo parecía fresco, puro. Los ojos le dolían ante tanta vividez. Por el momento no había señales de vida animal. Los árboles eran de especies que no alcanzó a reconocer, aunque, para él, dos árboles distintos se diferenciaban menos que dos botellas de morapio a granel. El silencio azotaba su cabeza hasta que acabó por sentir vértigo.

A unas cuantas yardas se abrían las riberas de un lago. Echó a andar hacia ellas, consciente al mismo tiempo de una vaga dificultad en su respiración. Con esfuerzo premeditado, aspiró más lentamente, pensando que tal vez el aire fuera demasiado rico para él.

A cierta distancia algo emergió a la superficie del lago. Le pareció la cabeza de un hombre, pero no podía jurarlo; una niebla que se extendía sobre las aguas, como si éstas estuvieran hirviendo, oscurecía los detalles. Que un hombre estuviera allí nadando parecía improbable.

El dolor en sus pulmones se volvió más definido. También se daba cuenta de cierta picazón que se extendía por sus miembros, casi como si el aire fuera demasiado áspero. A sus ojos todos los objetos iban adquiriendo un aura espectral. Por sus instrumentos estaba seguro de que todo iba bien; pero, repentinamente, la seguridad fue nada: sentía dolor por todas partes.

Presa del pánico, se volvió para regresar a su nave. Tosió y cayó, y el aturdimiento se apoderó de él. Entonces vio que lo que había en el lago era ciertamente un hombre. Gritó pidiendo ayuda tan sólo una vez.

Lo miraste de lejos y comenzaste a nadar en seguida en su dirección.

Pero el Gritador estaba muriéndose. Con su grito, la sangre le llenó la garganta y resbaló hasta una de sus manos. Se zarandeó, intentando levantarse. Desnudo, saliste del lago y caminaste hacia él. Te vio tras volver la cabeza con cansancio y agitó un brazo señalando la nave que imaginaba su salvación. Cuando llegaste junto a él, murió.

Durante un rato permaneciste arrodillado a su lado, reflexionando. Luego te apartaste y contemplaste la nave espacial por vez primera. Fuiste hacia ella con los ojos ahítos de interrogantes.

El sol salió y se puso veinticinco veces antes de que alcanzaras el dominio de todo lo que contenía la nave del Gritador. Tocaste todos los objetos con esmero, casi con reverencia. Aquellas microbobinas significaron poco para ti al principio; pero, si individualmente descendían de cualquier sentido, juntas fueron como las piezas de un rompecabezas que se completa con todas sus partes y proporciona una imagen total. El proyector del Gritador quedó casi destrozado cuando acabaste. Luego investigaste la nave, sorbiendo su sentido como hombre sediento. Saboreaste el agua de fuego del Gritador. Leíste su diario de vuelo. Probaste sus ropas. Te contemplaste en su espejo.

Tus pensamientos debieron cambiar de forma extraña en aquellos veinticinco días, como compuertas de presa, en tanto devenías tú mismo.

Todo cuanto aprendiste era ya conocimiento fabricado; la forma

en que juntaste los pedazos fue pura suerte, pero, pese a todo, era conocimiento sustentado ya por muchos hombres; resultados de investigaciones y experiencias. Sólo más adelante, cuando acabaste por asimilar aquel conocimiento, harías una deducción por tus propios medios. La deducción, que abarcaba todas las miríadas de vidas de la galaxia, fue tan sobrecogedora, tan atemorizante, que intentaste evadirla.

No pudiste; era inevitable. Un hecho positivo era la muerte del Gritador; sabías por qué había muerto. Así, tuviste que actuar obedeciendo tu imperativo moral primario.

Durante un rato estuviste mirando tu mundo brillante. Regresarías a él cuando hubiera finalizado tu misión. Subiste a la nave del Gritador, transmitiste un rumbo al ordenador y te dirigiste hacia la galaxia.

2

Llegaste desarmado a la ciudad en guerra. Tu nave quedó abandonada en una colina a algunas millas de distancia. Caminaste, como si te hubieran rodeado las proporciones de un sueño, transportando sus propios enseres y pidiendo ver al jefe del ejército rebelde. Aparecieron innumerables dificultades en tu camino, pero al cabo llegaste frente a él porque nada pudo prohibírtelo.

El jefe rebelde era un hombre duro y tuerto de un ojo, y estaba ocupado cuando entraste. Te miró con profunda desconfianza con aquel ojo único; los guardias que estaban tras él aprestaron sus fusores.

—Le concederé tres minutos —dijo el Tuerto.

—No quiero su tiempo —dijiste con desenvoltura—, ya dispongo del mío plenamente. Tengo también un plan que es mucho mejor que cualquiera suyo. ¿Le gustaría que le enseñara cómo subyugar la Región de Yinnisfar?

Entonces, el Tuerto volvió a mirarte. Vio —¿cómo decirlo?— que no eras como los otros hombres, que tenías más lucidez que ellos. Pero la Región de Yinnisfar estaba a muchos años luz de

distancia, en el mismo corazón de la galaxia; durante más de veinte millones de años su reino había permanecido indisputado, entre más de veinte millones de planetas.

—¡Está usted loco! —dijo el Tuerto—. ¡Largo de aquí! Nuestro objetivo es conquistar esta ciudad, no una galaxia.

Permaneciste inmóvil. ¿Por qué no actuaron pues los guardias? ¿Por qué el Tuerto no disparó contra ti antes de que te pusieras a hablar?

—La guerra civil que aquí se lleva a cabo es infructuosa —dijiste—. ¿Para qué estáis luchando? Para obtener una Ciudad. ¡La calle de al lado! ¡Un caballo de fuerza! Ése es botín propio de hienas. ¡Os ofrezco la riqueza de Yinnisfar y maulláis que queréis la entrada de la ciudad!

El Tuerto se puso de pie y dejó ver su dentadura. El abundante vello de su cuello afloró como manojo de púas. Sus correosas mejillas se volvieron malva. Alzó el fusor y apuntó a tu cara. No hiciste nada; nada necesitabas hacer. Confundido, el Tuerto volvió a sentarse. Jamás se había encontrado antes con tan imperturbable indiferencia y estaba impresionado.

—Owlenj es sólo un pobre planeta con opresión por todas partes —murmuró—. Pero es mi mundo y tengo que luchar por él y por la gente que lo habita para proteger sus derechos y libertades. Admito que un hombre con mi habilidad táctica merece mejores cometidos; posiblemente cuando hayamos sometido a la ciudad...

Puesto que el tiempo estaba contigo, mostraste paciencia. Puesto que disponías de paciencia, escuchaste al Tuerto. Su charla fue grandiosa e insignificante; habló ampliamente del triunfo de los derechos humanos y escasamente del poco entrenamiento de los soldados. Quería el Paraíso en la tierra, pero apenas tenía un pelotón a su mando.

Era un hombre al que sus camaradas respetaban o al menos temían. Sin embargo, sus principios habían pasado de moda hacía un millón de milenios atrás, antes de que comenzaran los viajes espaciales. Habían sido resucitados y puestos en uso una y otra vez por incontables generales insignificantes: la necesidad de la fuerza, la abolición de la injusticia, la fe en la victoria del derecho. Lo escuchaste con piedad fría, sabedor de que las complicaciones

majestuosas y viejas como el sol de la Guerra de Auto-Perpetuación había convertido en nimiedad el puñado de reyertas que sacudía Owlenj.

Cuando dejó de declamar, explicaste al Tuerto tu plan para la conquista de Yinnisfar. Le dijiste que viviendo en Owlenj, al extremo de la galaxia, podía no saber nada de la riqueza contenida en aquellos mundos centrales; que todas las fábulas infantiles de Owlenj no eran sino bagatelas comparadas con la riqueza del Suzeraino de Yinnisfar; que todo hombre tenía allí su destino y su felicidad preservados impunemente; que los frutos caldeados por los soles del centro galáctico contenían tanto jugo como cincuenta miserables mangos de Owlenj.

—Bien, pero siempre estaremos desamparados fuera de aquí —gruñó el Tuerto—. ¿Qué se puede hacer desde aquí contra el poder de la Región?

Le dijiste, imperturbablemente, que había un aspecto en el cual Yinnisfar era inferior; no podía, con todos sus sistemas, hacer frente a un general que ostentara la sagacidad y valentía de que el Tuerto daba pruebas; sus habitantes habían perdido la arrogancia viril y se habían convertido en meros engendradores de sueños.

—Eso es cierto —admitió el Tuerto con resistencia—, aunque nunca me he preocupado de decirlo en voz alta. ¡Son decadentes!

—¡Decadencia! ¡Ésa es la palabra! —exclamaste—. Son decadentes hasta haber sobrepasado la fe. Cuelgan como gigantescos melocotones de un árbol, esperando caer y *reventar* —ilustraste tus palabras con un gesto dramático— contra el hierro de tu ataque.

—¿De veras lo crees así?

—¡Sé que es así! Escucha. ¿Cuánto hace que dura la paz en toda la galaxia... salvando la pequeña diferencia de opinión de aquí? Millones de años, ¿no es eso? ¿No está todo tan pacífico que hasta podría oírse un clavo rodar por las avenidas espaciales? ¿Tan pacífico que hasta el comercio interestelar ha decaído hasta convertirse en nada? Te lo digo, amigo mío, las naciones poderosas de las estrellas empiezan a cabecear de sueño. Sus guerreros, sus técnicos, permanecen oxidados desde hace generaciones. Su ciencia se enmohece bajo una pátina de complacencia.

De nuevo hiciste levantar al Tuerto. Pero esta vez lo tenías en el puño, el primero de tu lista de conquistas.

—¡Por Thraldemener, es como tú dices! —exclamó—. ¡No sabrán cómo pelear! ¡Se han echado a perder! Vamos, no se puede perder tiempo. Mañana mismo comenzaremos la liberación de los pueblos de Yinnisfar, amigo mío. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes la idea?

—¡Aguarda! —dijiste. Tocaste su manga mientras daba la vuelta a su escritorio; sin duda sintió un poco de tu vitalidad en aquel contacto y aguardó obedientemente—. Si Owlenj ha de lanzarse a la conquista, debe estar unida. Tus fuerzas no son suficientes para cotejarse con las de la Región. La guerra civil debe acabar.

Entonces el Tuerto frunció el ceño y puso cara de no entender. La guerra civil era una causa que le tocaba muy hondo; lo que más había deseado en el mundo era reducir aquella ciudad a cenizas. La codicia más grande ganó; no obstante, siguió protestando.

—No puedes parar una guerra civil así como así —dijo—. Hace ya cinco años que comenzó. La causa está muy arraigada en el ánimo popular: mueren en nombre de la libertad y de la justicia.

—No lo dudo —asentiste—. Pero da igual; se puede concertar una tregua con las fuerzas de la injusticia a cambio de poder comer con regularidad y dormir confortablemente.

—Suponiendo que acepten —dijo el Tuerto—, ¿de qué medios nos valdremos para concertar la paz, aparte de aplastar al enemigo por completo?

—Tú y yo iremos a ver al comandante enemigo —dijiste.

Y aunque él protestó y blasfemó, aquello es lo que tú y el Tuerto hicisteis.

Del oculto lugar rebelde salisteis a una nave de una catedral en ruinas de la ciudad. Sorteando los escombros, salisteis por lo que en otro tiempo fue la Puerta Oeste y arribasteis a los improvisados parapetos de plomo y arena que señalaban las posiciones de vanguardia del Tuerto. En aquel lugar, el Tuerto se puso otra vez a discutir; le hiciste callar. Llevasteis un hombre para acompañaros y portar la bandera blanca de la tregua; te colocaste un traje contra la radiación, cosa que el Tuerto ya había hecho, y salisteis a la calle.

En otro tiempo había sido una bella avenida. Los árboles estaban

ahora pelados como los huesos y la escarcha de muchos edificios chisporroteaba débilmente como sorbetes húmedos. Diversos robot-tanques yacían entrelazados sobre el pavimento cicatrizado. Nada se movía. Pero, cuando te pusiste en camino hacia el frente suburbano, debiste haberte percatado de los invisibles ojos del enemigo que te observaban tras sus miras graduadas. Debió haber parecido, nuevamente, que caminabas dentro de las grotescas proporciones de un sueño.

Al final de la avenida una voz metálica te dio el alto y te preguntó qué querías. Cuando los ecos se perdieron entre las ruinas, el Tuerto declaró su nombre y pidió ver al general enemigo.

Al cabo de dos minutos, un disco transparente que usaba fuerza radial descendió del cielo. Se abrió una puerta en él y la voz metálica dijo:

—Entrad, por favor.

Penetraste junto con los otros dos y en seguida fuisteis elevados justo a un octavo por encima de las cúspides de los edificios. El disco sobrepasó dos manzanas hacia el norte y descendió de nuevo. La puerta se abrió y salisteis.

3

Os encontrasteis en el patio de un matadero. No había ya animales, aunque un muro con señales de disparos de fusor manifestaba que el lugar no había perdido sus antiguos destinos.

Dos capitanes fueron a vuestro encuentro con una bandera blanca. Saludaron al Tuerto y os condujeron fuera del patio, descendiendo por una rampa. Os bajaron a una parte del anticuado neumático que corría bajo la ciudad y allí os despojasteis de los trajes contra la radiación. Habían construido un conjunto de nuevos pasillos; fuisteis conducidos por uno de ellos hasta alcanzar una puerta pintada de blanco. Los ceñudos capitanes os indicaron que teníais que entrar.

Entrasteis.

—Bien, traidor, ¿cómo se te ha ocurrido llegar vivo hasta aquí?

—preguntó el general enemigo del Tuerto. Su uniforme era elegante aunque roto, y sus ojos lanzaban fuego; se paseaba como los verdaderos soldados se han paseado desde tiempos inmemoriales: como si las vértebras de su espinazo estuvieran soldadas en una pieza. Además, el Soldado tenía un pequeño mostacho que se erizaba en señal de triunfo a la vista de su enemigo.

Olvidando temporalmente todo salvo su viejo feudo, el Tuerto avanzó como si fuera a arrancarle al otro el mostacho.

—Estrechaos las manos, venga —dijiste con impaciencia—. Fijad condiciones inmediatamente. Cuanto más pronto empecemos, mejor.

El Soldado te miró por primera vez; pareció entender al instante que era contigo con quien tenía que negociar y no con el Tuerto. El Soldado era un tío inteligente. Su voz fue fría como el hielo.

—No tengo la menor idea de quién eres tú, compadre —dijo—. Pero si tengo la menor sospecha de impertinencia por tu parte, te acribillaré como a un perro. Con tu amigo, aquí presente, he de ser más cortés: su cabeza está destinada a la puerta de la ciudad. Tú eres de segunda mano.

—Sobre eso ya tengo mi propia opinión —dijiste—. No hemos venido a aguantar amenazas sino a hacerte una proposición. Si estás dispuesto a escuchar, escucha.

En la escala de las emociones hay un estadio más allá de la furia en el que ésta bulle y se desborda y desaparece, y un estadio más allá de la ira en el que ésta se convierte gradualmente en miedo. Así llegó el Soldado a este punto y fue, poco a poco, volviéndose más y más tardo como si hubiera recibido un bofetón. Nada podía decir. Entonces comenzaste a hablar de Yinnisfar y le explicaste la situación tal como habías hecho con el Tuerto.

El Soldado era más duro de pelar que su enemigo; más templado, más seguro de sí. Aunque una sonrisa leve y concupiscente curvaba sus labios mientras le hablabas de la riqueza de la Región, no condescendió. Cuando acabaste, tomó la palabra.

—¿Eres nativo de Owlenj, extraño? —preguntó.

—No —dijiste.

—¿Cuál es tu mundo, extraño?

—Un planeta más allá de la galaxia.

—Nada hay entre las galaxias, sólo la tiniebla como catarata de carbonilla. ¿Cuál es el nombre de ese mundo tuyo, extraño?

—No tiene nombre —dijiste.

El Soldado chascó los dedos irritado.

—Tienes una rara forma de pretender ganar mi confianza, extraño —dijo—. ¿Cómo llaman a tu mundo sus habitantes?

—No hay habitantes —dijiste—. Soy el primero y el único. Y no tiene nombre porque todavía no lo he bautizado.

—Entonces yo te daré un nombre —dijo el Soldado—. Lo bautizo Mentira. ¡Todo mentira! ¡Cada palabra una mentira! ¡Eres un espía de la lejana Yinnisfar, un truhán, un asesino! ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Llevaos a este loco al patio y convertidlo en una criba!

Y mientras hablaba, sacó un fusor de su pistolera y lo encaró hacia ti. El Tuerto saltó, golpeó la muñeca del Soldado con el tacón de la bota y lanzó el arma al otro extremo de la habitación.

—¡Escucha, lunático! —ladró al Soldado—. ¿Quieres matar a este hombre que tanto nos ofrece? Supongamos que es un espía de Yinnisfar: ¿acaso no lo conviertes eso en el hombre ideal para conducirnos hasta allí? No necesitamos confiar en él. Podemos mantenerlo todo el tiempo bajo vigilancia. Aprovechémonos de que lo tenemos en nuestras manos.

Mientras el Tuerto hablaba, el techo se había elevado tres pies; a través de la abertura que se ampliaba, se lanzaron al interior varios hombres armados que os cogieron a ti y al Tuerto y os colocaron en esquinas distintas. Al instante quedasteis inmovilizados por lazos metálicos.

El Soldado contuvo a sus hombres alzando una mano.

—Hay una pizca de verdad en lo que has dicho —admitió con resistencia—. Guardias, dejadnos. Hablaremos de ese asunto.

Dos horas más tarde, cuando trajeron vino para ti y los comandantes, la discusión había acabado y se estaba elaborando el plan. La cuestión de tu origen había sido dejada aparte por tácito acuerdo; los otros dos habían decidido que, cualquiera fuese tu lugar de procedencia, éste no era la Región de Yinnisfar. Ningún hombre del vasto imperio se había preocupado del límite exterior

de la galaxia durante milenios.

—Vine hasta vosotros —les dijiste— porque éste es uno de los pocos planetas cerca de mi mundo en que todavía persiste cierta forma de organización militar.

Ante esto se ablandaron los otros. No advirtieron que los considerabas meramente como remanentes de un credo ya pasado. La única ventaja de una organización militar sobre cualquier otra era, desde tu punto de vista, su habilidad para entrar en acción sin exhibiciones gratuitas.

Dos horas más tarde, cuando uno de los ordenanzas del Soldado entró con comida para ellos, el Soldado estaba lanzando la última de sus numerosas llamadas a las guarniciones de Owlenj.

—¿Cuántas naves interplanetarias quedan disponibles para entrar en servicio en seguida? —preguntó ante el micrófono—. Sí, todas las que haya. Entiendo: quince. ¿Cuántas alcanzan la velocidad de la luz?... Sólo cinco... ¿De qué tipo son esas cinco?

Escribía las respuestas, al tiempo que lo hacía y las leía, para que tú y el Tuerto os enteraseis.

—Un carguero... Un crucero transformado para usos militares... Un transporte... Y dos Invasores. Perfecto. Dame ahora los tonelajes.

Escribió los tonelajes, puso mala cara, asintió, y con voz autoritaria dijo a su invisible comandante:

—Excelente. Por la mañana recibirás instrucciones respecto del combustible y equipaje de esas cinco naves. En cuanto a las otras diez... Pon a trabajar en ellas a tu equipo electrónico. Quiero que alcancen la velocidad de la luz y que puedan bombardear en el vacío; todo ello en cuarenta y ocho horas. ¿Entendido?... Y, por favor, que tus hombres queden acuartelados hasta recibir nuevas órdenes. ¿Entendido *esto*?... Perfecto. ¿Alguna duda? Lo dejo todo a tu ingenio, Comandante —dijo el Soldado y cortó.

Por primera vez miró al ordenanza que le había traído la comida.

—¿Se ha obedecido el alto al fuego general? —preguntó.

—Totalmente —dijo el ordenanza—. La gente baila en las calles.

—Les daremos algo con lo que bailar muy pronto —dijo el Soldado frotándose las manos. Se volvió al Tuerto que estaba

jugando con trozos de papel.

—¿Cuáles son nuestras fuerzas? —preguntó.

—Depende de cuántas adaptaciones a la velocidad de la luz puedan hacerse.

—Contando el total de hombres y materiales, digamos el cincuenta por cien —dijo el Soldado.

—Bien... —el Tuerto miró con su único ojo la página llena de cifras.

—Si incluimos mi propia flota, unas ciento diez naves, de las que más o menos dos tercios podrán convertirse en naves militares.

Se miraron con abatimiento. Aunque eran provincianos, el número les sonaba verdaderamente pequeño.

—Es suficiente —dijiste para darles ánimo.

Se enfrascaron entonces en el formidable problema de las provisiones. La flota podía contar con una travesía en el vacío de dos semanas de duración antes de alcanzar los límites de la Región; otras dos semanas y media hasta llegar al centro; y otros tres días hasta llegar al mismo Yinnisfar.

—Y eso sin contar retrasos causados por rodeos estratégicos, batallas, o cosas parecidas —dijo el Soldado.

—¡La leche! No daremos rodeos... nos lanzaremos sobre ellos como cuchillo que penetra en la carne —dijo el Tuerto. Estaba más inflamado por tu confianza que el Soldado.

—Tal vez capitulen antes de que lleguemos a Yinnisfar —dijiste—. En ese caso nos dirigiremos al planeta más cercano para repostar y para que los hombres puedan comer a gusto.

—Debemos tener un margen de seguridad —insistió el Soldado—. Podemos llamarla la jornada de las seis semanas, ¿no? —Sacudió la cabeza—. Podemos enfrentar perfectamente el suministro de aire. El obstáculo consistirá en las calorías. Los hombres tendrán que rascarse el vientre todo el tiempo. No hay suficiente comida en Owlenj. Nuestra única salida es la hibernación. Todo aquel que tenga un grado inferior a comandante y que no sea necesario para el manejo de las naves tendrá que ser hibernado. Ordenanza, ponme con el Centro Médico. Quiero hablar con el General Médico en seguida.

El ordenanza se apresuró a obedecer.

—¿Qué más? —preguntó el Soldado. Comenzaba a congraciarse consigo mismo.

—Armas —dijo el Tuerto—. Primero, material fisionable. Mis fuerzas no valen mucho en ese punto. Nuestras reservas son más deficientes que usualmente.

—Tengo aquí un informe de las mías —dijo el Soldado, echando mano de una lista—. Son muy escasas, me temo.

Miraste la lista por encima del hombro del Tuerto.

—Son suficientes —dijiste para darles ánimos.

4

Al principio tuvo que parecer que el plan iba a ser un éxito. Nuevamente cuando te sentaste en la nave abanderada junto con los dos generales tuvo que asaltarte aquella sensación de que vivías en un sueño improbable cuyo paisaje podías aplastar con un dedo. No estabas nervioso; no te sentías triste. El Soldado y el Tuerto, a su manera, ya embarcados en la empresa, estaban tensos. El capitán de la nave y Comandante de Flota, el Almidonado, tendría que aguantar muchas importunidades.

Los primeros días transcurrieron sin que sucediera nada digno de mención. Más allá de las escotillas colgaba el espacio como bandera floja: las estrellas eran meros brillos en la distancia, y su viejo esplendor no era más que guía para el navegante. Las otras naves quedaban invisibles para el ojo poco avisado: la nave abanderada podía muy bien estar viajando sola. Cuando zarparon de Owlenj, el número total de naves de la flota de invasión era de ciento diecisiete; al cabo de la primera semana, cinco se habían dado por vencidas y habían puesto rumbo a casa, con sus dispositivos para viajar a la velocidad de la luz quemados. A su máxima velocidad actual les costaría medio año llegar a cualquier puerto; por entonces, la tripulación habría muerto de asfixia o estaría respirando el oxígeno de los hombres asesinados por los supervivientes. El resto de la flota prosiguió, las naves llenas de soldados en animación suspendida, embalados y calzados como

botellas.

Tras seis días de viaje en el vacío, y después de haber pasado aquellas estrellas consideradas generalmente como puestos fronterizos del gran imperio de Yinnisfar, recibieron el primer desafío.

—Una estación que dice llamarse Camoens II RST225 —informó el oficial de comunicaciones— nos pregunta por qué hemos atravesado la Tangente Diez de Koramandel sin habernos identificado.

—Que sigan preguntando —dijiste.

Fueron recibidos nuevos avisos y, como el primero, quedaron sin respuesta. La flota permanecía silenciosa, como sobrecogida ante la vida del mundo que la rodeaba. El departamento de comunicaciones comenzó a interceptar mensajes de alarma y advertencia entre estaciones planetarias.

—*Galconder Sabre llamando a Rolf 158. Nave sin identificar debe sobrepasarte con rumbo 99GY4281 en Gal.07.1430 aproximadamente...*

—*Acróstico I a Base de Cutatigni. Observa e informa sobre flota entrando Sector Paraíso 014.*

—*Astrónomo Peik-pi-Koing a Droxy Pylon. Naves sin identificar número 130 aproximadamente cruzando en este momento Área de Observación, Código Diamante Índice Diamante Oh Nueve.*

—*Todas las estaciones sobre Eslabón Dos Israel. Procedimiento BAB Nueve Uno operación inmediata...*

El Tuerto bufó de contento.

—Los hemos dejado de piedra —dijo.

Mientras pasaban las horas iba perdiendo soltura. El espacio, un segundo atrás silencioso, estaba lleno ahora de murmullos; muy pronto los murmullos se convirtieron en una babel de sonidos. La nota de curiosidad, que al principio señalaba poco más que mediano interés, comenzó pronto in crescendo hasta la irritación y la alarma.

—Tal vez debamos darles alguna respuesta —sugirió el Tuerto—. ¿Y si les soltáramos algún cuento que los calmase? ¿Si les decimos que vamos a rendir algún homenaje o algo por el estilo?

—No necesitas preocuparte por los mensajes que podemos

entender —dijo el Almidonado—. Ahora estamos captando varios emitidos en clave; esos son los que tendrían que llamar nuestra atención.

—¿No podríamos responder cualquier cosa que los aquietara? —repitió el Tuerto, apelando a ti.

Tú miraste las tinieblas de más allá, como si pudieras taladrar el velo que formaban, como si esperases ver pasar los mensajes como cometas por delante de las escotillas.

—Afloraría la verdad —dijiste sin darte la vuelta.

Dos días más tarde, la parasonda registró la primera nave detectada desde que dejaran Owlenj. El visor produjo tal ruido en el Panel de Comunicación que el Almidonado fue a ver qué ocurría. El Tuerto, sin afeitar, corrió tras él.

—¡No *puede* ser una nave! —decía el Jefe de Comunicaciones, agitando el informe.

—Pero tiene que serlo —casi rogó su subalterno—. Observa su rumbo: tú mismo lo trazaste. Está dando la vuelta, sin lugar a dudas. ¿Qué sino una nave podría maniobrar así?

—¡No *puede* ser una nave! —repitió el jefe.

—¿Por qué no puede serlo? —preguntó el Almidonado.

—Te pido perdón, señor, pero esa mierda de objeto tiene por lo menos treinta millas de longitud.

Tras un segundo de silencio, el Tuerto preguntó con nerviosismo:

—¿Qué rumbo toma?

El subalterno respondió. Sólo él parecía complacido con el pez atrapado en la pantalla:

—Desde que lo detectamos, ha girado de treinta a treinta y dos grados hacia el norte tras haber seguido un rumbo seguramente nornoroeste según la cuadratura galáctica.

El Tuerto estranguló el respaldo del asiento del subalterno como si se tratase de su cuello.

—Lo que quiero saber —graznó— es si se acerca o se aleja de nosotros.

—Ni una cosa ni otra —dijo el subalterno, mirando nuevamente

la pantalla—. Ahora parece haber acabado de virar y se está moviendo en un rumbo... a noventa grados de nosotros. Es el ángulo exacto —añadió con inocencia.

—¿Alguna señal de la nave? —preguntó el Almidonado.

—Ninguna.

—Soltadle un bombazo en la proa —sugirió el Tuerto.

—No estamos ahora en las calles de Owlenj para repartir bombazos a diestra y siniestra; ¡dejadlo ir!

El Tuerto se volvió con furia y se encontró con el Soldado. Éste había llegado al puente casi desde el comienzo. Allí permanecía de pie y se mantuvo contemplando cómo desaparecía la mancha en la pantalla de la parasonda antes de tomar de nuevo la palabra. Luego, llevando al Tuerto aparte, y mirando a su alrededor para estar seguro de que no estabas por allí cerca, le dijo en voz baja:

—Amigo mío, tengo algo que confesarte.

Miró con ansiedad y disgusto la cara sin afeitar del Tuerto antes de reanudar el tema.

—Me han asaltado mis primeros temores —dijo—. Sabes que soy hombre de iniciativa y valiente, pero hasta un héroe considera oportuno tener miedo de vez en cuando. Cada hora que pasa nos adentramos más y más en una trampa; ¿acaso no te has dado cuenta? Vaya, estamos sólo a dos semanas y media de la fabulosa Yinnisfar. Y no puedo dormir pensando que podemos estar precipitando nuestros cuellos en una horca de la que no podremos escapar después.

A pesar de lo duro que le resultaba estar de acuerdo con su enemigo, el Tuerto no pudo evitar esta oportunidad de confiarle sus propios temores.

—¡Tienen naves de treinta millas de longitud! —exclamó—. ¿Qué podemos hacer contra esa bestialidad? Tenemos que proseguir ya que hemos comenzado. ¿Se te ocurre algo?

Asintiendo misteriosamente, el Soldado convenció al otro de que bajaran a la cabina antes de seguir hablando. Allí, se puso a golpear un mamparo.

—A sólo una jornada de aquí —dijo, golpeando otra vez con virulencia—, hay infinidad de planetas ricos. Sin duda son tan ricos como los del centro de la Región... sólo que peor protegidos.

¿Puedes imaginártelos, llenos de mujeres regordetas, medio rubias, con los dedos cargados de anillos, hombres rechonchos y pequeñajos que se pudren entre inmensas cuentas bancarias? ¡Y al alcance de la mano! ¡Sin defensa! ¿Por qué ir a Yinnisfar, donde sin duda nos encontraremos con resistencia? ¿Por qué no detenernos aquí, cargar lo que podamos y volver a Owlenj antes que cambie la suerte?

El Tuerto dudaba haciendo muecas con la boca. Le gustaba la sugerencia en todos sus puntos tanto como su ex enemigo habría esperado. Pero había un obstáculo mayor y lo dijo:

—Él está emperrado en ir a Yinnisfar.

—Sí, creo que ya lo hemos aguantado demasiado —replicó el Soldado.

No necesitaron mencionar tu nombre. Alejados del aura de tu presencia, sus malos presentimientos respecto a ti eran mutuos. El Soldado fue hasta un aparador, tomó una botella pequeña de gollete alargado y se la tendió al Tuerto.

—Esto resolverá el problema —dijo.

—¡Santo Dios! —dijo el Tuerto y apartó la botella de sí. Contenía veneno de *grusby*, mortal serpiente de los trópicos de Owlenj; oler una gota del veneno a una yarda de distancia provocaría a cualquier hombre dolores de cabeza para una semana.

—Esta noche se lo mezclaremos en el vino —dijo el Soldado.

5

Cuando, tras la cena, se sirvió el vino en la mesa del Capitán, el Tuerto aceptó un vaso, pero no pudo beber. Se sentía enfermo de emoción y con la indisposición vino el odio hacia el Soldado; no sólo desaprobaba el envenenamiento como método de asesinato, sino que comprendía a las claras que la pequeña botella contenía más que suficiente para proporcionarle una dosis también a él ya que el Soldado podría sentirse muy predispuesto a acabar de una vez por todas con todos sus oponentes.

No tenías tú tales inquietudes. Como siempre, estabas de buen

ánimo. Cogiste el vaso una vez estuvo lleno, brindaste, como todas las noches, por el éxito de la expedición, y bebiste el vino.

Hiciste una mueca de insatisfacción.

—Este vino está flojo —dijiste—. Encontraremos mejores licores en Yinnisfar.

Todos los que ocupaban la mesa estallaron en risas, coreándote, salvo el Tuerto; los músculos de su cara estaban tensos. Ni siquiera podía hacer el esfuerzo de mirar al Soldado.

—¿Qué piensas del objeto de treinta millas de largo que avistamos antes? —te preguntó el Almidonado, bebiendo su vino a sorbos moderados.

—Oh, era una nave de Yinnisfar —dijiste con soltura—. No os preocupéis de ella. La evolución la tomará a su cargo, como se hizo cargo de los monstruosos reptiles prehistóricos que en un tiempo poblaron Owlenj y otros planetas.

El capitán abrió los brazos.

—Para un hombre práctico es una observación extrañamente apráctica —dijo—. La evolución es una cosa y las supernaves otra muy distinta.

—Oh, no, de ningún modo... claro, lo es si olvidáis que la evolución es el método científico de la naturaleza, y las naves espaciales, aun y no siendo criaturas orgánicas, forman parte de la evolución del hombre. Y el hombre... es una parte del método científico de la naturaleza.

El Capitán, que desconfiaba de las especulaciones, se contrajo en su caparazón de almidonamiento.

—Espero que no supondrá a estas alturas que el hombre *no* es el producto final de la evolución —te dijo—. Se nos viene diciendo desde tiempos inmemoriales que la galaxia es demasiado vieja para nada que no sea su propia extinción última.

—Yo no supongo nada —dijiste complacido—. Pero recordad que lo que triunfa al final es algo demasiado inmenso para vuestra comprensión o la mía.

Te levantaste y los otros hicieron lo mismo. El comedor quedó pronto prácticamente vacío. Sólo permanecieron en él los dos conspiradores. El Tuerto se secaba la frente.

—Me tienes en un hilo —dijo—. ¿No pudiste arreglártelas para

meterle la porquería en el vino esta noche?

El Soldado se mantenía tan tiesamente militar como siempre; pero temblaba como una cuerda tensa. A duras penas pudo articular las palabras con su seca lengua.

—Esta noche no había vino para él —pudo susurrar—. Su vaso estaba lleno de veneno hasta los topes. A estas alturas deberíamos estar lanzándolo por la escotilla con los pies por delante.

La flota de Owlenj había permanecido en el vacío durante cuatro semanas. Ahora se adentraba en el estrellado corazón de la galaxia, a seis días de vuelo de Yinnisfar. Por todas partes ardían soles que, transportando como una carga incidental cientos de millones de años de historias y mitos humanos, parecían antorchas fúnebres. El aire sepulcral era reforzado por el silencio de las sondas: el clamoroso hormigueo de las alarmas lanzadas por los planetas había desaparecido sin consecuencias.

—¡Están aguardándonos! —exclamaba el Tuerto, y no por primera vez. Vivía sobre el puente de la nave abanderada: dormía sobre un catre instalado allí y comía encima de la cama. De vez en cuando, se ponía a escrutar el universo aparentemente inmóvil mientras dos miedos lo asaltaban: el miedo a Yinnisfar y el miedo a ti que había logrado incluso eclipsar al primero.

Pese a la muda desaprobación del Capitán, el puente se había convertido también en los aposentos del Soldado. Se pasaba casi todo el tiempo echado en la cama con un fusor bajo la almohada y sin mirar para nada las escotillas.

Tú visitabas con frecuencia el puente, pero les hablabas con menor frecuencia. Estabas desinteresado; para ti podía haber sido todo un sueño, un sueño en el que la fisonomía de la ilusión adelgazaba sus trazos... No obstante, pese a ello, a veces se advertía en ti la huella de la impaciencia: unas veces hablando abruptamente, otras tamborileando con los dedos con sorprendida irritación, casi como si desearas despertar del tedio de tu sueño.

Sólo el Capitán Almidonado se mantenía imperturbable. La rutina del mando se imponía en él. Parecía haber absorbido toda la confianza que el Tuerto y el Soldado habían perdido.

—Aterrizaremos en Yinnisfar dentro de seis días —te dijo—. ¿Es posible que no nos presenten ninguna resistencia?

—Es posible imaginar excelentes razones para determinar su no resistencia —dijiste—. Owlenj se ha mantenido aislada de la Federación durante generaciones y no tiene conocimiento sobre las corrientes actitudes intelectuales que dominan en la Región. Pueden ser todos pacifistas, ávidos de demostrar su fe. O, al otro extremo de la escala, su casta militar, exenta de guerras que la mantengan en forma, puede derrumbarse bajo nuestra inesperada presión. Es todo especulación...

—Supongamos —aventuró desde su sillón el subalterno de comunicaciones—, supongamos que todo el mundo, todos los que habitan esos planetas, se han muerto hace tiempo y que nadie más allá de la Región se ha enterado... Es decir, el silencio mortal...

Fueron sus últimas palabras. En aquel instante, la parasonda explotó y aplastó la cabeza del subalterno como un coco. Un estruendo infernal se desató en el lugar mientras metal y vidrios rotos saltaban del panel y un espeso humo se esparcía por el puente. Un tropel de voces asustadas llenó el aire.

—Arrancad de su cama al Jefe de Comunicaciones —ladra el Almidonado, pero el de Continuidad estaba ya en su puesto, llamando por el intercomunicador a los camilleros y al personal de electrónica.

El Soldado inspeccionaba los daños mientras aventaba el humo que aún brotaba del cráter al rojo abierto en los paneles. Su espinazo se arqueó tan tirantemente como una ballena de corsé doblada.

—¿Qué ha originado esto? —preguntó—. ¿Un cortocircuito? ¿Un transistor reventado?

—Imposible —dijo el Almidonado, feliz de contradecir por una vez a su superior—. ¿No puede tranquilizarse? El personal de reparación lo aclarará todo en seguida.

—¡Mirad! —gritó el Tuerto. El filo histérico de su voz fue tan imponente que, incluso en momento de crisis tan notoria, todos los ojos se volvieron hacia el lugar apuntado por su dedo. Señalaba afuera, más allá de las escotillas que daban al espectáculo de la noche. Los ojos tuvieron que parpadear y acomodarse a la distancia

antes de poder ver nada.

Moscas. Moscas elevándose como una nube, destacándose de una oscura estela sobre cuya superficie brillaba la luz del sol; el contraste era tal que, entre la oscuridad y la luz, los insectos casi se perdían de vista. Pero la estela era el mismo espacio y el brillo un cúmulo de soles, y las moscas esparcieron entre ellas una nube de naves. Las viejas fuerzas de Yinnisfar se habían lanzado al ataque.

6

—¡No se pueden contar! —exclamó el Tuerto observando la ola de naves—. Debe de haber millares. ¿Qué vamos a hacer? Destrozaron el panel de instrumentos: fue una especie de aviso, ¿no lo entendéis? ¡Por Pla y Ton, nos destrozarán en cualquier momento!

Tosió las palabras como arena trabada en su garganta. Luego pareció sentir la necesidad de hacer algo a cualquier precio para ocultar su desvalimiento. Girando sobre sus talones, cruzó el salón y se encaró contigo.

—¡Tú nos has metido en esto! —gritó—. ¿Qué vas a hacer para sacarnos? ¿Cómo vas a salvarnos?

—Deja eso para el Capitán y cállate —dijiste. Te alejaste antes de que te tocara y te acercaste al Capitán. El Almidonado estaba más almidonado que nunca y repartía órdenes con la férrea eficiencia de un chusquero. La situación era imposible de empeorar, por tanto habló con rapidez a los jefes de escuadra de su flota. Mediante un esquema animado situado sobre su cabeza, los resultados de tales órdenes quedaron traducidos inmediatamente en cambios visibles. La flota owlenjiana se desplegaba en escuadrones individuales y se esparcía abarcando una anchura de varios parsecs. Se movían hacia la cortina de moscas como una mano abierta. Y lo hacían a la máxima velocidad, derechos contra las naves enemigas.

—Están demasiado preparados para nosotros —te dijo el Almidonado por la comisura de la boca—. Esto no les hará mella. ¡Nunca lograremos pasar! No somos bastantes para resultar

efectivos. No es sino un suicidio.

—¿Qué más se te ocurre? —le preguntaste.

—Si cada nave buscara un planeta, lo rodeara y lo amenazara con la demolición no, nos... cazarían uno por uno... —Sacudió la cabeza—. Ésta es la única forma posible —dijo, prestando nueva atención a la maniobra.

Hablar más era inútil. Las naves de reserva y el puñado de naves lanzadas a la carga se deslizaban juntas. El golfo abierto entre ambos grupos quedó cubierto por una reja de llama azul, eléctrica, cegadora. Cuadrados eslabones de fuerza se abrieron y golpearon como bocas mordedoras. Cualquiera que fuese el origen de su poder, el drenaje tuvo que ser colosal, capaz de consumir las energías básicas del mismo espacio.

Las naves owlenjianas se encontraron en medio de una extraña defensa antes de que la fuga fuera otra cosa que una idea pánica. Aquel enrejado cortante llameaba delante de sus escotillas, golpeaba, retrocedía, llameaba y golpeaba de nuevo, bañando todos los puentes en su luminiscencia excéntrica, deslumbrándolos, consumiéndolos. Fue aquella la última luz que vieron miles de ojos. Las naves sobre las que se cerraban aquellas mandíbulas azules ardían con brillo magnésico; ardían y se combaban como plátanos maduros, despojados de vida.

Pero los invasores desgarraban el espacio a velocidad formidable. Las aterrorizadoras rejas no estaban en fase apropiada; quienquiera que las controlase no podía controlar sus ajustes precisos; su acción de tijera era demasiado lenta: muchas naves se colaban por entre los intersticios y arribaban frente a las filas de la flota de Yinnisfar.

La nave abanderada pudo pasar. La reja golpeó inútilmente tras ella. Una rápida mirada al esquema mostró al Almidonado que sólo le habían quedado unas cuarenta naves, desparramadas y sin formación.

—¡Superfusores... fuego! —gruñó.

Nadie en aquella inmensa confusión de blindajes había estado nunca en una batalla espacial. La galaxia, desde que envainara sus espadas, había envejecido. De todos los astutos cerebros que seguían el rápido juego estratégico, el del Almidonado fue el que

tomó más prestamente la delantera. Las poderosas filas de Yinnisfar habían puesto demasiada confianza en el ingenio de la reja; con el paso de las horas quedaron desconcertados por la presencia de supervivientes junto a ellos. Owlenj les sacudió para que se despejaran.

Ardientes soles de superfusores cayeron en cascada entre ellas y alcanzaron nave tras nave achicharrándolas con energía cósmica en tanto los atacantes se batían en retirada de manera desordenada. Las naves de Yinnisfar también eran rápidas. En menos que se cuenta se habían dispersado ya, a salvo del centro de fusión donde veinte de sus hermanas habían sido alcanzadas.

—¡Pasamos! —dijiste—. Sobre Yinnisfar ahora. ¡Allí recuperaremos nuestra seguridad!

La flota enemiga no estaba tan distanciada, sin embargo. Varias unidades los sobrevolaban ya a velocidad endiablada. Entre ellas se encontraba el navío de treinta millas de longitud que habían avistado días atrás.

—¡Y allí hay tres iguales! —gritó el Soldado desde su puesto en las escotillas—. ¡Mirad! ¿Cómo puede moverse a tanta velocidad?

El Almidonado viró la nave abanderada hacia abajo. Alteraron el rumbo justo a tiempo: los avanzaron y lanzaron una negra masa, semejante al humo, directamente contra donde antes se encontrarán; el humo se molecularizó, capaz de acribillar a la nave abanderada como polilla sobre una alfombra y convertirla en cascajos. En la maniobra salvadora perdieron de vista a los cuatro navíos gigantes. Luego volvieron a recuperarlos y con rápidas vueltas formaron entre los cuatro un colosal cuadrángulo que abarcaba el frente de la nave abanderada.

—Ningún humano podría hacer eso. Son controladas por robots —dijiste, absorbido por la fascinación de la batalla.

—¡Y están extendiendo la barrera enrejada! —dijo el Almidonado. Fue un relámpago de inspiración, demasiado rápido para ser comprobado del todo. Se giró y ladró órdenes al Equipo de Bombardeo; rugió que había que alcanzar a toda costa a los gigantes. Por entonces la nave abanderada estaba sola; el resto de sus compañeras habían sido desintegradas o esparcidas.

Los cuatro gigantes estaban en posición. Nuevamente, la infernal

reja azul tijereteó cortando el rumbo de la nave abanderada. El Almidonado no tuvo tiempo de virar... iban lanzados contra la deslumbrante reja. En el último segundo, un miembro de Bombardeo hizo fuego con un superfusor.

Superfusor y reja se encontraron.

Las dos insensatas energías se trabaron la una a la otra como bestias de presa. En vez de arrojar el usual tipo de explosión, la fusión escaló los retorcidos cuadriláteros de la reja y fue desarticulándola mientras trepaba. Dejó en el centro un amplio círculo de nada a través del cual pasó indemne la nave abanderada. Un punzante fuego que devoraba el fuego ascendió a las esquinas de la reja. Y alcanzó las cuatro naves gigantescas.

Durante un segundo quedaron intactas, irradiando todas ellas un arco iris tridimensional que abarcaba todas las direcciones visibles con una extensión de cientos de años luz. Después, aquella cegadora belleza se fundió: los cuatro arco iris se fusionaron y se convirtieron en antiluz. Absorbieron, arrollaron y desaparecieron: y donde habían estado apareció y se expandió un gran boquete en la nada del universo. La ineluctable fábrica del universo estaba siendo devorada.

Varias naves de Yinnisfar fueron atrapadas en aquel cataclismo. La nave abanderada no perdió tiempo en regodearse. El momento de su triunfo más grande fue también el momento de su destrucción. Un globo translúcido procedente de un destructor enemigo alcanzó su aspa dorsal.

Como un pulpo que aborda un bote de remos, el globo dispersó tentáculos de luz y atrapó la nave abanderada.

El Almidonado juró con furia.

—Ya nada responde —dijo, dejando caer los brazos a sus costados.

Era improbable que alguien le oyera. Un silbido continuo les llenaba los oídos a todos mientras sus cuerpos saltaban electrificados en protesta por lo que estaba ocurriendo. La escena se derretía en inolvidables matices naranja y negro mientras la luz penetraba en todas partes. Rostros, ropas, suelo, instrumentos: todo era destruido.

Luego, todo acabó en aquel momento cercano a la locura.

Quedaron sumergidos en las tinieblas y sólo el pálido resplandor de las estrellas iluminaba levemente sus pálidos rostros. El Almidonado tanteó en busca de los mandos. Pasó la mano por encima de bancos de instrumentos. Todo estaba paralizado y muerto.

—¡Estamos acabados! —anunció—. Ni un susurro de vida en ningún lugar. Hasta el aire purificado se ha terminado.

Se dejó caer y se cubrió la cara con las manos. Durante un rato nadie habló palabra; todos estaban emocionalmente vacíos a causa del rigor apocalíptico de la batalla y el fracaso.

—Tal vez sean caballerosos en Yinnisfar —dijiste por fin—. Seguramente dispondrán de algún código militar. Vendrán y nos sacarán de aquí. Seremos tratados con honor.

El Soldado dijo ásperamente desde un rincón:

—¡Todavía con fanfarronadas! Deberíamos darte el pasaporte ya.

—Atrapémoslo —dijo el Tuerto, pero nadie se movió, Estaban todos atosigados de tanta luz estelar, hartos de tanta cháchara sin importancia.

—Yo sólo me siento relajado —dijiste—. La batalla ha terminado. Hemos perdido con honor. Mirad a vuestro capitán, medio muerto de cansancio. Luchó bien, con energía. No hay que culparle por haber perdido. Ahora puede descansar sin remordimiento... y nosotros podemos hacer lo mismo... sabiendo que el futuro no está en nuestras manos. Seguramente vendrán en cualquier momento y nos harán un proceso honorable en Yinnisfar.

Los otros no te respondieron.

7

En el puente de la nave abanderada el aire estaba volviéndose fétido cuando llegaron los emisarios de Yinnisfar, tal como habías predicho. Penetraron rápidamente abriendo un boquete en el casco, se hicieron cargo de los hombres inconscientes y los trasladaron a su nave. Ésta partió a toda velocidad hacia Yinnisfar. La nave abanderada fue abandonada a su propia ruina.

Se te había dado una habitación aislada que compartías con el Almidonado, el Tuerto y el Soldado. Los dos últimos se encontraban hastiados ya debido a la magnitud de los recientes acontecimientos. Estaban sentados juntos como dos maniqués, sin hablar palabra. El Almidonado estaba en mejor forma, pero no había reaccionado todavía y yacía temblando sobre un canapé. Así, sólo tú te mantenías de pie junto a la puerta y contemplabas el espectáculo mientras disminuía la distancia a Yinnisfar.

El planeta que tan destacado papel había jugado en la galaxia constituía un espectáculo curioso en los últimos años de su historia. En torno a su ecuador giraban dos anillos espléndidos, el uno encerrado en el otro. Uno de estos anillos era natural y consistía en despojos de la Luna, desintegrada cuando una antigua nave se empotró en Iri y explotó repentinamente. El otro anillo no era ni más ni menos que material de deshecho apelotonado. La demolición de naves espaciales había sido prohibida muchos años atrás en la superficie de Yinnisfar, donde la acumulación de metal inservible era considerado repugnante; para solucionar el dilema entre la prohibición y la necesidad, todos los fragmentos de deshecho fueron puestos en órbita en el anillo. Al cabo de cierto tiempo, el anillo creció hasta alcanzar cincuenta millas de profundidad y varios cientos de millas de anchura. Lejos de ser un espectáculo feo, alcanzaba considerable belleza y constituía una de las diecisiete maravillas de la galaxia. Aunque compuesto enteramente de objetos que iban desde motores hasta cucharas, desde lingotes de hierro hasta esquilas de metal inidentificable, resplandecía como un adorno de joyas, gracias a la eterna pulimentación que sobre cada pulgada metálica ejercía la incesante lluvia de polvo meteórico.

Cuando la nave que te transportaba aterrizó en la cara diurna del planeta, los anillos eran todavía visibles, torcidos como arcos rectos que han de rodear el firmamento.

Y allí estaba Yinnisfar, la Yinnisfar de los llantos y los placeres, ataviada con una memoria que se perdía en el olvido y una perspectiva de tiempo que se prolongaba hasta lo ignorado.

Tras algunas pequeñas demoras, tú y los demás fuisteis desembarcados y conducidos hasta una pequeña nave de superficie para ser llevados a la Corte del Más Alto Soberano de la Ciudad de

Nuni3n. La tripulaci3n de la nave abanderada fue enviada misericordiosamente en una direcci3n, y las tropas en animaci3n suspendida en otra; mientras, t3 y los otros fuisteis metidos en una habitaci3n poco mayor que una madriguera. En este lugar se sucedieron nuevas demoras. Se os trajo comida, pero s3lo t3 te sentiste capaz de tomarla aunque acompa1andola con las provisiones que llevabas contigo.

Os visitaron varios dignatarios, y la mayor3a sali3, al cabo, sin abrir la boca. Miraste por una estrecha ventana y viste que daba a un patio. Grupos de hombres y mujeres permanec3an all3 sin prop3sito definido y en ninguna cara faltaba el sello de la tristeza. Los consultores caminaban como si subieran por una escalera a oscuras. Estaba claro que algo grave estaba por ocurrir; su presencia pend3a casi tangible sobre el patio.

Por 3ltimo, inesperadamente, lleg3 una orden hasta vuestros guardianes. Con excitaci3n, t3 y los otros tres fuisteis conducidos a un marm3reo vest3bulo de audiencia y luego ante el M3s Alto, Soberano Leg3timo de Yinnisfar y de la Regi3n de Yinnisfar.

Era un hombre p3lido, vestido austeramente de sat3n oscuro. Estaba reclinado en un canap3. Sus facciones eran ins3pidas, por m3s que sus ojos traslucieran inteligencia y su voz fuera firme. Aunque su posici3n a primera vista suger3a el letargo, su cabeza era presa de un estado de atenci3n que no escap3 a tu mirada.

Os mir3 sin prisa, reposadamente, sopes3ndoos con la mirada uno tras otro, hasta que por 3ltimo se dirigi3 a ti como dirigente indiscutible. Habl3 sin pre3mbulos.

—B3rbaros, que os hab3is conducido con locura, que hab3is causado estragos en el orden natural de las cosas; vuestra codicia ha de tener como consecuencia las m3s terribles repercusiones.

Te inclinaste y dijiste con iron3a:

—Lamentamos haber perturbado el gran imperio de Yinnisfar.

—No me refiero al imperio. —Agit3 la mano como si el imperio fuera una mera chucher3a que no despertara su inter3s—. Me refiero al cosmos en s3, por cuya merced existimos todos nosotros. Las fuerzas de la naturaleza se han convertido en algo interdependiente.

Lo miraste interrogativamente sin decir nada.

—Te explicar3 en qu3 consiste la fatalidad que nos amenaza

ahora —dijo el Más Alto—, y espero que comprendas al menos un retazo de mis palabras. Porque preferiría que murierais sabiendo un poco de lo que habéis desatado. Pues bien; esta galaxia nuestra tiene una edad que escapa a cualquier imaginación; los filósofos, los teólogos y los científicos nos dicen que su duración, vasta pero no infinita, se aproxima a su fin. Es más, no creo equivocarme si presumo que tú, procedente del margen exterior, sabes algo de esto.

—Circulaba ese rumor —murmuraste.

—Me complace oír que persiste cierta sabiduría en tu nocturna oscuridad. Hemos llegado a concebir razones para suponer, en estas últimas horas, que la galaxia, como una vieja cortina vencida por su propio peso, puede disolverse; que esto, de hecho, es el fin de todas las cosas: del pasado y del futuro, y de todos los hombres.

En vano se detuvo para comprobar si alguna sombra de alarma había cruzado tu rostro; entonces continuó compuestamente, haciendo caso omiso de las asustadas respuestas de tus compañeros de cautiverio.

—La disolución tuvo su comienzo en *vuestra* locura. En la Región ha reinado la paz durante más generaciones que cabellos hay en tu cabeza. Pero, cuando supimos que vuestra flota se estaba acercando con intentos hostiles obvios, nos vimos obligados a desempolvar las espantosas armas de nuestros antepasados. En todos los planetas fueron resucitados ingenios de ataque y naves anticuadas, en desuso desde el final de la Guerra de Auto-Perpetuación. Sistemas de producción, esquemas bélicos, organizaciones de combatientes... todo tuvo que ser resucitado del pasado fenecido. Ello requirió apresuramientos no conocidos antes y formas organizativas detestables. Todos nuestros tendones fueron puestos en tensión, como un hombre que se tensa con riesgo de torcerse un músculo al pretender golpear a un mosquito. Aun cuando el peligro no era verdaderamente grande, el esfuerzo de rearme fue tan poderoso que ha dejado alterada nuestra estabilidad... lo que, ciertamente, puede hasta causar el derrumbe de toda la estructura económica del imperio.

—Siempre alegría saberlo —dijo el Tuerto, haciendo ademán de envalentonarse.

El Más Alto lo miró desdeñosamente durante un prolongado

momento antes de proseguir su discurso sin deslizar comentarios.

—En la precipitada búsqueda de armas que utilizar contra vosotros, encontramos una, que había sido inventada evos atrás y que nunca fue usada. Fue considerada devastadoramente peligrosa, ya que abarcaba las fuerzas electrogravitatorias del complejo espacial. Cuatro máquinas gigantescas, llamadas turbuladores, activaron esta fuerza; eran las cuatro naves que destruisteis.

—Vimos a una de ellas hace días en los márgenes de la Región —dijo el Almidonado. Había estado siguiendo las palabras del Más Alto con excitación, obviamente hipnotizado por la descripción de una gigantesca organización militar disponiéndose para entrar en acción.

—Los cuatro turbuladores tuvieron que ser traídos desde los confines de la Región, donde nuestros antepasados los habían abandonado —explicó el Más Alto—. Fueron reunidos y situados en mitad del rumbo que seguía vuestra flota, con los resultados que ya conocéis. El modelo de aquella reja es el modelo básico de toda la creación. Por desgracia, la destruisteis, o tal vez disteis ocasión a que se consumiera a sí misma. Nuestros científicos sugieren que es tal la antigüedad de nuestra galaxia que es imposible mantener su vieja estabilidad. Aunque el proceso es invisible, la desintegración a que disteis comienzo está actuando todavía, se extiende con rapidez y, de hecho, nada puede contenerla.

El Almidonado se echó atrás como si hubiera sido golpeado. Se acercó al Soldado y al Tuerto y los tres quedaron allí juntos y sin decir palabra.

El Más Alto te miraba, aguardando una respuesta. Como si te sintieras desconcertado por vez primera, miraste inquisitivamente al Tuerto y a los otros; miraban inexpresivamente al frente, también absortos con el panorama de catástrofes recién explicado.

—Hay que felicitar a vuestros científicos —dijiste—. Tardaron en descubrir la inestabilidad, pero al menos la descubrieron por ellos mismos. Es una catástrofe que no comenzamos mis amigos y yo; comenzó hace mucho tiempo y por esa razón vine a Yinnisfar para hablar con ellos... y contigo.

Por vez primera, el Más Alto manifestó cierta emoción.

—Perro bárbaro e impertinente, viniste para saquear, robar y

dedicarte al pillaje. ¿Qué sabes tú de esas cuestiones?

—Vine aquí para anunciar el fin de las cosas —le dijiste—. Cómo llegué, si como cautivo o triunfante, es algo que no me preocupa, ya que las gentes de todos los mundos han conocido mi llegada. Por esa razón planeé esta invasión bélica; una cosa así se lleva a cabo con facilidad, puesto que basta con despertar las pocas pasiones básicas del ser humano. De haber llegado aquí solo, ¿quién lo habría sabido? ¿A quién le habría importado? De este modo, en cambio, la galaxia entera ha abierto los ojos y los tiene posados sobre Yinnisfar. Pueden morir sabiendo la verdad.

—¿De veras? —el Más Alto alzó una ceja imperial—. ¿Puedes contarme algo de esa verdad que te ha obligado a causar tanto estrago, antes de que te haga desintegrar?

—Por supuesto —replicaste—. ¿Te interesa tal vez una demostración práctica primero?

Pero el Más Alto no estaba para demostraciones y chascó los dedos.

—¡Eres un fanfarrón! —dijo con energía—. Estás derrochando mi tiempo y ya me estoy cansando. Caballeros de la guardia, ejecutad a este hombre y mantened su cuerpo aparte. Los otros tres lo seguirán sin dilación.

La guardia avanzó en semicírculo, ávidos ante una oportunidad sin precedentes de probar sus artes en un cuerpo vivo.

—Ésta es la clase de demostración que yo deseaba —dijiste, saliendo al encuentro de la guardia.

Ésta estaba compuesta por catorce hombres. Sus uniformes no eran ciertamente militares, con encajes, charreteras y cintas; pero sus largas y anticuadas espadas parecían funcionales en todos sus milímetros, y en aquel momento las espadas habían surgido de las vainas y te rodeaban.

Sin dudarlo, avanzaste contra el primer soldado que se te acercó. Él, con decisión equiparable, se lanzó también contra ti, asestando un pesado golpe de espada contra tu cabeza. Tú alzaste el brazo y la hoja lo alcanzó de lleno.

La espada se rompió y se deshizo en pedazos, como convertida en polvo. El soldado retrocedió alarmado.

Los otros guardias se abalanzaron rápidamente. Sus espadas

golpearon tu cuerpo: ni una sola se salvó de la destrucción. Entonces, los soldados pelearon con las manos desnudas. Se lanzaron contra ti. Los apartaste con las manos y sus huesos crujieron, sus brazos se desarticularon, inservibles como sus espadas. A ti debió parecerte como una pelea sostenida en medio de un sueño, en el que el adversario es tan frágil como el papel. Los gritos que emitieron no serían sino crujidos de papel rasgándose.

Cuando se percataron de que poseías —¿cómo lo habrían descrito ellos?— un poder secreto, retrocedieron jadeando y gruñendo. Viste entonces que sobre un mirador recién abierto en el blanco muro que estaba frente a ti te estaba apuntando el morro de una máquina de aspecto poco tranquilizador.

A pesar de la agitada escena de que había sido testigo, el Más Alto mantenía su autocontrol. El Soldado, el Almidonado y el Tuerto se habían refugiado tras la guardia buscando protección.

—Antes de que seas aniquilado —dijo el Más Alto, mirando la abertura— explícame cuáles son tus trucos.

—Enséñame antes el que quieres aplicar sobre mí —sugeriste. Para precipitar los acontecimientos, te aproximaste al Más Alto. Tal vez habías dado ya dos pasos cuando la máquina entró en acción. Una lluvia de proyectiles beta fueron lanzados contra ti, pero sólo para caer inofensivos a tus pies.

El Más Alto estaba ya asustado. Se incorporó en su canapé y se alejó, dejando de jugar al gobernante lánguido.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? —jadeó.

—Eso es lo que quiero decirte —dijiste—. Veo que tengo ya alguna posibilidad de que me creáis. Lo que tengo que decir he de hacerlo dirigiéndome a ti y a tu pueblo; cuando termina una gran historia, es conveniente que todo el mundo sepa por qué; un hombre que parece sin conocer las razones es un payaso.

»Procedo de un nuevo mundo, exterior a esta galaxia: nuevo porque todavía prosigue allí el proceso de la creación. Nuevas galaxias están formándose allí a partir de la noche insondable, naciendo de las márgenes de la nada. Mi planeta es nuevo y yo soy el primer hombre que he nacido en él: todavía no tiene nombre.

Dijo el Soldado:

—¿De modo que el galimatías que me contaste en Owlenj era

cierto?

—Muy cierto —dijiste. No te molestaste en contarles cómo habíais aprendido a pilotar la nave del finado Gritador. En vez de ello, te dirigiste al Almidonado—: ¿Recuerdas una conversación que cierta vez sostuvimos sobre la evolución? Tú afirmabas que el hombre era su último producto.

El Almidonado asintió.

—El hombre es el fruto más apropiado de la evolución... en *esta* galaxia —dijiste. Miraste al Más Alto, al Soldado, al Tuerto. Dijiste sin la menor sonrisa—: Constituís el mayor florecimiento de la evolución en este lugar. Pensad en la multitud de experimentos que la naturaleza ha emprendido antes de llegar a vosotros. Ella comenzó con los aminoácidos, luego con la ameba, célula simple... Era como un niño de escuela en ese entonces, pero durante todo el tiempo transcurrido estuvo aprendiendo. Uso analogías sin dejarme llevar, entendedme, por la falacia patética. Muchos de sus experimentos, incluso los tardíos, como el de las vagabundas células sensitivas, constituyen fracasos; el hombre, plenamente hablando, es su último y mejor logro.

»En la nueva galaxia de que procedo, la evolución *comienza* con el hombre. Yo soy la más temprana y más primitiva forma de vida de mi galaxia: ¡la nueva ameba!

Proseguiste diciéndoles como incluso en ti habían tenido lugar cambios radicales, algunos de los cuales podrían haber sido detectados bajo examen médico; eras, a decir verdad, una especie diferente a ellos. Tu sistema anabólico estaba fundamentalmente alterado, se habían eliminado el canal urinario y las glándulas sudoríparas. Tu tráquea era doble, la inhalación y expulsión de aire eran practicadas por canales diferentes y el conjunto quedaba mejor protegido que mediante fuertes cartílagos en el hombre. También estaba alterado tu proceso digestivo; frondosos vegetales, que consistían principalmente en celulosa, no eran ya tratados como inútiles: lejos de ello, su celulosa era absorbida e hidrolizada en glucosa necesaria. De esta forma, tu especie dejaba de depender de la masa ejecutable de herbívoros (cuya carne rezuma glucosa) tal como le había ocurrido penosamente al hombre. Modificaciones radicales se habían introducido en la facultad reproductora; no sólo

eran transferibles de una generación a otra las viejas características, como el color del pelo: genes lingüísticos y de automoción aseguraban que tan sencillas habilidades fueran también hereditarias. También habían sido afectadas las bases psicológicas de tu ánimo, eliminando por completo gran parte del rancio emocionalismo gratuito; no obstante, poseías una altura de altruismo e identidad con los objetos que sobrepasaba la capacidad del hombre.

El Más Alto te escuchó en silencio y cuando acabaste dijo en tono que no ocultaba un temor reverencial:

—Si eres el primero de tu... especie, ¿cómo puedes saber tanto de ti mismo?

Sonreíste. Parecía una pregunta sencilla.

—Porque todos nuestros demás mejoramientos son meramente, de alguna manera, una modificación del modelo utilizado en el diseño del hombre, salvo en que contamos con un don con el que vosotros jamás pudisteis soñar: somos conscientes no sólo de nuestros actos psicológicos, de nuestros pensamientos, si así lo queréis, sino también de nuestros actos fisiológicos. Podemos ver dentro de nuestra última célula sanguínea. En otras palabras, no poseemos procesos inconscientes, inaccesibles a nosotros. Puedo controlar el funcionamiento de cada una de mis enzimas. Estoy integrado como jamás lo estuvisteis vosotros; por ejemplo, la enfermedad del tipo cancerígeno, que durante un tiempo asoló a la humanidad, no puede alcanzarme; lo reconocería e investigaría desde su comienzo mismo. Ni caemos en crisis momentáneas que son sobrellevadas por movimientos reflejos; sabiendo todo de nosotros mismos, somos nuestros propios dueños. Aunque vosotros hayáis dominado vuestro entorno, jamás llegaréis a dominaros a vosotros mismos.

8

El Más Alto descendió de su estrado. Hundió sus manos en los bolsillos y dio un puntapié a los proyectiles beta que yacían en el

suelo.

—Ya teníamos bastante con qué preocuparnos antes de que tú llegaras —dijo. Por un momento, su rostro pareció infantilmente petulante. Sabedor de la atenta mirada que volcabas sobre él, se volvió y exclamó con risa forzada—: ¡Para ser honrado, me has provocado cierto sentimiento de inferioridad! Aunque mi vida se ha prolongado durante cinco siglos, vuelvo a ser un niño. Caramba, sin duda debiste sentirte un auténtico superhombre en nuestro pobre Yinnisfar.

La burla de su tono te puso rígido: poseáis muchos puntos en común para llegar a eso.

—Si así te parece, tienes que sentirte muy diferente de mí —le dijiste—. ¿No comprendiste lo que te expliqué? En mi galaxia, no soy sino una ameba. ¿Tengo que sentirme orgulloso de eso? Pues lo que venga a reemplazarme...

—¡Silencio! ¡Me estremezco al pensarlo! —dijo el Más Alto, agitando una cuidada mano—. Te lo admito: eres más bien humilde considerando el poder que tienes.

—¿Qué sacamos en claro de todo esto? —dijo el Tuerto. Como inválido, se había mantenido junto al Soldado y al Almidonado, y había estado cargando su cerebro con infructuosos planes de fuga. Gran parte de lo que habías dicho no lo había escuchado o le había resultado indiferente; pero en lo concerniente a las últimas observaciones, había captado una idea: que eras una especie de superhombre. Y así se te acercaba ahora, con una mezcla de provocación y lisonja.

—Nos trajiste aquí y de aquí tienes que sacarnos —dijo—. Y no para conducirnos a cualquier lugar de los alrededores. Ya oíste lo que Su Alteza dijo sobre la desintegración de esta zona. Si eres un superhombre, llévanos a Owlenj.

Sacudiste la cabeza.

—No estarías mejor en Owlenj, eso te lo puedo asegurar —le dijiste—. Siento haberte envuelto en esto, pero no ha sido peor que andar escondiéndote en las ruinas de una ciudad. Y, por cierto, no soy ningún superhombre...

—¡Que no lo eres! —exclamó con rabia el Tuerto. Se volvió al Más alto y dijo—: Dice que no es un superhombre. Sin embargo, se

zampó veneno suficiente para despachar a todo un ejército, destrozó esas espadas... ¡todos lo visteis!... y soportó todo un bombardeo cuando...

—¡Basta ya! —interrumpiste—. Aquellas cosas pertenecían a una premisa diferente. ¡Contemplad esto!

Fuiste hasta un muro. Estaba construido con sólidos bloques de mármol, pulido y seleccionado para su delicado fin. Colocaste sobre él la mano abierta y empujaste; cuando retiraste la mano, cinco túneles, correspondientes a los dedos habían sido abiertos en el mármol.

Fue una demostración sencilla. Todos estaban profundamente impresionados.

Te limpiaste la mano y te volviste a los otros, pero todos se estaban batiendo en retirada, pálidos sus labios.

—No obstante, no soy más fuerte que vosotros —les dijiste—. Debéis creer lo que os digo, pues es la verdad. La única diferencia es ésta: que yo procedo de un mundo recién creado, recién acuñado por el proceso inexorable de la creación continua. Y vosotros... vosotros procedéis de un mundo anciano.

—Sabemos eso... —comenzó el Más Alto.

—Sí, lo *sabéis* todo: ¡pero hay que comprender! Pensad en vuestra galaxia. ¿Qué edad tiene? No lo sabéis con exactitud, pero sabéis que su edad es increíblemente grande. Lo cierto es que se está consumiendo, como todas las cosas se consumen llegado su momento. Preguntaos: ¿de qué están hechas todas las cosas? Una especie de energía que chisporrotea y se convierte en materia en forma de protones y neutrones. Esa clase de energía, desde el comienzo del tiempo, ha estado en funcionamiento, en continuo autoconsumo: y, por supuesto, toda materia compuesta por esa energía se autoconsume. Las inmensas baterías mágicas de esta galaxia están perdiendo su ritmo: de modo que todos los protones y neutrones han de perder su polaridad. Esos ladrillos básicos de que todo está construido están ya casi literalmente carcomidos: el peso soportado ha sido tan grande y tan prolongado que difícilmente podrán seguir aguantando mucho tiempo. El acero ya no posee la dureza que en un tiempo tuvo el papel, la madera es como agua.

El Almidonado interrumpió.

—¡Intentas engañarnos! —te dijo con voz temblorosa—. Sólo *tú* puedes taladrar el mármol con el dedo, asimilar venenos, y salir indemne frente a espada y los bombardeos. ¡Que tenemos que morir! ¿Nos tomas por locos?

—No —replicaste—. Tenéis que morir, tal como has dicho. Estáis compuestos de núcleos tan agotados como los núcleos de todos los objetos; por esa razón no habéis detectado el proceso de vuestra propia debilitación. Mi resistencia a todo cuanto podáis presentarme radica sólo en el hecho de que la materia de la que estoy forjado es nueva. Soy el único factor de frescor en el interior de una galaxia agotada.

Te detuviste y te dirigiste al Más Alto. Éste se había puesto muy pálido y se balanceaba sobre los talones. Pero pudo recuperarse virilmente y dijo:

—Quisiera llamar a mis ministros; habrán estado escuchando a través de micrófonos... —dudó, y luego prosiguió en son de chanza—... la entrevista que hemos sostenido. Pero, si lo que has dicho es cierto, nada eficiente podremos hacer. Nosotros... estamos desapareciendo totalmente... convirtiéndonos gradualmente en sombra...

Se reanimó y dijo:

—Ese monstruo que liberamos al espacio, ¿he de suponer que sólo ha servido para acelerar el proceso de extinción?

—Sí. La fábrica está desgarrada; el boquete se ensancha hasta abarcar la galaxia entera.

El Más Alto cerró los ojos, como si en las tinieblas pudiera atrapar mejor la situación. Permaneciendo de aquel modo, parecía casi gracioso, pero, cuando de nuevo alzó los párpados, su mirada permanecía fija sobre ti con la atención de un pájaro.

—Muy bien. Nuestros venenos no pueden afectarte —dijo—. Sin embargo, te las arreglas para vivir entre nosotros. ¿Cómo es que te alimenta nuestra comida?

—Posees una inteligencia lo bastante aguda como para responder esa pregunta —le dijiste—. Me traje conmigo mi propio suministro de calorías cuando abandoné mi mundo. No era un novato. Hasta tuve que traerme oxígeno concentrado.

Explicaste entonces al Más Alto los efectos que tu atmósfera sin

viciar habían provocado en el Gritador, el vendedor de bobinas, que había quedado fulminado como por radiaciones invisibles. Y contaste lo provechosa que había resultado la biblioteca de microbobinas del Gritador.

—Eres bastante oportunista —dijo el Más Alto—. Mis felicitaciones.

Se pellizcó un labio y por un momento pareció confuso.

—¿Puedes dedicarme todavía un momento? ¿Puedes acompañarme? Los caballeros nos perdonarán; que les sea entregada una nave y que regresen a Owlenj o a donde quieran, si es que lo consideran más conveniente. Lo dejo enteramente en sus manos, señores. Ya no gozáis de ninguna importancia. Mis guardias no os molestarán.

En sus maneras había cambiado algo sutil. Te hizo una seña delicada y se dirigió a una puerta trasera. ¿Qué hiciste? Lanzaste una postrera mirada por encima del hombro al desolado grupo cuya función en la vida se había desvanecido abruptamente, dirigiste al Tuerto un saludo cómico y seguiste al Más Alto más allá de la puerta, cerrándola tras de ti.

El Más Alto echó a andar con rapidez por un pasillo. Abrió otra puerta y salisteis a una galería que daba panorámicamente a la orgullosa ciudad de Nunión. Soplaban un frío viento crepuscular, las nubes ocultaban el sol poniente. El inmenso panorama de avenidas y ríos estaba extrañamente desierto desde las distantes espirales de Ap-Cleema hasta el asfalto de la Gran Vía del Bósforo.

—¿Cuánto habría durado el agotamiento si no lo hubiésemos acelerado por nuestra cuenta? —preguntó el Más Alto como por casualidad, inclinándose sobre la barandilla y mirando hacia abajo.

—Tal vez habría ido empeorando durante siglos —dijiste—. Pero pudo haber proseguido por algunos siglos más...

Te detuviste, temeroso de causar más daño. Casi sentías cierta ternura por él, y también por todos los hombres, por todas las miríadas de criaturas, ya hicieran trampas o jugaran limpio, amaran u odiasen. Todas sus locuras y limitaciones estaban perdonadas: eran mecanismos primitivos surgiendo de la oscuridad que les prestaba sabor.

El Más Alto aspiró una profunda bocanada de aire del ocaso.

—¡Me gustaría que acabase *ahora*! Es el bien, el fin...

De nuevo llenó sus pulmones de viento nocturno.

—Y por vez primera... ¡no me siento hastiado! He vivido demasiado para la corte.

Lanzó una risa temblorosa.

—Y tú gozas de un puesto destacado, amigo mío. Será una hermosa visión para ti el vernos disolvernó como azúcar en un líquido fuerte. Tienes que volver, no obstante, antes de que nuestras naves se desintegren. No podrán llevarte muy lejos. Trata esas baratijas con cuidado o las romperás.

—Me las arreglaré —dijiste—. ¿Oíste hablar alguna vez de las tres naves indescriptibles descubiertas en las primicias de la Época de Longevidad: las Reliquias Kakakakaxo-Popraca-Luna, como las llamaban las microbobinas? Al final, sus orígenes han demostrado un misterio. Ahora siento que debo regresar mi chispa vital a mi galaxia, quizá de la misma manera que aquellas naves os trajeron la chispa vital de los orígenes.

El Más Alto, por un momento sin habla, negó con la cabeza.

Asentiste con amabilidad.

—No olvides que todos deben enterarse de lo que esta ocurriendo. Desde mi punto de vista es necesario.

—No lo olvidaré.

Se volvió y te dio la cara.

—Aún no estoy seguro del impulso que te trajo. ¿Una especie de nostalgia? ¿Mera curiosidad? ¿Quizás un deseo de divertirse? ¿O de sentir piedad? ¿Cuál es tu sentimiento respecto a... nosotros, pobres sombras?

¿Y qué inesperada fragilidad agitaron sus palabras en tu garganta? ¿Por qué apartaste el rostro para que el otro no pudiera ver tus ojos?

—Quería que el hombre fuera consciente de lo que iba a sucederle —dijiste al cabo—. Al menos era algo que le correspondía saber. Yo... nosotros se lo debíamos al hombre. Vosotros sois... nuestros padres. Nosotros somos vuestros herederos...

Te rozó cariñosamente y preguntó con voz firme:

—¿Qué quieres que diga exactamente a la población de la galaxia?

Te volviste para mirar una ciudad todavía sembrada de luces y luego alzaste los ojos para contemplar el cielo del anochecer. Ni siquiera en tu interior encontraste sosiego.

—Diles solamente lo que es la galaxia —dijiste—. No suavices la imagen. Son valientes y sabrán afrontar los hechos. Explícales que la galaxia no es más que un gigantesco laboratorio para los experimentos ciegos de la naturaleza. Explícales lo que las pequeñas vidas individuales significan en los laboratorios. Diles que el laboratorio instalado aquí está clausurando sus funciones. Uno más nuevo y con equipo más moderno está abriendo sus puertas justo al otro lado de la calle.

—Así lo diré —dijo el Más Alto. Su rostro era ya una sombra confundida entre las sombras. La noche caía sobre la ciudad anciana.

Nosotros, que os hemos reemplazado, recordamos ahora estas escenas en vuestro honor, pues en otro tiempo fuisteis hombres honrados. *Requiescat in pace.*

Notas

[1] Hallazgo, ocurrencia. En francés en el original. < <

[2] Abr. De *confer*, «compárese con». < <

[3] «Forma» en alemán. < <

[4] Este personaje cambia las eses por zetas. < <

[5] Pinchos. <<

[6] Púas. < <

[7] Objetos dentados para repostería. < <

[8] Como el lector ya habrá imaginado, Perdita significa (en latín, por cierto) «perdida», «depravada», «corrompida», etc. < <

[9] Juego de palabras entre *club* y *club-foot*, este último «pie-varo».

< <

[10] Más arriba este mismo personaje ha sido bautizado como *Cheezer*, que suena igual que *cheeser* «quesero»; *squeezer* es «exprimidor». Ambas palabras pretenden rimar con el Caesar ya sacado a colación. Hemos respetado la forma sajona de César por ser idéntica a la latina y jugar un papel en el dudoso retruécano de páginas atrás. < <

[11] Juego de palabras intraducible: *cinema vied with sinema. Sin =* pecado. < <